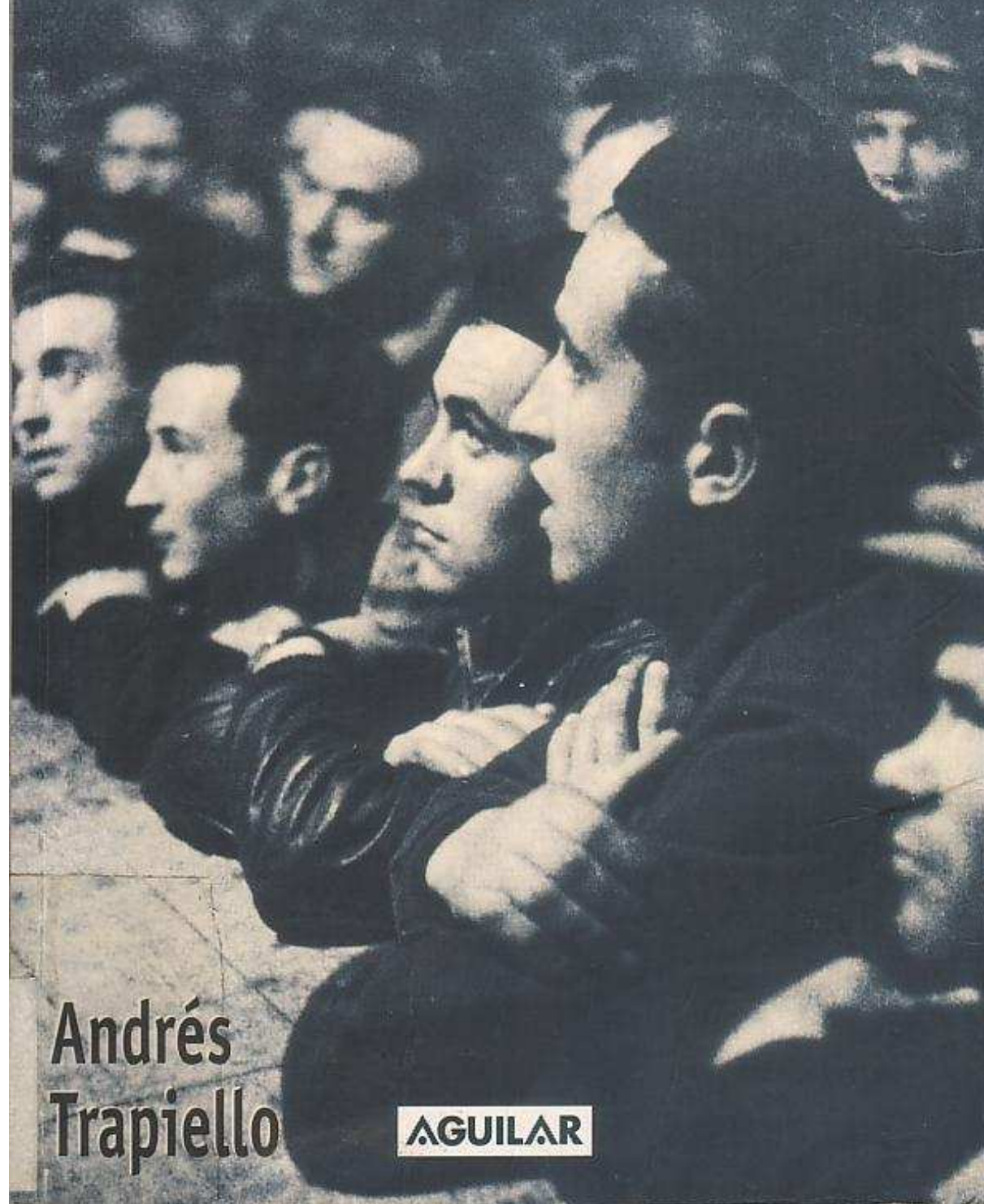


LA NOCHE DE LOS CUATRO CAMINOS

Una historia del maquis. Madrid, 1945



Andrés
Trapiello

AGUILAR

LA NOCHE DE LOS CUATRO CAMINOS

Una historia del maquis. Madrid, 1945

Andrés Trapiello

© 2001, Andrés Trapiello

© De esta edición:

2001, Grupo Santillana de Ediciones, S. A.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 90 93

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C. P. 03100
- Ediciones Santillana, S. A.
Calle 80 N° 10-23
Bogotá, Colombia

Fotografía de cubierta: Mítin del POUM. Barcelona, 1937
Agustí Centelles. VEGAP. Madrid, 2001
Las fotografías de la «Información Especial N.º 48»
y el sumario del consejo de guerra han sido reproducidas
por Carlos Serrano.

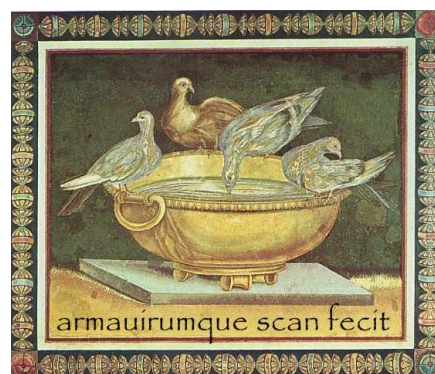
1ª edición: abril de 2001

ISBN: 84-03-09244-X

Depósito legal: M-12.246-2001

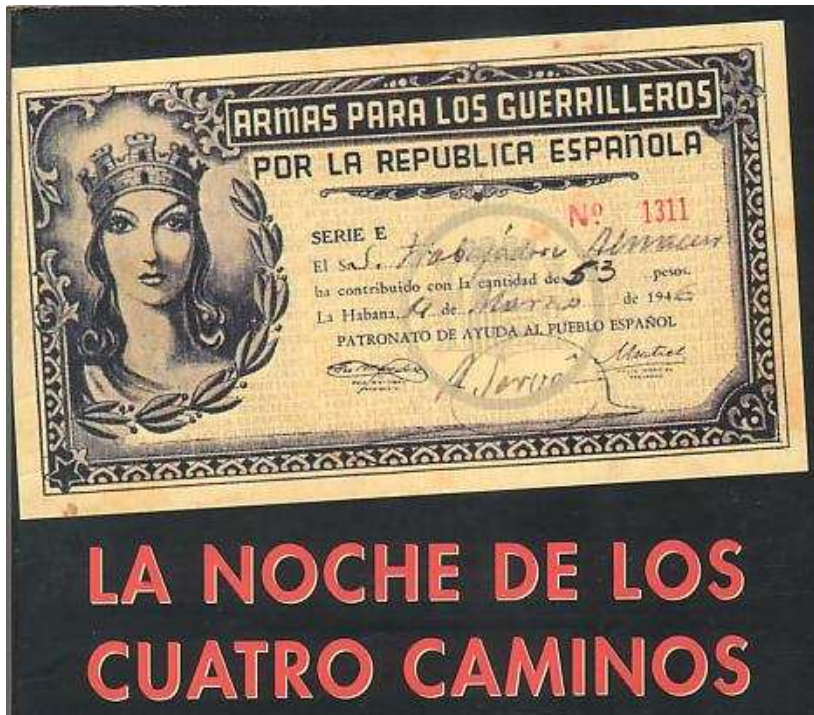
Impreso en España por Anzos, S.L. (Fuenlabrada, Madrid)

Printed in Spain



Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Autor: Trapiello, Andrés (1953-)
 Título: *La noche de los cuatro caminos : una historia del maquis, Madrid, 1945 /*
 Edición: 1ª ed abril de 2001
 Editorial: Madrid : Aguilar
 Descripción física: 316 p. ; 24 cm
 Depósito Legal: M 12.246-2001
 ISBN: 84-03-09244-X



La noche de los Cuatro Caminos es la historia de la primera “guerrilla del llano” organizada como tal en Madrid, de la que poco o nada se sabía, y es también la del asalto a una subdelegación de Falange en el que hubo dos muertos; pero es, sobre todo, la reconstrucción literaria de una época y de unas vidas desdichadas, unidas por el infortunio.

"Durante muchos años —dice el autor— la historia de la guerra civil y de la posguerra ha sido escrita por gentes que no encontraban motivos para arrepentirse ni razones para olvidarse, y sin embargo no sé si la historia, pero sí, desde luego, la literatura que uno quiere escribir, la de la estirpe de Cervantes y de

Galdós, sólo puede ser concebida con algo de piedad y mucho de perdón, por utilizar dos palabras que Azaña, gran cervantinista, hizo célebres".

De lo que no cabe duda es de que la historia que se cuenta en este libro es la de unos cuantos débiles y la de unos cuantos pobres, en unos casos defendiendo la libertad bajo banderas estalinistas y en otros la paz con la Santa Inquisición y a tiros, siempre sin dejar de ser pobres y sin dejar de ser débiles.



Andrés Trapiello nació en Manzaneda de Torío, León, en 1953. Desde 1975 vive en Madrid. Como novelista ha publicado *La tinta simpática* (1988), *El buque fantasma* (1992), *La malandanza* (1996) y *Días y noches* (2000), así como los nueve primeros tomos de sus diarios, agrupados bajo el título general de *Salón de pasos perdidos*. Como ensayista ha publicado, entre otros, *Clásicos de traje gris* (1990), *Las vidas de Miguel de Cervantes* (1993), *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil 1936-1939* (1995) y *Los nietos del Cid. La nueva edad de oro (1898-1914)*. (1997). Su poesía se ha reunido en el tomo titulado *Las tradiciones* (1991), que agrupa sus cuatro primeros libros, al que siguieron *Acaso una verdad* (Premio Nacional de la Crítica), *Poemas escogidos* (1998) y *Rama desnuda* (2001).

"Ningún dolor conseguirá hacerme levantar un falso testimonio sobre la vida, tal como la entiendo".

NIETZSCHE

"Cosa triste la soledad del héroe".

Vida de Don Quijote y Sancho

ÍNDICE*

Prólogo.....	11
1. Un comienzo	15
2. Las barcas voladoras	33
3. Las cosas siempre vienen de lejos	45
4. A grandes rasgos	53
5. Madrid despierta	79
6. Kedrov en la calle Cervantes	93
7. Cómo se hace un guerrillero de ciudad	117
8. Concentración de efectivos	125
9. La noche de los Cuatro Caminos.....	163
10. Dos hombres	173
11. La vida sigue.....	197
12. La cuenta atrás	221
13. La noche oscura del alma	253
14. Los trámites de rutina	257
Los personajes del drama	299
Cronología somera de los hechos aquí narrados.....	313

* La numeración corresponde al libro impreso [Nota del escaneador].

PRÓLOGO

Nadie me quitará de la cabeza que este libro se ha ido escribiendo por su cuenta y con piezas de un rompecabezas que se fueron buscando en secreto para acostarse de su lado bueno. Es la historia de la primera «guerrilla del llano» organizada como tal en Madrid, de la que poco o nada se sabía, y es también la del asalto a una subdelegación de Falange en el que hubo dos muertos; pero es, sobre todo, la reconstrucción literaria de una época y de unas vidas desdichadas, unidas por el infortunio. Con los días se hacen los años, dice el refrán; también a los libros como éste sólo los escribe el tiempo, y si se contaran las casualidades, encuentros y apariciones que lo hicieron posible podría uno sugestionarse y creer que los muertos son en realidad quienes mueven todos y cada uno de nuestros actos.

Por eso, antes de seguir adelante, quiero acordarme de los que me ayudaron a escribirlo: Alfonso Riudavets, persona sine qua non, para decirlo al modo de los escolásticos, lo mismo que Lourdes da Silva, el comandante Joaquín Ruiz Díez del Corral y el teniente Ángel Salgado, del Archivo Militar; el pintor Carlos García Alix, a quien estas páginas deberán la derrota de algunos facinerosos y aventureros predilectos y de los Cuatro Caminos, que fueron, menos sombríos, los suyos de la infancia; Mercedes Gómez Otero, sin cuyos cuarenta y cinco minutos de conversación todo sería más impreciso y más oscuro; Rafael Borrás, Ignacio y Visi Vallarino, Pilar y Encarna Lara, María Luisa y Manuela Vitini, aparecidas en el último momento, como constatación irrefutable de que la vida nunca queda interrumpida; Álex Martínez Roig, Javier Fernández, Manolo Gulliver, César Moreno, Carlos Pujol, Antonio Jiménez y el joven historiador Carlos Fernández Rodríguez, que me guió por una senda que él conocía mucho mejor que yo, así como aquellos que de manera expresa me hicieron entrega de sus recuerdos junto con el deseo de no romper su anonimato.

Es probable que los historiadores, desde su punto de vista, encuentren demasiado novelesco este libro, y los críticos de literatura, demasiado histórico, desde el suyo. A uno le gustaría hacer libros perfectos, pero tiene que contentarse con aspirar a escribirlos completos, perfectos e imperfectos. Porque los libros, como las criaturas, raramente son puros, sino bien al contrario, salen al gran teatro del mundo con muy diferentes y mezclados atavíos, casi siempre prestados.

No creo, por otro lado, que en estas páginas tuvieran que dirimirse esas peliagudas cuestiones que aún enconan a los historiadores, en su justo afán de buscar la verdad. A lo más que se llega aquí con la historia es a tratar de comprenderla. Vázquez Montalbán, en el prólogo de la novela *Gente de abajo*, de la militante comunista Juana Doña, confesaba alegrarse de que la autora la hubiese subtítuloado «No me arrepiento de nada», porque le «sonaba, de momento, a una espléndida canción de la Piaff (*Non, je ne regrette rien...*)». Quién sabe. Andando de por medio Stalin, Franco y el pacto Molotov Von Ribbentrop a uno, aparte de recordar que fue esa canción la que eligieron los "paras" ultraderechistas de Argelia para desfilar por París, le «suenan», de momento, más bien a aquella otra dedicatoria autógrafa, bastante penosa, que puso al frente de su *Fundación, hermandad y destino*, en 1957, Rafael Sánchez Mazas, cofundador de Falange Española: «Ni me arrepiento ni me olvido».

Durante muchos años, me parece, la historia de la guerra civil y de la posguerra ha sido escrita por gentes que no encontraban motivos para arrepentirse ni razones para olvidarse, y sin embargo no sé si la historia, pero sí, desde luego, la literatura que uno quiere escribir, la de la estirpe de Cervantes y de Galdós, sólo puede ser concebida con algo de piedad y mucho de perdón, por utilizar dos palabras que Azaña, gran cervantinista, hizo célebres.

Una vez más, es en Cervantes en quien halla uno un modo de conducta. Él nos enseñó que la razón está siempre del lado de los débiles. Otros, Tolstói, Galdós, Dickens, nos enseñaron también que podríamos hallarla del de los pobres. Podríamos llegar un poco más lejos y decir que la mayor parte de las veces los débiles y los pobres son los mismos.

De lo que no cabe duda es de que la historia que se cuenta en este libro es la de unos cuantos débiles y la de unos cuantos pobres, en unos casos defendiendo la libertad bajo banderas estalinistas, y en otros la paz con la Santa Inquisición y a tiros, siempre sin dejar de ser pobres y sin dejar de ser débiles.

Y sabiendo esto, ¿qué más querríamos saber?

Las Viñas, marzo de 2001

1

UN COMIENZO

Capítulo en el que se da principio a una historia de una de las muchas maneras posibles, así como otros tantos principios de historias de libros viejos y almonedas que ya llevaban mucho más tiempo empezadas.

En aquel almacén de aguardientes de la calle Ávila esquina con Lérida había cinco hombres con su arma correspondiente. Aunque cuatro de los cinco se habían visto durante media hora hacía unos días, puede decirse que tres de ellos no conocían a los otros dos, y estos dos no conocían a los otros tres, pero los cinco estaban allí para llevar a cabo el asalto de una subdelegación de Falange y matar a cuantos se encontraran dentro, sin importarles, siempre y cuando no fuesen mujeres ni chicos, que fueran o no falangistas.

Pidieron unos vasos de vino por hacer tiempo. La luz allí dentro era pobrísima, de una sola bombilla, colgada de un cable trenzado lleno de polvo. Las restricciones modulaban el voltaje, hasta que en una de esas oscilaciones la luz se fue. Quedaron a oscuras. Era algo frecuente. El cantinero, habituado a esa contingencia, sacó de alguna parte una palmatoria y la encendió. El establecimiento se llenó de sombras monstruosas que temblaban contra los muros desnudos. En un rincón, sentado en una mesa, había un viejo. El cantinero, de pie, esperaba algo con las manos apoyadas en el mostrador. No hablaba nadie. A los dos minutos volvió el fluido y el dueño del almacén apagó la vela, soplando con energía. Ni él ni el viejo del rincón repararon en aquellos cinco jóvenes. No, no había nada de raro en ellos, y si lo había y se dieron cuenta, no quisieron declararlo más tarde a la policía.

A las nueve en punto, el que capitaneaba el grupo, mirando el reloj que había colgado junto a una puerta, pensó se nos hace tarde, y dijo, vamos. Los demás le siguieron. La calle, tanto o más sombría que ese Madrid de 1945, moría en los desmontes de la Castellana, una vasta extensión de campos yermos con algunas abandonadas defensas antiaéreas y solares rotos por trincheras de la pasada guerra. Uno de los guerrilleros sintió frío, porque iba a cuerpo. Se levantó el cuello de la vieja chaqueta azul y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. A su lado caminaba uno que también iba a cuerpo, pero llevaba la chaqueta desabrochada, parecía tener calor, y otro más, igualmente a cuerpo gentil, que por imitar al primero, aunque sin pensarlo mucho, se subió el cuello de su americana oscura y a cuadros. Todos traían la pistola o el revólver en el cinto. Volvían a sentirse soldados de la República, y cada uno vivía ese momento con íntima solemnidad. Todavía no sabían que morirían juntos, ni siquiera que antes de hacerlo tendrían tiempo de traicionarse unos a otros. Al respirar, su aliento se quedaba flotando en el aire, sucio y denso, como el de un animal moribundo. Dejaron atrás unas barcas-columpio de recreo. Caminaban deprisa. Los faroles, a medio gas, metían en los charcos unos destellos dorados y románticos. Resonaban sus pisadas en el suelo. Les separaban del objetivo menos de cien metros. El local era un pequeño chalé defendido de la calle por un murete, unas rejas y una puerta de forja elemental y dolorosa. A la parte que había delante de la casa, un espacio angosto y pobre, se le podía llamar todo menos jardín, porque en él no había nada verde, únicamente dos castaños de Indias cuyas ramas desnudas se estorbaban entre sí. Quien mandaba la operación ordenó a dos de sus hombres que se quedaran al pie de una estrecha y empinada escalera exterior, defendida por una balaustrada con la misma forja bastarda del murete. Los otros tres subieron al primer piso. Al rato se oyeron cuatro disparos. En realidad nadie hubiera podido precisar si fueron dos, tres o cuatro, porque se amontonaron a la vez en uno o dos segundos. En el suelo quedaron sin vida dos hombres.

Y así fue como esa noche de los Cuatro Caminos dio paso a una historia llena de fatalidades, que en realidad iba a empezar muchos años después, una soleada mañana de la primavera de 1993, en la cuesta de Moyano.

SÓLO EL AZAR COMBINA

A estas alturas ya no tienen mucho prestigio las historias que toman como señuelo para ser contadas el hallazgo casual de un manuscrito, un documento o una carta reveladora. Pese a que nuestro libro más asombroso, el Quijote, naciera de los papeles arábigos que su autor aseguró haberse tropezado un día en el Zocodover de Toledo, el recurso ha sido utilizado tantas veces, por tantas gentes y con fortuna tan desigual, que los relatos que recurren a él pierden desde su misma gestación mucho crédito. Pero así es como empezó esta historia tan cervantina como cervantesca, y así es como la voy a contar, porque sin ese hallazgo habría sido muy difícil reconstruirla, desde luego, si es que alguien se hubiera tomado alguna vez el trabajo de hacerlo.

La cuesta de Moyano es, como sabe todo el mundo, la feria de libros viejos que hay en Madrid, recostada sobre las negras tapias del Botánico.

Nadie cree tampoco las historias que tienen que ver con libros viejos. Seguramente consideran que las cosas que se mezclan con librerías de viejo, almonedas, rastros, buhoneros y traperos son, a estas alturas, una forma del manierismo noventayochista, epigonales piruetas de galdosía o barojismo, algo a lo que solemos recurrir con obstinación unos cuantos escritores vocacionalmente trasnochados y menores para artistizarnos un poco, literatos mayormente de vida rutinaria y deslucida, sin gran brillo ni porvenir.

Pero resulta que ésa es la vida que uno hace, la de los rastros, la de las librerías de viejo, la de las almonedas. Es una manera más o menos silenciosa de no dejar de lado a los muertos, que fueron, la mayoría, como nosotros mismos.

En la cuesta de Moyano hay un gran número de casetas. Unas tienen libros mejores que otras, unas los venden antiguos, otras viejos, otras de ocasión o de saldo y otras de nuevo, con su pequeño descuento y sus odiosos retractilados. Durante la semana es un lugar oreado y tranquilo, con pocas transacciones y refractario a las modas. Suben los jubilados a tomar el solecito al pie de la estatua de don Pío y se cruzan con las bachilleras, que bajan del instituto después de las clases, o huyendo de ellas, con una concupiscencia envidiable.

En una de esas casetas, acaso el mejor surtido caladero de libros viejos que ha conocido España en los últimos años, se venden al revoltillo libros antiguos, libros viejos y libros de ocasión, mezclados de una manera aleatoria, sin otro criterio que el del azar. Según llegan, se van.

Cierto día, había entrado en ella un metro cúbico de papeles viejos, dossiers y periódicos polvorientos, unos atados con sus balduques y otros, sueltos. Al librero, un hombre grueso, activo y tajante, y uno de los más genuinos personajes que ha dado el gremio nunca, no suele gustarle que le curioseen la caseta, porque se ha especializado en el negocio de la batea, que fundamenta en la libre y rápida circulación de mercancías. El suyo es negocio de plaza abierta, no de trastienda. Entra mucho y sale mucho, ése es el secreto. Pero dice, y es muy razonable, que el único placer que tiene es ver antes que los vea nadie los libros que ha comprado, y tiene prohibido que nadie le desate los paquetes. Así que los va sacando poco a poco, los examina someramente sobre el mostrador, aparta lo que le interesa por una u otra razón, y el resto lo arroja al tablero sin la menor nostalgia, como quien vierte alevines para repoblar un río. Sin embargo, no siempre puede reducir la curiosidad de sus clientes, y éstos se le meten por allí y miretean los atadijos. Unas veces tolera ese curioso y otras, en cambio, no. La mayor parte de aquellos papeles viejos de los que hablo, sin embargo, aquel montón de carpetas y periódicos polvorientos y mal doblados, habían sido volcados allí a granel, tal y como los habían sacado de donde los hubieran sacado.

—¿Qué son esos papeles?

—No me pregunte. No he tenido tiempo de mirarlos.

He llegado a la conclusión de que es hombre de cierta aspereza, o lo es conmigo, pero si se le piden las cosas de una manera educada, suele ser razonable.

—De acuerdo, mire usted lo que quiera, pero de lo que hay ahí, no se vende nada.

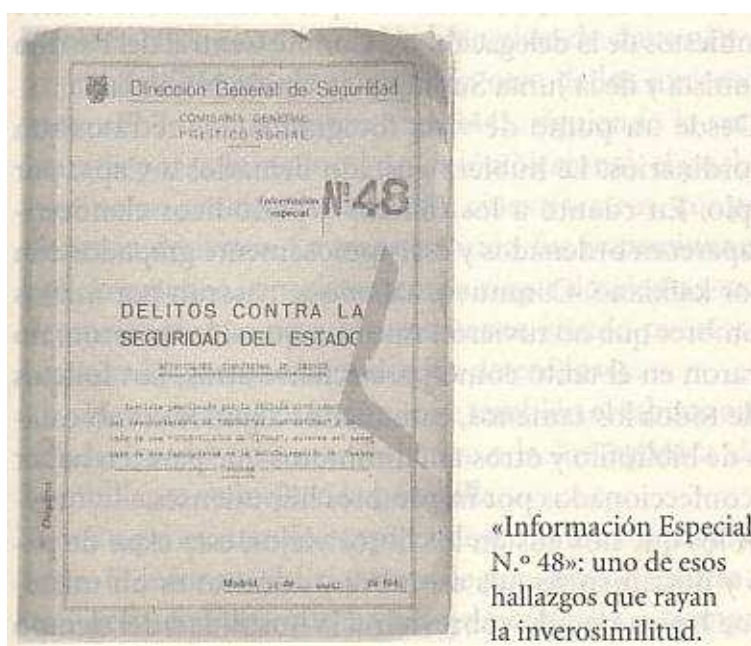
MÁS QUE LITERATURA

Desde un punto de vista mercantil, aquello no valía gran cosa. Ahora, desde un punto de vista literario, mucho. Eran dossiers con abundantes recortes de prensa de los años cuarenta, más bien de carácter político, papeluchos timbrados en blanco, un informe del Sindicato de Alcoholes y Destilados, tarjetas de visita de personas que llevarían ya treinta años en el cementerio y unos articulejos y noticias que habían ido podando de los periódicos las tijeras de cualquier chupatintas, pegados más tarde, por orden de un jefe de negociado, en unas cartulinas y hojas blancas, con su correspondiente numeración cronológica. Allí no había más que las del mes de abril.

A primera vista parecía que hubiesen abandonado la buhardilla donde llevaban durmiendo cincuenta años. Y en medio de todo ese revoltijo apareció ese dossier de tamaño folio. Estaba milagrosamente bien conservado, incluso limpio, con su color amarillo pálido. Era algo que hubiera llamado la atención de cualquiera porque en la cubierta, con claras y grandes letras de palo seco, se podía leer: «DELITOS CONTRA LA SEGURIDAD DEL ESTADO». Da igual el orden en que queramos ponerlas, pero esas palabras, juntas, provocan un vago sobresalto, más o menos alarmante. En la cabeza del dossier se ve el escudo nacional, con el águila, el *non plus ultra* ondulante y el rótulo de la «Dirección General de Seguridad. Comisaría General Político-Social». Lo mismo. Quien sepa algo de la historia reciente de España puede testificar que nada podía inquietarle más a alguien, por su seguridad personal, que tropezarse con esas dos palabras juntas, político-social. Entre una y otra alarma figuraba una inscripción algo más enigmática, también con letras de imprenta: «Información especial», seguida de una línea de puntos sobre la que había sido estampado, con tipos móviles de una imprentilla de caucho, y bien grandes, más incluso que el título, el «No 48» de tinta morada. Hay que fijarse en todos los detalles, cuando anda de por medio la Seguridad del Estado, encomendada a una Comisaría General Político-Social. El hecho de que esa "Información especial" figure en letra de imprenta y que el número se ponga a mano sólo quiere decir una cosa: las "informaciones especiales" estaban en esa época a la orden del día; y del hecho de que el texto evidenciara el papel carbón hay que deducir que se trataba de una copia. Habría más.

¿Para quiénes se hacían? ¿Con qué regularidad? ¿Con qué objeto?

Éste está tan bien armado que nos hace pensar que en su elaboración intervinieron los hombres más preparados de la Brigada. Uno de ellos, seguramente el mismo que redactaría todo el conjunto, puso a máquina, en la portada, el contenido pormenorizado de la carpeta: «Actividades Comunistas en Madrid. Servicio practicado por la Policía como consecuencia del descubrimiento de "Imprentas Clandestinas" y detención de los "Guerrilleros de Ciudad", autores del asesinato de dos falangistas en la Sub-Delegación de Cuatro Caminos». Y abajo, en una esquina, la fecha y el lugar en los que tal dossier había sido



preparado: «Madrid, 28 de abril de 1945».

Este tipo de hallazgos no se produce más que una vez en la vida. Nadie se va encontrando en las librerías de viejo documentos secretos que atañen a la Seguridad del Estado. Eso no ocurre ni en las novelas de Pérez Reverte. Por si fuera poco, bastaba una ojeada rápida a su contenido para comprender de golpe la importancia de todo aquello: unas cuarenta hojas en las que se explicaba todo con pormenor. Pero era una cosa la que llamaba poderosamente la atención: un conjunto apreciable de fotografías en las que se ve, por un lado, a los detenidos, y en otras, una minerva y unos chibales y el zulo en el que se escondían, así como la habitación donde vivían los impresores clandestinos y algunos guerrilleros. Todo se completaba, en la parte final, con los originales de un buen montón de periódicos clandestinos y manifiestos de la delegación I Comité Central del Partido Comunista y de la Junta Suprema de Unión Nacional.

Desde un punto de vista fotográfico, los retratos son extraordinarios. Le hubiera gustado firmarlos a Capa, por ejemplo. En cuanto a los folletos y periódicos clandestinos, aparecen ordenados y escrupulosamente grapados con primor kafkiano. Conmueve saber que pasaron por manos de hombres que no tuvieron miedo o que si lo tuvieron, no repararon en él tanto como para echarse atrás. Los folletos son de todos los tamaños, camuflados algunos como catálogos de bibliófilo y otros tan diminutos que parecen haber sido confeccionados por impresores liliputienses.

A los que nos gustan los libros viejos, esta clase de papeles y documentos nos asombra y admira: es un misterio que hayan podido sobrevivir a la hostilidad del tiempo y del olvido. Hay algo además que nimba esta historia de un halo romántico: es esa minerva, también fotografiada junto a una multicopista de la marca Triunfo. Qué nombre. Cuanta más realidad se da, más paradojas parecen producirse. Pero una minerva es siempre hermosa. Una minerva nunca puede ser culpable de nada. En ésta se imprimieron miles de números de *Nuestra Bandera*, de *Mundo Obrero*, de *Reconquista de España*. El papel es muy malo y la impresión deficiente. En ellos se vertió la esperanza de sublevar a una población vencida, hambrienta, desarmada y destrozada moralmente. No se sabe tampoco si en realidad eran valientes o estaban completamente locos, porque la ingenuidad política que muestran sólo es comparable con la seriedad con que la manifiestan: «La Junta Suprema de la Unión Nacional ha hecho un llamamiento directo a los jefes del Ejército de tierra, mar y aire de Franco, para que pongan sus armas al lado de los patriotas y no sean por más tiempo instrumentos de los falangistas, enemigos de la Nación». Está claro que no habían visto de cerca ni a un solo jefe del Ejército de Franco. En otro de los números leemos: «El 7 de noviembre de 1944, siguiendo la consigna lanzada por la Junta local de Unión Nacional, el pueblo alicantino no acudió a bares, cafés, cines y teatros, que permanecieron desiertos. La manifestación fue impresionante. La policía practicó completamente a ciegas doscientas cuarenta detenciones, que no pudo mantener, siendo puestos en libertad a los pocos días todos los detenidos»...

Hay una foto en la que se ve también el tabuco angosto donde los detenidos trabajaban a la luz agónica de una bombilla; se ve incluso la bombilla...

Y aquí es cuando empieza de veras toda la sórdida historia. El informe policial trata de presentar el asunto como una gran conjura que ha sido descubierta a tiempo. Las letras que más destacan en la carpeta, ya lo hemos dicho, son precisamente éstas: Delitos contra la Seguridad del Estado... Parece que estas palabras sugieren de modo natural estas otras a las que allanan el camino: Pena de muerte.

TÁCITO EN LA DGS

Quien redactó el informe de la policía conocía su oficio. Está tan bien escrito que piensa uno de inmediato en aquellos escritores que, como Cela, se ofrecían de soplones a cambio de un plato de lentejas. Otros seguramente lo hacían por gusto y fe en la causa. Desde la primera línea arranca con el vuelo de Tácito: «No podemos ocultar, máxime una vez culminado el servicio, que durante un lapso de tiempo, bastante considerable, la tensión vigilante de la policía había alcanzado extremos insospechados que, sin caer en el nerviosismo, ni en la desesperación, la hacían vivir en ajetreo constante, en vigilancias tenaces, infinitas veces infructuosas...». Habla incluso de las imprentas clandestinas, descritas por Kedrov, que funcionaban en el Bakú y Moscú prerrevolucionarios, y su

paralelismo con ésta de Carabanchel. «Claro que la Ochrana zarista no llegó a culminar sus servicios cual lo ha hecho, pese a todas las dificultades, la Policía Nacional...», admitía complaciente, delatando con la apostilla que nunca llegaría a ser Tácito, pese a su cálamo corriente.

Esa mañana soleada yo no sabía todavía quiénes eran aquellos hombres que parecían mirar llenos de angustia como pidiéndole ayuda a alguien, no sabía qué hacía aquella carpeta en la cuesta de Moyano, no tenía la menor noticia de que se hubiera asesinado a dos falangistas en los Cuatro Caminos ni sabía tampoco por qué razón había llegado a mis manos aquel dossier, pero cuando uno lleva comprando libros viejos veinte años le sobran unos segundos para evaluar si lo que se ha encontrado tiene o no importancia.

El librero atendía su negocio. Fue, desde luego, una suerte encontrar aquello, pero fue, al mismo tiempo, una desgracia, porque de todos los temas literarios, artísticos, científicos o históricos que pueblan la Tierra y el universo de los bibliófilos y bibliómanos, al dueño le interesa únicamente uno: el relacionado con los libros y los papeles impresos, o sea, imprentas, bibliografía, tipografía, maquinaria impresora, papel, catálogos de editoriales, ex libris...

Como convencerle de que me lo vendiera era subirse a los cuernos de la luna, le pregunté si podía tomar algunos datos. Me esquiné y empecé a leer el informe allí mismo, de pie, en un rincón, y a copiar algunos párrafos, los que acabo de transcribir y otros que aparecieron en uno de los tomos del *Salón de pasos perdidos*. Cuando llevaba media hora y dos cuartillas escritas, le pedí que me dejara el dossier unos días para fotografiarlo.

Por ahí no pasó, pero prometió hacerlo algún día. Transcurrió el tiempo, mucho tiempo. Por entonces el librero trasladó su almacén y su biblioteca particular de un piso a otro, así que cuando le pedía el dossier, y lo hice media docena de veces, siempre alargaba los plazos.

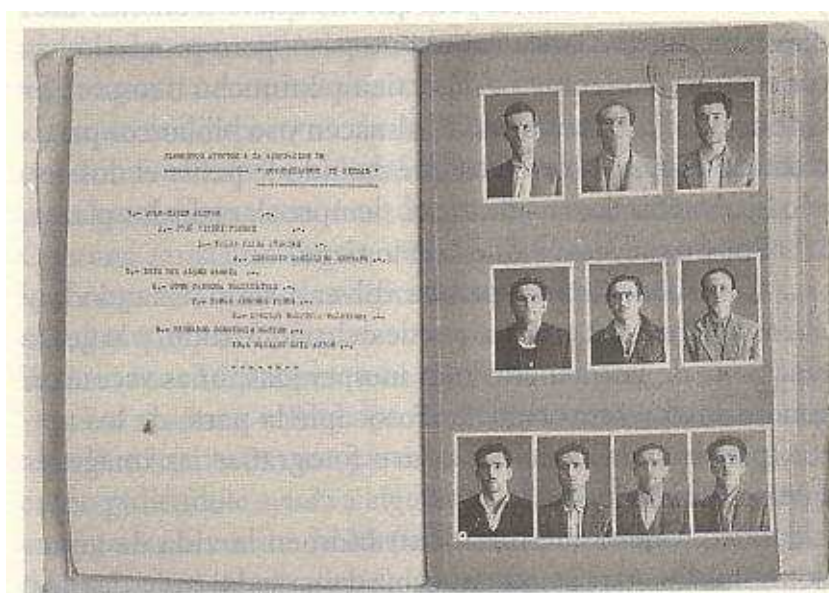
Por fin un día me dijo: ahí lo tiene.

La verdad, ya no esperaba volver a verlo. Cuando hay libros de viejo por medio, puede ocurrir de todo, y la gente reacciona de las maneras más inesperadas, unas veces con generosidad y otras sin ella. Fotocopié la parte de los textos, propaganda incluida, e hice fotografiar las imágenes que en él se incluían.

Poco a poco me fui adentrando en la vida de aquellos hombres. Al principio no sabía demasiadas cosas de ellos. Comencé a leer algunos libros, algunas historias del PCE y documentos varios, biografías y memorias de gentes de la época. En algunas, pocas, se dedicaba a aquel asalto una o dos líneas en las que únicamente aparecía, citado de paso, quién lo organizó. Nada más. Un amigo me ayudó, y se metió una o dos semanas en la hemeroteca para buscar algunos datos de la

repercusión que aquellas muertes hubieran tenido, si habían tenido alguna. Rastreé en las guías de teléfono todos los nombres que aparecían en la «Información Especial». Incluso tuve suerte, y di con dos personas directamente relacionadas con el caso; con una conseguí entrevistarme y con la otra no. Ambas me suplicaron que por nada del mundo apareciese su nombre otra vez envuelto en tales hechos, sin acabar de creerse que al cabo de tantos años las cosas pudieran salir de nuevo a la luz.

Empecé al mismo tiempo una peregrinación por los archivos



Diez hombres en cuyos rostros podía leerse la pena de muerte, y diez retratos que no hubiera desdeñado haber firmado Capa.

históricos en pos del sumario del consejo de guerra que había juzgado a aquellos diez hombres y a la mujer de uno de ellos, pero los fondos históricos del Estado estaban en aquel momento, como la biblioteca de mi amigo el librero, en reformas y cambios de emplazamiento que hacían irrealizable toda pesquisa.

Cuando conseguí reunir el material disponible, redacté un pequeño reportaje para *El País Semanal* en el que se contaba la peripecia de aquellos guerrilleros, la conmoción social que supuso su asalto a la subdelegación de Falange y la labor que desarrollaron en la clandestinidad impresora de su partido algunos pocos militantes comunistas.

Un día antes de enviarlo, cuando ya lo esperaban en el periódico, sucedió el milagro. Se produjo en forma de una llamada telefónica desde el Archivo del Tribunal Militar Territorial Primero, de la Capitanía General de la Primera Región Militar, de la calle Reina Cristina.

Las penosas y largas pesquisas de un año que se habían efectuado en Salamanca, Segovia y Ávila, al igual que en el Archivo Histórico de Madrid, tan estériles, daban su fruto, y el sumario del consejo de guerra seguido «contra Vitini y diez más» aparecía al fin.

EL MAR MUERTO EN LA CALLE REINA CRISTINA

Su solo aspecto impresiona, recuerda a uno de esos recién nacidos que se encuentran momificados en las necrópolis. También su parecido físico con los papiros encontrados en el mar Muerto es asombroso. El papel, en la mayor parte de las hojas, se deshace putrefacto. El agua y la humedad persistentes las han llenado de oxidaciones y manchas de orín, a cada cual más pintoresca, haciéndolas ilegibles, cuando no las han destruido por completo. Muchas ni siquiera pueden desprenderse unas de otras y las fotografías han perdido la emulsión de gelatina. El olor que despiden es acre y picante, como a vinagre, o peor aún: a depósito de cadáveres. El tacto del papel podrido se parece al del yeso muerto. Con dificultad y paciencia, puede leerse parte de lo que queda. Pero no es esto lo que impresiona, sino la huella humana que hay en tales papeles. Por ejemplo, el casquillo de la bala que acabó con uno de los falangistas. El óxido ha comido el papel del sobre que la contenía. Al principio no se sospecha qué pueda ser ese objeto duro y forroñoso que está metido entre las páginas del sumario, hundiéndose en ellas; cuando lo comprende, da uno un respingo de asco y de susto, lo mismo que ante las fotografías de los muertos tirados en el pasillo o de los orificios por donde entró la bala. A punto de desaparecer mordidas también por el óxido o por la humedad, están las firmas de los acusados al pie de sus declaraciones arrancadas bajo tortura, aceptando la sentencia que les llevaba a un pelotón de fusilamiento, cada una con su trazo agónico, los pequeños detalles de sus vidas domésticas, la noticia de su pobreza, de sus huidas, de sus peligrosas citas, de sus modestos esparcimientos...

Si la «Información Especial N.º 48» la componen treinta y tres espaciados folios y muy diferentes documentos, ahora hablamos de unos doscientos de apretada mecanografía, sin contar los informes forenses, los del maestro armero o del Registro Civil, diferentes actas de defunción, cédulas y carnés, certificados de prisión y de redención de penas, y todo el alijo de periódicos clandestinos y propaganda.

EL ORIGEN DE TODO ESTO

El pequeño reportaje apareció al fin en *El País Semanal*, en otoño de 1999. Al librero que me había prestado la «Información Especial» creo que le disgustó.

La primera vez que me vio por Moyano, a los pocos días, se sirvió de la retranca:

—O sea, que según usted a esos rojos había que hacerles un monumento.

En realidad estaba molesto por otro asunto.

La gente se preguntaba: ¿cómo ha podido aparecer algo tan secreto? Después de la aprobación en referéndum de la Constitución de 1978 hubo un acuerdo entre las diferentes fuerzas políticas para

destruir los archivos policiales de aquella siniestra Brigada Político-Social, de tan amarga memoria. Muchos consideraron un error aquel afán de abolir el pasado, pero pesó más el miedo de que el cambio democrático no fuese del todo definitivo, y se volviera otra vez a lo de antaño, y muchos de los archivos se destruyeron. Aun cuando 1999 no era 1978, y ya había pasado mucho tiempo y la democracia era algo que se consideraba un hecho histórico irreversible, la aparición en *El País* del dossier hizo que algunos aventuraran conjeturas maliciosas.

Se dijo: alguien hizo un gran negocio vendiendo tales secretos de Estado. Quienes pensaron eso no saben nada de la cuesta de Moyano ni de libros viejos. Un gran negocio, lo que se dice un gran negocio, no se ha hecho en Moyano en todo lo que lleva de historia. Por otro lado, tampoco conocen al librero al que fueron a parar aquellos papeles. De haberlos querido vender, los habría dado por cuatro perras. A mí mismo me ha regalado otras veces otros de parecida entidad. Ese hombre tendrá sus defectos, como todo el mundo, pero entre éstos no se contarán ni la codicia ni la especulación. No. La historia, como siempre, es azarosa. Aquello no provenía de ningún organismo oficial, ni de los sótanos de la desalojada Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol, sino de los herederos del comandante Bartolomé Barba, que, como su propia condición militar indica, fue gobernador civil en la Barcelona de la inmediata posguerra.

Lo suponía uno desde el principio, estos informes especiales estaban hechos para jerarcas, ministros, gobernadores, incluido un Franco cuyas dos principales obsesiones fueron a lo largo de su vida el comunismo y la masonería.

Un librero compró la biblioteca de Barba; cuando escogió lo que le interesaba, llamó a su colega, nuestro amigo, y le vendió el resto, libros en su mayor parte. En la inercia de la venta, en esa estela imantada que todo negocio abre y deja a su paso, le entró esa morralla de papeles de tantos años, clasificados neuróticamente por meses: la vida de un burócrata o lo que de ella quedaba. Este librero, a su vez, los llevó a su almacén. Pasados unos meses, otro librero, llamémosle librero número 3, cayó por allí para una compra. Ésa es la vida de los libreros de viejo, se venden entre sí, compran, combinan, arman y desarman bibliotecas; en fin, ya lo decía Baroja, lo importante es pasar el rato. Como los libreros de viejo son por naturaleza descontentadizos, el librero número 3, que se había tropezado con aquellos recortes, legajos y carpetas, le pidió a nuestro amigo que se los regalara para que el negocio le compensara más de lo que le estaba compensando. Nuestro amigo dijo: de acuerdo, llévatelos todos, pero me dejas los del mes de abril.

En abril es cuando tiene lugar en Barcelona el Día del Libro (y el 23 de abril se conmemora el centenario de la muerte de Cervantes), y como a nuestro amigo lo único que le interesa es lo relacionado con ese asunto de la bibliografía, bibliomanía y bibliofilia, le pidió que le reservara esos papeles, por si entre ellos encontraba algún recorte con la noticia de los Días del Libro de todos esos años. Quedaron uno o dos costales, que se llevó a Moyano. Aquí, en Moyano, el negocio suele hacerse por las mañanas. Las tardes son tranquilas y nuestro amigo las aprovecha para clasificar sus propios hallazgos y recortes, con sus consiguientes cifras y su orden. Y eso explica que la «Información Especial» figurase entre tales papeles... porque se escribió el 28 de abril de 1945. Cuatro días más tarde, y jamás hubiera llegado a mezclarse uno con aquellas vidas desdichadas. Se ve que se da mucho cervantinismo también en la pitagórica poesía de los números.

Pasaron unos meses y el librero 3 anunció en un catálogo ese lote de virutas variopintas que le habían sido regaladas. El precio era importante, desde luego, un millón, o millón y medio de pesetas. Se publicitaban como «importante conjunto de documentos de la Generalidad de Cataluña». Es lo que tiene este negocio, que donde uno no ve nada, otro, más avisado, ve mucho, y a veces demasiado. Pero también es verdad que la ley de oro del librero de viejo es la discreción, y más que ninguno debería saber que la avaricia rompe el saco. Lo elevado del precio, acaso desproporcionado, puso sobre aviso a funcionarios de la Generalidad que reclamaron por vía judicial tales documentos, sin saber ni siquiera de qué se trataba. Al librero número 3 se le incautaron los suyos, y una mañana se presentó la policía en la caseta de nuestro amigo, que hubo de acompañarles a su almacén, donde había guardado los que quedaban. Eso, que la policía se tomase la molestia de buscarle en un coche, a nuestro amigo, que es tan amante del orden y de la autoridad, le gustó poco, como es natural.

Se empezó un pleito entre las autoridades catalanas y el librero número 3, pleito que ignoro en qué estadio se encuentra, ni si se celebró ni si se falló. Lo único cierto es que si el 23 de abril no se festejase el Día del Libro y si mi amigo no hubiera tenido su afición libresca, jamás habría llegado a mis manos esa «Información Especial». Y tampoco hubiera llegado a las del lector tal y como le va a llegar ahora, de no haber aparecido el sumario del consejo de guerra que se siguió contra los encausados de la «Información Especial» en unos archivos militares en los que se estaba corrompiendo como un cuerpo vivo. Lo ha constatado uno otras veces: «Se destruye mucho, el tiempo acaba borrando huellas y vestigios, pero la gente no puede figurarse la resistencia a desaparecer que anima a los papeles, fotografías, agendas, facturas o cualquier manifestación impresa. Cuando de veras se necesitan, acaban emergiendo del centro mismo de la Tierra».

Ni siquiera sé dónde se encuentra en este momento esa carpeta que un día de primavera me encontré en la cuesta de Moyano. Tampoco sé cuánto tiempo le queda de vida a los legajos de la causa número 129.185 vista en el Tribunal Militar de la Primera Región. La primera es muy probable que yazca enterrada de nuevo, para otros cincuenta años, en alguna dependencia de la Generalidad catalana. Con los segundos supongo que el tiempo no será tan clemente. En cualquier caso, nadie podrá persuadirme de que no emergieron la una y los otros de su completo naufragio, como en una novela ejemplar, para que yo no contara la historia de aquellos hombres que una noche de febrero se daban cita frente a unas barcas-columpio de los Cuatro Caminos, con el fin de quitar la vida a otros dos a los que jamás habían visto antes.

2

LAS BARCAS VOLADORAS

El recuerdo del fiscal, un viejo bisojo y las partidas del Fantasma y del Francés en el momento en que rondaban su objetivo

Estaban citados junto a las barcas-columpio.

El fiscal, en su informe, las llama «barcas voladoras». Es el único que las nombra de esa manera tan poética y sugestiva. No se sabe por qué se le vino ese nombre a la cabeza, porque la policía siempre que se refiere a ellas, y lo hará un centenar de veces en las declaraciones de todos los encausados, las llama barcas-columpio o barcas-columpio de recreo. Quizá se acordara el fiscal de cuando en su infancia las llamaban de esa manera, «barcas voladoras», para excitar con ello la imaginación de los niños y de los pintores y poetas vanguardistas que iban buscando por los arrabales las esencias de la verbena. García Maroto tiene unos dibujos preciosos de esos mismos años con unas barcas voladoras parecidas, de ligera vanguardia proletaria, cabalgando sobre los desmontes.

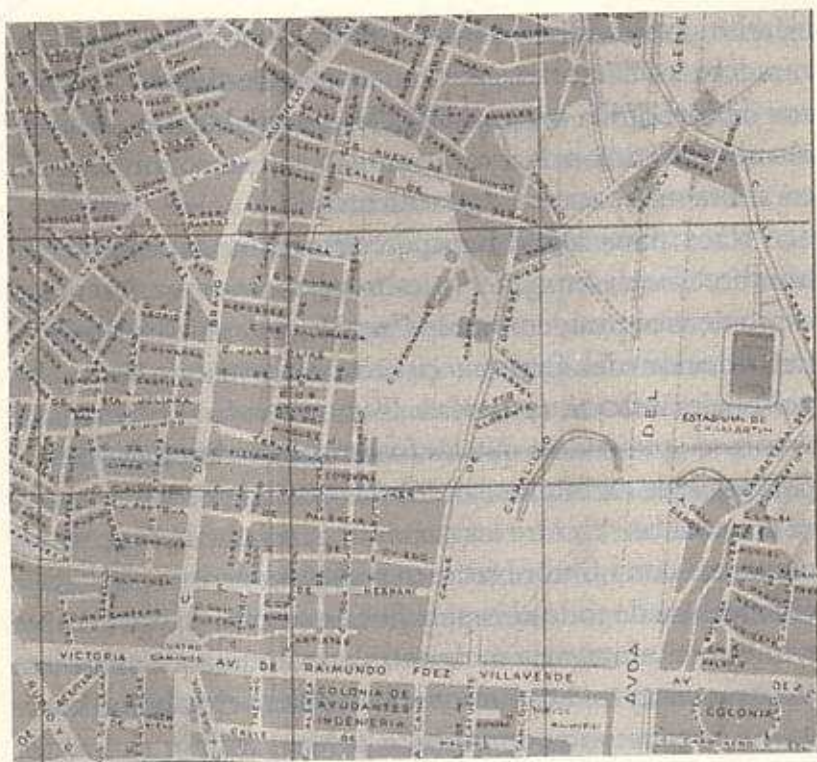
Las barcas estaban metidas en un solar de la calle Ávila, esquina con Lérida, a medio camino entre Bravo Murillo y los arrabales que bajaban hasta la Castellana. Era una modesta atracción de feria, cuatro o cinco barcazas grandes, pesadas como catafalcos. Había muchas parecidas en todos los barrios de Madrid. Más que tiouvivos, más que ninguna otra atracción, la barcaza era la diversión del pobre que nunca ha visto el mar. Las barcas-columpio se encontraban frente al almacén de aguardientes. Podemos saber incluso cómo era éste, porque todavía existe. Lo han cambiado, pero sigue en el mismo lugar. La policía insiste en llamarlo «almacén de aguardientes», porque en realidad lo que se vendía en él eran orujos y destilados blancos. Antes de 1936 el almacén se llamaba Zapardiel. Ahora el bar se llama, muy kafkianamente, El Túnel. Durante la guerra hubo uno por aquí, usado como refugio. Es un establecimiento pequeño, estrecho, alargado. El dueño actual aún recuerda las tinajas de barro, cuando las había. Lo demás no es difícil imaginarlo, una habitación sin gracia y desabastecida, con una puerta cristalera descuadrada, unas paredes desnudas y sucias, una ventana con el panorama de las barcas pintado en los cristales polvorientos, un único velador viejo con el pie de hierro fundido, un mostrador de zinc con una tina llena de agua donde se lavan los vasos por inmersión y un percal para separar el establecimiento de la vivienda del dueño. También un reloj de pared. Fue lo último que vio el Francés, antes de entrar en el universo sombrío de los que llevan sobre su conciencia la muerte de un hombre.

El almacén abría a las seis de la mañana y cerraba a las doce de la noche, servía desayunos de aguardiente y despedía a su parroquia con cenas de lo mismo. Era la costumbre y el combustible con el que el obrero se ponía en movimiento o trataba de conciliar el sueño. No se conocían muchas más maneras de combatir el frío en el andamio o de entrar en calor antes de dormir en unas casas en las que el carbón era un lujo. En todas las líneas férreas se veía un ejército de niños que vagaban todo el día. Parecían locos cazadores de caracoles, escrutando entre las piedras. Los trozos de carbonilla los arrojaban en unas latas con el asa de alambre. Vendían luego la mercancía, pero también era cara. Era más barato el aguardiente.

Hace unos años me aparecieron los papeles de un hombre que desempeñó en esos mismos años cuarenta el cargo de vicepresidente de la Comisión Reguladora para la Distribución del Carbón: cientos de cartas de todos los personajes influyentes —desde los ministros a la hermana de Franco—, pidiéndole que les fuesen facilitadas; fuera de cupo, cargas de carbón, o dándole las gracias por haberle sido ya concedidas. Y entre las cartas: una, orlada de luto, de un personaje con nombre fatídico y galdosiano que amargó la vida reclusa de todos los penados españoles de ese

tiempo, y que se la amargaría a alguno, de los que aquí aparecen: Máximo Cuervo. Los presos le llamaban «el máximo cuervo». Era consejero supremo de Justicia Militar y director general de Prisiones (dijo que en las cárceles debía «presidir: la disciplina del cuartel, la seriedad de un Banco y la caridad de un convento»), y podía pedir bajo cuerda carbón, pero los obreros, si querían calentarse, recurrían al aguardiente en un almacén como ése situado al final de la calle Ávila, en la desolación de unos paisajes solanescos.

En realidad todo el barrio tiene que ver con Solana. Escribió mucho de él y del que está al lado, Tetuán de las Victorias. También saldrá en esta historia, por él se moverán, escondiéndose de la policía, algunos de sus personajes.



Plano de Cuatro Caminos en 1945.

De noche, todos aquellos desmontes que iban a morir, pasado el Canalillo, en la avenida del Generalísimo, causaban una cierta impresión. Aquellos campos yermos resultaban infinitos y tenebrosos. Ni siquiera lo aprovechaba el elemento mendicante para sus campamentos, y las putas que venían por allí a lo suyo, los dejaban en cuanto se ponía el sol, por estar demasiado expuestos al cierzo emboscado. No había en ellos nada construido. Se cruzaban a campo través. Rebasados los Nuevos Ministerios, dejaba de haber civilización, nada, una venta, y después Burgos. Madrid moría en aquellas estepas. Por el día llevaban a pastar algunas cabras con pulmonía, que se pasaban las horas tosiendo y ventoseando

entre los cráteres abiertos por las bombas de la guerra. A la gente tampoco le gustaba pasearse por aquellos cerrillos a causa de las trincheras que todavía se veían abiertas o por las de la vida, que bajaban de Tetuán y se ponían a lo largo de unas tapias viejas que habían servido de lindes hacía un siglo. Muchos temían también tropezarse un día, desenterrándose para exigir venganza, con algunos de los muertos que Felipe Sandoval, el temible anarquista, dejó tirados por allí durante la guerra, sin molestarse tampoco en enterrarlos. Otros temían pisar la bomba intensa, la granada inestable, y así aquellos parajes solían verse des poblados a todas horas.

No era mucho, pero las barcas-columpios, las barcas voladoras, eran prácticamente lo último que quedaba de la civilización por esa parte de los Cuatro Caminos. Murieron, por cierto, extenuadas y rotas en las playas tristes del desarrollismo, bien entrados los sesenta.

Su dueño ni siquiera había tenido que proveerse de suministro eléctrico, porque le bastaba con la luz de uno de los faroles de gas, estratégicamente asistido por un candil de pestilente carburo. El dueño era un hombre viejo, flaco, sucio, con un ojo más abierto que otro, en realidad con un ojo al que se le caía el párpado, y también tosía de continuo, como las cabras, aunque era fuerte y meneaba las barcas con maña bien administrada que sacaba para ellas, con el mínimo esfuerzo, vuelos de alcotán. En realidad el viejo no era ningún idiota, y había puesto su negocio en mitad de la calle Ávila, entre dos colegios, que si no tenían un buen aspecto y parecían hospicios, en cambio eran grandes, uno al principio de la calle y otro al final.

La de las barcas-columpios como atracción no era precisamente excitante, si se comparaba con las veladas de boxeo y las kermeses del cine Europa, pero no había más. Las madres mostraban cierta aprensión con aquel viejo, por el contagio. Temían por sus hijos. Aquellas toses se llevaban por delante a mucha gente. Y más que la enfermedad aborrecían todos el hospital. La gente estaba mal alimentada, y todos tenían miedo a enfermar.

Ese viejo flaco, antiguo militante de la CNT, sucio, con un ojo más abierto que otro, tampoco vio nada anormal, cuando la policía interrogó a los vecinos tres días más tarde. Un hombre con un negocio público ha de ser muy cauto si quiere conservar la clientela, y no puede irse de la lengua. Y la policía lo sabía bien: sólo podía contar con la colaboración y los testimonios de los falangistas, y el de los Cuatro Caminos no era precisamente un barrio falangista.

No, ni el viejo de las barcas-columpios ni el dueño del Zapardiel vieron nada.

Tres días antes del domingo 25, cuando se efectuó el asalto a la subdelegación, el jueves 22, llegaron el Fantasma y Luis del Álamo. Vinieron en metro. Eran las nueve y media de la noche. Desde el metro de Cuatro Caminos hasta la calle Ávila, siguiendo por Bravo Murillo, se llega en seis o siete minutos. El Fantasma llevaba su pistola Parabellum y una de la marca FN, un pistolón grande y poco manejable, de los llamados "de guerra", también de un calibre especial, no muy cómodo para llevar metido en el pantalón. Con su culata se hubiera podido partir en dos un cráneo. Bajaron directamente por Ávila. Ya se había hecho de noche. La calle de por sí ancha y despejada, volcada sobre la inmensidad de los foscas arrabales, era una calle oscura, sepultada en silencio. La luz de las farolas les llenaba el rostro de cierta trascendencia, como en los grabados expresionistas alemanes. Cuando llegaron junto a las barcas-columpio, el viejo del párpado colgón se había ido a casa, en la misma calle Lérida, desde donde vigilaba constantemente su negocio con el ojo bueno. Esa noche había vuelto a bajar, y se encontraba en Zapardiel, más hospitalario que su casa, observando a través del cristal lo que hacían aquellos hombres junto a sus barcas. No se fiaba de nadie. El barquero volador vio cómo el Fantasma le pasaba la FN a su amigo Luis. Pero en esos años un hombre sabía que para llegar a viejo no tenía que escuchar muchas de las cosas que se oían ni mirar muchas de las que se veían.

Entre el Fantasma y Luis no usaban el nombre de guerra. Habría sido absurdo. Se conocían desde chicos, y habría sido absurdo y un poco teatral. Habían crecido en el mismo barrio.

Para Luis, el Fantasma era José Carmona, y para Carmona, Luis era Luis. Luis ocupaba un lugar tan modesto en la organización guerrillera que me parece que ni siquiera tenía nombre de guerra o el que tenía era el mismo que el suyo propio.

Luis y el Fantasma no tuvieron que esperar demasiado. Al rato llegaron otros dos, el Francés y Domingo. Carmona y Luis formaban un grupo guerrillero; el Francés y Domingo, otro. Carmona mandaba el grupo número 3 de la recién creada Agrupación de Guerrilleros de Ciudad, dependiente de la Junta Suprema de Unión Nacional, aunque no debe perderse de vista nunca que esta organización con voluntad autónoma venía a ser una *longa manus* del Comité Central del PCE. Nadie pensaba ya en los viejos «grupos de asalto» que de manera rudimentaria protagonizaron algunos sabotajes y acciones en 1942 y 1943. La Agrupación nació con voluntad de ser el embrión de un ejército. El Francés mandaba el grupo número 1. En fin, grupos de dos personas. Con eso se empezarán a entender muchas cosas. Al Francés y a Domingo Martínez Malmierca les pasaba lo mismo que al Fantasma y a Luis: entre ellos no necesitaban usar el nombre de guerra, porque habían estado en Francia juntos, y se habían pasado juntos, juntos habían llegado a Madrid, después de mil peripecias, y juntos seguían viviendo en la misma casa. Para Domingo, el Francés era Félix Plaza. Pero, sin embargo, para Félix, Carmona era el Fantasma, y para el Fantasma Félix era el Francés. Ellos dos, que habían sido presentados hacía unos días por alguien de la clandestinidad, era por ese nombre por el que se conocían. En cuanto a Luis y Domingo, al encontrarse por primera vez ese jueves, ni siquiera se dirigieron la palabra. Tampoco fueron presentados, se quedó cada uno de ellos al lado de su responsable respectivo sin abrir la boca. No iban a un baile de sociedad. Las normas de clandestinidad eran muy estrictas. No tenían muchas ganas de hablar. Sabían que habían ido allí para matar a unos hombres, pero no sabían cuántos ni quiénes. Cada uno de los cuatro rumiaba sus cosas, esos pensamientos que van tan deprisa que resulta difícil seguirlos sin perderlos.

Félix había estado unos días antes inspeccionando el lugar con una mujer que también le había sido presentada. Se encontraron en la estación de metro de Tribunal. La organización guerrillera era precaria. Se citaban en plazas, en calles, en esquinas, en estaciones de metro. Esa costumbre venía de tiempos de Quiñones, alguien a quien el cumplimiento de las normas no evitó que lo detuvieran, para fusilarlo meses después. Pero era difícil sobrevivir en una ciudad llena de policías. Tarde o temprano, todos caían. El Francés y el Fantasma intercambiaron unas palabras, pocas, precisas, a media voz. A Heriberto Quiñones le gustaba también citar a la gente en la calle, en las esquinas, en los metros, con encuentros breves y precisos. Los militantes no tenían casas, y a las pensiones se iba únicamente a dormir. Nadie metía a nadie extraño en una pensión. Encuentros cortos, apenas unos minutos, se hablaba de lo que hubiera que hablar, se acordaban las nuevas citas y a continuación cada cual se marchaba en una dirección distinta. Merche, la mujer con la que se había visto Félix, había hecho personalmente una inspección del lugar. Alguien le había dicho que marcarse el objetivo. Es así como se dice, marcar. Merche era un enlace, y los enlaces hacían esas cosas: trabajos de inspección, transporte de armas y propaganda, seguimientos. Los enlaces en su mayor parte eran mujeres. La mayoría de ellas tenía razones poderosas para prestarse a esa clase de trabajos tanto o más expuestos que otros: sus hombres estaban o huidos o presos o muertos. La mayoría conocía también la cárcel. No tenían treinta años, y ya habían cumplido condenas de cinco, una sexta parte de su vida. Merche había tenido un novio: se lo mataron en la sierra los primeros días de 1936. Muchas mujeres querían hacer volver a sus hombres, a sus muertos, o liberarlos o vengarlos. Merche y Félix inspeccionaron juntos el lugar, el barrio, el local de Falange, y cuando la inspección y estudio de la zona estuvieron terminados, y el informe fue favorable, el jefe les dio la orden «terminante» de asaltarlo, apoderarse de las armas que encontraran dentro y matar a los que en ese momento estuvieran allí, falangistas o no, con excepción de los muchachos del Frente de Juventudes. Alguien advirtió entonces que podrían encontrarse con algunas de las mujeres de la Sección Femenina, y el jefe, el mismo que les había presentado hacía unos días, prohibió que se disparase sobre las mujeres.

Merche vive todavía en el barrio de San Blas. Es la única superviviente de aquel drama.

Merche es la clave de muchas cuestiones oscuras de este caso, pero no quiere hablar; le ha dicho a uno por teléfono, déjeme en paz, se lo ruego, no quiero hablar con nadie. Treinta segundos, y colgó. Pero no ha perdido uno la esperanza. Mientras escribo este libro, le voy mandando cartas, libros, más cartas, preparando el momento en que la telefonee de nuevo. No contesta, pero recibe los envíos, porque le llegan por mensajero. No sé quién es, no sé nada de ella, ni sé si está sola, si tiene hijos, si pudo rehacer su vida después de salir de la cárcel, lo que piensa de aquello, lo que piensa de su partido, lo que piensa tras la desaparición de la URSS. Nada.

El jefe dio la orden, bien porque le llegara de un superior, como siempre diría, bien porque la diera él personalmente, y los cuatro guerrilleros quedaron comprometidos ese día para llevar a cabo el asalto.

Cuando estuvieron los cuatro, Félix, que era, además de responsable de su grupo, quien lo capitaneaba, se apartó unos metros y fue a hablar con una mujer.

Tampoco la conocía de nada. Se la había presentado el día antes la misma que a su vez le había presentado el jefe. Merche está siempre en el centro de esta historia. Por eso querría hablar con ella, pero quién tiene derecho a irrumpir en un recuerdo o en un dolor ajeno.

Félix sabía que la primera de estas dos mujeres se hacía llamar Merche, pero de la otra ni siquiera. De modo que cuando la policía le preguntó quiénes eran o cómo se llamaban, Félix sólo acertó con el nombre de Merche, «una muchacha bajita, feúcha, mal vestida, de unos treinta años, con unas gafas muy gruesas», y de la otra tampoco dijo mucho más, que se trataba de «una mujer de treinta y cinco a cuarenta años, gruesa, más bien baja y no mal parecida». En eso van a coincidir todos cuando la describan, aunque cada uno añadirá un nuevo dato, acaso precioso: uno dice «guapetona»; otro añade «con un abrigo negro»; otro insiste «regordeta». Esas descripciones fueron las que condujeron a la policía hasta la casa de la «guapetona», con la que Félix se puso a hablar un momento.

Le hizo saber que todo seguía según lo planeado. La mujer debía esperarles un poco más allá, pasar por delante del local de Falange y aguardar junto a un rudimentario campo de fútbol.

La mujer llevaba un gran capazo. Una vez cometido el asalto, llegarían ellos y depositarían en el bolso las armas, y desaparecerían a continuación. Ella se encargaría de llevar esas armas a donde tuviera que llevarlas.

Acto seguido, volvió Félix donde esperaban los otros y marcharon los cuatro guerrilleros juntos hasta el local, pero se quedaron desconcertados: en ese momento se había llenado de gente. La animación era grande, entraban y salían. Sobre el dintel de la puerta jardinera habían soldado unos mástiles, para poner banderas. Se veía de lejos la de Falange, con el yugo y las flechas en medio, como un cangrejo rampante en campo de pimentón y luto.

Aunque los pilares que sostenían la reja, sobre el murete, eran pesados y apenas dejaban un vano claro entre uno y otro, pudieron observar, a través de los ventanales, a un gran número de personas y a muchos chicos del Frente de Juventudes que subían y bajaban por la escalera, jugaban al fútbol en el salón de actos de la planta de abajo o planeaban actividades diversas. En muchos tal vez había prendido el espíritu falangista, pero lo cierto es que todos los menores de veintiún años formaban por ley del 6 de diciembre de 1940 parte del Frente de Juventudes, de la misma manera que todos los trabajadores formaban por ley parte del Sindicato Único.

Cuatro hombres eran muy pocos para intentar un asalto, que abortaron en ese mismo instante. Se dieron la vuelta, contrariados y quizá menos sombríos. Félix tuvo que caminar unos cien metros, meterse en la oscuridad del descampado y buscar a la mujer del capazo negro, a la que despidió hasta nueva orden, sin entregarle las armas, y tanto el responsable del grupo 1, Félix Plaza, el Francés, como el responsable del grupo 3, José Carmona, el Fantasma, acordaron entrevistarse al día siguiente con el jefe para pedir refuerzos.

Le vieron en otra estación de metro. Fijaron entre los tres el atentado para el domingo 25 de febrero, y el jefe se avino igualmente a aumentar la dotación guerrillera, aportándoles uno o dos guerrilleros más, pero fue Carmona en ese momento quien habló de un amigo suyo, al que podría incorporar, porque ya formaba parte de la Agrupación. No había contado con él antes porque esos días no había podido localizarlo. Pero le buscaría. Sólo había un problema, no tenía arma para él. El jefe le dijo que no se preocupara, porque cuando llegara el momento, le proporcionaría una. Y ahí se despidieron el jefe, el Francés y el Fantasma.

3

LAS COSAS SIEMPRE VIENEN DE LEJOS

o estampas de impresionismo sociológico, así como algunas pinceladas que van situando a algunos de los personajes de aquel asalto

La Agrupación de Guerrilleros de Madrid, dependiente del Alto Mando del Frente de Guerrilleros, no eligió la subdelegación de Falange de Cuatro Caminos al azar. Había muchas razones para ello.

Naturalmente, la policía sólo vio una, y así lo hizo saber a todos los periódicos que recogerían días después la noticia: se trataba de un local desprotegido y vulnerable, en un barrio extremo de Madrid. Sólo la cobardía de un grupo de desalmados asesinos podía fijar un objetivo como aquél. No era más que un local en el que tenían lugar diversas actividades de carácter cívico.

Se trataba, y se trata todavía, porque es lo único que parece que no han demolido, de un minúsculo chalé construido en los años veinte, como tantos otros que había por allí. No es bonito, pero las casas que han ido apareciendo después hacen que parezca de Palladio. No lo han pintado desde la guerra, o sea, que su color plomizo sigue criando solera. Tiene un aire entre suizo y ferroviario, muy poco alegre. En medio del barrio obrero, aquellos chaletitos manifestaban la prosperidad modesta de unos pequeños burgueses a quienes no importó apartarse del centro de la ciudad en busca de tranquilidad y precios más razonables en el suelo edificable, ni convivir con una población mayoritariamente obrera, socialista, anarquista y, ya en los años treinta, comunista.

El chalé lo levantó un constructor y lo heredaron sus hijas. Este hombre tuvo que exiliarse, primero en Francia y luego en México. Durante la guerra realojaron en él a unas cuantas familias toledanas que venían huyendo del avance del ejército de Yagüe. Acabada la guerra, la Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, amalgama que se conocía por la abreviatura de FET de las JONS, se lo quedó, con la voracidad que le caracterizó, en cuanto se disolvió el desfile de la Victoria, y no sería nada de extrañar que lo convirtieran esos primeros meses en un centro de detención, por lo que se puede deducir de lo que se cuente a continuación.

En el barrio algunos aseguran que allí hubo una checa del Socorro Rojo Internacional durante la guerra. Pero eso lo mismo es verdad que es mentira. No se puede uno fiar nunca de lo que le dicen, y menos de lo que se jura sobre los muertos. Lo más probable es que fuese el Socorro Rojo quien dispusiera de él para los realojos, y la imaginación popular hiciera el resto.

En 1964, cuando se cerró la Causa General, el dueño del chalé se acogió a la amnistía; volvió de México y reclamó su propiedad, que le fue devuelta de mala gana por la Falange, cuyos mandos le advirtieron amenazantes que jamás se le ocurriese abrir el sótano, cuya puerta de entrada llevaba sellada con hormigón veinticinco años.

Aquel sótano, que en su día contuvo la calefacción y la leñera de la casa, estaba ya cegado cuando llegó al chalé la familia del conserje Lara, en 1944, seguía sellado naturalmente cuando se lo devolvieron a su dueño, y sigue sellado todavía hoy, bajo el pacífico laboreo del marquetero que tiene en esa planta su taller, guardando sin duda una novela que acaso será mejor que siga durmiendo en el olvido.

En 1999 alguien, un ex falangista, aseguraba que ese chaletito lo habían tirado, y, como lo decía con tanta seguridad, ni siquiera fue uno a comprobarlo. Así que cuando un día de febrero de 2001 lo descubrí intacto, me quedé atónito.

Allí estaba, con sus dos plantas, tal y como sale en las fotos de la época, tal y como aparece descrito en las actas de la policía, aunque éstas no dicen nada de su estilo arquitectónico, porque ésas son cosas que ni le devuelven la vida a los muertos ni ayudan a capturar a los vivos. Yo tampoco sabría describirlo. Es a la arquitectura lo que uno de esos perros callejeros al pedigri

canino: tiene algo de racionalista, cúbico y pesado, tiene también algo muy torpe y floral, en la rejería, y en todo se aprecian emanaciones tristísimas y venenosas: quizá ese pequeño y sucio jardinillo delantero, con el piso de cemento que horadan los dos arbolejos, muy municipales ambos, o acaso esa escalera que arranca adosada a la casa de al lado y por la que se accede a la primera planta.

Todo sigue como entonces. En la planta baja había un salón de actos, por llamar así a una habitación de cuarenta metros cuadrados, un cuartucho destinado a botiquín y primeros auxilios, por si algún muchacho se despellejaba las rodillas, y una biblioteca sin libros y con una mesa y dos sillas para, sentados, pensar en ellos o imaginárselos. También en esta planta, y sin la menor separación del resto de dependencias, estaba la vivienda del conserje, una habitación de unos veinte metros cuadrados con dos camas, en una de las cuales dormía la mujer del conserje y la hija menor, de once años, y en otra, la mayor, de diecinueve, y el hijo de catorce. Al lado estaba una pequeña cocina, donde la familia hacía la vida, y pegado a ella, un cuarto de baño de unos seis metros cuadrados, con una bañera cuyo sumidero llenaba la casa de cucarachas, y un retrete que usaba toda la centuria falangista.

El piso noble del chalé era el de arriba, al que se llegaba, desde el jardín, por la escalera exterior.

Contaba con un hall raquítico. A mano derecha, entrando, se encontraba el cuarto reservado para los mandos de la Sección Femenina, al que se accedía a través de una puerta con un cristal esmerilado. Las mujeres de la Sección Femenina programaban allí sus campañas de instrucción de la mujer (cómo hacerlas buenas cocineras, cómo hacerlas buenas madres y cómo hacerlas buenas amas de casa).

A la izquierda, frente por frente de esa puerta cristalera, se encontraba la secretaría, donde se daba curso a las diferentes diligencias en relación a Falange y se tramitaban las consignas del partido. Tenía dos puertas, cada una en un extremo, dando al pasillo. Fue en esa secretaría donde encontrarían los guerrilleros a las víctimas.

Las tres habitaciones del fondo estaban dedicadas, una, a Cuerpo de Guardia, aunque el conserje era la que usaba para dormir; otra, a Cuarto de Banderas, para desengañar a cualquiera que pensara que aquella casa no era sino una institución civil, y, por último, el cuarto del jefe de Barrio, o sea, del subdelegado, despacho al que acudían a dejar los diferentes jefes de Casa sus minuciosos informes sobre el que hacía en voz alta comentarios contrarios a Franco o a la Falange, o el que no tomaba precauciones en bajar el volumen cuando escuchaba Radio Pirenaica o la estación de la BBC, o el que descuidaba su lenguaje, sus modales o su decoro, o aquellos que desatendían sus deberes dominicales para con la Iglesia.

Eso era un local de Falange.

El día 25 de febrero Félix y Domingo, con los nervios, llegaron un poco antes, y pudieron darse una vuelta por los Cuatro Caminos.

Hoy es un barrio descacharrado, lleno de monstruos arquitectónicos por todas partes, con iglesias de aspecto luterano y casas inverosímiles, levantadas en los años sesenta, y apenas conserva, aquí y allá, algún vestigio de la poesía descoyuntada y vorticista que tuvo hace setenta años, pero ese domingo de 1945 seguía siendo poco más o menos como había sido siempre, en 1900 o en 1920. Y pese a los tranvías, que daban allí la vuelta, y a una fuente monumental colocada en el centro, sobraba calle por todas partes; los Cuatro Caminos parecían el fin del mundo.

Félix y Domingo, para llegar a la calle Ávila, y camino del fin del mundo, pasaron por delante del cine Europa, racionalista y decrepito.

Era la dimensión metafísica de los Cuatro Caminos. Es un gran edificio de estilo alemán, expresionista, de líneas rectas y curvas, en el que las rectas son demasiado rectas y las curvas no son nunca demasiado curvas.

Félix se acordó del día en que vinieron a pegarse con los falangistas, después de un mitin de José Antonio en ese mismo cine, y los recuerdos o los nervios de tener que matar de allí a un rato a unos hombres, le volvieron sentimental, porque empezó a recordar cosas de una juventud que le parecía, sepultada entre los escombros de la guerra, muy lejana, a él que sólo tenía veintisiete años.

Domingo escuchaba siempre, como si a él nunca le hubieran ocurrido las cosas, y la verdad es que le habían ya ocurrido tantas como a Félix. Pero éste llevaba siempre la voz cantante, y su amigo asentía con arrobos. Los falangistas se llevaron lo suyo, le comentó de nuevo a Domingo; y eso salió luego en los interrogatorios ante la policía, lo de aquel día del mitin de los falangistas. Y cuando dijo él mismo «cosa de muchachos», uno de los policías le enganchó bien y le tiró al suelo.

Luego, en la celda, Félix pensó en lo absurdo de las cosas que recuerda uno y el momento en que las recuerda. ¿Por qué se acordaría entonces del cine Europa?

Uno de los policías le habló a Félix del cine Europa, y Félix tuvo que escuchar. ¿Nadie le había contado que en la última planta montaron una escuela naturalista y en la planta baja, una checa? ¿Nadie le había hablado de Felipe Sandoval? Y Félix no entendía por qué le preguntaban por aquel tipo del que jamás había oído hablar. ¿Era alguien que estaba detenido? ¿Tenía que ver con el asalto al local de los Cuatro Caminos? No. No era más que un asesino y se había tirado por una ventana, y tú, chaval, podías hacer lo mismo, le dijeron, si supieras lo que te espera.

Pero en realidad Félix no se acordó en el interrogatorio tanto del cine Europa como del Quinto Regimiento, que los comunistas montaron en el convento de los Salesianos, un poco más allá del cine Europa, con aquel Vittorio Vidali, comandante Carlos, que representó el lado más negro de un romanticismo y que acabaría envuelto en el asesinato de Trotsky.

Y Félix le señaló con la barbilla a Domingo el convento, un edificio muy triste de ladrillos faltos de vida, todo él de color purgatorio, y le dijo que allí se había alistado él. Y se sonrió. No tenía veintiocho años y recordaba ya las cosas como los viejos. Y de pronto se puso triste, no tanto por los hombres a los que iba a matar, como por la parte de su corazón que ya había muerto con ellos. Sus ojos habían visto ya demasiadas cosas.

Y después de la guerra, la represión salvaje que se desató en aquel barrio obrero. ¿Quién en él no arrastraba muchos muertos por dentro? ¿En qué familia no había al menos uno a quien dedicar los momentos más venenosos de cada atardecer? Félix y Domingo guardaron silencio. A su alrededor pasaban gentes pacíficas, que se recogían después del día de fiesta, parejas de novios, familias con niños, grupos de jóvenes. Risas. Bromas. Ruido. Félix y Domingo no reconocían aquel país. Les parecía aletargado, tras la guerra. Ellos habían venido para despertarlo, pero lo cierto es que la mayoría, vencedores y vencidos, sólo querían pasar la página cuanto antes, sortear los problemas, olvidar las penas, volver a vivir. Quizá aquello no fuese la felicidad, pero era lo único que tenían; es posible que no fuese nada, pero no querían perderlo con una nueva guerra. La vida se había puesto de nuevo en movimiento muy lentamente, como un tiovivo, como una barca voladora, y sólo unos cuantos querían seguir hablando de la guerra. Y Félix y Domingo percibieron en la normalidad festiva de todos su propia soledad. Y eso les hizo guardar silencio cuando, al margen de la vida que les rodeaba, se encaminaban para matar a unos hombres, tras una paz imposible.

4

A GRANDES RASGOS

o algunas nociones generales e imprescindibles, si no para entender esta historia, sí para comprender a quienes la protagonizaron

Aunque sólo sea a grandes rasgos, es imposible comprender lo que ocurrió aquel 25 de febrero de 1945 si antes no entendemos lo que ocurrió durante la guerra civil, y lo que vino ocurriendo después, entre los vencedores y entre los vencidos, que se quedaron en España o que tuvieron que exiliarse. Por esa razón hay que dejar a esos hombres, durante unas páginas, camino de su destino.

En el mes de marzo de 1939, y contra la opinión de parte del Gobierno y de los dirigentes comunistas, que representaban en ese momento la fuerza hegemónica y más disciplinada, unos cuantos políticos republicanos, anarquistas y socialistas, apoyados por las fuerzas que capitaneaba el coronel Casado, decidieron parlamentar con Franco una capitulación que deseaba la inmensa mayoría de un pueblo que había padecido tres años de sitio. Hablaban de una paz justa y una rendición honorable. La respuesta de Franco, como es bien conocido, no permitió ni la una ni la otra.

Cuando al cabo de unas semanas los nacionales entraron en Madrid con sus tribunales de justicia metidos en unos camiones, la población contraria a la República corrió alborozada a recibir a los liberadores, y empezó a pedir a gritos que se persiguiese no sólo a los responsables del terror, sino a cualquiera que hubiera contribuido a hacer tan larga la penosa espera de la liberación.

La experiencia de las checas fue pavorosa, pero no tanto como la de los paseos o sacas de gente que eran tiroteados y arrojados a las cunetas. Parte de la historia de esta ciudad no podrá ser contada nunca sin ese capítulo, el más negro de la izquierda de este país.

Como siempre que hay muertes de por medio, nadie quiere responsabilidades, que se atribuyen a «elementos» incontrolados, pero lo cierto es que, al menos en los cuatro primeros meses de la guerra, de agosto a noviembre de 1936, en mayor o menor medida, en la demencia de las checas participaron políticos, militantes y militares de todos los partidos y sindicatos, en unos casos sin el consentimiento de sus jefes y responsables, y en otros con todos sus plácets, o mirando hacia otro lado. Incluso las personas más cultas y civilizadas no fueron ajenas a la ebriedad de la violencia revolucionaria. Ya ha señalado uno en *Las armas y las letras* aquella sección de *El Mono Azul*, la revista de la Alianza de Intelectuales Antifascistas dirigida por Alberti, y que llevaba por título «A paseo», en la que se «paseaba» simbólicamente a un escritor no necesariamente fascista (Unamuno, por ejemplo), haciendo eco a los otros paseos en absoluto simbólicos.

Sin duda el número de doscientas checas que da la Causa General para Madrid es de todo punto desmedido, pero con muchas menos se pudo fusilar y asesinar entre ocho mil y catorce mil personas en Madrid durante la guerra, y agrupa uno entre esas cifras tan vagas todas las de quienes han hecho de ese arqueo puntilloso la razón de sus vidas. Los historiadores tienden a desconfiar, y con razón, del archivo de la Causa General: la mayor parte de los testimonios sobre los que se funda fueron arrancados bajo tortura. Y, sin embargo, los hechos que recoge son, en la mayor parte de los casos, irrefutables.

Era, pues, raro quien, en el bando de los nacionales y hablando de Madrid, no tenía un familiar más o menos próximo que no hubiera pasado por la experiencia de las checas, en su forma extrema

de muerte, en su forma atenuada de prisión o en su forma ubicua de amenaza. O aquel a quien no le hubieran «paseado» a alguien de la familia.

Los relatos de quienes conocieron las checas son tan terroríficos como los de aquellos que sobrevivieron a los campos de exterminio, con métodos de tortura tan refinados y sádicos que exceden cualquier consideración política.

La gente que sufrió las checas no lo olvidaría fácilmente. ¿Cómo olvidar a aquel Benigno Mancebo, pintor-decorador, jefe directo de Felipe Sandoval, que en nombre de la CNT, extendió el terror en Madrid? ¿O aquel Eduardo Val, el camarero jefe del Comité de Defensa de la CNT, ocupado, junto a las misiones de espionaje o de guerra, de los asaltos y robos, palizas y asesinatos que la organización no podía asumir como tal? ¿Y qué decir de nuestro Pedro Luis de Gálvez abriendo un gabinete de torturas en el portal de su casa, ayudado por su propia Dulcinea, la hija de la portera, acaso sólo para poder llamar al zaquizamí, enloquecido como el malandrín de un libro de caballerías, *Los Cervantes*? ¿Y cuántos testimonios no coincidían en ver a Margarita Nelken, la escritora y diputada socialista que había escondido a aquel Condés que capitaneó la expedición contra Calvo Sotelo la noche en la que lo asesinaron, como la sombra más siniestra de la checa comunista de Marina? Y no es porque la gente hubiera enloquecido, que también. Así lo cuenta Juan García Oliver, de la CNT, en *El eco de los pasos*.

¿Y qué decir de aquel Agapito García Atadell, tipógrafo socialista del *Abc*, y hombre de confianza de Indalecio Prieto, que se incautó del palacio de los condes de Rincón para montar allí su propia checa y acabar de aventurero? Trabajaba para él todo el sindicato de porteros de Madrid. Cuando Atadell se fugó a Marsella con Ortuño y Penabad, llevándose el alijo de lo que habían robado, el escándalo fue tan grande que jamás se ha vuelto a hablar de ello, pese a que la novela de su vida, rematada en el garrote vil que levantó para él Queipo de Llano, después de que compartiera cárcel en Sevilla con Arthur Koestler, hubiera dado ya para media docena de películas.

¿Y qué papel hace en toda esta locura la checa de Fomento, el estatal Comité Provincial de Investigación Pública con la que el Gobierno de los republicanos trataba de darle una apariencia legal a lo que en la mayor parte de los casos no eran sino venganzas personales o simplemente el paroxismo de la sangre? Pero peor aún que la experiencia desquiciada de las checas fue el frenético cainismo de las sacas de cárceles o de casas particulares, miles de personas paseadas y «picadas» en los arrabales de Madrid, contra cualquier tapia, sin otro proceso que aquella parodia de justicia inmediata, "popular" y revolucionaria.

Algún día alguien, desde la izquierda quizá, volverá a ese Madrid infernal, para investigar cómo con sueldos del Estado se pagaba a funcionarios improvisados de justicia o cómo los partidos políticos probaron el placer de las incautaciones y el lujo de los viejos aristócratas, para acabar justificando los pillajes con la excusa de financiar con ellos la Revolución o sus organizaciones respectivas.

Y muchas de estas cosas no se sabrán porque las repita la derecha, sino porque los muchos militantes de izquierda, apremiados por las necesidades, se preguntarán, ya en el exilio: y todo el dinero que recaudamos, recogimos y acopiamos, ¿quién se lo ha quedado?

Querrá hacerse o no caso de los versos de su *Insignia*, que León Felipe leyó en el Congreso de Intelectuales Antifascistas de la Valencia de 1937, pero no se pudo decir más claro: «Españoles, españoles revolucionarios, españoles de la España legítima, escuchad: Ahí están —miradlos—, ahí están, los conocéis bien. Andan por toda Valencia, están en la retaguardia de Madrid, y en la retaguardia de Barcelona también. Están en todas las retaguardias. Son los comités, los partidillos, las banderías, los Sindicatos, los guerrilleros criminales de la retaguardia ciudadana. Ahí los tenéis. Abrazados a su botín reciente, guardándole, defendiéndole, con una avaricia que no tuvo nunca el más degradado burgués. ¡A su botín! ¡Abrazados a su botín! Porque no tenéis más que botín. No le llaméis ni incautación siquiera. El botín se hace derecho legítimo cuando está sellado por una victoria última y heroica. Se va de lo doméstico a lo heroico, y de lo histórico a lo épico. Éste ha sido siempre el orden que ha llevado la conducta del español en la Historia, en el ágora y hasta en las transacciones. Pero ahora, en esta revolución, el orden se ha invertido. Habéis empezado por lo épico, habéis pasado por lo histórico y aquí, en la retaguardia de Valencia, frente a todas las

derrotas, os habéis parado en la domesticidad. Y aquí estáis anclados, Sindicalistas, Comunistas, Anarquistas, Socialistas, Trotskistas, Republicanos de Izquierda... Aquí estáis anclados, custodiando la rapiña, para que no se la lleve vuestro hermano. La curva histórica del aristócrata, desde su origen popular y heroico hasta su última degeneración actual, cubre en España más de tres siglos. La del burgués, setenta años. Y la vuestra, tres semanas».

Y así, las víctimas a las que se había robado, intimidado, vejado, sometido, no olvidaban ni los crímenes, ni los robos ni las vejaciones.

Pero también hay que remontarse un poco más arriba, y sopesar las condiciones materiales en las que vivía la inmensa mayoría de la población, que veía cómo una minoría defendía sus viejos títulos de propiedad, flanqueados por un ejército cerril y un clero fanático, furiosos ambos por leyes que recortaban no sus derechos, sino sus privilegios. Y no olvidar tampoco que los jornaleros vivían del capricho de unos señoritos que gustaban de meterles la espuela como a sus jacas, y que los obreros se ahogaban en la miseria y que cualquier huelga les llevaba no sólo a las cárceles, sino al quebrantamiento y al hambre, mientras veían, con sus propios ojos, cómo las clases favorecidas del país echaban sus sortijas en el champán sólo por el gusto de contar las burbujitas.

De modo que cuando en 1936 se desató el Terror, quisieron solventarse en días, males e injusticias de siglos, por lo mismo que cuando entraron los nacionales en Madrid los fascistas se apresuraron a vengar en horas los agravios de aquellos años, y muy deprisa, por si acaso las cosas tornaban de nuevo del otro lado.

Como en 1936, aunque de signo opuesto, en 1939 se amontonaron las denuncias, y se encarceló a miles de personas a las que no se dejaba en libertad hasta que no presentasen los correspondientes avales que les pusieran al margen de toda sospecha.

Se partía del principio según el cual todo aquel que no hubiera estado en el bando de los nacionales era un enemigo peligroso, a quien había que entregar a unos tribunales militares que, amparados en leyes no menos demenciales, dictaban sentencias con el mismo rigor jurídico que las que se dictaron en las checas madrileñas del verano y otoño de 1936. Primero aquella Ley de Responsabilidades Políticas, dictada poco antes de acabar la guerra como una aberración jurídica, por la cual el reo podía ser juzgado por hechos cometidos a partir de... octubre de 1934 y con calificaciones tan vagas como «crear o agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España» o haberse opuesto «al Movimiento Nacional con actos concretos o pasividad grave». O aquella otra Ley de Represión contra la Masonería y el Comunismo, de marzo de 1940, o aquella de 1947 sobre bandidaje y terrorismo que desembocaría en la creación del Tribunal de Orden Público.

Fue entonces cuando para muchos empezó el verdadero túnel.

Y tampoco estaban mejor los exiliados españoles en Francia, confinados en penosas condiciones en campos de refugiados.

Las fuerzas políticas de izquierdas, que tan desavenidas estuvieron durante la guerra, seguían echándose en cara las razones por las cuales ésta se había perdido. Y si muchos empezaban a darle la razón a los comunistas, porque se convencían de que haber rendido Madrid a Franco había sido un grave error político y humano, en agosto de 1939, con el pacto Molotov-Von Ribbentrop, asistieron perplejos a lo que consideraron una traición a la causa antifascista: Stalin firmaba un pacto con Hitler.

Muchos de los que se habían exiliado volvieron a casa más desengañados que nunca, apremiados por las autoridades francesas, o engañados por las españolas, que les habían prometido una política de manos tendidas.

Al cruzar la frontera, la mayoría fue encarcelada, procesada, juzgada, condenada o depurada. De los que quedaron en Francia, algunos pocos miles más, en verdad elegidos, lograron embarcarse hacia América antes de que estallase la guerra en Europa o durante los primeros meses de ella; otros, muy escogidos dirigentes comunistas, fueron admitidos en la inmensa y poderosa Unión Soviética, y unas cincuenta mil personas no pudieron o no quisieron dejar el Midi francés, porque vieron la posibilidad de combatir allí al fascismo que les había derrotado en España. De todos ellos, treinta mil acabaron en los grupos de trabajo alemanes; siete mil, en el Ejército francés; tres mil, en la Legión Extranjera, y diez o doce mil formaron el maquis español.

La palabra, de origen sardo muy antiguo, hizo fortuna pronto en todo el mundo. Literalmente, el *maquisard* era «el que se pega al terreno». En España existía una palabra igualmente intraducible e igualmente exportada a todas las lenguas, que significaba lo mismo: guerrillero. Pero demasiado romántica y decinovina para la crueldad moderna, o demasiado cercana de la palabra guerra, de tan amarga y propincua memoria para todos, fue sustituida por la nueva, y maquis prendió de inmediato en el vocabulario doméstico del español para designar a todos aquellos que con un arma en la mano se mimetizaban con el terreno, en los montes y en las montañas, a la espera de poder asestar sus golpes de fortuna militar.

En unos meses, desde finales de 1943 hasta el desembarco aliado en Normandía en junio de 1944 y la subsiguiente liberación de Francia, acabado el verano de ese mismo año, el movimiento maquisardo de antiguos combatientes españoles de la guerra civil llegó a ser considerable, con una presencia igual o superior en algunas regiones a la propia organización maquisarda francesa. Sus diez o doce mil hombres armados, experimentados en una larga guerra civil y con una moral de combate alta, volvieron a sentirse un verdadero ejército. Eran además una fuerza altamente disciplinada, sacrificada y acostumbrada a la clandestinidad, controlada en su mayor parte por el Partido Comunista de España, dirigido desde Moscú y México. En el verano de 1944, después de haber luchado durante un año contra los alemanes, fueron ellos en muchas ciudades francesas los verdaderos dueños, los auténticos libertadores.

Pero la situación empezó a ser incómoda para el propio general De Gaulle y su Estado Mayor, que comenzaron a apremiar a los españoles para que empezaran a pensar en abandonar la vida de guerrilleros. La milicia debía dejar paso a la vida civil cuanto antes, pensaron las restablecidas autoridades francesas, y tras un breve período que apenas duró meses, en el que se ajustició a los colaboracionistas más contumaces y sanguinarios, De Gaulle, preocupado por sembrar entre los franceses la concordia nacional, entró en el corazón de sus compatriotas por la más florida de las puertas con la más hábil maniobra política de toda su carrera: les convenció, sin distinción de condición y de pasado, de que los franceses, por el hecho de haber nacido en Francia, habían formado parte de la Resistencia contra los nazis.

En cuanto a los españoles, no es que tuvieran puestas grandes esperanzas en una intervención aliada, «a la francesa». No; y el propio Stalin desengañó a los dirigentes comunistas españoles de esa posibilidad. Pero la mayor parte de los políticos españoles en el exilio contaban con que una vez derrotados Hitler y Mussolini, nadie iba a querer dejar en su trono a su aliado Franco, quien había dicho el 18 de julio de 1941, para despedir a la División Azul que puso bajo el mando alemán del frente ruso, estas proféticas palabras: «Con la suerte de Europa se debate la de nuestra nación, y no porque tenga dudas sobre el resultado de la contienda. La suerte ya está echada. En nuestros campos se dieron y se ganaron las primeras batallas. En los diversos escenarios de la guerra de Europa tuvieron lugar las decisivas para nuestro continente. Y la terrible pesadilla de nuestra generación, la destrucción del comunismo ruso, es ya de todo punto inevitable. Se ha planteado mal la guerra, y los aliados la han perdido».

Los acontecimientos, sin embargo, hicieron que Franco cambiase su política, con el fin de granjearse la simpatía de los aliados: desde reducir los envíos de wolframio hasta asegurar que España, a su modo, era una democracia. Pero ninguno de los políticos de izquierda, dentro o fuera del país, podía imaginar que la Sociedad de Naciones iba a dejarse embaucar por un político tan zafio. Mantenerle en su trono; ése sí habría sido un verdadero esperpento.

De modo que, para los cálculos comunistas, sólo necesitaban una apariencia de guerra en España y una apariencia de unidad política, que favoreciera el cambio y la ayuda aliada. Como en Francia. La primera la conseguirían manteniendo una guerrilla; la segunda mediante una Unión Nacional, de amplio espectro. Sólo había que poner un poco de orden y dar la sensación de armonía y trabajo en común.

De momento, con las fuerzas opositoras al régimen de Franco en el interior no había que contar. Sencillamente no existían. Y en cuanto se recomponían, eran pronta, salvaje y sistemáticamente desmontadas y destruidas. Sólo los comunistas, a partir de 1941, parecían poder capitanear ese proceso.

Fue el momento estelar de Heriberto Quiñones, gran novela donde las haya, sólo superada por la del hombre que estaba llamado a sucederle, Jesús Monzón.

Había nacido en Moldavia, aunque nunca dijo en qué año. Se supone que a principios de siglo, y fue enviado a España hacia finales de los veinte por la Internacional Comunista como un revolucionario profesional.

Era albañil (cuando le tocó trabajar en las cloacas de Palma, se bautizó poéticamente «minero de alcantarillas», en recuerdo a Asturias, la tierra donde empezó su labor de agitación y propaganda) y nunca alcanzó antes de la guerra puestos importantes en el partido. En la guerra realizó labores de intérprete con los rusos y cuando pudo salir, prefirió quedarse en España, porque pensaba que la misión de un dirigente era permanecer junto a sus militantes, para conducirlos a la victoria final.

Logró burlar los controles franquistas y salir en libertad provisional de la cárcel, primero, y escaparse de los juzgados después, para organizar de nuevo, en un tiempo récord, al partido en el interior, durante 1940 y 1941, conectándolo con los Comités Centrales que residían entonces en México y en Toulouse. Los resultados fueron espectaculares; donde no había nada, de pronto apareció un Partido Comunista, o una apariencia de él, funcionando donde ninguna otra fuerza de izquierda estaba consiguiendo hacerlo.

Nunca quiso usurpar el poder de nadie, pero a los pocos meses empezó a funcionar como un «representante» o delegado en el interior del Comité Central, a cuyos dirigentes, huidos en México o la URSS, los Uribe, Mije, Ibarruri y Antón, parecía advertirles: «Vosotros tenéis un Comité Central y un Buró Político, sin Partido; yo, en cambio, tengo un Partido sin Comité Central y sin Buró Político; os conviene entenderos conmigo, porque un Comité Central sin Partido no es posible; un Partido sin Comité Central es lo más fácil de hacer: basta dotarle de uno, como de reina a un enjambre de abejas».

Mientras tanto, la política del PCE estaba dando un giro impulsado por hombres igualmente grises y audaces, que se habían quedado en España o en Francia arrojando el peligro de la policía franquista o de la Gestapo, como Monzón, a quienes se debe en buena medida la idea feliz de crear una Unión Nacional, o agrupación de todos los partidos antifranquistas, no sólo de izquierdas, para derrocar al fascismo. Era una vieja idea de 1938 de Negrín.

Quiñones, que compartió esa política, quiso darle un sesgo propio. A ello le daba derecho vivir en Madrid y conocía mejor que nadie la situación real del país. Pero era demasiado osado, pues ¿para qué están los Comités Centrales y los Burós Políticos, sino para decir a los militantes lo que ha de hacerse? Durante unos meses la dirección del partido en el exterior, tanto en Francia como en México, trató de seguir a Quiñones. Estaban en sus manos. Esto agradó sobremanera al moldavo, que se pavoneó ante algunos amigos y colaboradores. Pero en el fondo dejó insatisfechos a sus jefes en el exterior, que se asustaron de que alguien que no era nada ni nadie impusiera no sólo las tácticas del partido, cosa comprensible, puesto que era el único que seguía en España, sino la estrategia, y empezaron a enviarle, vía Lisboa, algunos fiscales de su política, agentes de los que Quiñones informaba a sus expedidores en México: «La presente es nada más para notificaros algo desagradable. Trátase de unas detenciones. Perpetua cayó porque quiso caer (no sabemos por qué nos enviasteis una mierda como ésa), e inmediatamente cantó y en consecuencia detuvieron a Lobo entre muchísimos. Este último, de la misma calidad de la compañera de fatigas, a su vez cantó y canta, sigue cantando como una cotorra (...). Por culpa de la chica que últimamente habéis mandado la detuvieron, y ha cantado la muy puta como un loro, por ella cogieron al de Sor».

Quiñones no tuvo tiempo de llevar a cabo sus proyectos, y en 1941 le detuvieron. No pudieron librarle sus medidas de seguridad. En un boletín camuflado del partido, bajo el título «La Gaita y la Lira», lo había advertido: «Han caído muchos de nuestros camaradas y caerán otros más, porque no hay lucha posible sin víctimas y mártires. Pero lo que es intolerable son las detenciones evitables y sus repercusiones por torpeza e incumplimiento propio, es decir: las bajas por automutilación. Esto, en la lucha, raya la traición».

En el momento de su detención únicamente llevaba encima una cédula con una identidad falsa.

Pese a las palizas, Quiñones se limitó a repetir su nombre, pero la policía fue más hábil y urdió una estratagema: puso un anuncio en el *Abc* indicando que un hombre, con las características de

Quiñones y la ropa que vestía, había sido recogido en la calle e ingresado en un hospital, por lo que se rogaba a las personas que pudieran responder de él, familiares o dueños de pensión, pasaran a identificarle. Al momento se presentó la dueña de la casa donde vivía, que desconocía las actividades de su pupilo, y la policía pudo incautarse de unas maletas donde el previsor dirigente, con vocación burócrata, guardaba direcciones, organigramas de los diferentes comités del partido, nombres, enlaces. Las detenciones en cadena fueron tan numerosas que doscientas justifican aquí la palabra hecatombe.

Entre los diferentes documentos y cartas halladas en el alijo del revolucionario se encontró un manuscrito del que Quiñones era autor, titulado «Anticipo de orientación política», ciento cincuenta páginas de teoría política, táctica y estratégica. En ellas desarrollaba las posibilidades de la recién creada Unión Nacional. Era un trabajo feliz: al fin y al cabo, no tenía que ponerse en lugar de nadie para saber qué era la Unión Nacional. En el fondo se sentía su creador.

La policía lo destruyó hasta romperle la columna vertebral, aunque el informe del médico de la DGS, el doctor Canino, gran nombre por cierto, atribuyó la parálisis a «una simulación del procesado».

Su final fue bien triste. Quiñones y otros dos fueron condenados a muerte, y el 2 de octubre de 1942, fusilados los tres en el cementerio del Este, Quiñones sentado y atado a una silla, por no poderse mantener en pie. Cuentan que segundos antes de la descarga de las ametralladoras gritó, como los héroes bolcheviques: «¡Viva la Internacional Comunista!». Pero antes aún hubo de asistir (dicen que bastante indiferente) a su expulsión del partido... por traidor y por sus errores.

¿Y cuáles habían sido sus errores, cuál había sido su traición? La furia antiQuiñonista no tardó en desatarse en el PCE. Lo calificaron sucesivamente de delator, sectario, provocador, aventurero y agente británico. Su imperdonable equivocación había estado en haber asumido demasiadas tareas y «pasarse las veinticuatro horas del día entrevistándose en la calle con unos y con otros». Otro yerro fue su suficiencia, creer que detendrían a todos menos a él. Pese a las veces que le indicaron los riesgos que corría y el peligro en que ponía al partido, hizo caso omiso. Error, fue considerarse y hacerse tratar como un caudillo e intentar unificar las direcciones del exterior y del interior. Naturalmente, en el partido no se consideraba esto un error, sino una traición, aunque no encontraremos a nadie que se atreviera a formularlo de esta manera. Además, cuando hubo que hacer leña del árbol caído, apareció el oportuno chivato que aseguró haberle oído hablar «bien de Pepe [José Díaz] y de Dolores [Pasionaria] aunque también decir que los de fuera no son más que

unos emboscados, unos aventureros, y que el día que cambie esto habrá que fusilarlos honradamente».

Antes de fusilar honradamente a nadie, cayó el propio Quiñones, pero su semilla de independencia y audacia era la misma que germinaba en el corazón del otro hombre clave de esta historia, Jesús Monzón. Dos vidas que se solaparon.

Sin Quiñones no hubiera sido posible Monzón, y sin éste tampoco los dos grupos guerrilleros que el 25 de febrero quedaron citados junto a unas barcas-columpios para matar a unos hombres desconocidos.

Después de Quiñones el comunismo español quedó desarbolado. El golpe

fue tan duro que al partido le costó reponerse. En cuanto al resto de las fuerzas políticas que estuvieron significativamente nutridas en la República y durante la guerra, UGT, PSOE y CNT, iban desapareciendo paulatinamente del interior de España, destruidas por la represión y el miedo.



Sólo los comunistas parecían sacar de la nada militantes que ocupaban el lugar de los caídos, y eso que la vida activa de un militante comunista no solía pasar de los veinticuatro meses. Tarde o temprano, acabaron cayendo todos.



Jesús Monzón nació para tenerlo todo en el comunismo español; se lo arrebataron, a partes iguales, Santiago Carrillo, la policía franquista y los gajes del oficio.

Si en la de Quiñones hay, con todo, una cierta lógica, en la vida de Jesús Monzón, no. Había nacido en Pamplona en 1910, en una familia aristocrática, estudió con los jesuitas y terminó la carrera de Derecho, en la que hubiera podido ser un hombre brillante. Pero se afilió desde muy joven al PCE, acaso porque el resto de sus amigos ya lo habían hecho en otros partidos, carlistas, cedistas, republicanos...

Leyendo la apasionante biografía de Monzón, de Manuel Martorell, se tiene la impresión de que Monzón es alguien que disfruta creando un partido en su provincia, organizándolo y mandándolo. Es

decir, alguien a quien más que cambiar el mundo le interesa dirigir la empresa que haya de cambiarlo; lo demostró desde muy joven con los cargos que desempeñó, primero en el PCE de su pueblo, y luego en la guerra, como gobernador civil de Alicante y Cuenca o secretario de Defensa.

«Monzón era un tipo humano peculiar, un navarro vitalista que no se ajustaba precisamente a lo que la tradición estalinista denominaba "temple bolchevique"; caracterizado por el puritanismo, la disciplina, la discreción, la abnegación y la confianza plena en los dirigentes. Monzón gustaba de la comida como experto, tenía un encanto hacia las mujeres del que da testimonio su propia vida (se le conocen oficialmente cuatro), le gustaba jugar al bacarrá y la ruleta en el casino de Biarritz, vestía a la antigua y cautivaba con su individualismo, su palabra fácil y su pluma brillante, de la que decían sus amigos, que entonces eran muchos, que se parecía a la de Henri Barbusse, cenit de la literatura en el mundo comunista español. Había nacido para mandar y allí donde iba acababa dirigiendo. Tenía una "cultura cosmopolita"; término acuñado por el estalinismo para designar la frivolidad y que traducía exclusivamente un cierto interés intelectual por todas las cosas que merecían la pena. Un veterano comunista le definió como "un señorito" y, sin embargo, este hombre, hábil y valiente, va a ser el máximo dirigente político del PCE en la clandestinidad desde diciembre de 1943 hasta finales de 1944. Será detenido en el verano de 1945 por la policía de Franco. Fue quizá el dirigente clandestino de los años cuarenta que más tiempo duró en el interior sin ser detenido»; éste es el breve pero elocuente retrato que hizo de él Gregorio Morán, en su difícilmente superable *Grandeza y miseria del PCE*.

Cuando empezó la guerra en Europa y los dirigentes partieron hacia México o la URSS, Monzón, separado ya de su primera mujer, decidió permanecer en Francia. Tenía dos buenas razones para ello: el partido y Carmen de Pedro, una muchacha de veintidós años, gris y manejable, y sin otra preparación política que haber sido mecanógrafa con funciones de secretaria en el Comité Central del partido, y a quien éste dejó como responsable suprema.

Monzón, mucho más inteligente y mejor preparado políticamente que la chica, aceptó gustoso colaborar con ella en la sombra, moviendo los hilos y reagrupando a los militantes más valiosos, incluso a aquellos que, como Gabriel León Trilla, habían sido depurados por diferentes razones y apartados de los órganos de dirección.

Poco a poco, y siempre escudado en Carmen de Pedro, que era quien tenía el apoyo del Comité Central, Monzón empezó a poner las bases de «su» PCE, como Quiñones estaba imponiendo las suyas en Madrid, por las mismas fechas.

No sólo no serían absorbidos en el Partido Comunista Francés, como éste quería, sino que estaban en condiciones de crear su propia organización militar para defender los intereses de la URSS en la retaguardia de los nazis. Cuando los maquisardos franceses pedían colaboración a sus colegas españoles, Monzón respondía: «Éstos quieren hacer cartel con nosotros», consciente de haber atacado ya a los alemanes mucho antes de que los comunistas franceses hubieran disparado un solo tiro. Es decir, Monzón era alguien a quien el cartel le preocupaba mucho.

Por eso dio prioridad a «Su» proyecto de *Reconquista de España*, órgano de la UNE, cuyo primer número apareció el 1 de agosto de 1941. La nueva política era clara: llamamiento a todas las fuerzas de izquierda (en ese primer número figura una célebre carta al PSOE), llamamientos incluso a jóvenes que hubieran militado en la Falange, apoyo a los carlistas en sus luchas frente a los falangistas, consignas de infiltración en los sindicatos franquistas, apertura del partido a organizaciones de masas no controladas directamente por él.

Envío al mismo tiempo emisarios a un tal Quiñones, que le habían dicho que es quien se había hecho con el partido dentro de España, y que tenía ideas parecidas. En fin, dos advenedizos. La dirección, en México y en Rusia, no se lo perdonaría, ni a uno ni a otro. La permanencia de uno en suelo español, desafiando a la policía de Franco, y del otro en suelo francés, retando a la Gestapo, era demasiado arrogante como para no ponerles en evidencia.

Pero la caída de Quiñones, la debacle consiguiente y el desconcierto del Comité Central, todavía en la diáspora, no le facilitaron mucho las cosas.

Manuel Azcárate, un joven dirigente comunista que empezó entonces a colaborar con Monzón, cuenta en sus memorias que se quedó atónito al ver cómo éste había logrado montar de la nada una organización que aglutinaba ya a unos miles de militantes, y con un periódico como *Reconquista de España*, que bajo el cuidado personal de Monzón tiraba también miles de ejemplares. El éxito político y militar de Unión Nacional fue relativamente importante, y cuando Pasionaria lanzó su «Manifiesto de la Unión Nacional» del 16 de septiembre de 1942, Monzón le dijo a Carmen de Pedro, cuyas relaciones sentimentales ya habían trascendido incluso (dato éste de cierta importancia, pues era el partido quien bendecía o disolvía los matrimonios o los noviazgos entre militantes): «He visto más lejos y más claro», porque creía haberse anticipado a la política de Pasionaria.

Empezó su vida de conspirador: agentes, divisas, contactos al más alto nivel. Quiso enrolar a todo el mundo en su majestuoso buque. Invitó a Gil Robles y a don Juan de Borbón a enrolarse en el pacto, se entrevistó con carlistas, con nacionalistas, con católicos. Volvió a ver a viejos amigos de juventud, aristócratas como él. Regresaba al gran mundo, en el que se educó y que tanto le fascinaba: también él era un tipo elegante y le gustaba vestir bien, comer, beber, correrse sus pequeñas juergas.

«¿Por qué no?», solía decir con cierto cinismo. Un partido, sin embargo, en el que sus dirigentes tenían vocación de vestir de marrón (combinado con gris), no lustrarse los zapatos, comer a diario potaje de garbanzos con bacalao y apagar los cigarrillos de la sobremesa en las peladuras de las naranjas, no podía entender a un hombre que llevaba sus buenos trajes, su sombrero, su gabán, que entraba en buenos restaurantes, dejaba propinas generosas y fumaba cigarrillos ingleses (tan sospechosos en el proceso que le abrieron más tarde).

Su objetivo podría resumirse en estos seis puntos:

«1º Ruptura de todos los lazos que unen España a Hitler y a los países del Eje. Adhesión a la Carta del Atlántico y a la Conferencia de Moscú.

2º Depuración del aparato del Estado, principalmente del Ejército, de los falangistas que no puedan probar indubitadamente que lo han sido a la fuerza.

3º Amnistía para todos los perseguidos por Falange por motivos políticos. Nulidad de las sanciones impuestas por jurisdicciones especiales (tribunales militares, de responsabilidades políticas, de masonería y comunismo, Fiscalía de Tasas, etcétera). Reparación de los daños causados por injustas sanciones administrativas o penales.

4º Restablecimiento de las libertades de opinión, prensa, reunión, asociación, de conciencia y práctica privada o pública de cultos religiosos.

5º Política de reconstrucción de la vida económica y social y cultural inherentes a la dignidad de la persona humana. Revisión de las fortunas ilícitamente amasadas durante el período franquista.

6º Creación y preparación de las condiciones necesarias para convocar elecciones en las que los españoles pacífica y democráticamente designemos una Asamblea Constituyente ante la que rinda cuentas de su gestión el gobierno de la UN y que promulgue una Carta Constitucional de libertad, independencia y prosperidad para España».

En cierto modo, en este programa se asentaban las bases de uno de reconciliación nacional, del que justamente se benefició Santiago Carrillo, el hombre que también acabaría echando a Monzón del partido.

Mientras, la policía franquista seguía deteniendo a sus emisarios, y Monzón decidió entrar él mismo en España, cosa que hizo probablemente en septiembre de 1943, tras los pasos de quien era ya su lugarteniente, Gabriel León Trilla, para montar a las pocas semanas una Junta Suprema de Unión Nacional, de la que naturalmente se nombró presidente.

A Monzón le recibió una España compleja y vagamente esquizofrénica. Por un lado, la España integrada por vencedores y vencidos, que trataba de olvidarse de la guerra civil. Por otro, la de los vencedores, beligerantes con todo aquello que se le opusiera; y por último, la de los vencidos. Una España en la que nadie podía respirar sin que llegara a oídos de un policía o de un soplón. Monzón hubo de «sumirse en las catacumbas de la clandestinidad», aunque tampoco debió desesperarse: «toma Madrid como centro de operaciones y aunque viaja frecuentemente mantiene una clandestinidad tan duradera que sorprende para aquellos momentos, y quizá a su personalidad barojiana le fueran bien las sutilezas del enmascaramiento clandestino. Si por algo llamaba la atención Monzón, cuentan los que le trataron entonces, era por su peculiar aliño: impecable siempre, simultaneaba los ternos clásicos con la capa castiza. Según un testigo, parece que siempre iba a los toros: capa larga, sombrero de ala ancha y puro en la boca. Se hacía pasar por médico, y su residencia habitual la tenía en un chalé del paseo de Arturo Soria», cuenta Morán.

Para entonces sus relaciones sentimentales con Carmen de Pedro, que se quedó en Francia, empezaron a enfriarse, y Pilar Soler, la muchacha que entre Carmen y él habían buscado para que le sirviera en España como simulacro de un matrimonio bien avenido, acabó sustituyendo a la primera en todos los sentidos, en el tálamo y en el comité. La ruptura sentimental dejó a Carmen no sólo abatida, sino desairada.

Pero a Monzón y Trilla les preocupaban ya otras cosas: impulsar una Unión Nacional que se pusiera al frente de un levantamiento de masas y crear su gran organización guerrillera, capaz de extender el clima de preliberación a todo el territorio, rural o urbano.

Durante los primeros años de la guerra mundial, con el pacto germano-soviético, la esperanza de muchos exiliados se desvaneció. La entrada en la guerra de la URSS cambió las cosas, pero el panorama se transformó de forma radical cuando los aliados desembarcaron en Normandía. La valiente actuación del maquis español durante los años de 1942-1944 y la política comunista de la Unión Nacional les devolvió la ilusión: la anhelada reconquista de España.

Parece que la idea de invadir España por el valle de Arán partió del mismo Stalin, o de Pasionaria. Como salió mal, nadie se quiso hacer responsable de ella, pero la llevó a cabo, de manera indubitable, Monzón.

En las vísperas de esa invasión, la euforia desatada tanto entre los miembros de la Junta Suprema del interior como entre los del Comité Central de México era grande. Les llevó a los primeros a inventarse unas noticias sobre España verdaderamente insólitas, como que en Madrid se sucedían las manifestaciones multitudinarias antifranquistas (de setenta mil participantes), y a los de fuera a creérselas. Dicho así, podríamos pensar que se trataba de fraudes políticos entre socios de la misma empresa, aunque cierta malicia nos llevaría a creer que unos mentían, otros hacían como que se lo creían, y entre unos y otros procuraban obtener de todo ello algún beneficio internacional, bien en la propia URSS, bien entre los numerosísimos simpatizantes con que contaba la causa republicana fuera de España. Digamos que era una cuenta de resultados presentada para obtener nuevos créditos que permitieran seguir con el reparto de beneficios, al más puro estilo capitalista.

La invasión del valle de Arán resultó, como es bien sabido, un fracaso de proporciones insospechadas, con ribetes más o menos folclóricos: entrada en algunas aldeas, pegada de carteles («Como en julio de 1939, por España, por la República»), discursos patrióticos y confraternización con una población atónita e indiferente al ardor revolucionario. Las crónicas comunistas del momento causan hoy, pese a todo, una tristeza enorme: hubiera sido mejor no haber conocido nunca los detalles exactos, y menos aún por boca de quienes resultaron derrotados una vez más en toda la línea, esa «alegría desbordante» de la población o aquel «entusiasmo generalizado» o «la fuga masiva de los jerarcas falangistas, que salían huyendo en cuanto se corría la voz de que llegaban nuestros guerrilleros». Al cabo de once días, del 9 al 29 de octubre, éstos, sorprendidos por el desproporcionado despliegue militar de las tropas de Franco, que destacó en la zona a generales del prestigio de Moscardó, Yagüe, García Valiño y Monasterio, y desconcertados por la indiferencia civil, hubieron de replegarse y pasar las líneas de nuevo, para ponerse salvos. Las autoridades francesas, molestas por lo que consideraron un sainete que no venía a cuento, empezaron a pensar en la disolución del ejército guerrillero. Más que un fracaso militar, fue un fracaso moral, y el principio de una larga agonía de la guerrilla en España, que no había hecho sino comenzar, ya que a ésta le derrotó en los Pirineos no sólo el importante contingente militar de cuarenta mil o cincuenta mil hombres (la propaganda comunista habló hasta de ciento cuarenta mil), sino la indiferencia y la apatía de una población con la que, tras seis años de exilio, empezaban ya a no tener mucho que ver. La mayoría de los guerrilleros salvó la vida sin mayores problemas, es cierto, pero hubo otros que quedaron copados y tuvieron que huir a la desesperada, adentrándose en territorio español. Unos se emboscaron por los montes cercanos o buscaron hacerlo en sus regiones de origen, otros trataron de reinsertarse en la vida civil, y otros no sabían muy bien qué iba a ser de ellos. Entre estos últimos hubo dos a los que conocemos. Llegarían a Madrid un mes más tarde. A uno le llamaban el Francés, y otro era su amigo Domingo, y ambos iban a tener un papel protagonista en una historia que había empezado a escribirse sin que ni siquiera lo sospecharan.

5

MADRID DESPIERTA

o cómo todas las fantasías necesitan muy poco para dejar de ser una sombra sin dejar de ser un sueño

Sería abusivo insinuar que Carrillo, que acababa de llegar de un largo exilio en América, se alegró del fracaso estrepitoso de la invasión del valle de Arán, pero sí lo aprovechó para propalar que fue él quien dio la orden de retirada evitando que el desastre fuera mayor. López Tovar, el jefe militar que dirigió las operaciones, fue bastante claro: «La orden de evacuación ya estaba dada» cuando Carrillo llegó a Toulouse.

El revés de Arán había sido serio, pero Monzón no desesperaba. La guerra contra Alemania no había terminado, él tenía su organización intacta esperando una orden para entrar en acción y un partido que tanto fuera como dentro de España iba creciendo. Tras casi seis años de dictadura eran muchos los que pensaban que «aquello no podía durar más», ritornelo al que únicamente la muerte de Franco puso fin.

Pero Carrillo, un joven ambicioso, no parece que estuviera dispuesto a consentir que Monzón, que tanto había subido en el partido, no pagara o respondiera de sus errores. En realidad no podía tolerar que Unión Nacional burlase el fielato del Comité Central y actuara con autonomía... provocadora.

Podemos seguir este tramo de la historia en el relato que de ella hace Gregorio Morán: «Carrillo pone orden, su orden, en la organización que ha encontrado en Francia y en el interior. Va a restaurar la jerarquía, esa estructura del partido que se ha cuarteado durante tantos años de guerra y caos. Lo primero que hace es responsabilizarse personalmente de la escuela guerrillera de Toulouse, de donde saldrá a partir de ahora el futuro ejército liberador de España. No entrarán en la Península formando grandes unidades, sino pequeñas partidas; hombres sueltos que instruyen a los del interior. Su primer y principal comisionado hacia España, su hombre de confianza, será Agustín Zoroa».

Agustín Zoroa tenía veintiocho años, había nacido en el norte de África y llegó a Madrid clandestinamente a finales de 1944. Lo primero que hizo fue entrar en contacto con Monzón, que seguía llevando la dirección del PCE en el interior, aunque a partir de ese momento quedaron diferenciadas sus funciones. Monzón se reservó la dirección política y Zoroa la militar, siendo además éste el contacto con la dirección en Toulouse, o sea, con Carrillo.

"No tardan en surgir las diferencias entre ambos —sigue diciendo Morán—, y Zoroa es el encargado de transmitirlos. Las relaciones entre los dos se agrían y Monzón empieza a sentirse políticamente aislado. Figura aún como presidente de la Junta Suprema de la Unión Nacional, pero ya no la controla (...) Son los últimos coletazos de Monzón, se siente acosado por la policía y por el partido que ha enviado a nueva gente (...) Los informes de Zoroa en Toulouse socavan cada vez más el peso político de Monzón en el interior. Su situación se hace más incómoda al saber que Zoroa acaba de casarse, en uno de sus últimos viajes a Francia, con su antigua compañera, Carmen de Pedro. A partir de ahora los ataques a Zoroa podrán ser interpretados de muy diversa manera, porque él percibe en Agustín algo de animadversión personal." "En febrero de 1945", y con ello ya nos acercamos más a esa noche de los Cuatro Caminos, "Monzón deja ya de ser 'el hombre del interior': La ocasión coincide con la aparición de una 'Carta abierta de la Delegación del CC del interior'; que llegaría a ser famosa entre los militantes, en la que se van a enunciar críticas implícitas y explícitas a los hombres que hasta ese momento han capitaneado la Junta Suprema en el país. Esta 'carta abierta' fue redactada íntegramente en Francia por Santiago Carrillo. (...) Acusaciones antimonzonistas que se harán lugar común desde entonces. Lentitud, elitismo y falta

de confianza en las masas constituyen los tres pecados de la organización de Monzón en España. La "carta abierta" quiere echar la casa por la ventana y lanzarse al no va más que para ellos es el terrorismo individual: "Hay que ejecutar a todos los magistrados que firmen una sentencia de muerte contra un patriota (...) Hay que pasar decididamente a la ejecución de los jefes de la Falange responsables de la ola de crímenes y terror (...) Por cada patriota ejecutado deben pagar con su vida dos falangistas"».

Volvía de nuevo la vieja dialéctica de las pistolas, el ojo por ojo y por cada uno de los nuestros, dos de los suyos.

Partiese de Carrillo, partiese de Monzón o de Zorúa la orden de rearmar inmediatamente una guerrilla en Madrid, el caso es que en la ciudad los guerrilleros no iban a pasar de media docena. Dos de ellos estaban también en camino, desde Francia, Félix Posada y su amigo Domingo Martínez Malmierca; a otros tres acababan de encuadrarles en el barrio de la morería como guerrilleros, y otros dos, venidos también de Francia, esperan órdenes. En total, siete hombres. He aquí toda la organización guerrillera de Madrid con la que Monzón trataría de llamar la atención de los aliados y del mundo.



Al estallar la guerra Domingo trabajaba como dependiente en una ferretería de la calle Santa Engracia. Era tres años mayor que Félix, había nacido en el año 1918. Tenía, por tanto, veintisiete años. No era ni alto ni bajo, tenía el pelo negro y los ojos de color miel, grandes y de sabueso depresivo. En las fotos se advierte ya que era un hombre apocado y con un carácter retraído, uno de esos seres en los que las circunstancias se ceban. Tenía la cara larga, con mucho mentón y unos labios gruesos, sensuales y agarenos. Todos los indicios llevan a creer que él fue no quien cantó más en la policía, sino el

primero, quien habilitó, las otras detenciones. En la declaración que le hicieron firmar, tras haber sido «convenientemente interrogado y después de numerosas contradicciones y vacilaciones», no dice «al estallar la guerra», sino «cuando comenzó el Glorioso Movimiento Nacional», lo cual no deja de ser un pequeño escarnio que se cometió con él.

Hasta 1936 Domingo no había pertenecido a ningún partido político ni organización sindical, pero se afilió a la UGT en noviembre de 1936 y a principios de 1938 a las Juventudes Socialistas Unificadas. En septiembre de 1936 se enroló voluntario con dieciocho años en las milicias llamadas «Leones Rojos», estuvo destinado en varios frentes y acabó de sargento. Después de la guerra marchó a Francia, en donde conoció diversos campos de concentración, y al recobrar la libertad empezó a trabajar en una empresa alemana de Tours. Al «evacuar Francia las tropas alemanas»...

Desde un cierto punto de vista, para comprender la época y a sus protagonistas, son importantes los matices con los que cada cual arrostra la realidad. La policía podría haber escrito «al retirarse», «al abandonar», «al huir las tropas alemanas», pero prefiere ese otro verbo «evacuar», más aséptico. Bien, en ese momento Domingo quedó sin trabajo y en una situación precaria, por lo que en septiembre de 1944 acudió al llamamiento de Unión Nacional en Tours y se enroló en una agrupación de guerrilleros, que fue trasladada a Vierzon, donde permaneció por espacio de treinta días acuartelado, que se fueron en la instrucción militar. Garantizaba de este modo, al menos, el sustento, lo cual, para una época tan inestable como aquella, no era poco. Podía ser un buen

patriota, no tenemos por qué pensar que fuese un mercenario, pero nunca fue propiamente un guerrillero, y eso lo pagarían todos, empezando por él.

A primeros de noviembre de 1944, y de acuerdo con las nuevas consignas carrillistas, cruzaron la frontera dos brigadas de guerrilleros, una de las cuales era la suya, adscritas a la 186 División, mandada por un tal Muñoz, con graduación de teniente coronel... Bien, brigadas, división, coroneles... Todo parece un poco desproporcionado, pero la solemnidad es parte de la retórica, incluso de la revolucionaria.

La entrada en España la efectuaron por el Pirineo aragonés, por la zona de Jaca, aunque Domingo no supo precisárselo a los policías, porque desconocía aquel terreno. En todo caso entraron cuando la operación del valle de Arán, que se desarrolló entre el 9 y el 29 de octubre, estaba ya cerrada. Cada uno de los hombres llevaba una metralleta americana o fusil canadiense, cuatro o cinco bombas de mano inglesas y dinamita en forma de pastillas.

Una vez que se encontraron en «suelo patrio» se separaron las dos brigadas; la suya marchó hacia Huesca y la otra a la policía ya no le importa saber hacia dónde, por no desviarse de la cuestión.

Con la suya ocuparon algún pueblo, en el que se aprovisionaron, porque llevaban una ración muy escasa. En el primer encuentro con el Ejército salieron «huyendo en desbandada, toda vez que quedó demostrada una plena superioridad cualitativa y moral combativa en las fuerzas gubernamentales». Esta frase se la meten también de matute al pobre Domingo, que habrá de darle su paternidad cuando la firme.

Después de ese encuentro, él, uno que se llamaba Carlos Guijarro y Félix Plaza, a los que conocía desde el enrolamiento en la agrupación, marcharon hacia Zaragoza, se descolgaron definitivamente de su brigada, de la división y de la retórica.

Caminaron durante un mes aproximadamente en condiciones épicas. De Jaca a Zaragoza, contando los que hay desde la frontera a Jaca, no alcanza a doscientos kilómetros, pero anduvieron erráticos, y los doblaron, lo que quiere decir que sus jornadas debían de ser de entre doce o catorce kilómetros cada noche. Obtenían los datos para su orientación, así como algunos alimentos, de los campesinos y pastores que iban encontrando en su marcha.

Hay un libro de un viejo maquisardo, José Gros, *Abriendo camino*, en el que se cuenta muy a lo vivo las andanzas de los guerrilleros que entraban y salían de España. Todo el esfuerzo se lo llevaba la supervivencia, cargar el armamento y los víveres, avanzar de noche, no hacer fuego bajo ninguna excusa, comer, casi siempre frío, de lo que se pudiera, se mendigara o se comprara, evitar los caminos reales y las carreteras, renunciar a los encuentros con los paisanos, salvo cuando tales encuentros no fueran imprescindibles, y tomar mil precauciones antes de enlazar con los contactos, por si éstos habían sido infiltrados. Y siempre solos. Y siempre acosados. Sostenidos por una vaga idea, tan hermosa como lejana, de victoria.

Al avistar el Ebro, cerca de Caspe, se dispusieron a cruzarlo, pero los puentes estaban vigilados por retenes del Ejército y de la Guardia Civil.

En un paraje solitario descubrieron, amarrada a la otra orilla, una vieja barca. El único que sabía nadar del grupo, Carlos, se desnudó y se metió en las heladas aguas del Ebro, pero en cuanto llegó a la ribera, fue descubierto por una patrulla y hecho prisionero.

Domingo y Félix, que miraban la escena metidos entre unos carrizos, no pudieron advertirle del peligro, por no quedar al descubierto ellos mismos con las voces, así que de manera sigilosa recogieron la ropa del compañero, su documentación y su armamento, y se escabulleron de allí. Un poco más adelante se deshicieron del armamento de Carlos, el fusil canadiense, pero conservaron su documentación y su ropa.

Después siguieron camino de Zaragoza y unos cuatro o cinco kilómetros antes de llegar a la ciudad abandonaron en una casa de labor, en unos pesebres, su propio armamento, una metralleta y un fusil americanos, «sin tratar de ocultarlos».

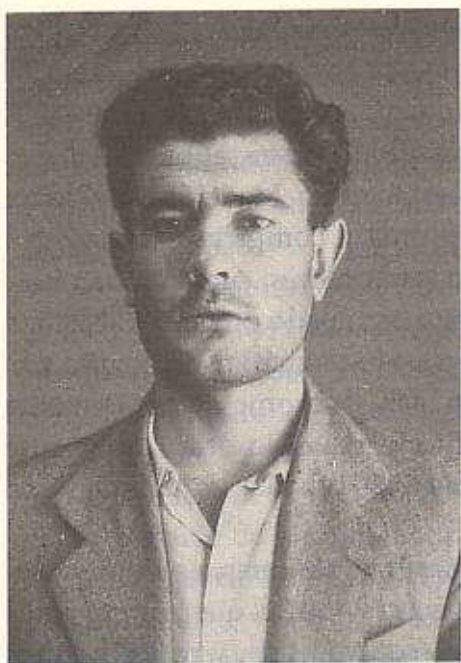
En Zaragoza permanecieron unas horas, las precisas para enterarse de la salida de los trenes que partían para Madrid, preferiblemente mercancías, en los que pudieran viajar sin billete y sin sufrir los controles de la policía o de la Guardia Civil. Domingo y Plaza llegaron a Madrid hacia el 20 de

diciembre de 1944. Llevaban mes y medio de durísima marcha. Nada más entrar en la ciudad se fueron directamente a casa de los padres de Domingo, de la que éste había salido hacía casi seis años. Vivían en el Rastro, en la calle San Cayetano, que sale a la Ribera de Curtidores. Plaza, que era de Aldehorno, en Segovia, tenía, que sepamos, una hermana en Madrid, pero esa noche no se separó de Domingo.

Los padres de éste se alegraron de verlo sano, pero se llenaron de temor. Fueron unos momentos bonitos y tristes, de lágrimas, risas y silencios, porque apenas la vida los había reunido, tenía que separarlos. Lo comprendían todos. La casa estaba metida en una corrala típica, de corredores y patio, en la que se favorecían algara das, cotilleos e indiscreciones. Alguien podría reconocer al chico y denunciarle, porque así era como funcionaban las cosas en ese momento en Madrid, según les explicaron. La gente denunciaba a todo el mundo: unos por vocación, otros para ponerse a salvo de toda sospecha, otros por miedo. Entonces venía la policía con unos falangistas y se llevaban al denunciado, al que podían devolver seis años después, o veinte, o nunca. Sí, pero estaban en Madrid. No podían creerlo. Les invadió una íntima y completa felicidad. No lloraron porque a esa edad los hombres, cuando están juntos, no lloran. No se habrían cambiado por nadie. Madrid les recibía con hostilidad, pero lo seducirían en cuanto pusieran los pies en la calle, si bien, de momento eso no podía ser, había que esperar: ambos tenían lo único que no se podía tener en ese momento en España: un pasado poco «recomendable».

No es que Domingo Martínez Malmierca se hubiese señalado especialmente en la guerra: todo el que hubiera combatido en ella en el bando «equivocado», y más con unos galones en la bocamanga, tenía que pasar su pequeño purgatorio de cárcel, de investigación, quizá de proceso y, en tal caso, con toda probabilidad, de una condena. Y únicamente lo que declaró ante la policía de sus actividades políticas antes y durante la guerra le hubieran hecho merecedor de algún castigo. Eso, seguro.

Así que a la mañana siguiente, sin tiempo que perder, la madre, un tanto apurada, acudió en busca de socorro a una vecina, llamada Petra, que aseguró conocer a uno que podría echarles una mano. Domingo lo consultó con Plaza, a quien de todos modos debía obediencia militar, por ser de mayor graduación, y Plaza se mostró de acuerdo.



Félix Plaza. No era una persona de muchas palabras y el rasgo predominante de su temperamento era la disciplina y la austeridad, pero era demasiado joven para que una y otra le libaran de los policías.

Plaza tenía veinticuatro años cuando lo detuvieron. No era un hombre alto, pero sí fuerte, con el pelo negro y algo rizado, y «las cejas al pelo». Así es como llama la policía a las cejas que son paralelas al crecimiento del pelo, ni circunflejas ni caídas ni airadas. Parece un chico guapo. ¿Quién no lo es cuando se tienen veinticuatro años, un ideal de libertad, el valor de tenerlo y la audacia de llevarlo adelante? No era persona de muchas palabras y el rasgo predominante de su temperamento era la disciplina y la austeridad, pero quizá era demasiado joven para que una y otra le libaran ante

los policías que le interrogaron, que obtuvieron de él todo lo que querían saber, y más.

Al empezar la guerra vivía en la calle Mayor, y trabajaba como dependiente en la calle Valverde, la que noveló Max Aub. En aquel momento era de la UGT y se enroló en el Quinto Regimiento de Milicias, el mismo que sentó sus cuarteles en el convento de los Salesianos de los Cuatro Caminos, controlado por los comunistas.

Luchó en la sierra y al reorganizarse el Ejército quedó encuadrado en la 46 División, que mandaba el Campesino. Cuando tenía dieciocho años alcanzó la graduación de capitán. Aunque en el Ejército republicano se repartieron a voleo muchas estrellas y condecoraciones, y más del lado comunista, el caso de Plaza no fue corriente, y quizá dieran cuenta de su valor y sus dotes naturales de mando las cicatrices que tenía en la pierna izquierda y en la mano derecha, causadas en combate por heridas de bala y de metralla.

Actuó en diversos frentes, hasta el final de la guerra, a la que puso fin su salida por Barcelona. En Francia estuvo también en varios campos de refugiados y cuando fue ocupada por los alemanes, éstos le sacaron del campo en el que estaba y se lo llevaron a la DGT, la organización que empleaba a los civiles en trabajos de fortificación o en fábricas de suministros de guerra. Eso duró hasta el desembarco de Normandía. Entonces logró huir y se alistó en la organización de guerrilleros de la Unión Nacional, en Vierzon. Le pusieron al frente de un grupo de treinta y tantos hombres. Pasó luego a Tarbes, donde estuvo entrenándose con el armamento nuevo durante un mes, armas canadienses, inglesas, americanas, lanzadas en paracaídas por los aliados sobre el territorio controlado por la Resistencia. De Tarbes se fueron a Lourdes. A finales de octubre, enrolado en la brigada de guerrilleros de la Unión Nacional, que formaba parte de la 186 División, pasaron a España. Ocuparon algunas aldeas, y se dirigieron a la sierra de Alcubierre, fronteriza a la esteparia región de los Monegros. De esto, por ejemplo, de lo de la sierra de Alcubierre y de los pueblos en los que entraron, Domingo no declaró nada a la policía. Cada cual se queda de la realidad con algo que el otro olvida, y gracias a esa peculiaridad formal no sólo son posibles las polémicas, sino la literatura.

En los primeros contactos con el Ejército, todo se vino abajo, y se produjo la retirada. El entusiasmo que nutrió la prensa de la UN de esos meses, resultó no sólo inverosímil sino patético: la gente rehuía los encuentros con los guerrilleros y cuando se producían fatalmente, el silencio y la reserva era la tónica predominante.

«La marcha, que fue penosa...». De pronto es como si el policía que le tomaba declaración se compadeciera de aquella gesta estéril o se rindiera lleno de admiración por aquellos que, españoles al fin y al cabo, eran capaces de los mayores sacrificios por una idea.

Después de un mes, llegaron a la «Ciudad de los Sitios». Es así como se lo hace decir a Plaza. El policía que le tomaba declaración se refería, claro, a Zaragoza. Lo mismo que cuando puso en boca de Domingo aquello del «Glorioso Movimiento Nacional».

Cinco kilómetros antes de llegar a la famosa Ciudad de los Sitios, como también había declarado Domingo, abandonaron su armamento, dos metralletas inglesas y dos bombas de mano. Domingo fue más concreto, y habló de una metralleta y un fusil americanos. Pero a esas alturas, qué más daba. Los arrojaron en un pesebre de una casa de labor deshabitada, «sin voluntad de ocultarlos», hecho en el que vuelve misteriosamente a insistir la policía. Acaso cursaran una orden de búsqueda de ese armamento desde la DGS. Después, como es sabido, llegaron a Madrid de la forma en que llegaron y en el día señalado.

No, no podían quedarse en la casa de Domingo, en la calle de San Cayetano. Y así fue como Petra, en compañía de una hermana del muchacho, marchó esa misma mañana a hablar con Casín.

Lo conocía Petra desde mucho antes de la guerra, desde cuando Casín era guardia civil y estaba en el cuartel de Batalla del Salado, por las Delicias. Precisamente en esa calle la madre de Petra había tenido un puesto callejero de verduras. Y de eso se conocían. Así es la vida de cervantina. Casín se mostró de acuerdo en que le llevara a los chicos, y esa misma mañana Petra volvió con ellos a casa de su viejo amigo Casín, que vivía en Carabanchel Bajo, en el número 29 de una calle que no podía llamarse, tratándose de esta historia, de otra manera: Cervantes.

6

KEDROV EN LA CALLE CERVANTES

o capítulo que hubiera podido figurar como primero, puesto que él es centro y clave de todo lo que en realidad sucedió y venía sucediendo desde hacía unos meses, y en el que se habla de provocadores y de otros asuntos concernientes a la prensa clandestina y la manera de imprimirla en un chiribitil de los egidos madrileños

Juan Casín, con Vitini, es el gran hombre. Cuando se hablaba de él, en presencia de su hermano Hilario, éste empezaba a llorar en silencio, amargamente. Lo adoraba. Juan era el mayor de veinticuatro hermanos, e Hilario el menor, así que éste tenía en aquél al mismo tiempo un padre, un hermano, un amigo y un camarada. Hubiera dado su vida por salvarle.

Hilario Casín ha muerto también, hace dos años. Poco a poco van borrándose las huellas de todos ellos. Quizá por esa razón apareciera un día de forma casual la «Información Especial N.º 48». Si fuéramos de la escuela de Juan Larrea quizá no viéramos azar por ninguna parte, y si una ciega combinación de todas las fuerzas oscuras de la naturaleza, tiempo y espacio, para llevar ese documento a nuestras manos. Y de la misma manera podríamos afirmar que si a Petra no la hubieran encarcelado en 1939 durante un año por su «intervención funesta en todos los aspectos en la zona roja», y si no hubiera conocido a Casín desde los tiempos del cuartel de Batalla del Salado, y no le hubiese llevado a los chicos a su casa por simpatías políticas, quizá a Juan Casín hubieran acabado deteniéndole, como a tantos de los que como él se dedicaban a tareas de propaganda, porque al final todos caían, pero también es posible que hubiera salvado la vida. Pero tuvo que llevárselos a él.

Casín tenía entonces, para la época, una buena colocación. Era guardia municipal, pero ocultó el dato de que había sido guardia civil cuando le pidieron que hiciera la breve novela de su vida hasta el momento de la detención. En realidad quiso ocultarlo todo.

Lo dejan bien claro las actas de la policía, con un estilo un tanto espeso: «Interrogado por el inspector Heras, se negó en absoluto a hacer ninguna manifestación sobre las preguntas que se le hacían, a pesar de las exhortaciones y ruegos en el sentido de que depusiere aquello que pudiere conocer acerca de lo hallado en su domicilio, así como de su participación en las actividades clandestinas del Partido Comunista, negativa que fue acompañada de una súbita agresión a uno de los agentes que presenciaban el interrogatorio, al mismo tiempo que, dando muestras de una gran excitación, trataba de huir del local donde éste se verificaba, por lo que fue preciso reducirle a la obediencia, y como mantuviere su actitud de no declarar nada sobre el particular, el señor Comisario-Instructor dispuso se diera por terminado el interrogatorio, de momento».

Tanto como el estilo literario de la policía, entristece, y cuánto, ese «de momento», detrás del que no es difícil adivinar lo que aguardaba.

Casín había nacido en Dueñas, Palencia, en 1896. Tenía por tanto, cuando le detuvieron, cuarenta y ocho años, y le fusilaron quince días antes de que cumpliera cuarenta y nueve. Su padre era carromatero. Fueron veinticuatro hermanos. La mitad del pueblo debían de ser Casines. Como muchos, después de servir a la patria, se quedó en Madrid, porque en Dueñas las perspectivas de prosperar eran escasas. Fue guardia civil, pero ignoramos de qué manera y por qué razones se pasó de un cuerpo a otro.

Antes de la guerra no había sido ni detenido ni procesado. Tampoco pertenecía a ningún partido ni sindicato.

El 18 de julio prestaba sus servicios como guardia de la Policía Urbana en la Tenencia de Alcaldía del distrito Centro, y vivía en la calle Correos de Carabanchel Bajo. Al empezar la guerra

se afilió a UGT y al PCE, y se enroló voluntario en un batallón que se formó en su Cuerpo, donde alcanzó la graduación de sargento. Después de algunos meses, volvió a desempeñar su función de guardia municipal. Cuando se movilizó su quinta, tres meses antes de terminar la guerra, se incorporó al Ejército, pero, sin frente a donde ir, ya no le dio tiempo más que a perderla.

«Después de la liberación de España», como le hace decir el torturador-relator, le detuvieron. Aseguraban que existían denuncias contra él sobre su actuación «en zona roja», y permaneció diecisiete meses preso en el Grupo Escolar Unamuno (otro don Miguel), un centro de detención por donde pasaron miles de personas en los primeros meses de posguerra, y en la cárcel de Porlier, pero su caso se sobreseyó.

Hilario Casín contaba que a él también le detuvieron y le metieron en la vieja cárcel de Torrijos, que se levantaba enfrente, al otro lado de la calle. Los dos hermanos llegaron a saber uno del otro, porque los enlaces entre las cárceles funcionaban relativamente bien, y las noticias volaban, pero aunque podían verse a través de los barrotes, desistieron de hacerlo, porque una de las diversiones de los que montaban la guardia en las garitas consistía en tirar a dar al que asomaba temerariamente la cabeza.

Al salir fue depurado en el Ayuntamiento y sancionado con la inhabilitación para cargos directivos y de confianza, pero lo que la policía no quiso hacer constar en la declaración, para no reconocer que el sistema podía tener esa clase de fallos, es que finalmente le volvieron a admitir en la Policía Urbana, en cuanto presentó los tres avales correspondientes, entre ellos uno del conde de Vallengano, quien unos años después sería ministro de Obras Públicas con Franco.

En ese momento el empleo de guardia no sólo era bueno, sino seguro, y una garantía de limpieza de sangre política. Incluso era una autoridad, alguien a quien en un mundo policial como aquél respetaban todos. Y eso seguramente pesó también en el fiscal y en los jueces cuando solicitaron la pena de muerte para Casín. No sólo había que matarle, sino dar un escarmiento: la autoridad tenía obligación de predicar con el ejemplo.



Habría sido difícil dilucidar si Casín eligió ese lugar porque era comunista, o se hizo comunista por vivir en lugares como ése.

Fue por esas fechas, al salir de la cárcel, cuando la familia se trasladó a la calle Cervantes, 29, en aquel descampado de Carabanchel Bajo. Después de tres años de guerra, que destruyó barriadas enteras, había una gran escasez de vivienda en Madrid. Se contentaron con aquella, pobrísima. Estaba frente a la última parada del tranvía que llamaban de Mataderos. Al lado había una carnicería en la que también se mataba ganado y enfrente un viejo cine. En la espalda de la casa se ven en las fotos unas jorobas peladas con algunas casuchas miserables, un

almacén de carbones y la enhiesta chimenea de ladrillo de un tejero, como un surtidor de poesía ultraísta. Habría sido difícil dilucidar si Casín eligió ese lugar porque era comunista, o se hizo comunista por vivir en lugares como ése, porque viendo la fotografía de su casa, de las chabolas de alrededor, de la corraliza, el medio no deja muchas alternativas. La calle de Cervantes, en ese Carabanchel Bajo, hoy ha desaparecido, pero en su lugar hay otra que tampoco podía llamarse de otro modo que el que le dieron unos ediles, juguetes a su vez del azar que escribió esta historia: El Toboso.

Y así se llegó al mes de noviembre de 1944, el mismo mes en el que el destino enviaba desde Francia a su encuentro a dos hombres de los que jamás había oído hablar; el mismo también en el

que otros tres hombres —el Fantasma, Luis y Tomás— volvían a juntarse en Madrid para hablar del pasado y del porvenir, sin sospechar tampoco que había empezado la cuenta atrás del final de sus días, y el mismo en que Casín entraba en acción como en una novela de Baroja, de la mano de un personaje que hubiera tenido trazas enteramente cervantinas, de haberse inventado en el siglo XVII la cámara oscura.

Se trataba de un fotógrafo callejero. Lo conoció mientras estaba de servicio en la plaza de la Cibeles. Casín, con gran obstinación, sólo dijo que sabía que se llamaba Primitivo, y que era manco, aunque en los interrogatorios no recordaba si era de la mano izquierda o derecha.

Naturalmente, era ésa la clase de cosas que a la policía le exasperaba, que un hombre se empeñara en recordar si un manco lo era de una u otra mano, cuando de las cosas incumbentes no había querido ocuparse.

El fotógrafo era de estatura baja, de complexión regular y de unos treinta años. Y no, no recordaba si era manco de la derecha o de la izquierda.

Habló varias veces con él, por matar el tiempo. Tampoco lo conocía de antes. Lo vio por primera vez ahí, en Cibeles, sentado junto al cajón de la máquina de retratar, a la espera de sus clientes, de los provincianos y de los pocos turistas que había en Madrid por esas fechas.

Y un día empezaron a hablar de política. A los pocos minutos se dio cuenta Casín de que pensaban lo mismo de casi todo. La situación le parecía insostenible. Confesaron incluso simpatizar con el Partido Comunista. Eso, en Primitivo, suponía un rasgo de audacia, porque no eran ésas las cuestiones que solían ventilarse con una autoridad, a menos que...

He llegado a pensar que Primitivo era un confidente de la policía, si acaso no policía él mismo. Hubo muchos infiltrados en el PCE. Llegaron incluso éstos a editar un *Mundo Obrero* propio, con el que intoxicar y desmontar las filas comunistas. Sólo si Primitivo fue policía se aclararían algunas cosas que de lo contrario no podrían explicarse.

Cuando ya tenían confianza, Primitivo le propuso llevar a su casa una multicopista, cosa en la que Casín se mostró de acuerdo.

Pasado un tiempo le presentó a Manzanares.

La policía en ese momento le preguntó furiosa: «¿Quién es ese Manzanares?».

Para Casín, Manzanares debía de tener un cargo máximo dentro del partido. Se trataba de un tipo bastante alto, más bien delgado, de veintitantos años.

Tampoco sabía en qué trabajaba, dijo evasivo.

Una vez quedaron hechas las presentaciones, Primitivo y Manzanares llevaron la multicopista a casa de Casín, y a partir de entonces empezó a ir por ella un tipo llamado Anselmo.

¿Y Anselmo? ¿Quién es Anselmo?

Casín no les dijo quién era Anselmo. Se lo dijo Domingo y se lo dijo Félix, pero no Casín. Éste no les dijo casi nada, en todo caso les confirmó lo que ya sabían por otros.

Anselmo era un norteamericano, de veintitantos años también, de estatura normal, que usaba un pequeño bigote y vestía elegantemente, y con ese acento de los norteamericanos al hablar castellano que les hace partir las palabras y escupir las consonantes como si fuesen las cáscaras.

Es una de las cosas más misteriosas de esta historia, porque con esas trazas hubiera sido sencillo detenerle. Félix incluso sabía dónde vivía y se lo dijo a la policía, en la calle de la Paloma, 19, al final de López de Hoyos, en una colonia obrera, en medio del campo. De modo que Anselmo el Americano debió de evaporarse o meterse en la embajada de su país, donde al parecer trabajaba. La embajada pudo salvarlo: es posible. También es posible que no fuese sino alguien que se quedó aquí después de que se disolvieran las Brigadas Internacionales. Pero, ¿y si era un agente infiltrado? Es raro que la policía, que detuvo a todo el mundo, no detuviera al único que por las trazas resultaba imposible que se les escapara. Tampoco detuvieron a Primitivo, ni de él se habla en ninguna parte, y no es fácil que hubiese en ese Madrid muchos fotógrafos ambulantes mancos como para no poder dar con él. Extraño, muy extraño. Una cosa es segura: Anselmo era tipógrafo y minervista. De eso no hay la menor duda tampoco.

A partir de entonces, Anselmo iba por las tardes o por las noches, a diario, a casa de Casín, y se dedicaba a imprimir en la habitación-vivienda donde vivía la familia.

Ha llegado el momento de hablar de esa habitación-vivienda de Cervantes, 29.



La fotografía que hizo de la casa de Casín la policía probaba un delito: la desviación de la luz eléctrica. Pero probaba un delito aún mayor: cómo vivía aquella gente.

La fotografía que hizo de ella la policía probaba un delito, la desviación de la luz para un sótano clandestino, pero es sin la menor duda prueba de un delito mayor aún: cómo vivía aquella gente. Y eso que Casín tenía empleo y éste era no sólo honorable, sino que estaba, para la época, muy bien remunerado, con un sueldo de algo más de trescientas cincuenta pesetas (los jornales en el campo estaban a cinco pesetas).

Puede pensarse que no era abundante, si se compara con lo que ganaban muchos, para quienes un litro de aceite, que

valía cuatro cincuenta, o un kilo de carne de vaca, que estaba a trece pesetas, o de arroz, a tres veinte el kilo, eran manjares prohibitivos, y tenían que contentarse con los duros chuscos del racionamiento de treinta y cinco céntimos o los paquetes de picadura, a setenta céntimos, si se compara, digo, con el sueldo de la mayoría de los obreros de ese momento, en Madrid, y de todos aquellos otros, más numerosos aún, que depurados de sus empleos (y Madrid era una ciudad administrativa y de empleados) deambulaban apurados por la calle sin saber qué llevar de comer a casa, inventándose negocios para distraer el hambre. Y si es cierto que Monzón iba a los toros, tampoco estaría de más decir que una entrada de tendido de sombra costaba sesenta pesetas. En todo caso, las trescientas cincuenta del sueldo de Casín le daban para sostener a una familia de seis personas. Incluso para algunas fantasías: la niña mayor recibía clases de música.

La habitación donde vivían los seis juntos tenía unos tres metros y medio de ancho por unos cuatro y medio de largo y unos dos veinte de alto, unos dieciséis metros cuadrados en total sin otra ventilación que la puerta que daba a la calle; un espacio cerrado, angosto y sin ventanas en el que permanentemente debía alumbrar esa triste bombilla viuda que cuelga de un pobre cable.

En la habitación había tres camas, de hierro, una mesa, una o dos sillas que servían y una pequeña estantería. En cuanto a la cama del matrimonio quedaba separada de las otras dos por una telilla de percal, doblada sobre una cuerda, a modo de forillo, con el objeto de preservar al matrimonio la intimidad de la cópula, si es que se atrevían a tanto, porque allí, a menos de un metro, estaban las otras dos camas.

En la pared no había otro adorno que un par de calendarios, uno para mostrarnos a una mujer que anuncia algo de comer y el otro para indicarnos, con una hoja que iba a tardar muchos días en ser arrancada, que el día en que fueron a detener al matrimonio Casín, 20 de marzo, era martes; y un poco más allá, un espejo de un palmo, que servía tanto para que los hombres se afeitasen como para que las mujeres de aquella casa agotaran en él todas sus coqueterías.

La sensación de miseria y precariedad que causa ese lugar, la claustrofóbica atmósfera que envuelve a todos aquellos enseres es tan densa, la tristeza que descubrimos en todos y cada uno de ellos tan venenosa, que uno no sólo comprende que allí se imprimiese aquella propaganda clandestina, sino que entendería también que fabricaran incluso la bomba atómica.

Se conformaron con mucho menos: con guardar unas cuantas pistolas y con seguir imprimiendo sus papeles clandestinos, en los que llevaban un poco de esperanza a gentes como ellos, que quizá ya no la tuvieran para seguir viviendo en la miseria material y moral de un país que les era por completo hostil.

El primero de esos periódicos, el órgano de la junta Suprema de Unión Nacional, *Reconquista de España*, se usaba como un buzón de consignas y una gaceta. Todo en él es bastante elemental, muchas noticias, no siempre falsas, y un estilo triunfalista que tiene que ver más que con la revolución con el famoso mundo de los prestidigitadores, porque se trata de sacar realidades de donde no hay nada. Incluso su ingeniosa consigna tiene mucho de maga: «¡Ni Franco con Falange, ni Falange sin Franco, ni Franco sin Falange!».

Su formato, al menos en los números que empezaron a circular por España a finales de 1944 y principio del 1945, se vio reducido drásticamente para poder adaptarlos a la clandestinidad, hasta extremos que diríamos inauditos, o mejor aún, invisibles, pero no desaprovechaba la ocasión para alentar a los españoles de izquierda: «El general De Gaulle, jefe del Gobierno francés de Unión Nacional, en el que están representados desde la extrema derecha —la Acción Francesa hasta los comunistas, que promovió la insurrección nacional del pueblo francés, batió y expulsó, en unión de los Aliados y el glorioso concurso de nuestros compatriotas españoles, a los invasores nazis y está reconstruyendo una Francia libre y potente».

Cómo no debían de sonar estas palabras en el chamizo de los Casín en la Navidad de 1944. Y para confirmar su veracidad allí estaban Félix y Domingo, recién llegados de la dulce Francia, después de haber participado ellos mismos en algunas de las acciones que habían contribuido a su liberación.

¿Qué importaba que al lado se hablara de cientos de juntas de Unión Nacional que jamás llegaron a formarse, como se aseguraba, en todas las provincias españolas, o el apoyo internacional que estaba cosechando la propia UN? La primera noche la familia Casín se congregó alrededor de los recién llegados. Las niñas dormían en su cama. En el silencio sobrecogedor de aquellos arrabales podía oírse el sordo temblor del filamento de una bombilla. Félix habló de Francia, de cómo había liberado Lourdes, de las divisiones de Leclerc. La mujer de Casín quiso saber si ese Lourdes tenía que ver con el de la Virgen. Su marido la miró desaprobando que interrumpiera al chico para preguntarle tales tonterías. Félix sonrió, y se lo confirmó, aquel Lourdes era el mismo de la Virgen, pero ellos no estaban allí para rezar a nadie. Les habló también del ejército de la UN, diez mil, veinte mil hombres, le confirmó, nadie sabía cuántos. Todos bien armados, no como en la guerra civil. Armamento de primera calidad. Y explosivos como no se conocían en España, que ha sido en todo, un país de atrasos penosos. Casín le escuchaba arrobado. Imaginaba ya las divisiones de Patton y de Leclerc entrando por la Castellana. La llegada de aquellos dos muchachos había traído la alegría a la familia, y si hubiera que buscar una escena parecida que explicara aquella primera reunión, la encontraríamos en alguna de las que se relatan en los Hechos de los Apóstoles, cuando llegaba alguien a la cabaña de los pobres para predicarles la buena nueva.

El milagro se iba a producir, y lo harían desde luego los guerrilleros españoles, como aquellos de los que se daba igualmente noticia en el periódico del partido, que «hicieron parar en la carretera de Madrid el autobús en el que venía un jerarca falangista, registraron a los viajeros para identificar al que buscaban y, una vez conseguido, ejecutaron al falangista allí mismo a la vista de todos, explicándoles la significación de su acto. Los restantes viajeros —uno de los cuales llevaba en su cartera de negocios dos millones de pesetas— no fueron molestados lo más mínimo».

La misma fe que les llevaba a hablar de dos millones de pesetas (unos cien al cambio de hoy) en la cartera de alguien que viaja en autobús, y a quien no se les roba (cuando el maquis vive de robos de poca monta realizados a pobres gentes), les tenía que conducir a la victoria. Sólo había que excitar la imaginación de las gentes sencillas, incluso con el brillo de un dinero que ninguno de ellos había visto en la vida. No, desde luego, Casín ni ninguno de los que imprimían aquellos modestos periódicos.

El segundo de ellos, la revista teórica del PCE, *Nuestra Bandera*, en la que se impartía doctrina, era, para compensar el aire ligero del primero, un compacto ladrillo de teoría política cuya ininteligibilidad hace aún más incomprensible el hecho de que aquellos hombres se jugaran la vida por imprimirlo, y que recordaría aquellas entusiastas palabras de Althusser, en el prólogo a una edición de *El Capital*: «Una obra muy difícil de entender para los economistas e historiadores, pero muy fácil de comprender para cualquier proletario (...) gracias a un instinto de clase formado por la

ruda escuela de explotación cotidiana, que les ayuda a entender objetivamente lo que presentían subjetivamente».

En cuanto a la última de las publicaciones, el *Mundo Obrero*, seguía siendo lo que había sido siempre: el órgano de los comunistas, con un poco de todo, teoría y práctica, dogma y liturgia, noticias, consignas y disposiciones de orden doméstico, redactadas en un estilo sencillo pensado para su militancia de base, urbana y rural, y de vez en cuando homilías en muy levantado estilo marxista, para recordara la feligresía que doctores tiene la santa madre Iglesia.

La primera multicopista se estropeó, y Anselmo trajo otra, pero la vieja la dejó en un rincón, por si todavía no había suficientes trastos en la mansión de los Casín.

En diciembre, éste y Anselmo acordaron construir una habitación subterránea, tanto para evitar ser sorprendidos cuando trabajaban como por despejar algo aquel cubículo.

En la corraliza que había detrás de la casa, entre paredes torcidas y material de derribo, vigas de madera y tejas, se abría un pozo muerto, bajo un cobertizo levantado con ladrillo seco y tapado con unas chapas y tablas viejas. El pozo no era demasiado profundo y había sido cegado hacía mucho, o se había secado, así que decidieron abrirle una galería, al término de la cual pudieran excavar una habitación en la que montar una imprenta en toda regla, algo serio.

Para ello Casín contó con un muchacho que le presentó Manzanares.

Otra vez Manzanares. La policía insistió muchas veces, pero Casín, una de las pocas personas que trató con él, sólo pudo decir, elusivo una vez más, que le parecía que ocupaba un lugar importante en el PCE, y que era alto y que tal vez no hubiera cumplido los treinta años. Sí, vestía bien, y Casín se sumó a la opinión del policía, porque él no se fijaba en esas cosas, y habría dicho lo contrario si la policía le hubiera formulado la pregunta al revés.

El muchacho que le trajo Manzanares era albañil. Ése en cambio sí debía de vestir muy pobremente, «con un traje remendado», porque se dio cuenta hasta la mujer de Casín, que ya de por sí era muy pobre.

Esos trabajos se llevaron a cabo con relativa celeridad, porque cuando llegaron a su casa Félix y Domingo, hacia el 20 de diciembre, las obras ya habían concluido.

Se trataba de una verdadera obra de ingeniería. Se bajaba y se subía a través del pozo por una cuerda o maroma, atada a una viga del techo del cobertizo. Se requerían fuerza física y habilidad para hacerlo. El pozo, de boca estrecha, setenta u ochenta centímetros, tenía una profundidad de cuatro o cinco metros, con el fondo de tierra firme. A unos tres metros y uno o dos antes de llegar abajo se partía por un pasadizo de unos noventa centímetros de alto por unos sesenta de ancho y una longitud de unos siete metros. En dicho camino y a unos tres metros de la entrada, se excavó



El pozo y la habitación subterránea donde se instaló la imprenta clandestina eran una verdadera obra de ingeniería.

una habitación. La acondicionaron a conciencia, con ladrillos y cemento; tenía tres metros y medio de largo por dos de ancho y otros dos de alto.

Quedaba exactamente debajo de la habitación-vivienda en la que vivía la familia. Sólo faltaba por solventar el problema de la luz eléctrica, pero Casín hizo las gestiones necesarias y la compañía suministradora le permitió hacer una desviación «a un sótano con el que pensaba agrandar la vivienda».



Una minerva nunca puede ser culpable de nada.

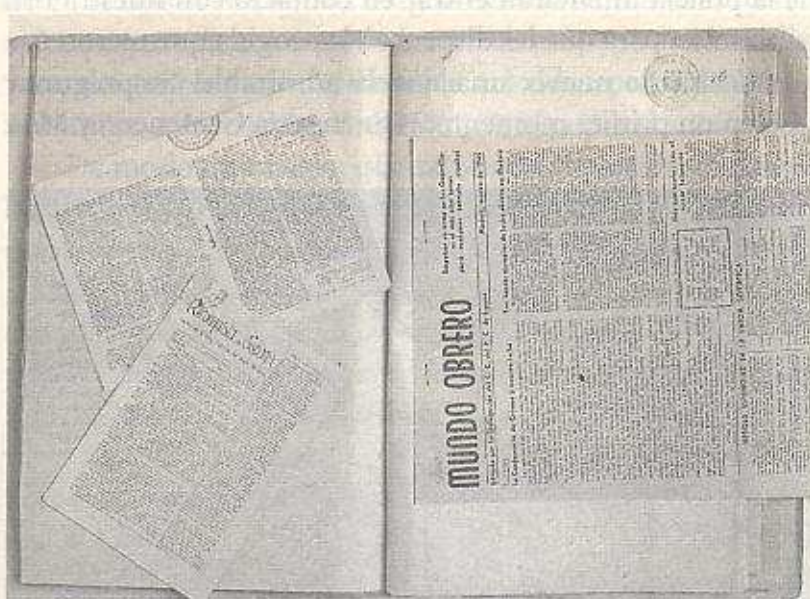
del papel usado en la propaganda, los tipos y la ausencia o no de ñ en los textos y la calidad de impresión, que llevaba hechos hasta esa fecha la policía española, para llegar a la conclusión de que tanta literatura revolucionaria sólo podía estar imprimiéndose en España.

En la «imprenta» de Casín sólo faltaba meter una minerva. La aparición de Félix y Domingo fue providencial en ese sentido.

El guardia les tanteó, habló con ellos, fue cauto. Los provocadores estaban a la orden del día. Se llamaba provocador a alguien que a base de consignas disparatadas e ideas peregrinas, indisciplinado o temerario, podía poner en peligro toda la organización. Era la palabra de moda en el partido. El provocador es al comunismo lo que el hereje a las religiones, y todos hablaban

obsesionados de los provocadores, desde los del Comité Central a los militantes de base.

A Casín, por ejemplo, acababan de pasarle una noticia que debía incluir en el número de *Mundo Obrero* del mes de marzo: «¡Atención [a] los provocadores!», lleva por título ese suelto. «Procedentes de Valencia han llegado a Madrid, llamados por el agente provocador Demetrio Rodríguez Centenera, expulsado de nuestro partido, otros dos individuos de su banda, Méndez Mozonis y un tal Julio, acompañados por Magda Azzati. Prevenimos a todos los compañeros de Madrid por si estos indeseables al servicio de la policía intentaran



A menudo la prensa clandestina tenía que ver más que con la revolución con el famoso mundo de los prestigitadores, porque se trataba de sacar realidades donde no había nada.

entrar en contacto con nuestra organización para que les dispensen la acogida que merecen».

Y ahí, de nuevo, una novela admirable. Se pregunta uno en un primer momento: ¿Quién sería Centenera, y Mozonis y Julio, pero sobre todo, quién sería esa Magda Azzati, capaz por sí sola de romantizar este relato con aires legendarios a lo Mariana Pineda?



De esta espelunca salían los sueños de miles de españoles que soñaban una liberación como la francesa.

Magda Azzati, hasta el nombre sugiere el de una estrella de la pantalla en el papel de heroína. Pero de nuevo la realidad es más modesta y milagrosa, y ni Magda Azzati era una aventurera, sino la hija de un honorable conmititón de Blasco Ibáñez, ni sus compañeros unos facinerosos traidores, sino, por el contrario, tres comunistas disidentes a quienes sus antiguos camaradas habían desamparado y dejado entre dos fuegos, el de la policía y el suyo propio. Es curioso también: con Demetrio Rodríguez, un empleado de banca, hizo Monzón lo que con Monzón harían años más tarde Carrillo y la

camarilla tolosana, acusarles de «diluir el partido en la Unión Nacional». Magda Azzati vive aún en una residencia para la tercera edad, en Valencia y, mientras ella viva, alentará la pequeña llama de sus vidas, pero en cuanto se extinga, ¿cómo se encenderá en otras pupilas?

De modo que Casín, que sabía que el partido se estaba llenando de infiltrados de la policía y de provocadores, pensó mucho antes de hablar a Félix Plaza y a Domingo. ¿No podían ser una cosa u otra aquellos dos que ahora decían llegar de Francia? No eran tiempos en los que alguien pudiera fiarse del primer desconocido que le abordara. Ellos le contaron que se habían quedado descolgados, y que necesitaban ponerse de nuevo en contacto con el partido. Y les creyó. Y les ofreció techo y comida hasta que el partido decidiera qué hacer con ellos, y se comprometió a buscarles la manera de enlazarlos. Y esa primera noche fue en la que Félix les contó todo lo sucedido en la liberación de Francia y de Lourdes, sí, el mismo Lourdes que el de la Virgen, volvió a aclararle a Rufina, la mujer de Casín. Éste sólo conocía a tres personas, Primitivo el fotógrafo manco, Anselmo el Americano y Manzanares, que le parecía, de los tres, el que tenía más mando, y decidió presentárselos.

Buscó a este último y le relató la venida de Félix y Domingo, y como en la vida se dan muchas más felices e inocentes coincidencias que en cualquier novela, dio la casualidad de que Manzanares había hecho la guerra con Félix en la 46 División, que mandaba el Campesino, y sólo eso sirvió para que quedaran avalados por completo.

A partir de entonces empezaron a ayudar a Anselmo a imprimir propaganda, sobre todo Domingo. De la caminata de aquellos dos meses había llegado a Madrid con un pie averiado, y permanecía metido en casa todo el día. Félix no, éste salía de continuo, de un lado para otro. A entrevistarse, entre otros, con Manzanares. Pero también a ver Madrid, andar, correr de un lado a otro por los barrios en los que había pasado su primera juventud, tabernear, mujerear un poco, respirar el maravilloso aire del Guadarrama. Desde otro punto de vista, era un Madrid sombrío, pero ¿no habían liberado Francia? Liberarían Madrid.

A los pocos días Félix trajo noticias nuevas, que participó a Domingo, y luego a Casín: el partido, a través de Manzanares, les había encuadrado a él y a su amigo en la organización de Guerrilleros de Ciudad.

Estaba contento. Por ello suponía que iban a percibir alguna cantidad, de modo que podrían compensar algo los gastos que llevaban hechos en su manutención y alojamiento. Casín les dijo que

no se apuraran por eso, porque de todos modos había un dinero del partido para esas pequeñas cosas. Félix les dijo también que le habían dado una pistola y un revólver; él eligió el revólver, de la marca Tanque, y la Star del nueve corto se la pasó a Domingo, que sopesó el arma y trató de adaptarla a su mano, como quien prueba una herramienta nueva por primera vez. A continuación sacó el cargador y comprobó que no tenía más que cinco balas.

El de la munición era un problema muy grande. La guerrilla tenía un armamento tan variopinto que resultaba luego difícil encontrarle munición específica para cada arma. Así que Domingo tendría que contentarse por el momento con aquellas cinco balas. Tampoco necesitaría muchas más, porque sin haber disparado ninguna, acabó igualmente ante el pelotón de fusilamiento.

De allí a un rato Félix insistió en darle al guardia algo de dinero por el alojamiento y la manutención, pero Casín argumentó que el partido tenía previsto un dinero para gastos de imprenta, y lo suyo podía considerarse gasto de imprenta, por cuanto ayudaban a tirar la propaganda. Debían tomarlo como un jornal. En cuanto a lo segundo, a lo de las armas, las metió en una caja de zapatos y se encargó de buscarles munición.

Por la noche, Casín, que era un hombre caviloso, llevó a un aparte a los chicos y les participó lo que había estado pensando: si estaban encuadrados en la Agrupación de Guerrilleros, lo mejor era buscarles otro sitio para vivir, con el fin de no comprometer la imprenta, que en ese momento era una de las prioridades del partido, tanto o más que las mismas acciones guerrilleras.

Es algo curioso, porque de la misma opinión que Casín era la policía.

Es la espina dorsal de la «Información Especial N.º 48».

Ya hemos dicho que parece redactada por alguien con el vuelo de Tácito, asesorado por Didot, porque es una persona que además sabe mucho de imprentas, minervas, tipos, formas y familias: «Es necesario significar que en el fondo no se ha tratado de una banda de asesinos, inspirados o no por móviles políticos; la verdadera importancia del asunto radica en la amplitud extraordinaria del tinglado comunista desarticulado, del que salió, como otra cosa cualquiera, el asalto a la subdelegación de Falange de Cuatro Caminos».

Esa frase, que reconocía implícitamente que el descubrimiento de los autores del asalto a la subdelegación había sido casual, terminaba en otra escrita en ese estilo con el que se han obrado en España, mucho peores, tantas novelas faulknerianas: «No podemos ocultar, máxime una vez culminado el servicio, que durante un lapso de tiempo, bastante considerable, la tensión vigilante de la policía había alcanzado extremos insospechados que, sin caer en el nerviosismo, ni en la desesperación, la hacían vivir en ajeteo constante, en vigilancias tenaces, infinitas veces infructuosas...».

Infructuosas y a menudo llenas de fantasía, porque la policía estaba convencida de que la venida de Félix y Domingo de Francia, su conexión con Casín, su trabajo en la imprenta, era fruto de una organización diabólica que no dejaba nada al azar: «Enlazados los comunistas españoles con los infiltrados por los Pirineos, la consigna disponiendo el pase a la acción era natural», sin «eludir, lógicamente, el compromiso de montar el taller en forma adecuada (...) montada la minerva y establecido de antemano como lugar adecuado de instalación el domicilio de Juan Casín Alonso...».

Pero, ¿quién y cómo hubiera podido desengañar a la policía? "Y en aquella habitación, instalada con cierto orden, la minerva, un chivalete con cinco cajas, dos multicopistas, tipos de los cuerpos 6 y 8 redondos, 12 negro (a falta de las suertes a y b), del 36 sombreado, 60 negro, 24 cursiva y 36 negro. Como acompañamiento, tintas, rodillos, galerines, planas de *Mundo Obrero*... hasta "pasteles" de letra, para que nada faltara (...) Llegados al detalle, lo mismo que en Moscú y Bakú, hace cuarenta años, la máquina de imprimir hubieron de meterla por el techo, forrando de cemento después la habitación. Y exactamente igual que aquellos hombres de la prehistoria bolchevique, éstos de la imprenta de Carabanchel trabajaban de noche y a la caída de la tarde...»». Ciertamente, nuestro informante terminaba ese capitulillo de su «Información», tan novelesca, como hubiera podido empezar Gorki una de las suyas.

7

CÓMO SE HACE UN GUERRILLERO DE CIUDAD

y de qué manera empleaban el tiempo los revolucionarios profesionales que llegaban a una ciudad hostil cuajada de policía, confidentes y soplones

La policía no le preguntó a Casín cómo era Anselmo el Americano, porque se lo había dicho ya Félix, alguien joven y elegante, con traje y gabardina.

A principios de enero Anselmo compró en un almacén de la calle Colmenares, detrás de la plaza del Rey, donde se vendía material de imprenta, una minerva de segunda mano, y le ordenó a Félix que fuese allí con unas mantas, para cubrirla.

Anselmo y Manzanares la llevaron a continuación desde la calle Colmenares hasta la calle Cervantes, en Carabanchel, en un carro tirado por un caballo y tapada con las mantas como si fuese un armario.

No sabemos de dónde sacaron el carro ni el caballejo, pero tuvieron que atravesar todo Madrid lentamente hasta llegar a Carabanchel. En medio de todo, la estampa es bonita, tan simbólica por todos los lados, el caballo mal linchado, el carro, la minerva amordazada y atada con cuerdas y los dos hombres uno caminando detrás, con las manos en la espalda, y otro llevando del ronzal a la bestia... Bueno, vamos a dejarlo aquí.

Ayudados por cuatro mozos, y después de romper el suelo de la habitación—vivienda de Casín, pudieron al fin meter la minerva en su tenebrosa sentina. A continuación sellaron el techo, como las criptas de los faraones, y empezaron a crujir las prensas, por usar una imagen apropiada.

Lo de los cuatro mozos debe de ser un pequeño lío de la policía, porque no fueron sino Manzanares, Anselmo, Félix y Domingo, y a los cuatro les conocían ya por el nombre.

La minerva era de las llamadas de pedal, que se manejaban a mano, mediante un gran volante. No tenía marca, pero encima del tintero había una etiqueta metálica en la que se leía «Maquinaria y Material de ocasión para las artes gráficas. Santiago Vinagrero, Mediodía Grande, 7. Madrid». La verdad es que en una clave Schwitters estas líneas últimas son ya un pequeño poema. Fijaron convenientemente la máquina al suelo, en un rincón de la habitación subterránea donde antes estaba la multicopista, y empezaron sin demora los trabajos.

Había muchas clases de minervas, la de pedal, la de plato, la de aspas, unas para folio largo, otras para cuartilla y otra para octavillas. En la del señor Vinagrero se podían imprimir papeles de tamaño cuartilla, como el número de marzo de aquel *Mundo Obrero* que jamás llegó a distribuirse por haberlo descubierto antes la policía.

Desde ese día Félix se dedicó a la conspiración y Domingo, con el pie estropeado aún, siguió ayudando en la imprenta.

Anselmo, por fin, le entregó a Félix quinientas pesetas que le había pasado para él Manzanares, y Félix las repartió con Domingo. A partir de ese momento empezaría a haber entre ellos un cierto trajín de dinero, recaudado en su mayoría por los cotizantes y simpatizantes, aportaciones voluntarias o de la venta de los periódicos.

A los pocos días, por mediación de Anselmo también, los dos amigos se entrevistaron en la glorieta de Pirámides, a medio camino entre Carabanchel y Madrid, con un tipo al que no habían visto nunca, un hombre de unos treinta años, alto, de complexión regular, con el pelo liso de color rubio y un bigote que acabó afeitándose, y que vestía un abrigo oscuro de espiguilla.

Yo sí sé quién es, pero ni Félix ni Domingo sabían en ese momento todavía quién era. Ni el lector. Saldrá mucho a continuación como Chamorro. Su verdadero nombre era José Carretero. Llevaba intentando la organización del partido desde 1943. Fue él quien les confirmó que quedaban

encuadrados como guerrilleros de la Unión Nacional en el grupo número 1. O sea, que empezaban entonces. También prometió que les pasaría una documentación falsa, y con tal fin les ordenó que fuesen a hacerse unas fotografías.

Después de esa cita hubo otras en Pirámides o en la puerta de Toledo, pero a todas éstas, incluida la de puerta de Moros, que fue la segunda, Félix acudió solo.

Con lo de las fotos, ni Félix ni Domingo supieron, qué hacer, porque temieron correr riesgos innecesarios, y lo consultaron con Manzanares, que era su consejero en todo. Sin él, estaban perdidos.

Manzanares acabó llevándoles a un fotógrafo ambulante que trabajaba en la calle de Fuencarral y encargándose personalmente de recoger las fotos. No fue así. A los dos o tres días apareció por la casa de Casín otro fotógrafo ambulante, manco. Ninguno de los dos le conocía, pero sí Casín y también los lectores, a no ser que en Madrid hubiese en ese momento dos fotógrafos mancos.

Primitivo les confirmó que las fotos de Domingo no servían para documentación, porque aparecía en ellas con la boina puesta. Es tan real, que parece inverosímil que alguien vaya a hacerse una foto de carné y no se quite la boina, y que ni el retratista ni el retratado se dieran cuenta, pero así fue. El manco, que venía preparado, le tiró allí una placa nueva y prometió volver al día siguiente con las copias reveladas. Pero no se sabe por qué razón, no volvió a dar señales de vida, lo cual no deja de ser tan misterioso como que Anselmo desapareciera en cuanto empezaron a caer los primeros.

A los pocos días, Chamorro le dio a Félix otras seiscientas pesetas para que las repartiera con Domingo, y un carné a nombre de Mariano Jiménez Barrena, que llevaba la fotografía que le había hecho el fotógrafo ambulante de Fuencarral. Domingo, en cambio, mientras esperaba que el manco apareciera con las fotografías nuevas, se apañó con una documentación precaria, a nombre de Leonardo Aguado, el novio de una hermana suya.

Félix y Domingo, siguiendo las indicaciones de Casín, hallaron al fin asilo en casa de un hermano de Domingo, llamado Ramón, que vivía en la calle Antoñita Morán, también por Pirámides, y allá se fueron. Pongamos que fue a mediados de enero, pero ni Félix ni Domingo saldrían de la vida de Casín, ni de la caverna del idealismo, donde se imprimieron también unas muy importantes «Instrucciones para la organización del movimiento guerrillero en el monte y en el llano», dirigidas «a todos los comités del partido», y fechadas en octubre de 1944, y no recogidas en el libro clásico, imprescindible y poco fiable *El maquis en sus documentos*, complemento de *El maquis en España* del general Aguado Sánchez, tan exhaustivo como parcial.

El tono autocomplaciente es el habitual en esa clase de documentos: «Los hechos vienen a confirmar la justeza y previsión de nuestra gran Delegación del Comité Central, cuando en el histórico documento "Hacia la insurrección" señalaba certeramente...». Se contienen en él, no obstante, algunas claves para explicarnos las razones por las cuales unos miles de hombres se lanzaban con entusiasmo a una tarea que hoy puede parecer suicida, pero que entonces no lo era en absoluto: «En la presente situación, cuando el asalto combinado de los Ejércitos de las Naciones Unidas se encuentra a punto de derrotar total y definitivamente a las fuerzas de la barbarie, es más fuerte y apremiante que nunca el desarrollo progresivo de la lucha unida de los patriotas españoles hasta hacerla desembocar en la insurrección nacional victoriosa (...) En esta empresa gloriosa, los guerrilleros del monte y del llano (de la ciudad) deben desempeñar un papel decisivo. ¡Para derribar a Franco y Falange, y rescatar la libertad e independencia de España destruidas, el movimiento de Unión Nacional necesita, como del aire para respirar, apoyarse en un poderoso ejército de combatientes guerrilleros en el monte y el llano, que desencadene luchas violentas que asesten duros golpes en los puntos vitales de la fiera franquista y haga arder el suelo español bajo las plantas de la Falange!».

Urgían también a que las acciones guerrilleras fuesen inmediatas, y les instaban a los comités a que emplearan en ellas a sus hombres más capaces.

Aunque todo estaba escrito en un estilo prolijo y reiterativo, contenía el documento algunas normas importantes, de tipo práctico, que iban desde ayudar económicamente al partido hasta las puramente guerrilleras, y de ese modo aconsejaban que las acciones no debían dirigirse «contra

ningún patriota, por muy de derechas que sea, sino exclusivamente contra los alemanes y sus agentes falangistas, contra los verdugos y agentes provocadores y contra los asesinos de Falange», al tiempo que explicitaban: «la traición de un guerrillero ante la policía es castigada sin remisión con la pena de muerte; los guerrilleros no podrán hacer prisioneros».

Según declaraban en ese documento, para la guerrilla del llano iban a dedicar el 25 por ciento de todo el partido. Si ello hubiese sido así, querría decir que en Madrid sólo había cien militantes, lo que sin duda era muy poco, y si había, como parece factible, dos mil militantes (y no los diez mil que para Madrid calculó un fantasioso Quiñones), significaría que tenían que haber sido quinientos los guerrilleros, cifra que ni en los mejores sueños llegó a alcanzarse. Les obligaban también a romper todo vínculo orgánico con el partido, pretextando cualquier cosa (vigilancia de la policía, enfermedad, etcétera), y que guardaran absoluta reserva de su nueva condición luchadora, aunque les recomendaban que llevaran una vida de completa normalidad.

Igualmente les exigían heroicidad: «La ausencia de armas no debe ser un obstáculo para la acción; un cuchillo en la noche y una esquina propicia son bastantes para eliminar a un alemán o a un asesino falangista. Un empujón en el andén del metro, de una estación de ferrocarril, ante un autobús, sirven para dar su merecido a un provocador; una cerilla y una botella de gasolina, para incendiar un depósito o la casa de un falangista». Quién sabe. Es posible que alguien siguiera a pie juntillas aquellas normas, porque en un número de *Reconquista* se dice que «un guerrillero aislado ajustició a un torturador falangista en La Braña, y puso en fuga a otro».

¿Por qué en España no iban a suceder las cosas como en Francia? Era una pregunta bastante razonable que se hicieron muchas gentes, para quienes, una vez más, la historia iba a ser una fuente de disgustos.

Y los consejos terminaban de manera expeditiva: «Con un poco de pintura se altera una señal ferroviaria. Y, con tanto más motivo, una pistola y un cargador bastan para eliminar a un jerarca falangista».

8

CONCENTRACIÓN DE EFECTIVOS

y algunos muy principales personajes de esta historia, que se preparan para iniciar la lucha guerrillera en Madrid

«Y con tanto más motivo», puesto que los cuatro tenían un arma y enfrente les esperaba una subdelegación de Falange desprotegida con los que creían jerarcas dentro, Félix y Domingo, y el Fantasma y Luis empezaron los preparativos para asaltarla.

Cierto día, Chamorro le dijo a Plaza que se iba a ausentar de Madrid durante una temporada, pero antes quiso presentarle a quien iba a ser su enlace, y que se llamaba como el hermano de Casín, Hilario.

No, Félix Plaza tampoco sabía quién era Hilario. La policía se cansó de pegarle sin lograr que aclarara quién era aquel Hilario y, sobre todo, Chamorro. Por mucho que le torturaron no pudo decir de ese nuevo más de lo que había visto por sus ojos: que era de unos treinta años, que tenía el pelo rizado y era de estatura pequeña, que iba vestido o de mono azul o con un abrigo oscuro, y que le propuso dos acciones, una, atentar contra Víctor de la Serna y otra, desarmar a una pareja de policías nacionales.

Hilario Pérez Roca, que había sido capitán en la guerra, militando ya en el PCE, y que después de ella estuvo preso en distintos campos de concentración, al no poder escapar por Alicante, se encontró un día a finales de septiembre de 1944 precisamente con Chamorro, al que había conocido en uno de esos campos de concentración.

Como Hilario le conoció cuando éste sólo era José, le llamaba siempre Chamorro o también, por broma, «el Largo», porque era alto y delgado como un clarinete. Chamorro le ofreció en ese momento dirigir un grupo de Guerrilleros de Ciudad.

Hilario dijo que sí y Pepe le envió a dos individuos, Justo Vázquez y León, que el lector volverá a encontrarse con otros alias.

Víctor de la Serna, hijo de la escritora Concha Espina, a quien la guerra civil española le llevó a escribir un puñado de libros sobre ese asunto en verdad abracadabrantes, Víctor de la Serna, digo, era el director del diario *Informaciones*, que durante toda la guerra mundial se había mostrado violenta y arrogantemente a favor de los alemanes, y seguía estándolo en ese momento, sin dar el brazo a torcer, pese a que Hitler tenía ya las semanas contadas. Debería algún estudiante de periodismo hacer un estudio de las noticias que ese periódico iba dando de la marcha de la guerra, contrastándolas con lo que en realidad sucedía: no se encontrará en toda la historia del periodismo español nada tan cómico, si no resultase al mismo tiempo tan patético. Ni siquiera en Berlín se hallaría un libelo tan favorable al III Reich como el que hizo ese periodista contra el que pensaban atentar los guerrilleros. Qué duda cabe que en Francia hubiera caído bajo las balas de la Resistencia o habría sido conducido a un consejo de guerra tras la Liberación.

De todos modos, y como Félix opuso a Hilario algunos reparos a estas acciones, a pesar de que le llegarían a pasar una hoja manuscrita con los datos de la vida ordinaria del periodista, no volvió a hablarse en un tiempo de ninguna de las dos.

Unos días más tarde, a primeros de febrero, Hilario le presentó a Plaza un individuo desconocido hasta ese momento.

Deberíamos congelar la imagen y franquearle la entrada como conviene, porque es, con Casín, la figura principal de la historia. De hecho su causa, en el consejo de guerra, lleva su nombre: «Vitini y diez más».

Plaza no sabía quién podía ser aquel individuo tan alto, más de un metro ochenta, de treinta a treinta y dos años, rubio con el pelo fuerte, de complexión atlética, y, sobre todo, vestido como un galán de cine. Un hombre tan alto, en un país de gentes tan desmedradas, debía de resultar atractivo y vistoso. Nada les extrañó a todos tanto como la elegancia de Vitini, o la de Monzón, a quienes lo trataron.

El pobre traje azul que traía desde Francia Félix, al rozarse con el impecable que llevaba Vitini, se retrajo un poco, como esos moluscos que contraen su masa ante el menor roce externo.

El de Vitini era un traje gris, con una raya de color encarnado, y llevaba gabardina impecable, como si su condición de teniente coronel de las FFI (Forces Françaises de l'Intérieur) le obligara a mantener aquel porte distinguido.

Era un hombre serio, enérgico, hablaba con frialdad y decisión, y al hacerlo apenas podía disimular su fuerte acento asturiano.

Félix, y por extensión Domingo, pasaron a depender de él, y desde ese momento al primero al menos no le cupo la menor duda de que habían conocido al verdadero jefe de todos los Guerrilleros de Ciudad en Madrid. Incluso les comentó a Domingo y a Casín que le parecía que el recién llegado era alguien mejor preparado que el anterior (Chamorro) para sacar adelante una agrupación guerrillera como la de Madrid, en la que iban a estar puestos tantos ojos. Félix Plaza estaba contento, porque en esos momentos le dio mucha seguridad depender de alguien como Vitini. Su experiencia de la guerra le hizo ver desde el primer momento que en él iba a tener un jefe excepcional.

Era, desde luego, un tipo audaz y valiente, pero no el jefe que Plaza imaginó. Durante los interrogatorios y careos, Vitini negó siempre que él fuese el jefe, pero Plaza lo creyó así, porque la gente es mucho más feliz, y se siente más importante, sabiendo que trata con los generales, y quizá porque pensara que la policía iba a ser más comprensiva con él por identificarles a un cabecilla.

Vitini, «Ernesto Carpanta», a quien muchos llamaban ya "el gran Vitini", José Vitini Flórez, era un hombre importante, aunque en la Agrupación de Guerrilleros de Madrid siempre hubo alguien por encima de él. Eso lo sabía Vitini y lo sabía ese alguien, pero no tenía por qué saberlo Félix.

Vitini no era más que un hombre herido en lo personal por el asesinato de su hermano menor, y alguien determinado a vencer en una guerra que para él no había terminado en 1939. Hay una foto en la que se le ve desfilando con el maquis español tras la liberación francesa, en Tarbes. Está en actitud marcial, correaes, pistola y las mangas de la camisa militar levantada. De haber sido francés, su porvenir hubiera sido otro bien diferente, y desde luego, muy brillante. Como era hijo de España, la muerte más ignominiosa había salido ya a encontrarse con él en el patio de un cuartel, a menos de un kilómetro de un cementerio.

En 1945 Vitini tenía treinta y dos años. Había nacido en Gijón, era pintor de oficio y estaba casado. En su declaración ante la policía confesó que se afilió a la UGT, en Madrid, unos meses antes de empezar la guerra, pero lo cierto es que pertenecía a la UGT desde 1934 y unos meses después se afilió al PCE. Cuando estalló la guerra se encontraba en paro, debido a la huelga de la construcción, aunque hacía poco que había hecho unas oposiciones, que aprobó, para entrar en el Cuerpo de Seguridad y Asalto.

Los primeros días de la guerra no hizo nada, pero el 29 de julio le llamaron para que tomara posesión precisamente de la plaza de guardia de Asalto.

Quedó atrapado en algunos servicios dentro de la ciudad, pero en agosto salió a combatir en diferentes frentes del sector centro, siempre encuadrado con los de Asalto, cuerpo en el que luchó toda la guerra, desde primeros de 1938 con la graduación de teniente, y, al final, con la de comandante.

Al terminar la campaña de Cataluña, pasó a Francia, donde estuvo en el campo de Argelés y en el de Septfonds hasta que en julio de 1939 empezó a trabajar como peón en Montauban, adonde se había trasladado con su familia. Estaba casado y tenía una hija. En cuanto Francia fue ocupada por los alemanes, se pasó al maquis, pero fue apresado en una *razzia* y conducido a Burdeos para que trabajara en una de las fábricas alemanas, como hicieron con tantos españoles. Allí consiguió un certificado de nacionalidad francesa y en julio de 1943 volvió a Lot, con los guerrilleros de las FFI,

y un mes más tarde organizó una partida que operó en la región del Tarn y del Garona, en Toulouse, desde febrero de 1944 hasta septiembre de ese año, en que se le nombró jefe de la 168 División, con grado de teniente coronel. El historial militar de Vitini en esos tres años es impresionante. Había participado en la liberación de la región del Tarn y del Aveyron, así como en la de las ciudades de Albi, de Rodez, de Carmaux, de Décazeville, de Villefranche de Rouergue y de Lourdes. Después de ser «evacuado» Francia, Vitini, como muchos otros, se enroló en la organización guerrillera española de Unión Nacional, en Gaillac, en el mes de octubre, y fue asignado a la Cuarta División, mandada por un ex comandante del Cuerpo de Asalto apellidado Sánchez Redondo, que capitaneó la invasión del valle de Arán, en la que Vitini, que había, sido nombrado jefe de brigada, no pudo

participar por encontrarse hospitalizado en Montauban en ese momento.

Esto que se cuenta aquí en unas líneas fue en todo caso una odisea, contactos, documentos falsos, escondites, delaciones, huidas permanentes, golpes de mano, sabotajes, caídas, represalias y muertes, muchas muertes.

Dejó a su mujer y a su hija en Francia, como esos soldados legendarios que aparecen en las canciones infantiles, guerreando sin descanso.

Llegados a este punto, todo empieza a producir una confusión,



Vitini en Tarbes. Verano de 1944. Fueron sus días de gloria como teniente coronel de un ejército de liberación.

entre las declaraciones del propio Vitini y los historiadores que se han ocupado del maquis y de la historia del Partido Comunista.

Por ejemplo, Ruiz Ayúcar, uno de esos militares franquistas fascinados por el Partido Comunista como algunos curas por el pecado, asegura que Vitini llegó a Madrid en octubre de 1944, y el dato, según él, es muy importante, porque la segunda semana de octubre Jesús Monzón seguía siendo el presidente de la Unión Nacional y responsable de la delegación del Comité Central y de la orden de invasión del valle de Arán. Si Vitini aparece en Madrid en octubre, dice Ayúcar, es indudable que no fue enviado por Santiago Carrillo. Vitini tuvo que venir a España por orden de Monzón de acuerdo con el plan establecido con Gabriel León Trilla para crear focos de guerrilleros en el interior.

Todo lo concerniente a Vitini en ese libro de Ruiz Ayúcar está siempre desafinado, con cosas que rozan la verdad, pero que se quedan o medio tono alto o medio bajo. Por ejemplo, cree que Vitini, después de montar una imprenta clandestina, organizó un primer grupo que se llamó



José Vitini, de haber sido francés, su porvenir hubiera sido otro bien diferente y, desde luego, muy brillante.

«Cazadores de Ciudad», cuando lo cierto es que la imprenta llevaba ya funcionando un tiempo cuando llegó y los grupos guerrilleros también.

La verdad es siempre más sencilla, cuando se conoce. En diciembre de ese año 1944 Vitini recibió una orden explícita de Luis García, que ostentaba la graduación de general y estaba al mando de toda la Agrupación Guerrillera de la Unión Nacional: debía internarse en España con un pequeño grupo formado por él, por un tal Aymerich, dos guías y un enlace entre la organización guerrillera de Francia y la delegación del Comité Central del PCE, en Madrid.

Lo único que Vitini sabía de Josep Aymerich era que había sido comisionado para reorganizar el PSUC, por lo que tenía que quedarse en Barcelona. Sabía también que en la Resistencia llegó a tener la misma graduación que él, teniente coronel, pero ni lo dijo de Aymerich, ni lo dijo de él mismo, porque los policías que lo torturaron no habrían podido sufrir que a un tipo de treinta y dos años un Ejército como el francés le hubiera reconocido el grado de teniente coronel. Se habrían reído, sin duda, y no quiso darles la ocasión de que se mofaran de unas estrellas conseguidas con valor en el campo de batalla luchando contra los nazis, cuando mandaba la 102 División de Pau. Así que Vitini se limitó a contarles que toda su misión era contactar con la delegación del Comité Central, para lo que traía como referencia el domicilio de Francisco Zoróa. Vitini sabía cuando declaró esto que a Paco Zoróa también lo habían detenido hacía unos días. Éste era hermano del destacado dirigente de la delegación del Comité Central en Francia, llamado Agustín, aunque quizá no supiese Vitini que Agustín acababa de casarse con la que había sido novia de Monzón.

Y pocas cosas más sabía Vitini cuando entró: que su misión aquí era impulsar la organización guerrillera y que el enlace que venía con ellos tenía que llegar a Madrid para pasarle a la delegación unas telas en las que había algo escrito en tinta simpática, sí, con unos frascos con los reactivos para leer los criptomensajes. Como suena. Vitini no sabía qué podían haber escrito los de la delegación del Comité Central en Francia que no se pudiese decir de viva voz, pero las telas y los reactivos existieron, y supo también que ese enlace tenía que recoger un mensaje de la delegación en España, aunque cuando lo interrogó la policía no supo decir si este último mensaje de la delegación española iba a ser escrito igualmente en tinta simpática.

Vitini llegó, pues, de Francia con cuatro mil pesetas y una documentación a nombre de Antonio Fernández García, que se le ocupó cuando le detuvieron. Lo más probable es que esa documentación se la hiciera Domingo Malagón, el falsificador oficial del PCE, que publicó hace un par de años unas memorias fascinantes en las que cuenta, desde el rincón que el partido le asignó, la vida de sus más importantes dirigentes.

Entraron en España el día 2 de enero de 1945 por algún lugar de los Pirineos orientales.

El partido tenía un buen servicio de pasos, con gente que entraba y salía del país con relativa facilidad, burlando las patrullas fronterizas, con depósitos secretos para el avituallamiento y un trazado asequible para ser llevado a cabo en jornadas perfectamente estudiadas.

Y como la fecha es importante, hay que decir que la orden de que Vitini entrara, si bien pudo partir de Monzón, tuvo que ser confirmada por Carrillo, que infamaría la memoria del guerrillero años después.

Santiago Carrillo, que fue durante tantos años secretario general del partido y uno de los protagonistas de la transición a la democracia, vive en Madrid, en un piso alto, en las espaldas del Retiro.

Es un piso burgués, con portero y dos o tres tresillos en el vestíbulo. Los muebles del piso son como los del vestíbulo, y a ellos se suma una de esas *boiseries* en las que se amontonan unos trofeos baratejos y cintas de vídeo, fotografías de los hijos y de los nietos y esos cachivaches absurdos que uno trae consigo de viajes absurdos a países seguramente absurdos también... Sólo dos o tres guaches y dibujos originales de Picasso, dedicados a él por el pintor, enaltecen el conjunto y contribuyen a mantener viva la mitificación del propietario.

Todos conocemos a este hombre, le hemos visto infinidad de veces en el Parlamento, en la televisión. Es astuto. Mira a los ojos siempre. Un perro viejo. Dice las cosas al tiempo que estudia a su interlocutor, preparándose sin duda para la dialéctica. Habla despacio y de una manera

persuasiva, pero paradójicamente parece que no cree nada de lo que dice, como un san Manuel Bueno del comunismo.

Él ve las cosas de una manera ligeramente distinta. Recuerda el nombre de Vitini, pero no, en cambio, el de Casín, aunque atribuye al primero acciones heroicas contra los alemanes que no protagonizó Vitini, sino el célebre maquisardo García Granda, que redujo con su partida un batallón de soldados alemanes con sus correspondientes oficiales, y que sería quien sustituiría a Vitini al frente de los guerrilleros, cuando éste cayera.

La fotografía de Vitini y las de todos los demás, esos rostros marcados por un destino injusto, a Carrillo no le dicen nada. Son otros de tantos con los que se cruzó en su vida y en los que ni siquiera reparó. El mariscal no suele recordar no ya a todos sus soldados, ni siquiera a la mayoría de sus edecanes. Así que, Carrillo, que en este asunto no puede fiarse del todo de sus recuerdos, empieza a hablar primero del contexto. Es un político...

Por ejemplo, para Carrillo, Monzón era un iluso que no sólo creía en una sublevación popular, sino que para activarla llegó a crear un complot monárquico y una red diplomática decorativa e inoperante. Y cuando no era eso, se le ocurrían invasiones románticas con la esperanza de que los pueblos de España salieran a recibir a los ínclitos hijos de las razas ubérrimas con guiraldas y coronas de flores. Monzón, para Carrillo, había fracasado como político y como estratega, y por esa razón Carrillo, en 1945, veía llegado el momento de dar un golpe de mano, dejarse de martingalas y cancillerías y pasar a la acción. Fue entonces cuando escribió su «Carta abierta», ya citada, con aquella frase: «Hay que pasar decididamente a la ejecución de los jefes de Falange responsables de la ola de crímenes y terror (...) ¡Por cada patriota ejecutado deben pagar con su vida dos falangistas!». O sea: Carrillo hablaba en 1945 el mismo lenguaje que Monzón, y la consigna, en la dialéctica joseantoniana de las pistolas, estaba calcada de otros papeles redactados por Monzón seis meses antes. Pero las cosas no son tanto lo que son, sino como se venden, y a Carrillo, que estaba a punto de hacerse con el mando del partido, no parece que le preocupara gran cosa alguien llamado Vitini, a quien citó, no obstante, siete años más tarde, en 1952, cuando le tocó hacer una «oportuna» autocrítica, en la que reconocía el fracaso de toda la política guerrillera, aplicando el conocido método de análisis marxista, inútil cuando se trata de hacer previsiones, pero infalible con el pasado: «La Resistencia y el maquis en Francia tuvieron características muy particulares, sobre todo en la zona sur; era un movimiento muy amplio y muy abierto contra el invasor extranjero; participaban en él infinidad de gentes de toda condición social, incluso, muchos políticos y gendarmes; no necesitaba cubrirse tan rígidamente como tiene que hacer la organización del partido en las condiciones de la lucha en España (...) es claro, a mi juicio, que nosotros sobreestimamos la experiencia clandestina de los camaradas enviados desde Francia (...). En dos meses de entrenamientos era de todo punto imposible dar a los camaradas todo lo que les faltaba y arrancarles todo lo que les sobraba como deformaciones»; y junto al comportamiento valeroso de algunos hombres, Carrillo reconoce que «se mezclaban elementos de aventurerismo y corrupción que no fueron vistos con suficiente antelación por nosotros, y, sobre todo, por mí. Tal es el caso de hombres como Vitini, que fueron capturados por el enemigo, entre otras causas, por su forma de vida impropia de un militante revolucionario, que se encuentra en una situación de clandestinidad tan rigurosa».

¿Sugería acaso Carrillo que el mono azul era una especie de detente bala que preservaba al obrero del acoso de la Brigada Político-Social? ¿No cayó acaso Hilario, que vestía siempre con mono azul, y rechazó el dinero que le ofrecieron en pago de su trabajo de agitación? ¿A qué se refería con eso de «vida impropia de un militante revolucionario»? ¿Consideraba que el dinero que el partido le pasaba a él mensualmente estaba mejor gastado con la bendita paz de los burgueses de Francia, que el de Vitini, expuesto a las indiscreciones de la Gestapo, primero en Francia, y de la policía político-social después en España? Ya cuando desató él la campaña contra Monzón abundaría en esos aspectos hedonistas que le parecían incompatibles con la moral judeocristiana del marxismo leninismo: Monzón no sólo había sido un «corrupto, ambicioso, maniobrero, resentido, aventurero y fanfarrón», sino alguien que había tenido la fantasía de venir a este mundo a otra cosa bien distinta que a sufrir.

Vitini, se ve, era de la estirpe de Monzón. Si es exacto el dato de Morán, Vitini y Monzón no tendrían una relación orgánica, toda vez que el propio Monzón ya no quería ni ver ni ser visitado por nadie. Pero no es en absoluto improbable que Vitini la tuviese con Agustín Zoroa en España.

De momento Vitini traía una orden precisa cuando llegaron él y sus acompañantes a Figueras.

Antes de entrar en ese pueblo, uno de los guías se volvió para Francia.

De Figueras, el grupo de Vitini, el enlace de los criptomensajes y Aymerich llegó a Llagostera, en Gerona, donde se descolgó el otro guía, vecino de ese pueblo.

Pobre Vitini. Llevaba tantas palizas encima que cuando declaraba ante la policía les dijo que conocía no sólo el nombre de ese guía, Juan Solé, sino la casa en la que vivía un hombre al que no vio más que un par de días, que no le había hecho más que bien; incluso les dijo que si volviese a ese pueblo, la encontraría sin ningún problema. Él, que iba a salir de ese calabozo hacia un consejo de guerra y del consejo de guerra hacia un pelotón de fusilamiento en menos de quince días, podía ver, si cerraba los ojos, cómo era esa casa en toda la amplitud de la luz mediterránea.

Desde el pueblo de Juan Solé (de quien, nadie lo duda, se informaría por telegrama inmediatamente a la Comandancia de la Guardia Civil más cercana, cuyos efectivos acaso le detuvieran y apalearan, sin que llegase el hombre a comprender cómo podía haber caído, ignorante de quién le había delatado y por qué), desde Llagostera, y usando el coche de línea y el tren, se dirigieron los tres, Aymerich, el enlace y el propio Vitini, a Barcelona. Allí tenían que contactar con otros guerrilleros que habían salido por las mismas fechas que ellos de Francia, y que eran los que tendrían que decirles el modo de ponerse en contacto en Madrid con la delegación.

Durante varios días fueron a la hora convenida al lugar de la cita, un sitio que se llamaba El Cinco de Oros, pero jamás se presentó nadie por allí, cosa que, naturalmente, les inquietó, porque sus enlaces podían haber sido detenidos y el lugar de las citas estar vigilado. Desde luego que la vida del revolucionario profesional no era fácil. En todas las memorias de esos años aparece esa existencia sórdida en pensiones, pendientes de una cita que no siempre llega a producirse, la angustia de los momentos de incertidumbre y espera, la soledad de las horas vacías, apenas mitigadas con sesiones dobles en cines de barrio.

Al cabo de unos días, la situación se les hizo insostenible, porque empezaron a temer que no estaban del todo seguros en la ciudad.

Vitini tampoco habló a la policía de sus hermanos. Si la policía hubiera sido más diligente, hubieran sabido que hacía unos meses, en octubre de 1944, habían fusilado en Barcelona aun Luis Vitini en el Campo de la Bota. Era el menor de los Vitini.

Acababa de cumplir veintiún años.



El guardia de Asalto
Mariano Vitini el 18 de
julio de 1936, fotografiado
por Centelles.

Había alcanzado el grado de comandante de las FFI con el maquis francés. Con otros guerrilleros había dado un golpe en la fábrica de cervezas Moritz, para proveerse de fondos, y lo habían pillado. No se libró ninguno del paredón, en una ejecución que se llevó a efecto el 15 de octubre. Pero la policía no estaba para relacionar apellidos, y por otro lado es comprensible su ineficacia, con tantos fusilamientos como había cada semana.

Vitini estuvo viviendo en casa de su hermano mayor, Mariano. Fue un encuentro bien triste. Hablaron de la muerte de Luis.

Mariano era guardia de Asalto cuando estalló la guerra. Acaso la foto más hermosa que se hiciera nunca de la guerra le tiene a él por protagonista. Es ésa de Centelles en la que se ve a un hombre joven, el 18 de julio de 1936, en Barcelona, disparando su fusil mientras se parapeta detrás de un caballo aparatosamente abatido con todos sus arreos encima. Ése es Mariano Vitini. Pepe Vitini quizá hubiera podido permanecer más días en Barcelona, pero decidió no comprometer a su hermano ni a la familia de éste, y él y el criptomensajero, mientras Aymerich se quedaba en Barcelona, tiraron hacia Madrid, aunque tampoco tenían un destino claro al que dirigirse, ya que éste era precisamente el que iban a revelarles las gentes que no habían acudido a la cita de El Cinco de Oros.

Vitini pensó de todos modos que la referencia que traía de Francia podría servirle de contraseña para entrar en contacto con la delegación del partido.

Llegaron a Madrid el día 15 de enero. Cada vez que la policía les pedía los papeles, y eso en el trayecto ocurrió varias veces, pasaban por la angustia de que iban a ser descubiertos. Pero los documentos de Malagón estaban hechos a conciencia. En la confección de algunos empleaba dos semanas de jornadas de diez horas diarias.

Al llegar a Madrid, Vitini y su compañero se alargaron a la Puerta del Sol y se hospedaron en la pensión Vizcaya, a dos pasos de la DGS.

Dejaron el equipaje y los criptomensajes y buscaron la casa de Francisco Zoroa, para el que traían un mensaje de Agustín, que en esas fechas entraba y salía de España con tanta facilidad como frecuencia.

Los primeros días, quizá por desconfianza, le indicaron que ese señor no se encontraba en Madrid, por lo que el enlace decidió volverse a Barcelona, confiado en que Aymerich, que se hospedaba en el hotel Lloret, se hubiera entrevistado ya con los contactos suyos. Así que el material que traía, aquellas misteriosas telas y los frascos con los reactivos, se lo dejó a Vitini para que éste se lo hiciera llegar a la delegación cuando pudiera.

Por fin, y después de varias tentativas, Vitini logró enlazar con Francisco Zoroa, y cuando éste se convenció de que aquél era realmente quien decía ser, y no un policía ni un provocador, quedaron citados para el día siguiente.

Acudió a la cita, Vitini le dio las telas y los frascos y Francisco Zoroa le puso en contacto con un tipo llamado Víctor.

Cuando Vitini llegó a este punto, el policía tuvo que interrumpirle, como interrumpía a Plaza cuando hablaba de Manzanares, porque nada le molesta tanto a un interrogador como que le hablen de alguien que no conoce o que no le ha sido presentado.

¿Quién era Víctor?

Vitini hubiera dado todo por decir algo más de él. Acaso pensara, mientras le estaban interrogando en la Dirección General de Seguridad, que Víctor podía salvarle de la pena de muerte, porque él era el verdadero jefe político militar del partido en Madrid, y fue quien le presentó al verdadero jefe de los guerrilleros, que era otro, y no Vitini, como creía el ingenuo Plaza. Víctor era quien podría decir la verdad: que la orden de asaltar la subdelegación de la calle Ávila partió de él, Víctor, y de 14197 nadie más. Es más que probable que la policía se ofreciese a salvarle, si le entregaba a Víctor. Solía hacer estos tratos, que no siempre dejaba sin cumplir, aunque la mayoría de las veces no salvaban al delator de las sentencias más severas, entre el desprecio de sus antiguos camaradas. Pero Vitini sólo pudo decir el aspecto que aquél tenía: estatura regular, complexión fuerte, de unos treinta y cinco años a cuarenta, y pelo negro, pero con canas.

Víctor era también un hombre elegante. Y tenía al menos dos trajes, cosa impropia seguramente en un militante revolucionario: uno, gris con raya blanca, y otro, con rayas oscuras; nunca llevaba sombrero, pero sí usaba a veces gabardina.

Este Víctor le presentó a Vitini al que en ese momento era el jefe de la Agrupación de Guerrilleros de Ciudad, Chamorro.

Sabemos ya quién es Chamorro, pero más interesante, por el lado literario, fue el pequeño dato que únicamente aportó Vitini: creía que era impresor.

En algún momento se me ha pasado por la cabeza que Chamorro pudiera ser... Manzanares. A los dos les describen como altos y delgados, y aunque a éste lo ven de treinta años y al otro de treinta y cinco o más, ¿quién está seguro de esos matices? Manzanares fue quien se encargó de comprar la minerva para Casín, y Vitini cree que Chamorro era impresor. Puede que ocurra aquí como lo de los fotógrafos mancos, y que entre los comunistas hubiera muchos del gremio de los impresores, pero no tendría nada de extraño que Pepe Carretero fuese para los guerrilleros Chamorro y para los del aparato de propaganda, Manzanares. Por otro lado, ambos desaparecen de Madrid o a los dos les perdemos la pista por las mismas fechas, finales de enero, principios de febrero... Tendría su lógica, aunque la realidad y la lógica lo desmientan, puesto que alguien como Plaza, que trató a Chamorro y a Manzanares, cuando habla de ellos habla de dos personas diferentes. Pero quién sabe. No parece verosímil que en medio de las torturas tuviese Plaza pujos de novelista de intriga y montara pistas falsas para la policía. En cualquier caso, sabemos que ni los policías que siguieron la pista A detuvieron a Chamorro ni los que seguían la pista B dieron con Manzanares. Quien no dio con ellos, desde luego, he sido yo.

El caso es que Chamorro, dedicado hasta ese momento a la recluta de guerrilleros, le encomendó a Vitini la tarea de controlar los diferentes grupos de guerrilleros de Madrid, para lo cual le presentó a Hilario.

Vitini les describió a Hilario a su manera: tenía unos treinta años, era más bien bajo, de complexión corriente, vestido a todas horas con un traje de los llamados de mecánico, el clásico mono azul. Fue realmente el encargado de ir presentándole a los diferentes responsables de los grupos guerrilleros que había en ese momento en Madrid.

Le presentó a tres: al Francés, al Fantasma y a un tercero, aparecido como Vicente.

En realidad, éste se llamaba Dalmacio Esteban González. Había nacido en Valcabado del Pan, en Zamora. Tenía treinta y cuatro años. Era fuerte, jornalero, rubio, con el pelo peinado hacia atrás, siempre con un traje marrón, gabardina y sombrero. Al empezar la guerra se pasó a Portugal, allí lo detuvieron, lo metieron en un presidio en Braganza, y al poco tiempo a él, con otros mil cuatrocientos, los embarcaron en un buque que los dejó en la Tarragona republicana. El resto de la guerra lo pasó en los frentes orientales, hasta que tuvo que salir, como tantos, a Francia, donde conoció también lo que otros: campos de concentración y trabajos forestales en las Landas, cuna del maquis. Se afilió a la Unión Nacional y con sus guerrilleros en septiembre de 1944, y en Tarbes, fue seleccionado con algunos más para pasar a España a finales de octubre, después de la invasión del valle de Arán.

En el grupo, que mandaba él, venían cinco, y los cinco llegaron a Madrid el 20 de noviembre, con el armamento completo y con las doscientas pesetas de su asignación personal, pero ya muy mermadas.

El primer contratiempo serio lo tuvieron en una inspección rutinaria en el fielato de los de arbitrios: pretendieron abrirles las maletas en las que llevaban el armamento y la propaganda, confundiéndoles con estraperlistas, la profesión más rentable del momento. Abandonaron las maletas y huyeron, pero lograron contactar con Chamorro, que les proporcionó nuevas armas, ochocientas pesetas y un objetivo: matar a un camarero del bar Metropolitano de los Cuatro Caminos, después de que a tres de los cinco que formaban el grupo los mandaran al monte. Quedaron Dalmacio y su compañero Pantaleón Fernando, conocido como Nando, un tipo de treinta años, pero ya con el pelo blanco, chófer, que había estado en Francia, trabajando para los alemanes en la base de submarinos de Burdeos y, luego, con el maquis. El nombre de Pantaleón me hizo pensar en el otro «León», que formó parte del grupo que quiso formar Hilario, con un tal Justo Vázquez. Podrían haber sido el mismo grupo o no. El parecido del nombre lo sugiere, así como el hecho de que la única acción que llevó a cabo ese grupo de Vázquez-León fue la colocación de un petardo, especialidad que sería la de Dalmacio y Pantaleón. En fin.

A finales de enero Chamorro le presentó Hilario a Dalmacio, como la persona con la que hablaría a partir de entonces, porque a él le estaba pisando los talones la policía e iba a poner tierra de por medio.

Lo primero que hizo Hilario fue llevar a Dalmacio a casa de una mujer de confianza, Isabel Alvarado, en Fernán González, que con la tapadera de que alquilaba habitaciones, metía de vez en cuando de rondón a gentes del partido. Pero el reinado de Hilario fue breve, porque ya a primeros de febrero le salió al encuentro Vitini, que, después de quince días en Madrid, que le sirvieron para poner los pies en la tierra, le informó de que a partir de este momento tomaba el mando de la organización guerrillera.

Ya estaban, pues, formados los tres grupos operativos, sólo hacía falta ponerlos a funcionar coordinada, armoniosamente.

Menudearon las citas entre los tres y Vitini, siempre por separado. Lo hizo primero con Plaza, el Francés, jefe del grupo número 1; luego con Dalmacio, jefe del grupo número 2, y, por último, con Carmona, el Fantasma, jefe del grupo número 3.

A Dalmacio le veía mucho en Casa Elías, una taberna de la calle del Limón, donde paraba con Pantaleón. A Félix, en cambio, le vio un poco por todas partes, y lo mismo a Carmona.



Físicamente, José Carmona parece que pide de nosotros cierta compasión. No era más que un hombre desesperado.

Incluso físicamente José Carmona Valdeolivas, cuando se ve su foto, parece que pide de nosotros cierta compasión. Tenía veintiocho años. No era ni alto ni bajo y quizá el aire general de tristeza que desprende su rostro se deba a que tenía los ojos saltones. La frente abombada le daba un aire de completa desdicha, pero en vez de disimular ese rasgo, se peinaba con el pelo muy tirante hacia atrás, con lo cual dejaba al juicio libre de los hombres su frente desnuda. Por si fuese poco, tenía la nariz puntiaguda. En las fotografías de frente apenas se puede apreciar, pero en la que la policía le hizo de perfil, el parecido con Stan Laurel,

el flaco del Gordo y el Flaco, es asombroso. No se diría que es un hombre audaz, no se diría tampoco que es un hombre valiente, de hecho se quebró pronto en los interrogatorios, y no se diría que es un hombre inteligente. Seguramente no era más que un hombre desesperado, con el que ni la naturaleza ni las circunstancias se mostraron nunca generosas.

Para adornarse o para camuflarse, algunas veces se ponía gafas o se dejaba un bigotito, y llevaba siempre el mismo traje, porque no tenía otro, un traje tan triste como él, gris claro, viejo, lleno de arrugas, en el que la chaqueta venía de una procedencia y el pantalón de otra, como arrancada cada prenda en dos entierros diferentes.

Era él el hombre que la noche del 25 de febrero, cuando estaban citados en las barcas-columpio a las ocho y media de la noche, se presentó sin abrigo, con ese trajecillo desconjuntado, la solapa de la chaqueta subida para taparse las orejas y las manos metidas en el pantalón huérfano.

La policía debió de oler en él, como los perros el miedo, que el rasgo principal de su carácter era la debilidad, y se ensañaron, sin darle ninguna opción a la grandeza.

Empezaron, por ejemplo, haciéndole confesar cosas del pasado que tampoco venían a cuento. Como las leyes dictadas por la dictadura eran de efecto retroactivo, Carmona tuvo que reconocer ante la policía que había sido detenido en diciembre de 1934, como sospechoso de maleante, usando el nombre de José García García. Lo que se cuida mucho de incluir en su informe la policía, por si algún juez pudiera apiadarse más tarde, es que entonces Carmona tenía diecisiete años y, desde luego, no especifican ni qué entendían ellos por «maleante», ni la clase de delito que le imputaban, pero no debió de ser demasiado grave, porque a consecuencia de eso se le impusieron quince días

de arresto gubernativo. En febrero de 1936 lo volvieron a detener por disparos y asesinato frustrado en la persona de un falangista, y lo procesaron por este hecho, pero no fue juzgado porque se produjo el triunfo del Frente Popular, y hubo una amnistía. Volvieron a detenerlo en julio de 1936, durante la huelga de la construcción, por enfrentarse a la «Autoridad» (que la policía escribe con mayúscula) y por tenencia ilícita de armas, pero al iniciarse la guerra fue puesto en libertad también.

Carmona pertenecía al partido desde 1931, «donde desempeñó una secretaría de célula en el Radio Oeste». Dicho de esta manera suena a algo peligroso, para impresionar al tribunal, pero eso exactamente no quería decir sino que Carmona era un militante de base, como cientos.

La guerra le sacó de la cárcel Modelo el 22 de julio y se alistó como voluntario en las milicias de la PUA (Primera Unidad de Avance), y pasó por diferentes frentes. Para él la guerra fue además especialmente dolorosa, ya que su mujer, con la que llevaba casado apenas un año, murió por entonces.

Al acabar la guerra, «en la que no alcanzó graduación superior a la de soldado» (y hacen constar esto los policías con una mezcla de insidia inclasificable, puesto que unas veces el haber alcanzado un grado en el ejército «rojo» era un agravante, y otras veces, como en esta ocasión, el no haberlo alcanzado... también), al acabar la guerra, digo, Carmona se encontraba en Villar del Arzobispo, Valencia. Decidió volver a Madrid, pero en Aranjuez fue detenido y llevado a un campo de concentración, hasta que se comprobara su identidad.

Muchos hicieron lo mismo, rompieron sus carnés y regresaron a casa intentando pasar desapercibidos, pero las carreteras, las estaciones, las pensiones se llenaron de delatores que participaron en la orgía de denunciar y entregar a todo aquel que no podía presentar los codiciados avals.

Carmona quedó en libertad, pero en marzo de 1940 fue detenido de nuevo y puesto a disposición de la autoridad militar por existir denuncias contra él de su actuación durante la guerra en «hechos delictivos graves». Lo procesaron y se lo llevaron a la cárcel de Yserías, desde donde se le trasladó al Hospital Provincial de Madrid, del que se fugó en octubre de 1941, y volvió a casa. Los hechos delictivos en todo caso no debieron de ser tan graves, porque siguió viviendo en su barrio, aunque no en la antigua casa en la que vivía con sus padres, de la calle Beatriz Galindo, que cayó bombardeada en la guerra, sino en otra, en la Cuesta de las Descargas, en la que la familia, los padres y dos o tres hermanos tomaron dos habitaciones como realquilados, y de nuevo encontró trabajo en lo suyo, que era la ebanistería.

Cuando llevaba ya unos meses de normalidad, volvió a frecuentar a Luis del Álamo y a Tomás, dos amigos de juventud.



Tomás Jiménez.
Quizá cuando comprendió
que la lucha guerrillera
le venía grande ya era
demasiado tarde.

Hablaron de la necesidad de organizarse y luchar contra un gobierno que cada día hacía más y más opresiva la existencia a gentes como ellos: todo era desfiles, banderas, discursos en los que les refregaban lo asesinos que habían sido, procesiones, miseria, frío en las casas y ropas viejas que ni siquiera las costureras hacían decorosas con sus artísticos remiendos... ¿Cómo no luchar contra un gobierno así? Entonces Tomás les presentó a Hilario, que había sido su capitán en la guerra, en una división blindada. Llegó éste con su mono azul, y después, de

esa conversación les informó de que podían considerarse integrados en la Agrupación de

Guerrilleros de Ciudad. Así de fácil. Eso sí, tenían que cotizar. La cotización no era en exceso gravosa, una peseta a la semana, o sea, el equivalente, al mes, a un jornal; ni siquiera cubría el alto precio, de *Mundo Obrero*, que se vendía a nueve pesetas el ejemplar.

Esto debió de ser, ya lo he dicho, hacia finales de 1944 o primeros de 1945. Y así, sin otras novedades, se llegó a 1945.

Al principio el responsable del grupo fue Tomás, que enlazaba con Hilario. Éste le pasó un revólver y le ordenó la colocación de un artefacto explosivo en el local de la Agencia de los Ferrocarriles Alemanes, en la calle Alcalá, junto a la Secretaría General del Movimiento. Pero entonces Tomás tuvo que ausentarse de Madrid para asistir al entierro de un hermano en Pamplona, lo de la bomba quedó en el aire y Luis se hizo cargo del grupo.



Luis del Álamo.
El entrecejo poblado
le quitaba claridad
e inteligencia a la mirada,
virtudes que suplió
con su buena disposición
de guerrillero.

Luis del Álamo García era poco más o menos de la misma edad que sus amigos: había nacido en 1918. En 1945 tenía veintisiete años. Era soltero y trabajaba como mecánico carpintero y vivía cerca de Carmona, en la calle San Isidro. Era bajito, bastante delgado y con los ojos azules. Las cejas negras y abundantes y el entrecejo poblado quitaban claridad e inteligencia a su mirada, pese a todos los esfuerzos por parecer un hombre interesante. Así es como debe entenderse el bigotito que se dejó, a medio camino entre Clark Gable y Errol Flynn, y ese pelo, que se peinaba hacia atrás y se lo fijaba en la nuca con alguna clase de producto, o quizá sólo con agua y azúcar, porque la época no

estaba para demasiados productos. Tenía una pequeña cicatriz en la mejilla, recuerdo de guerra, una condecoración de la vida para su cara de niño. Solía ponerse el mono de trabajo encima de la ropa de calle y encima del mono, un abrigo oscuro de color marrón. Es decir, era una persona cuidadosa y presumida: cuidaba su ropa. Tiene algo de candoroso e ingenuo, y eso se trasluce en su declaración.

También Luis, «convenientemente interrogado, manifestó que con anterioridad a la iniciación del Glorioso Movimiento Nacional» nunca había sido ni detenido ni procesado.

Pertenecía a la UGT desde 1932, y desde comienzos de 1936 a las JSU. Al estallar la guerra vivía en la ronda de Segovia, en casa de sus padres; y se empleaba como mecánico electricista en trabajos particulares.

En los primeros días de la guerra se enroló como voluntario en las milicias ferroviarias, en la «Columna de Mangada», destacada en la sierra, y después en Navalperal de Pinares, Ávila. Al reorganizarse el Ejército, le destinaron a una división blindada que actuó en diversos frentes, para acabar la guerra en el de Levante. Le detuvieron en Valencia y lo llevaron a diferentes campos de concentración hasta 1941, en que salió libre. La misma historia que todos.

Volvió a Madrid a casa de sus padres, pero a las pocas semanas le obligaron a cumplir el servicio militar y le destinaron a África, desde el 41 al 43. O sea, tres años de guerra, uno y pico de campos y cárcel y tres años de mili, desde sus diecinueve años a sus veintiséis. No está mal. Al volver, se puso a trabajar como carpintero en un taller de la calle Lope de Rueda, dejó poco después la casa de sus padres y se puso a vivir en la calle San Isidro.

Cuando volvió Tomás del funeral de su hermano, se encerraron los tres y prepararon la bomba en casa de Luis. Ataron los cartuchos con fuerza y embutieron en cada uno de ellos el pistón y la

mecha, introduciendo todo en una caja de madera. Estaban contentos del trabajo, pero a Hilario no le convenció en absoluto cómo estaba hecho y encargó el atentado al grupo de Justo Vázquez y León, que lo llevaron a efecto. La repercusión fue tan escasa como insignificantes los daños, y ese grupo de guerrilleros, bien porque los destinaron a la guerrilla del monte, bien porque se disolviera, salió de escena para siempre de la misma manera poco gloriosa que entró en ella, si acaso no cambiaron de nombre para ser Vicente y Nando, es decir, Dalmacio y Pantaleón.

Al prólogo del petardo en la Agencia de Ferrocarriles Alemanes siguió una bomba en la delegación de Prensa y Propaganda y Vicesecretaría de Educación Popular, en la calle Montesquín. El explosivo, quince o dieciséis cartuchos de dinamita, se lo pasó a Vitini en el metro de Estrecho un dinamitero de aspecto triste, y se puso el 15 de febrero de 1945.

Lo hicieron Dalmacio, Pantaleón y un guerrillero de apoyo que les proporcionó Vitini, un tipo sucio y ordinario que se dedicaba a descargar carbón en la estación de Peñuelas, que también llevaba su mono azul y una cazadora. Le llamaban todos «el Paleta». Esa acción cosechó juicios contradictorios, porque si nos atenemos a la prensa de Madrid, no ocurrió nada: ninguno de los periódicos dio la noticia. En cambio, en el inmovilizado número de marzo de *Mundo Obrero*, impreso en la factoría Casín, se lee en su sección «Frente de Guerrilleros», en primer lugar: «Frente Centro.— El jueves 15 de Febrero, a las diez y media de la noche el grupo 22 de la Agrupación Guerrillera de Madrid ha atacado con bombas la Delegación de Prensa y Propaganda de la Falange hitleriana, sita en Montesquín, 2 (esquina a Génova). Se voló la ventana central del salón principal, causándose entre el personal falangista dos muertos y siete heridos, tres de ellos graves, y produciéndose graves desperfectos en el interior del edificio, principalmente en los archivos».

Lo cierto es que no fue así, ni mucho menos. Pero como la noticia precede a la del asalto a la subdelegación de Falange, enteramente cierta, a uno, francamente, le hizo dudar. Colocaron dos bombas debajo de las ventanas, se alejaron unos metros, y desde la esquina esperaron a que hicieran fu. Luego salieron corriendo. Sin embargo, Ruiz Ayúcar, el militar-historiador, reconoció algo más importante: que aunque ninguno de los medios oficiales se hicieron eco del incidente, produjo en el Gobierno una alarma inquietante, «tanto por lo inesperado como por las dificultades que la marcha de la guerra presagiaban». Se refiere con ese «dificultades» al hecho de que Alemania tenía la guerra perdida.

Aunque estas primeras acciones no resultaran espectaculares, Vitini se animó con el resto de asuntos pendientes o en curso, y trató de agilizarlos, tanto el atentado contra Víctor de la Serna como uno contra un mantequero del mercado Maravillas, en los Cuatro Caminos, el del camarero del bar Metropolitano y algunos más contra unos oficiales de la policía y contra un oficial de prisiones. Incluso le habló a Dalmacio de un trapero bajito y enclenque llamado Pedro, al que había puesto al frente del grupo número 4 de guerrilleros. Iba a haber trabajo para todos.

Había empezado en serio la verdadera guerrilla en Madrid.

Igual que en Francia. Fueron acaso los momentos más ilusionantes del grupo. Vitini pensaba en Francia. España iba por el mismo camino.

Por otro lado, el optimismo era tan grande que Hilario no parece que se molestara demasiado con el grupo de Carmona, Luis y Tomás por haber fracasado con la bomba de la Agencia Alemana. Por esas fechas Luis empezó a tener más trabajo en el taller al que iba, por la calle Ibiza, y Tomás se dedicó a preparar su boda, así que fue Carmona quien acabó acudiendo a las citas con Hilario. A partir de entonces, Carmona les contaba a sus amigos cómo iban las cosas.

Entre otros asuntos de más sustancia les dijo, a primeros de febrero, que había cambiado el jefe de los Guerrilleros de Ciudad: salía de escena Chamorro, de quien, naturalmente, ni siquiera sabía su nombre de guerra, y entraba un tipo llamativamente elegante, muy alto, rubio, peinado hacia atrás, con un traje gris con rayas coloradas y un abrigo estupendo. Alguien que sabía tras de lo que se andaba, y que no les mandaba poner petardos a los alemanes. Fue más o menos lo mismo que había experimentado Plaza cuando conoció a Vitini.

La transmisión de poderes quedó plenamente rubricada en el acto solemne en el que Carmona se hizo cargo de la Parabellum y de la FN que Hilario le había pasado a Tomás, después éste a Luis, cuando dejó de ser el jefe, y en ese momento Luis a él, Carmona. Ese manoseo incesante del

armamento debía de tener un componente morboso, porque a partir de ahora asistiremos a un rigodón de pistolas no siempre explicable.

De ahí en adelante el elegante Vitini y Carmona se vieron unas cuantas veces más, y en una de esas citas, a mediados de febrero, Carmona recibió de aquél la orden de asaltar la subdelegación de Falange de los Cuatro Caminos, apoderarse de las armas que hubiera depositadas allí y matar a cuantos se encontraran dentro, falangistas o no, con excepción de los muchachos del Frente de Juventudes. Y esa orden fue idéntica e igual de «terminante» que la que Vitini le había dado ya uno o dos días antes a Plaza, a quien se lo presentó al día siguiente.

Pasados unos días, y cierta mañana en la que Vitini estaba citado con Chamorro, éste no acudió y lo hizo en su lugar Víctor. Le confirmó que Chamorro había salido de Madrid. En ausencia de Chamorro, Vitini, le dijo Víctor, se quedaba de manera interina con la jefatura de la organización guerrillera, en tanto no llegara de Francia alguien a quien se nombraría nuevo jefe. Se hubiera pensado que había una sincronización, porque a Vitini le detuvieron en abril y en abril llegó a Madrid Cristino García Granda, aquel prestigioso guerrillero que Carrillo, cincuenta años después, confundía con Vitini, y que recibió la orden de asesinar al lugarteniente de Monzón, Gabriel León Trilla... por provocador, orden que Cristino García mandó ejecutar a un tal Olmedo, sicario del partido, apodado «el Gitano» y «Madriles», que lo apuñaló en septiembre de 1945 en el Campo de las Calaveras (magnífico nombre para este episodio), abandonando allí mismo el cadáver después de bajarle los pantalones para simular un crimen de maricas o de proxenetas.

Vitini se puso manos a la obra. No tenía bajo su mando a demasiados guerrilleros, pero en aquel Madrid costaba mover todos los peones. Tampoco las condiciones de vida eran fáciles. No se estaba tranquilo ni en los prostíbulos, y de hecho a muchos de los comunistas de estos años ahí es donde les detendrían.

Las citas, por otro lado, se multiplicaban a lo largo y ancho de una ciudad patrullada a todas horas por cientos de policías de paisano en la que sólo se podía hablar en voz alta del fútbol, de toros y de coristas. El recuerdo más vivo de quienes conocieron esos años son tres: el hambre, el frío y el silencio. Pero precisamente por ello el fútbol, los toros y las coristas contribuyeron a poner un poco de alegría en sus vidas. La dificultad de encontrar comida, las cartillas de racionamiento y el estraperlo; los rigurosos inviernos que obligaban a las gentes a llevar puestas dentro de casa prendas de abrigo (y cuánta lana tejieron las mujeres entonces) y a dormir con múltiples camisetas y camisas en capas, como las cebollas, fríos que no invitaban precisamente a la higiene corporal y que llenaron España de un olor muy parecido justamente a la cebolla. Y ese silencio de las conversaciones interrumpidas, de los sobreentendidos, de los recuerdos amargos, del temor a herir y a ser heridos con una frase. Todo ello contribuyó a hacer de Madrid una ciudad especialmente difícil en la que cada cual miraba, antes que nada, por sí mismo y su familia, para después pasar a un segundo estadio: desconfiar todos de todos y de todo. Eso explica que las citas se montaran en los lugares más inverosímiles. Solían durar poco. Un hombre podía tener al día media docena de ellas, al aire libre, en el metro, bajo tierra, en una taberna, en una esquina. Procuraban no conocer nada unos de otro, nada de Vitini, nada de Félix, nada de Carmona ni de Dalmacio. En el peor de los casos, sólo un apodo: Ernesto, el Francés, el Fantasma, Vicente, y, por supuesto, Merche, Víctor, Chamorro, Hilario, el Americano. Pero el trato continuado les permitió a todos ellos ir sumando detalles, direcciones, rostros nuevos, que los interrogatorios fueron destilando con resultados funestos.

Durante el poco tiempo que Vitini despachó con Chamorro, éste le había presentado a una muchacha.

Llamaba la atención lo desmedrada y poco agraciada que era. Iba siempre vestida tan pobremente que hubiera podido ponerse en una esquina a pedir. Su aspecto general era el de una persona enfermiza.

Aunque nosotros ya sabemos de quién se trata, Vitini, que la veía por primera vez, quedó impresionado por su aspecto. Fue despiadado en la descripción que le hizo de ella a la policía: «Baja, delgada, fea, medio rubia, corta de vista y con unas gafas con los cristales gordos, mal vestida, con zapato de tacón bajo y un aspecto no muy limpio». Sin embargo, no se fijó acaso en lo

más hermoso de aquella cara: tenía los ojos azules. Como él. En cuanto a su pelo no era medio rubio, sino castaño.

Figuraba que era modista, pero lo cierto es que hacía mucho que no cosía, y se dedicaba a emplearse como limpiadora donde la llamaban, fregar escaleras, comercios, oficinas, esas cosas. Vivía en la extrema pobreza, sin que el dinero le alcanzara para comer, cosa que solía hacer muchos días en casa de su hermana o de camaradas del partido.

Había nacido en 1915, pero cuando la detuvieron en 1939, se quitó tres años y dijo que lo había hecho en 1918, por si de ese modo la consideraban menor de edad y podían librarla de los procesos. Pero no. La detuvieron, la juzgaron porque una mujer aseguraba haberla visto vestida con mono azul en compañía de unos milicianos la noche en que se llevaron dos hijos suyos a un «paseo». También la acusaron de pertenecer al PCE y de participar en un complot que acabó con la vida de un comandante de la Guardia Civil en Talavera, en julio de 1939. No pudieron probar nada, pero la condenaron a veinte años. Había estado primero en la cárcel de Ventas, y de Ventas se la llevaron a la de Segovia, de la que salió a finales del 1943. La verdad es que cuatro años, para lo que la esperaba, no son muchos, ni siquiera cuando se tienen veinticuatro.

En 1943 el PCE, tras la debacle quionista de 1941, iba a la deriva y Merche, con dos docenas de viejos camaradas, intentó una reorganización comunista más o menos candorosa, a la que pusieron por nombre «Sector 14», mientras procuraba abrirse paso en la vida. Fue entonces cuando conoció y trató a Monzón, quien después de hacerse cargo de esos pecios, disolvió la pequeña organización.

En noviembre o diciembre de 1944 se encontró con Pepe Carretero, *Chamorro, el Largo*, al que conocía de tiempos de la guerra, y éste le propuso organizarse de una manera formal. Merche, que sufría entonces una aletargada tuberculosis contraída en la cárcel, declinó esa invitación, pero a las pocas semanas el Largo volvió a la carga, y Merche se dejó convencer. Por entonces vivía ya en la calle Coruña, también en los Cuatro Caminos, lo que explica en buena medida que la mayor parte de las informaciones que haga se relacionaran con el barrio.

Carretero le presentó a Víctor. A Merche le impresionó de éste su aspecto, su seriedad y el acento vasco que tenía.

Al principio Víctor se servía de Merche únicamente para que le guardara la documentación comprometida, pero un día llegó y la nombró responsable del Servicio de Información. Así.

Víctor era alguien de ideas terminantes, más inclinado a la acción que a las elucubraciones. Una de las primeras veces que vio a Merche le dijo que no entendía cómo en Madrid la gente de izquierdas podía pasar por la calle y ver a los que habían asesinado a sus maridos, a sus hermanos, a sus padres, y no acabar con ellos. En el País Vasco, concluía sin asomo de arrogancia, eso no lo consentiríamos. Y Merche pensó que lo diría en serio. Y que en el País Vasco, donde los *gudaris* habían dejado tantas memorables muestras de su valor, las cosas, a tenor de lo dicho por Víctor, no ocurrirían como en Madrid, sino que la gente, al ver al asesino de alguien de la familia, lo ajusticiaba allí mismo, sobre la acera, y seguía caminando con mucha parsimonia, naturalmente hacia Bilbao, patria de la modestia.

Víctor pidió a Merche que buscara dos personas que le ayudaran en el Servicio de Información, y Merche pensó en una amiga suya que había conocido en la cárcel de Ventas, Concepción Fera, y en el primo de otra amiga de la cárcel, Pascual Gómez Moñibas.

De los primeros trabajos que le encomendó Víctor, uno fue que siguieran a Víctor de la Serna y al funcionario de prisiones. Y así empezó. Luego le ordenó un «trabajo muy especial»: hacer un informe sobre la subdelegación de Falange de la calle Ávila.

En la declaración de Merche a la policía, realizada cuando Vitini ya había sido fusilado, Merche lo declaró al revés. Y se ratificó en ello ante el juez, así como que no sabía que se fuese a matar a nadie. Y que ella no pudo ser la que estudió el «objetivo», porque Víctor, por esos días, le había relevado de cualquier tarea, ya que la policía, en un servicio rutinario, había practicado un registro en su casa. Era cierto lo del registro, pero no que no hubiese informado sobre la subdelegación, pero para Merche entre una y otra versión mediaba un abismo, el que podía separarle de la muerte o lanzarle a ella. En todo caso, derivó toda la responsabilidad hacia Vitini, a quien nada podía perjudicarle ya.

En cuanto Merche tuvo la información completada, Vitini, con la anuencia de Víctor, dio la orden de asaltar el local.

Para ultimar detalles, Vitini quedó en Antón Martín con Félix, a quien el día antes había pasado mil cuatrocientas pesetas, y con Carmona, y les advirtió que se limitaran a robar la documentación y las armas que se encontraran allí, y a dar muerte a los que se hallaran presentes en ese momento, pero en ningún caso a los muchachos de las juventudes falangistas. Al día siguiente Vitini se citó en el metro de Tribunal con Merche y se la presentó a Plaza. A continuación les dejó solos; poco después, ella y Félix recogieron a Carmona y se fueron los tres a que Merche, que conocía ya el terreno, se lo mostrara. También prometió enviarles el día del asalto a una mujer, conocida suya, que se encargaría de recoger las armas después del atentado.

Fue a hablar con ella. Era la prima de Pascual. La había conocido en la cárcel de Ventas. Se llamaba Magdalena Gómez Hueros. Era una mujer de cincuenta años, gorda y tetona. Los hombres que la describieron la encontraban vistosa. Estaba colocada como sirvienta en una casa de la calle O'Donnell y pertenecía al partido desde 1938. Después de la guerra pasó por lo que todos, tres años de cárcel. Al salir, se fue a vivir con ese primo suyo, que había sido policía y que también había estado en la cárcel. Había un dicho en la España de la posguerra, según el cual ninguna de estas tres «pes» se libraba de un proceso: policía, portera y periodista. Después se buscó una casa, y cayó como cocinera en la de Serrano Súñer, cuñado de Franco, donde duró tres meses.

Merche le preguntó si podía hacer un pequeño servicio al partido, y Magda le dijo que sí. Era muy fácil.

Quedaban citadas el jueves día 22 a los ocho y media, allí Merche le daba un bolso, le presentaba a uno, se iba a un lugar próximo y esperaba a que le entregaran algo. Se lo llevaba a su casa y al día siguiente pasaría a recogerse ella. A Magda le pareció sencillo.

Entretanto, Plaza y Carmona repasaban la acción. Estaban nerviosos. Más el segundo que el primero. Por lo menos Plaza había sido entrenado en Francia. Quizá por eso Vitini hizo responsable a Plaza del asalto. Les pareció bien llevarlo a cabo el jueves día 22, a las nueve y media de la noche, y quedaron citados un poco antes junto a las barcas-columpio.

Merche recogió a Magda, fueron andando por el solitario paseo de la Ronda, allí le dio el bolsón de cuero negro, de los de cremallera, pero sin cremallera, que se había roto, y la llevó a las barcas-columpio. Se acercó Félix, Merche se lo presentó, y se fue. Félix le ordenó a Magda que le esperase en el campo de fútbol que había a unos doscientos metros en línea recta. La noche era cerrada y no se veía nada más allá del último farol de gas. Magda aguardó en aquel lugar media hora, al cabo de la cual vio aparecer de nuevo a Félix, que le dijo que se marchase y que ya la avisarían.

Cuando se quedó sola salió una sombra entre las casas. A estas alturas supongo que está de más saber cómo se llama hoy la calle en la que se encontraba aquel desangelado campo de fútbol de tierra, pero acaso no esté de más dejar aquí su nombre: Dulcinea. La sombra que emergió de entre las sombras era Merche, que recogió de la mujer el bolsón, por ese amor que tienen las estructuras burocráticas en multiplicar los trámites.

El asalto quedó aplazado para el domingo 25, con el consentimiento de Vitini, quien aprobó también que Carmona avisase a su amigo Tomás, para reforzar el grupo. Aunque cuandose iban a marchar, Carmona recordó que no tenía una pistola para Tomás.

Vitini le contestó que no se preocupara, porque él le haría llegar una.

Al día siguiente, en la cita que tenía con Dalmacio, Vitini le ordenó que el domingo 25 fuese a las ocho y media frente a unas barcas-columpios de la calle Ávila, en las que encontraría a unos guerrilleros que tenían tal y tal aspecto. Debía preguntar cuál de ellos era el que no tenía pistola, y a ése entregarle una perfectamente dispuesta para ser disparada.

9

LA NOCHE DE LOS CUATRO CAMINOS

desangelada, fría y triste, en la que cinco hombres quedaron citados para matar a otros dos a los que nunca habían visto antes y de los que nada sabían

A Tomás no le iban mal las cosas del todo. Tenía veintisiete años. Era un hombre inteligente, bastante guapo incluso, de los de hoyuelo en la barbilla, un bigote de galán y la vaga fantasía que muchos hombres aprendían del cine: un gabán cruzado y un sombrero. En la guerra le habían herido y un trozo de metralla se había llevado la perfección de su nariz, pero le había dejado algo: el chirlo contribuía a hacerle parecer el hombre duro que nunca llegó a ser. Tenía el pelo negro, castaño tirando a negro, fuerte y brillante, como si fuese un moro, y la pequeña cicatriz que tenía en la nariz añadía ese pasado misterioso y ligero que en algunos hombres pone el sufrimiento. El hecho de que tuviera las orejas un tanto separadas del cráneo le ayudaba a recordar que su lugar estaba entre las gentes del montón. En ese momento era oficinista, y trabajaba, llevándole las cuentas, a un asentador en el mercado de pescados.

Pertenecía a la UGT desde bastante tiempo antes de iniciarse el «Glorioso Movimiento Nacional», para decirlo en las palabras tan caras a los miembros de la brigada de policía, y se afilió a las JSU en el intervalo que medió entre el 17 de febrero de 1936 y el 18 de julio del mismo año.

Cuando comenzó la guerra, vivía con sus padres en la ronda de Segovia, el barrio de Luis y el barrio de Carmona, y prestaba servicios como auxiliar en la Audiencia Provincial de Madrid. Trabajó un tiempo de mecanógrafo en la Casa del Pueblo, y luego se enroló en unas milicias de empleados de oficinas, que le llevaron a Somosierra metido en una compañía de ametralladoras.

Desde allí, con su amigo Luis del Álamo, marchó en la «Columna de Mangada» al frente de Navalperal de Pinares.

Al reorganizarse el Ejército de la República, le destinaron a una unidad blindada, en la que alcanzó la graduación de teniente. Tampoco está mal para un hombre que tenía entonces veinte años. Fue entonces cuando se afilió al PCE. Luchó en diversos frentes durante toda la guerra, hasta que el final de ésta le sorprendió, como a tantos, en Alicante.

Fue detenido y pasó por varios campos de concentración y por algunas cárceles. Lo procesaron, lo juzgaron y lo condenaron a seis años y un día. No obstante, salió en libertad el 11 de febrero de 1941. Sólo habían sido dos años de cárcel, como quien dice. Para ser por nada, tampoco está mal.

Volvió a Madrid, pero había perdido la colocación que tenía, así que se ocupó en distintos trabajos, y fijó su residencia en la calle de Toledo, de nuevo por el barrio. Todo lo demás, el lector ya lo conoce, cómo volvieron a encontrarse los amigos y cómo los habían vuelto a encuadrar en el partido.

Todo parece indicar que Tomás, a esas alturas, trataba de ir espaciando sus reuniones políticas, acaso apremiado por su novia, pero eso no siempre le resultó fácil.

El 24 de febrero vino a verle Carmona y le dijo que estuviera listo para el siguiente. Pensaban llevar a cabo una acción. En su declaración ante la policía no queda en absoluto claro si le dijo de qué se trataba o no. No parece. Sólo tenía que aparecer en los Cuatro Caminos a una hora, y de allí ir a un sitio y reunirse con otros dos.

Tomás vio el cielo abierto, y le advirtió que no tenía pistola. Carmona le dijo que eso ya estaba previsto y que en el mismo lugar de la cita se le proporcionaría una.

Al día siguiente Carmona, Luis y Tomás quedaron citados en la glorieta de los Cuatro Caminos a las ocho y cuarto. Los dos primeros llevaban su arma.

De hecho Carmona trajo consigo su Parabellum toda la tarde. La pasó entera con la chica con la que llevaba saliendo seis meses, una muchacha de veintiún años, que estaba de criada en una casa.

El policía que redactó la declaración de la muchacha, Cristina Álvarez Mazagatos, cometió uno de esos deslices que meten un poco de humor incluso en las cosas más tristes: «Que entre la declarante y José comenzó una amistad que degeneró en noviazgo». La *degeneración* fue grande, porque iban en serio. No le había presentado aún a sus padres, pero éstos aprobaban la relación. Sí, sus padres vivían en Madrid, pero había tenido que ponerse a servir. No le pagaban mucho, cierto, lo que a todas, veinticinco pesetas al mes, pero estaba mantenida, que era lo importante. La tarde de los domingos, que le daban libre, ella y Carmona la pasaban juntos, iban al cine, paseaban, en fin, esas cosas que hacen los novios. También esa tarde transcurrió como la de todos los domingos. Fueron a ver una película muy bonita. ¿Qué película? No me acuerdo, contestó la chica al policía, y éste, que tenía muchos más recursos, esbozó una sonrisa sarcástica para preguntar de nuevo cómo podía decir que era muy bonita, si no se acordaba de cuál era. Trataba de ponerla nerviosa, de hacerla ver que era muy fácil sorprender a un interrogado en contradicciones, y que era mucho mejor decir la verdad. Creo, aventuró humildemente, que era *Capricho de mujer*, con la Marlene Dietrich, aunque a continuación dijo muy segura el nombre del cine, porque de eso sí estaba segura, fue... en el Cervantes. No le gustó la respuesta al policía, porque desde atrás le propinó una bofetada muy poco cervantina en la nuca que hizo que la muchacha se tragara la mesa y se diera un fuerte golpe en la frente con un crucifijo de pie que había en ella. Por la mente de Cristina pasó en ese momento una única preocupación, un único y severo deseo, que el crucifijo no se hubiese roto. No pensó en su frente, que empezaba a sangrar por una pequeña brecha. Sí se acordaba, en cambio, balbució, que al empezar el No-do, cuando los espectadores en bloque se pusieron en pie con el brazo en alto, Pepe, que era como ella llamaba a Carmona, le dijo en voz baja que ese día no iban a poder estar juntos hasta las diez, porque tenía unas cosas que hacer. Qué, le preguntó el policía, que había vuelto a sentarse en su silla, detrás de la mesa. Cristina se echó a llorar, porque Pepe no le había dicho qué; en cambio, tuvo miedo de no decir nada, así que en un arranque de valor le dijo que Pepe no le dijo qué, pero le salió un hilillo tan fino de voz, que el policía tuvo que ordenarle con un grito: «¡Más alto, que no oigo!». Sí, le extrañó mucho que ese día no se quedara con ella hasta las diez, y a las ocho Carmona le dio una peseta para que tomara el metro y se marchara a su casa. Era la primera vez que eso sucedía en el tiempo en que estaban saliendo juntos. Y el policía ordenó que la bajaran a los calabozos, y Cristina, en medio de todo, iba contenta, porque, para las cosas que había oído relatar de la DGS, había salido bien librada con sólo un bofetón.

Carmona llegó a las ocho y cuarto al metro de los Cuatro Caminos. Cuando aparecieron Tomás y Luis, marcharon andando por Bravo Murillo. Por el camino, Carmona y Luis explicaron a Tomás en qué iba a consistir el asalto: apoderarse de las armas cortas y matar a los que se encontraran en ese momento dentro. Tomás se quedó atónito, porque hasta entonces nadie le había hablado de muertos. Pero, ¿cómo volverse atrás? Al llegar a la calle Ávila doblaron a mano derecha, dejaron atrás las escuelas de ladrillo rojo y la iglesia, y llegaron a las barcas de recreo. Para ser domingo, o precisamente por ello, no se veía a nadie por la calle. Había estado lloviendo todo el día, intermitentemente, y hacía frío. La luz de los dos o tres faroles de la calle Ávila parecían meter con sus sordos y sombríos destellos todo el infierno en los charcos. Un poco más allá había dos o tres agujeros, con los adoquines levantados, como si un obús acabara de romper el pavimento.

En ese momento vieron llegar a un tipo hacia ellos. Venía trajeado, con una gabardina y sombrero. Se acercó al grupo. Ninguno de los tres le conocía ni sabía su alias. A Carmona le sonó su cara, acaso de alguna cita, pero en aquella penumbra no hubiera podido asegurarlo. Era el hombre que enviaba Vitini con el arma para Tomás, Dalmacio Esteban. Preguntó quién era el que no tenía pistola, y Tomás dio un paso hacia él. Se apartaron unos metros, se hundieron materialmente en la oscuridad que borraba por completo la calle Lérida, y allí Dalmacio le entregó una pistola, que Tomás se metió en el bolsillo del abrigo. Volvieron donde les esperaban Carmona y Luis, y el desconocido les deseó suerte, y se marchó de allí.

Los minutos se hacían eternos. A las ocho y media o nueve menos veinticinco llegaron Félix y Domingo. Ellos dos, con el fin de ir juntos, habían quedado citados a las ocho de la tarde, para tomar el tranvía, en Mataderos, un lugar poco apropiado para citarse si se va a acabar con la vida de dos hombres. Utilizaron el tranvía y el metro, y se bajaron en Alvarado. Por eso llegaban un poco

tarde. Los transportes públicos, un domingo, y a esa hora de retiradas, iban llenos. Además, se habían entretenido paseando por el barrio, recordando los tiempos del Quinto Regimiento, hablando de los años pasados.

Félix Plaza y Carmona, como viejos conocidos, se saludaron y los demás hicieron con la cabeza un movimiento de cierta gravedad, acorde a las circunstancias.

En ese momento, Félix sorprendió, a unos metros, entre las sombras, a una figura inmóvil, la misma mujer gruesa y guapetona de la otra vez, con su abrigo oscuro y el capazo en la mano. Plaza dejó el grupo, se acercó a ella para confirmarle que todo seguía según el plan acordado, y le ordenó que les esperase en el campo de fútbol.

Volvió Félix donde estaban sus hombres y le pidió a Carmona que, como jefes que eran de los dos grupos, se acercaran a echar un vistazo al local, mientras los demás esperaban en las barcas-columpio.

Se arrimaron al chaletito, y no vieron a nadie. Las luces del piso de arriba estaban apagadas y el patinillo delantero estaba igualmente a oscuras, apenas rotas las tinieblas por el tenue resplandor que desbordaba la puerta cristalera de la planta baja, en la que tenía la vivienda el conserje.

Volvieron Plaza y Carmona con los demás. Aquello estaba muy tranquilo y había que esperar un poco, les dijo Félix.

Se colaron en el almacén de aguardiente.

Cuando el reloj que había en la pared dio las nueve, Félix dijo, se hace tarde, vamos. Pagaron los vinos y salieron. Iban uno detrás de otro, Plaza abría la marcha, a cuerpo; a continuación marchaba Carmona, que se había puesto unas gafas para la ocasión; luego, Tomás con su sombrero, después Domingo y por último el bajito, Luis. Había empezado a lloviznar. Se iban mojando, pero nadie pensó en la lluvia ni en el frío. Félix se subió el cuello de la chaqueta y hundió la cabeza entre los hombros, y Domingo, por imitarle, hizo lo mismo, se subió el cuello de la chaqueta, pero no tenía frío.

Al llegar y ver que había algunas luces encendidas en el piso de arriba, cruzaron la verja.

Félix ordenó a Domingo que se quedara en la puerta, y Carmona lo mismo a Luis. Repitió el primero lo acordado ya con Vitini: si llegaba alguien mientras los demás estaban arriba, los encañonaban con las pistolas y los subían con los demás. Nada de tiros en la calle. Podían llamar la atención. En caso de que llegaran refuerzos y se organizara un tiroteo, les cubrían la retirada.

Subieron Carmona, Félix y Tomás. El conserje de la subdelegación, un hombre con aspecto avejentado llamado David Lara Martínez, le había abierto el piso hacía unos minutos al subdelegado, Martín Mora Bernáltez. De los dos se dijo que eran falangistas, pero uno lo era más que el otro. Estaban charlando en la secretaría cuando vieron irrumpir a tres tipos a los que no habían visto en su vida. Les apuntaban con unas pistolas y les ordenaban poner los brazos en alto. Plaza preguntó dónde estaba el teléfono. El conserje, sin bajar del todo la mano, señaló hacia un lugar inconcreto. Se podía ver desde allí, en el hall, sobre una mesita. Tomás salió y tiró del cordón, pero el miedo le había dejado sin fuerza el brazo, y Plaza, que llevaba una navaja, se acercó y, sin perder de vista a los falangistas, lo tajó de manera expeditiva.

Sin dejar de apuntarle, Félix le pidió la documentación al conserje y Carmona hizo lo mismo con el subdelegado, al que preguntó dónde estaban las armas. Éste dijo que allí no había más que unos fusiles viejos, pero Carmona no le creyó y le ordenó que saliera con él, porque iban a hacer la inspección. Entraron en el despacho de la Sección Femenina y recorrieron las tres pequeñas habitaciones del fondo, la que usaba él como despacho propio, el Cuerpo de Guardia, donde tenía su camastro el conserje, y el Cuarto de Banderas. Aquí, revueltos con los trapos patrióticos y del partido, encontraron unos cuantos mosquetones, pero no podían llevárselos sin llamar la atención, y Carmona decidió dejarlos donde estaban. Volvieron los dos a la secretaría. Allí esperaba Félix, que seguía apuntando al conserje. Tomás abrió y cerraba armarios, nervioso, buscando no sabía qué, porque excepto en uno, que se encontraron una radio, en los demás sólo había impresos para alistarse a Falange.

Abajo esperaban Domingo y Luis, sin hablarse, atentos a lo que pasaba en la calle y a lo que pudiera ocurrir arriba, inquietos porque sus amigos llevaban más de diez minutos sin dar señales de vida.

Al fin se oyeron unos disparos. Según Tomás, él no vio nada porque se había quedado registrando los armarios, y a los falangistas los sacaron al pasillo por la puerta del fondo. Sólo oyó esos dos, tres o cuatro disparos, que hicieron que abandonara precipitadamente la pesquisa para ganar la puerta de la calle.

Abajo Domingo ni siquiera se paró a contarlos, porque en cuanto oyó la primera de las detonaciones salió corriendo instintivamente a la calle. Luis no dio crédito. Por suerte en ese momento bajaron los otros tres, que alcanzaron a Domingo unos metros más adelante. Luis se encaró con él y le insultó: «¡Cobarde!». Félix comprendió lo ocurrido, y como era su hombre, fue menos duro; le dijo: «Macho, eres un chungo». Domingo, avergonzado, se amostazó algo, pero no respondió a esos insultos. Encontraron a Magda en el campo de fútbol, echaron las armas y la documentación de los falangistas en el capazo, y se marcharon cada cual por su lado. Plaza y Domingo, cada vez más apesarado, al metro de Cuatro Caminos; de allí llegaron a Sol y de Sol, andando, a casa de Ramón, el hermano de Domingo, en la que paraban esos días, por Pirámides.

Los otros tres, Carmona, Luis y Tomás, con el fin de salir a la Castellana, atravesaron los desmontes. El asalto les había excitado de tal modo que sin darse cuenta llegaron caminando a Antón Martín, en la otra punta de la ciudad. Una hora y media de caminata. Carmona la aprovechó para contarles a Tomás y a Luis cómo habían sucedido las cosas. Tomás iba sombrío, sin ganas de hablar. Luis, en cambio, se mostraba tanto o más animado que Carmona.

Según éste, las cosas habían ocurrido del siguiente modo: él ordenó a Mora que saliera de la secretaría, y Félix hizo lo mismo con Lara, porque allí los disparos se oírían menos. Cuando los tenían en el pasillo, disparó él al falangista y Plaza, al otro. Nada, dos segundos.

En la declaración de Carmona a la policía se dice que éste, cuando iban andando, les «refirió con todo detalle lo sucedido a Luis y a Tomás, que acogieron sus noticias con beneplácito, congratulándose grandemente del feliz resultado, para ellos, de la operación". Pero no parece verosímil que un hombre, destruido por la tortura, se jacte de un asesinato ante los policías que preparan su muerte. Ni siquiera es verosímil que en la noche oscura e inacabable de la Dirección General de Seguridad Carmona quisiera acordarse de aquella otra noche en la que bajaron andando desde los Cuatro Caminos a la plazuela de Antón Martín, como quien dice de Orión a la Estrella Polar, si la noche hubiera estado despejada y no encapotada y lloviznosa.

10 DOS HOMBRES

o la prueba irrefutable de que hay una puerta en todas las historias, para que éstas puedan ser contadas desde cualquiera de las dos partes

Quien descubrió los dos cadáveres fue Encarnita Lara, la hija pequeña del conserje.

Acababa de llegar con su madre, Pilar Polop, de ver la casa a la que tenían que haberse mudado ese mismo día. De modo que su padre estaba muerto, pero no debería haberlo estado, porque no hubiera tenido que encontrarse en esa subdelegación, ni tampoco nadie de su familia, de haber dispuesto de la guía de libre circulación, que se exigía a los transportistas para realizar mudanzas en domingo.

Pilar Polop estaba embarazada del cuarto, y ésa era la razón por la que acababan de comprar en la colonia del Pilar una casita de las llamadas protegidas: no podían vivir todos hacinados como gitanos en aquella habitación.

Pilar Polop y su hija habían pasado la tarde fuera, adecentando la nueva casa a la que se hubieran trasladado ese domingo de haber tenido la guía y a la que, de todos modos, pensaban cambiarse al día siguiente, lunes.

En un estado de aguda crisis nerviosa esa misma noche contó a la policía que por la tarde, al ser domingo, su marido, a eso de las cuatro, se había ido al café y ella, a la colonia del Pilar. En ese momento, hablando con el juez, comprendió que lo de la casa, que tanta ilusión le había hecho hasta ese momento, se desvanecía ante la tragedia. Sólo acertó a salir de su perplejidad con una pregunta: ¿Qué va a ser de nosotros? Su hija mayor, Pilar, de diecinueve años, se había quedado, en cambio, en casa, en la cama, porque estaba con gripe; el muchacho, de catorce, la había pasado fuera, en la sierra, de excursión, con el Frente de Juventudes, y llegaría más tarde.



Hoja del legajo del consejo de guerra «contra Vitini y diez más», en la que se ve el trozo que queda de una fotografía con el cadáver del subdelegado de Falange en Cuatro Caminos.

Madre e hija regresaron hacia las diez menos cuarto. Preguntaron en voz alta si había alguien, pero no les contestó nadie. La niña corrió al piso de arriba, llamando a su padre, anunciándole que ya habían llegado. Pasó al hall e intentó abrir la puerta cristalera que estaba frente a la puerta de entrada, la que comunicaba ese recibidor con las habitaciones del fondo, pero no pudo hacerlo, porque el cadáver del joven falangista se había deslizado pared abajo y hacía de tope. En ese momento, llegó por su espalda un chico del Frente de Juventudes que venía a darse una vuelta por allí y le hizo ver que

estaba pisando un charco de sangre. Por debajo de la puerta se extendía la sangre, en efecto, su invasora elocuencia. La chiquilla bajó corriendo mientras llamaba a voces a su madre. Ésta subió, empujó la puerta del pasillo, pasó por encima del cadáver del falangista buscando a su marido y

cuando lo encontró tirado frente al cuarto de baño, retrocedió espantada, bajó las escaleras presa del mayor nerviosismo y entró en la habitación donde estaba su hija.

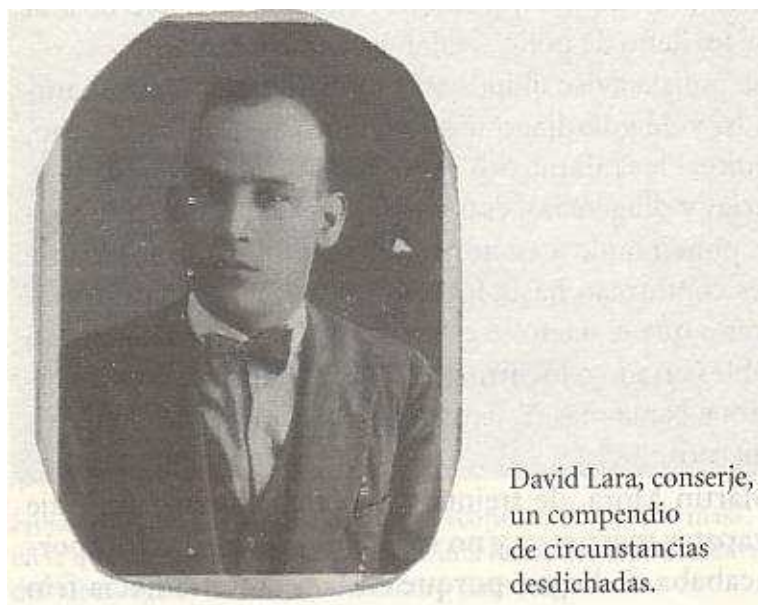
De todas las maneras posibles, aquella pobre mujer encontró ésta tan rara de dar una noticia como ésa a su hija Pilar: «¿Cómo es que no te has enterado de que han matado a tu padre?».

En unos minutos, pidiendo auxilio a los vecinos, la casa se les llenó de policía, falangistas y curiosos.

La policía avisó al juez señor Lozano, del Juzgado número 16 y de guardia, que se presentó a las diez y cuarto, procedió al levantamiento de los cadáveres e hizo sus providencias y diligencias, esas cosas en las que la policía y los jueces ponen tanta atención y tanta fe, con la esperanza de que les conduzcan hasta los autores de una muerte. Detalles como que el teléfono estaba con el auricular colgando y el cable cortado o los armarios de la secretaría con la cerradura rota. Nada más. Y, naturalmente, la descripción de los dos cuerpos.

Martín Mora, de treinta y dos años, llevaba un traje gris, zapatos marrones, y no se había quitado el gabán porque acababa de llegar, porque en la secretaría hacía frío y porque tampoco pensaba quedarse mucho tiempo. En cuanto a David Lara, de cuarenta y cinco, llevaba puesto, como siempre, su mono azul de mecánico encima de la ropa, y zapatillas de orillo. Quedó también tirado en el suelo, con la cabeza sobre una boina negra y las gafas.

Había habido incontables atentados y golpes de mano de la guerrilla del monte en España desde 1939 hasta ese momento. No solían aparecer en los periódicos, pero todo el mundo sabía que en España había miles de personas huidas, acaso seis o siete mil, que de vez en cuando hacían frente a la Guardia Civil o daban «golpes económicos» o incluso buscaban y mataban a aquellos que les mostraban una abierta hostilidad o que eran lo bastante representativos del nuevo régimen como para estar en su punto de mira.



Pero aquello, asaltar una subdelegación de Falange y matar a dos falangistas en la capital de España, era la primera vez que sucedía.

Para algunos, aquellas dos muertes fueron como los primeros clarines del Juicio Final contra el fascismo, que se avecinaba.

Esa misma noche hubo un trasiego telefónico en las alturas. Sí, aquello valía la pena explotarlo. Alemania iba perdiendo la guerra y el Gobierno de Franco necesitaba victimarse un poco. En unos minutos quedaron trazadas algunas líneas maestras: El Pardo, la Secretaría General del Movimiento, el Gobierno Civil. Nada de esconder un diamante en bruto como

ése. No, en esta ocasión darían publicidad a ese ataque, pese a que estaba prohibido hablar en los periódicos de la guerrilla, por seguir el principio universal de: lo que no sale en los periódicos, no existe. «Adelante. Vía libre», fue la voz de mando, y en menos de media hora la subdelegación de la calle Ávila se llenó de reporteros de periódicos y de radio. Y nada de fotógrafos. No querían fotografías ni de la casa ni de los muertos; una cosa era darse publicidad y otra bien diferente, hacerles propaganda.

Era importante, ante todo, aclarar cómo habían ocurrido las cosas, y la policía, que jamás bajaba la guardia para los que consideraba delitos de comunismo y masonería, trabajó con celeridad inaudita desde esa misma noche junto a los periodistas, como esos cocineros que gustan exhibir sus dotes ante los comensales que darán cuenta de los platos que preparan.

En cuanto acabaron de interrogar a la mujer del conserje, interrogaron a Pilar, la hija mayor.

Ésta confirmó que su padre había salido a las cuatro y cuando volvió, hacia las seis, la encontró sola, con fiebre en la cama, la tapó y se puso a leer en la cocina, que estaba al lado, a salvo de los fríos grandísimos de la estación, de la época, del país y de la casa. Allí permaneció hasta que llegó el subdelegado, Mora, a eso de las nueve menos cuarto.

Entró en la habitación a verla, era un buen muchacho, serio, y le dijo que podía subir con ellos, para distraerse algo, después de toda la tarde sola, metida en la cama. En silencio, sin música, sin radio, tapada hasta la barbilla. La chica explicó que no se encontraba bien y que prefería seguir en la cama. El padre arropó a su hija, apagó la luz de la habitación y subió, acompañando a su jefe, al primer piso.

Al rato oyó, sí, que desde el patinillo una chica llamaba a su padre, y que luego se hizo otra vez el silencio. Eso era todo.

No, Pilar no oyó ningún disparo, pero sí que el aparato de radio funcionaba muy alto, a todo volumen, y que a continuación sonaron dos golpes en el techo, como si alguien hubiera dejado caer algo.

Otra cosa: a cuenta del aparato de radio, que estaba guardado con llave en uno de los armarios de la secretaría, se montaron muchas historias, que repitieron hasta la saciedad los periódicos. Según la policía, los guerrilleros llegaron, buscaron el aparato de radio cuya existencia conocían, lo encontraron después de descerrajar un armario, lo enchufaron, lo encendieron y sólo entonces dispararon sus armas.

Tomás insistió en que no sabía nada de esa radio, se la encontró y seguramente estaba estropeada, porque si no, ¿qué hacía guardada en un armario? Además, ¿no era absurdo reconocer el crimen y empeñarse en negar que enchufaron la maldita radio? Pero Pilar insistió en que ella la había oído a todo volumen, y cincuenta años después, cuando ninguno de esos detalles tiene ya la menor importancia, aún sigue oyendo cómo llenó de músicas y voces extemporáneas aquella sombría subdelegación.

En cualquier caso, la primera persona que entró en su habitación sobresaltada, dando gritos, fue su madre, que le dijo precisamente eso, si no sabía que habían matado a su padre.

La muchacha, sin comprender nada, se tiró de la cama, salió en camión al jardinillo, febril como estaba, y subió corriendo las escaleras, abrió la puerta, vio el charco de sangre y el teléfono colgando, retrocedió asustada, volvió a su habitación y se arrojó en su cama, entre lágrimas y presa de un ataque de miedo y desconcierto.

La noticia se propagó por el barrio de los Cuatro Caminos como la pólvora. Empezó a congregarse la gente, que con morbosa curiosidad quería saber algo más.

Entre la gente que se presentó inmediatamente estaba María Luisa Fernández Requejo, que declaró haber estado en el local muy poco antes de que ocurriera el asalto, y muy poco después.

Esta muchacha, hija del falangista Pedro Fernández Gómez, se pasó un poco antes de las nueve por la subdelegación. Venía a avisar que su padre, que vivía allí al lado, en la calle Salamanca, no podía hacer la guardia esa noche, porque estaba con gripe también.

Subió a secretaría y encontró al conserje Lara y a Martín Mora. Éste le indicó que tenía que volver a casa y decirle a su padre que llenara una hoja dando el parte.

La chica fue lo que hizo, y cuando volvió al cabo de un rato con el parte hecho, ya no vio a nadie. Volvió a llamar al conserje, y al no obtener respuesta a sus llamadas, subió al primer piso y entró en secretaría, que encontró vacía. Ni siquiera se fijó en que el teléfono estaba colgando y ni en el estropicio de los armarios. Sí, en cambio, se cruzó con la mujer del conserje, a quien su hija pequeña le había dado la voz de alarma, y que subía las escaleras la pobre entre sordos gañidos. Ni siquiera se percató de que bajaba ella en ese momento. La dejó pasar delante, y la siguió. Cruzaron el hall, desplazaron con la puerta cristalera un cuerpo tendido, ella se asustó al ver el charco de sangre, y salió. La mujer del conserje, en cambio, saltó por encima de aquel muerto y llegó a donde estaba otro, un poco más allá.

Eso era todo lo que podía decirles, porque ella también salió corriendo.

Y aún se presentó al poco rato un tal Rafael Martínez Jaime, un falangista, que añadió un poco más de confusión a la que debía de reinar en la subdelegación en aquellas primeras horas. Dijo, por

ejemplo, que los muchachos de la Escuadra de Franco que estaban bajo su mando y salían hacia las nueve y cuarto de una casa de la misma calle Ávila, en la que habían celebrado un baile, se cruzaron con un grupo que gritó ¡Viva la CNT y viva la FAI!, lo que hizo que vinieran a las manos los dos grupos. Uno de los de la CNT salió huyendo por la calle Ávila hacia los Cuatro Caminos. Corrieron tras de él, lo cogieron y le propinaron una buena paliza, cosa esta que le confesaron al juez con entera naturalidad, como quien está orgulloso de haber ayudado a un ciego a cruzar la calle.

Le dijeron también que sabían que la madre del chico a quien habían apaleado era una vendedora ambulante de periódicos, detalle que le parecía significativo al tal Martínez, y lo declaraba, por si por ese cabo podía llegarse a ovillos más abultados.

El juez miraba al secretario del juzgado, que iba apuntalando aquellas frágiles informaciones con una estilográfica. El juez y la policía estaban un poco desconcertados. En esas primeras horas se investigó incluso a los propios falangistas adscritos a esa subdelegación, para descartar que se tratara de un ajuste de cuentas. Se habían dado casos, y algunos muy sonados, como para no pensar en algo así. Falangistas contra requetés, requetés contra falangistas, hedillistas contra monárquicos, monárquicos contra requetés. Eran años en los que muchos, con un arma en la mano y exaltados por la experiencia de la guerra, trataban de resolver sus diferencias por la vía rápida. Ni siquiera se libró de las sospechas el administrador de la subdelegación, a quien hicieron venir de inmediato.

Pero la poca relevancia de aquella subdelegación y la nula significación política de los muertos, de la clase de tropa (*Mundo Obrero* habló siempre de "jerarcas"), les llevó, en dos o tres horas más, a la única conclusión lógica: aquello había sido un golpe de la guerrilla de ciudad, del maquis comunista.

Al día siguiente, por ser lunes, no había periódicos en Madrid, sólo la *Hoja del Lunes*, un periódico editado por las rotativas del Movimiento en régimen de monopolio y cuyos beneficios se destinaban a un montepío de periodistas.

No en todas las *Hojas del Lunes* de España apareció la noticia, porque muchas de las ediciones habían sido cerradas, pero no hubo periódico, por pequeño que fuese, que no diera el 27 de febrero amplia crónica del suceso.

Abc le dedicó ese día su famosa portada en huecograbado y el editorial, y, al siguiente, un amplio reportaje sobre el entierro abría sus páginas de información con un despliegue que se llevó esa primera y otra más. *El Alcázar*, periódico fundado durante el asedio del Alcázar de Toledo, y llamado a ser el órgano de las esencias falangistas y de los ex combatientes, dedicaba más de media página de su portada a dar la noticia con tipografías espectaculares, lo mismo que el *Informaciones*, el órgano oficioso del III Reich en



Los periódicos de la época son triplemente elocuentes: en lo que decían, en lo que decían a medias, en lo que no decían.

España, que tituló la noticia igualmente a toda plana con titulares que abarcaban sus siete columnas, como acaso no hacía desde que Alemania, no tolerando por más tiempo los vergonzosos tratados internacionales, no tuvo más remedio que invadir Polonia. Hasta D'Ors le dedicó una de sus célebres glosas, que, leída cincuenta y cinco años más tarde, queda, si no se conociese el hecho que la originó, de un críptico subido: «El Crimen», la tituló, concibiendo éste como un personaje siniestro que sale a escena. Empezaba así: «Los agonistas de la Historia no fenecen jamás», y la terminaba con un ruego que, aunque dicho en otro sentido muy diferente, no podía imaginar don

Eugenio hasta qué extremo se iba a hacer realidad: «Dios quiera que siquiera el hablar del Crimen sea un monólogo. Que otro, como él, no salga de entre bastidores y entable diálogo».

La oración fúnebre de nuestro admirado noucentista no debió de ser formulada con demasiada fuerza porque para dar la réplica y perpetrar el nuevo crimen habían sido investidos ya los comparsas necesarios. He aquí sus nombres: «Enrique Eymar Fernández, Coronel de Infantería y Caballero mutilado de guerra por la patria, nombrado Juez por el Excelentísimo Señor Capitán General de la Primera Región Militar para los Delitos de Comunismo; y el capitán de infantería Emilio Menéndez Villar, como secretario Auxiliar». Sin olvidarnos del comisario-jefe de la Brigada Político-Social, Juan Pablo de Guinea Sata, que delegó en el comisario de la brigada encargada del caso, Luis Marcos González, quien a su vez nombró a los inspectores, Mario de las Heras Portillo y Rómulo Horcajadas Delgado, y a los siete agentes, Juan García Gelabert, Salvador Guíu López, Saturnino Millán Criado, Bernabé Bachiller García, Ramón González Morales, Antonio Álvarez Viejo y Juan Anguas Sanz, que con los guardias, carceleros y piquete de ejecución completan el drama, con todos los figurones que en ese primer momento corrieron a hacerse fotografiar, en las primeras filas del duelo, y cuya foto apareció en las páginas de unos periódicos en las cuales, por cierto, no aparecieron por ningún lado los retratos ni de Mora ni de Lara.

Esos tres periódicos, *Abc*, *El Alcázar* e *Informaciones*, representaban en buena medida las fuerzas que sostenían al nuevo régimen: los monárquicos, aristócratas, oligarcas y esas gentes de orden del barrio Salamanca, entre el alto funcionariado y los venidos a menos; los ortodoxos del Movimiento, nacidos en y para una guerra que les había encumbrado, sindicalistas y jerarcas; y los exaltados y radicales falangistas, partidarios en todo momento de la famosa Revolución pendiente. En cuanto a la Iglesia, el otro poder, se limitó a suscribir la política del Gobierno, decir una misa en «el escenario del crimen» y asperjar los féretros con agua bendita.

El duelo fue impresionante, jamás se había visto en Madrid un entierro al que hubiesen acudido doscientas cincuenta mil personas, una cuarta parte de la población de Madrid. Si las cifras son exactas, que no debieron de serlo en absoluto, hablaríamos de una cuarta parte de la población total de Madrid.

¿Cómo, quién, por qué aquel despliegue? Fue un movimiento instintivo del Régimen de ponerse a salvo, haciendo ver al mundo que eran objetivo indiscriminado del comunismo, si bien tampoco desaprovecharon la ocasión para cerrar filas y dejar claro que en el caso de que a alguien en las cancillerías extranjeras se le estuviera pasando por la cabeza una solución como la propiciada en Francia a raíz del desembarco en Normandía, estaba muy equivocado, porque en España no se iban a dejar cazar como los estúpidos colaboracionistas de los alemanes y los gobernantes de Vichy.

Al entierro de los camaradas no asistió Franco, que ostentaba además el cargo de jefe nacional de la Falange, y no asistió deliberadamente para hacer ver que el capitán se quedaba en el puente de mando con el timón en las manos, y porque al fin y al cabo aquellos pobres Mora y Lara eran dos nadie, cuyo mayor mérito había sido haberse dejado matar en un momento que podía ser muy interesante para los intereses del Estado, nada más; pero sí asistieron diferentes ministros y jerarquías nacionales, entre ellas el ministro secretario general del Movimiento, señor Arrese, que presidió la manifestación y prendió de los féretros la Palma Roja a los caídos por Dios y por España.

Porque nadie dudaba de que ambos habían caído en acto de servicio en una «Delegación política», aceptando con ello que se seguía en estado de guerra, y que aquella subdelegación era un cuartel.

La puesta en escena de las honras fúnebres fueron wagnerianas, si podíamos encontrar algo wagneriano en aquel Madrid manchego. Después del paso por la morgue de la Facultad de Medicina, a las doce de la noche del mismo domingo, se llevaron los cuerpos a la Jefatura Provincial del Movimiento, de la calle García Gutiérrez, en lo que hoy es Audiencia Nacional. Allí quedó instalada la capilla ardiente, y se establecieron rigurosos y muy complejos turnos de guardias de honor, atendiendo a todo el escalafón, con escuadras de todos los distritos de Madrid, empezando por el de Chamberí, adonde pertenecía la subdelegación: aquello no se lo quería perder nadie, todos

sospechaban que estaban viviendo horas que podrían ser históricas, y ya conocemos el amor que siente la población por la Historia.



Frente a la mixtificación de la prensa clandestina, el despliegue de la prensa oficial. Fue, en parte, la que desató oleadas de pánico en todo el mundo. (En la fotografía, subdelegación de Falange de la calle Ávila, el 27 de febrero de 1945.)

En muy pocas horas los féretros quedaron sepultados en coronas de flores enviadas por toda suerte de organismos, instancias y sindicatos; a partir de las tres de la tarde empezó a congregarse una gran multitud en la plaza de París, en Génova y en Montesquenza, y a las cinco se sacó a hombros los féretros, y la comitiva, que abría el susodicho Arrese, ministro al que acompañaban el de Gobernación, el de Educación Nacional, el de Trabajo y el de Industria y Comercio, así como el presidente del consejo de Estado, el jefe de la Casa Civil del jefe del Estado, consejeros nacionales, vicepresidente de las Cortes, vicesecretarios, delegados

nacionales, subsecretarios, directores generales, nombres rutilantes del momento, Sancho Dávila, Girón, Aunós, Blas Pérez, Pilar Primo de Rivera, Raimundo Fernández Cuesta, Alfaro, Valdés y otras muchas autoridades municipales, la comitiva, digo, se llevó los cuerpos de Mora y Lara hasta la iglesia de Santa Bárbara en las Salesas Reales, la misma en la que Franco había depositado su espada vencedora en abril de 1939, y allí les rezaron unos responsos.

Terminados éstos, se arrancó uno de la Junta de Recompensas, que puso las codiciadas Aspas Rojas en manos de Arrese, pero que no quiso prescindir de sus cinco minutos de popularidad sin decir unas palabras que hoy encontraríamos extrañas: «No son los primeros de nuestros camaradas que generosamente han sabido caer frente alas balas comunistas, y tampoco deseamos que, en servicio de España, sean los últimos que ofrezcan su sangre ardiente falangista».

Hizo una breve pausa y continuó: «Como antes, como ahora, como siempre, nuestras escuadras disciplinadas y aguerridas sólo esperan la voz de mando que les ordene un servicio. Firmes en sus puestos a las órdenes del Caudillo, sin cavilaciones ni reservas, estrechan sus filas bajo los pliegues de su bandera anticomunista. ¡Arriba España!».

A Arrese, después de prender las aspas palmas en los féretros sólo le quedaba gritar brazo en alto el sonoro dicterio que José Antonio pronunció ante el cadáver de Matías Montero, falangista caído en tiempos de la República: «Que Dios os dé su descanso eterno y a nosotros nos lo niegue hasta conseguir la cosecha que sembró vuestra muerte».

El ambiente se iba caldeando. Muchos estaban contentos. Era un momento muy oportuno de resarcirse a voces de la marcha de la guerra. Se iban a enterar los rusos, los ingleses, los franceses, incluso los americanos (y no debemos olvidar que, meses antes, en Málaga, se había condenado a pena de muerte a alguien cuyo único delito fue hallarle en el bolsillo unos partes de guerra de los que se distribuían en las embajadas y consulados aliados). Podían estar perdiendo la guerra en Europa, pero Madrid no era Europa, y allí iban a poner de rodillas al comunismo y a todos sus aliados.

Cuando los féretros volvieron a la calle, la multitud había crecido lo indecible. Se diría que los ataúdes, de mano en mano, flotaban en aquel gentío en medio de un silencio sobrecogedor. Fueron momentos de una gran tensión que rompió un grito: «¡Muera el comunismo!»., secundado con los «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» y "¡Arriba España!" habituales, para acabar todo el mundo, brazo en

alto, cantando el *Cara al sol*. La comitiva se puso de nuevo en marcha hacia Recoletos. En Recoletos y en Cibeles no cabía un alma.

Sabemos que ese día allí, contra la reja de Capitanía General, un fotógrafo ambulante manco y un guardia municipal, de servicio, miraban el desfile con la misma gravedad de todo el mundo, sin traslucir sus verdaderos y contradictorios sentimientos, porque nunca se hubieran esperado esa respuesta de las autoridades a una acción de sus guerrilleros.

De Cibeles la comitiva subió a la plaza de la Independencia. El gentío, se insistía en todos los periódicos, había sido incalculable, pero todos dieron sus cifras, unos, trescientos mil, otros, doscientos cincuenta mil, y verificaron el hecho: «No se sabe de la existencia, históricamente, de una manifestación semejante ni tan rápidamente surgida en España». Sin ir más lejos, cuando la proclamación de la República.

Pero los periódicos con el tiempo son más elocuentes de lo que parecen y sin querer reconstruyen por sí solos el clima que se respiraba en ese momento. Por ejemplo, en *El Alcázar*, por esos caprichos de la composición a los que estaban sometidos los periódicos de la época, se publicaba ese 27 de febrero este suelto, en un rincón de la misma primera página donde se llamaba a la exaltación: «Sentencia cumplida: al amanecer del día de hoy se ha cumplido la sentencia dictada por los tribunales contra dieciséis terroristas comunistas, entre los que figuraban varios jefes de grupos de acción de los filtrados por la frontera pirenaica, que habían cometido varios crímenes y otros actos terroristas». Nada más, en un recuadro. Hacía meses, incluso años, en que ya no asomaban esas noticias en portada. Traerlas a primer plano era una manera de tranquilizar a todos aquellos que estaban pidiendo ya venganza, una manera de aplacar hambres tan cainitas. Y en otro rincón, en un suelto no menos esquinado de la primera página del periódico del día siguiente, esta noticia: «Ciento setenta personas asesinadas en París durante enero y febrero. Lisboa. Según informa el diario católico *A voz*, han sido asesinadas en París más de ciento setenta personas por elementos de la «quinta columna» en atentados cometidos durante los últimos meses». ¿Y quiénes eran los de la «quinta columna»? Naturalmente los simpatizantes y colaboracionistas, que venían a demostrarnos que no todo estaba perdido. Se exaltaba a aquellos «quintacolumnistas», pero se condenaba a muerte a estos guerrilleros. Bien, lo importante era intoxicar un poco.

Lo más llamativo de todo es que en los periódicos nadie se ocupó de los únicos importantes en aquel momento, Mora y Lara. Ni una reseña sobre sus vidas, ni una semblanza, nada, no aparecen por ninguna parte.

Únicamente gracias a las esquelas nos enteramos de que Martín Mora, el secretario, era un «productor del Gremio de Fotograbados del Sindicato Provincial del Papel, Prensa y Artes Gráficas», o sea, alguien que trabajaba en cosas de imprenta, en su caso concreto en la editorial Espasa Calpe, como fotograbador, con lo que no parece sino que el bucle cervantino de la historia, tan literario, ha querido girar sobre sí mismo.

Mora había pasado la noche del sábado que precedió a su muerte en la subdelegación, de guardia. Era una nueva disposición. Hacía dos meses habían entrado una noche en la delegación de Falange de la calle Alenza y se habían llevado las fichas de todos los falangistas y diverso material, impresos de salvoconductos y carnés, con los que poder habilitar las documentaciones falsas de los guerrilleros de ciudad. Qué grupo pudo dar ese golpe es un misterio. En cualquier caso un gran número de impresos y carnés de Falange se encontraron debajo del cobertizo de Casín. Como quiera que fuese, la orden dada desde ese día a las delegaciones fue que se montasen guardias estrictas y vigilantes. Las hacían camaradas de la Vieja Guardia y, desde luego, con carácter voluntario. El somatén para tiempos de paz que seguían siendo de guerra. También el de subdelegado era un cargo no remunerado. Era el entusiasmo que se tenía por las ideas. Lo daba la época. Pero no nos engañemos, tenían sus pequeñas compensaciones: una casa de protección oficial, un cupo extra de carbón, acceso a un economato, vacaciones para los niños...

Después de la guardia, Mora, a las ocho de la mañana del domingo, se fue a misa. Era el segundo domingo de Cuaresma. Mucho habían cambiado las cosas en España desde aquellos días siniestros de la quema de conventos y de una persecución religiosa que se llevó por delante, asesinados, a más de diez mil, entre curas, monjas y frailes. De ello se benefició, naturalmente, la Iglesia, que vio

regresar al redil por voluntad propia o a punta de pistola a toda la grey, se hubiera o no estado de acuerdo con una persecución tan demencial como la que habían padecido. La Iglesia vivía exultante ese momento, su verdadera Cruzada, y no sólo había recuperado su patrimonio, sino que lo había visto incrementado y, además, centuplicado, se le había reingresado una feligresía sumisa.

Después de misa Mora volvió a casa, donde vivía con su madre, un hermano y una hermana. En cuanto llegó, se acostó, porque había pasado una mala noche tumbado en el camastro del Cuerpo de Guardia, que habitualmente usaba el conserje. Estuvo acostado hasta la hora de comer, y después de comer se volvió de nuevo a la cama y sobre las cinco de la tarde se levantó, se afeitó, se arregló y, emperezado, se quedó un rato haciendo compañía a su madre y a su hermano Juan, hasta la hora de cenar, que fue sobre las ocho de la noche o las ocho y media. Gran domingo. Y luego salió hacia la subdelegación. Como vivían en la calle Orense, tenía por costumbre, para acortar el camino, atrochar por los desmontes que iban a dar directamente a la calle Ávila, lo que ese día sólo pudo significar una cosa: se cruzó, un poco antes de llegar a la subdelegación, con una mujer a la que vio parada, sin hacer nada, dando cortos paseos al lado del campo de fútbol. Pensó acaso que se tratara de alguna de las que subían hasta aquellos desmontes a ejercer una prostitución barata, aunque le extrañó lo tardío de la hora para esos menesteres. Era una mujer gruesa de unos cincuenta años, con un abrigo ordinario y aquel bolsón negro...

Para la madre de Mora, éste era alguien serio y cumplidor, al que todo el mundo quería en el trabajo y fuera de él. Ni siquiera había intervenido «en ninguna detención de elementos extremistas practicadas a raíz de la liberación de Madrid», que hubieran podido reservarle aquella muerte, por venganza, y eso que no le faltaban razones para haber intervenido en ellas.

Y aquí la historia, como en los relatos de Cervantes, se abrirá, porque todo viene hilado, y basta sacar de un cesto una cereza, para que a ésta le sigan otras muchas.

Sí, el 7 de octubre del 36, a Sebastián Mora, hermano del que acababan de matar, vinieron a buscarle dos hombres, lo sacaron de casa y se lo llevaron. Y Mercedes Bernáltez, que se lo estaba contando al juez señor Lozano, aunque nada tenía que ver con el caso presente, aún pudo dar la descripción de ellos, por si se les encontraba: uno era fuerte, picado de viruelas, con traje azul marino, y dijo esto último sin pensar en lo que habría sido de ese traje de 1936; y el otro, delgado con gabardina, jersey azul marino y los ojos hundidos. Y la mujer pudo describirlos, porque llevaba ocho años viendo llena de espanto esa misma escena. Esos hombres se lo llevaron al radio Oeste, en el que el PCE tenía montada una checa en el convento de la calle ancha de San Bernardo. Acudió la mujer allí unos días, para saber de él, pero acabaron llevándoselo también, y desapareció para siempre, como desaparecieron por esas mismas fechas un hermano suyo, tío de Sebastián y de Martín, y un sobrino, primo de éstos e hijo del anterior. Dígame usted, preguntó la mujer dirigiéndose al juez señor Lozano, si no andaba sobrado de razón mi hijo para buscar vengarse. Pero no, su hijo Martín no había tomado parte en ninguna de las investigaciones que se hicieron para identificar a los autores de estos crímenes después de la liberación de Madrid. No. Las denuncias de esos crímenes fueron presentadas por las dos mujeres, la señora Bernáltez, a quien habían arrebatado a un hijo, y su cuñada, que había perdido marido e hijo. Y fueron a la oficina de la Causa General, que funcionaba entonces en la calle de la Victoria. Y no, ni siquiera les acompañó Martín en aquella ocasión, por lo que nadie pudo querer vengarse en él de aquellas denuncias.

La mujer recordó incluso cómo gracias a esas denuncias suyas fueron detenidos un relojero llamado Manuel, que era cojo, y una portera de la calle Viriato, en una casa donde vivían ambos y en la que su hermano, el tío de Sebastián y de Martín, tenía una zapatería. Y la madre de Martín, enloquecida de dolor, le dijo a ese juez, que la escuchaba paciente, que el relojero le habían dicho que estaba preso en Alcalá de Henares, pero que la portera estaba en libertad. ¿No era una vergüenza? Sólo pedía que investigaran por ese lado, por si se demostraba que la muerte de Martín fuese una venganza de ese relojero y de esa portera, y si no, lo mismo daba. Lo importante era encontrar a unos culpables. Y la pobre mujer lloraba desesperada, a punto de volverse loca.

Pero nada de todo esto apareció en los periódicos, nada se supo. Como tampoco trascendió que a la mujer de Lara y a la madre de Mora se les prohibió oficialmente acudir al entierro, porque esta última llevaba más de veinte horas gritando y pidiendo venganza, y no era cosa de deslucir una

ceremonia tan solemne sólo porque le habían matado al hijo y no dejaba de gritar, en un ataque de histeria. Así que en el entierro estuvieron presentes, en representación familiar, únicamente un hermano de Mora y el hijo de Lara, de catorce años. Nada de estas cosas salieron en los periódicos, porque esas cosas no le interesaban a nadie. Mora y Lara no eran más que dos pedazos de noticia en los que el nuevo Estado iba a colgar una medalla, como si hubiese sido un «Detente» a todas las fuerzas aliadas.

En cuanto a David Lara, el conserje, los periódicos decían menos aún. Mejor dicho, nada. Daban su nombre. Eso era todo.

Sabemos, sin embargo, que había nacido en Olmos de la Picaza, Burgos, y había estudiado para marista hasta los diecinueve años. Era un hombre tímido y algo tartamudo. De los años del seminario se le quedaron ciertos hábitos píos. Se casó con su mujer cuando ésta tenía aún dieciséis años. Era valenciana, de buena posición, con fincas en el pueblo de Fuentelahiguera. Allí pasaron la guerra, con su hija mayor. Les expropiaron las fincas, aunque siguieron viviendo en una de ellas, pero acosado Lara por los milicianos, decidió afiliarse a la CNT, y para ponerse a salvo, se marchó a Segorbe. Allí trató de hacer proselitismo religioso con los camaradas anarquistas, de modo que muchos de éstos pensaron que o era tonto o estaba loco. Al terminar la guerra, les fueron devueltas sus fincas, pero la mala gestión y peor cabeza de Lara y de su suegro no supieron conservarlas, y tuvieron que venderlas. La madre, con tres hijos y echada para adelante, le sugirió subir a Madrid, donde pensaba que habría más posibilidades, pero fue todo lo contrario. Se encontraron una ciudad destruida por tres años de guerra y otros dos de posguerra que la habían convertido en un pueblo triste, desabastecido y lleno de mutilados, viejos, mujeres, niños y parados. Desesperado, no encontró otra solución que alistarse en la División Azul, donde se les pagaba una soldada. Y puede decirse de él lo que se dijo de Domingo, su *pendant*: quizá no fuese exactamente un mercenario, pero en ese dinero acababa todo su patriotismo. Estuvo en Rusia menos de un año. Cuando volvió le encontraron esa colocación de conserje. Cuatrocientas pesetas de sueldo al mes y derecho a vivienda, si se le podía llamar vivienda a una cocina angosta, que hacía de comedor y salón, una habitación y un cuarto de baño que utilizaban todos los que pasaban por la subdelegación. Pero sus méritos de ex divisionario le habían permitido acceder a los pisos protegidos de la Obra Sindical. Y a uno de ellos pensaban haberse mudado ese domingo.

La muerte de Mora destrozaba a una madre que ya había perdido a un hijo en una checa, y la muerte de David Lara dejaba a una familia, madre embarazada y tres hijos, completamente desamparada.

Y éstas eran las minucias humanas de las que los periódicos no hablaban tampoco. Hablaban de lo que les incumbía: el terror a que pudieran cambiar las cosas. Por eso *Abc*, cuyos responsables seguramente ignoraban los encuentros que un hombre, Jesús Monzón, estaba teniendo, en nombre de Unión Nacional, con todos los monárquicos, incluido don Juan; con cedistas, como Gil Robles, o católicos, como cierto catedrático sevillano, centró la cuestión de manera irreprochable desde su punto de vista: «El 18 de julio no fue una sublevación partidista; tuvo desde el primer momento el carácter y la fuerza histórica de gran Movimiento nacional (...) Por tanto, si la victoria en la guerra civil representa una normalidad histórica y social recobrada, el Estado que la representa ha de sentirse poderoso y fuerte (...) Se equivocan, pues, todos aquellos que pretendan minar la fortaleza y la seguridad del Estado español. Cualquier ataque que los enemigos de España, aquellos que tuvieron el Poder y fracasaron estrepitosamente, o los que, desde el extranjero, alientan y propagan la incompreensión hacia nuestra Patria, intenten organizar, será desarticulado con la máxima energía y eficacia, porque está de nuestro lado no sólo la razón y el derecho, sino también la fuerza, el poder coactivo y represivo.

»(...) Cualquier extranjero, sea observador oficial o no, sea corresponsal o enviado de cualquier periódico del mundo, puede comprobar fácilmente, sin más que vivir entre nosotros, la normalidad absoluta de nuestro orden social, económico y político. De ahí la necesidad que tienen los exilados de pequeños golpes de efecto que intenten desvirtuar ante el mundo la verdad irrefutable y absoluta. De ahí el acto terrorista, efectuado en el extrarradio de la capital, aprovechando la hora de la noche. Después, en la prensa que aún se muestra hostil en el mundo a una inteligencia y comprensión del

problema español, esto se intentará desorbitar y ampliar a proporciones gigantescas; sabemos perfectamente cuál es el argumento que buscan los exiliados para minar el proyecto del Régimen; quieren crear ante la opinión pública mundial el mito de que la guerra civil continúa en España, y llevar la política interior de nuestra Patria al mismo plano sentimental e internacional de la política mundial, de la guerra en el mundo».

Estaba bien claro: España no es Francia. Nada de sentimentalismos extemporáneos. Por veinticinco céntimos que costaba el periódico no se podía dar más ni más claro: «He aquí, pues, el mejor plebiscito de cuantos se celebraron nunca en España», diría también el periódico monárquico al día siguiente en otro editorial. «El pueblo español ha dicho claramente qué es lo que quiere: la paz, el orden, bajo la fortaleza de su Estado y con el mando vigilante, sereno, de rango y vigencia históricos, de Francisco Franco». Y esto último podía no ser verdad, pero lo contrario tampoco lo fue para la inmensa mayoría de una población que sólo quería olvidar la guerra, la hubiera ganado o perdido.

Y concluye, consciente de que se dirige a la inmensa mayoría convertida ya en mayoría silenciosa, *Abc*: «Tenemos la razón y tenemos el Poder». Así, la razón en minúscula y el Poder con mayúscula.

11 LA VIDA SIGUE

y las pequeñas minucias que nos hacen creer que, mejorando, todo va a seguir igual

Abc mentía a sabiendas. El número de presos, decreciente pero elevadísimo aún, y en unas condiciones deplorables, así como el estado policial instaurado, no le permitían afirmar que España era «una nación en paz, dedicada al trabajo y a la restauración material y moral de la Patria». Ni se lo permitían las miles de ejecuciones que habían tenido lugar desde 1939 hasta 1945 (supongamos únicamente que fueron dos tercios de las ochenta mil que se llevaron a término durante el franquismo), ni el medio millón de familias a las que de una u otra manera el nuevo Estado había quebrantado moral y materialmente.

Pero no sólo mentía, sino que se equivocaba. La noticia del atentado de los Cuatro Caminos ni siquiera fue jaleada en donde más podía haberlo sido, *Mundo Obrero*. En un suelto, insertado en el famoso número del mes de marzo nunca distribuido, se decía: «El domingo, día 25 de febrero, el grupo N.º 17 de la Agrupación Guerrillera de Madrid, atacó y tomó por asalto el local de la Falange del distrito de Cuatro Caminos, ajusticiando en el interior del mismo al Secretario de la Falange del Distrito y a otro jerarca falangista. Cumplido su objetivo, nuestros guerrilleros se retiraron sin experimentar bajas».

Y no sólo no se alardeaba, sino que, ya lo hemos dicho, al incluirse a continuación de la gacetilla en la que se hablaba de la bomba «colocada» por el grupo 22 en la Delegación de Prensa de la calle Montesquín, de fantásticas consecuencias, la noticia de los Cuatro Caminos, enteramente verdadera (sólo se fantaseaba en una cosa: el grupo 22 era en realidad el grupo 2, y el grupo 17 era el 1 y el 3), hubiera corrido el riesgo de que se tomara como mentira, de no haber saltado a las páginas de los periódicos de curso legal y a las radios.

Así fue como Magdalena se enteró del suceso. Estaba en casa de vuelta ya y había metido el bolsón con las armas debajo de la cama, cuando su señorito, indignado, vino a darle la noticia: los comunistas habían asesinado a dos falangistas en la calle Ávila.

En su declaración posterior a la policía, Magdalena aseguró comprender en ese momento «la responsabilidad contraída» y la situación comprometida en que quedaba.

Cuando a los tres días apareció Merche a buscar el bolso, y no al día siguiente, como habían quedado, Magdalena, furiosa, le dijo que era una vergüenza lo que le habían hecho. Ni se habían pasado por el bolso al día siguiente, ni nadie le había advertido que se iba a asaltar un local de Falange y a matar a dos falangistas. No era verdad. Sabía perfectamente a qué habían ido allí y lo único que pasaba es que la manifestación, como a todos ellos, les había llenado de miedo el cuerpo. Merche no quería discutir y le transmitió la orden que traía de Vitini: tenía que llevarle a la una el bolsón, y dárselo a la salida del metro de Tetuán. Las dos mujeres se enzarzaron en una discusión y aunque trataron de no levantar la voz, el patrón de Magda asomó la cabeza por una puerta, y las mujeres bajaron a la calle para poder hablar con la tranquilidad que ninguna de las dos tenía. Merche pretendía que Magdalena sacara el bolso de su casa y se lo llevara a Vitini, pero Magda le dio un montón de razones por las que no lo haría: porque tenía que ponerle la comida al señorito, porque no le daba la gana y porque además quería que sacara de su cuarto inmediatamente el bolso, o lo tiraba ella a la basura. Tres razones distintas para una única causa verdadera: tenía miedo, como todos los que habían tomado partido en el asalto.

Eso era una insubordinación, pero ante la intransigencia y ofuscación de Magda, Merche se hizo cargo de las pistolas y acto seguido se fue, en metro, a Tetuán.

Cuando Vitini vio aparecer a Merche, la crucificó con la mirada y le ordenó secamente que lo siguiera. Estuvieron caminando por un dédalo de callejuelas durante quince minutos, hasta llegar a

un descampado. Allí Vitini estalló. ¿Cómo se le había ocurrido traer el bolsón? Para eso estaba Magda. ¿No comprendía que era una temeridad y una falta grave contra la clandestinidad? Merche le contó lo sucedido con la mujer encargada de traerlo. A Vitini le daba igual, y sin atender a otras razones, la despidió allí mismo, no sin antes recordarle que siguiera con las viejas gestiones de información respecto de Víctor de la Serna, unas nuevas sobre Serrano Súñer, otras sobre un policía torturador que se llamaba Carlos Martín Ellacuriaga, alias *Carlitos* y otras sobre el mantequero del mercado de Maravillas.

Merche, a quien pareció injusta la reprimenda, se marchó disgustada con Vitini, tanto o más porque siempre se mostraba muy cariñoso con ella, y se diría que empezaba también a irse de esta historia.

Ni Carmona ni Luis ni Tomás se vieron, porque cada uno hizo su vida normal, convencidos de que ése era el primer paso hacia un deseado olvido.

Carmona no se movió de la carpintería, Tomás estuvo en el mercado de pescados y a Luis se le vio en el taller de Lope de Rueda en el que trabajaba, también como carpintero.

Luis empezó a pensar que el asalto, a tenor de la repercusión social que estaba teniendo, no había sido tan buena idea, y a Tomás, bastante preocupado con lo ocurrido, no se le escapó que aquella publicidad les perjudicaba enormemente, porque pondría a toda la policía de Madrid tras de su pista. De modo que esa tarde quedó con su novia, y se fueron al cine, en un intento desesperado de recuperar la ya imposible rutina.

Es curioso, pero fue también lo que hizo Félix. De igual forma, Domingo y él comentaron el ruido que su asalto estaba levantando. El lunes por la mañana Félix tenía una cita con Vitini en la ronda de Atocha. Le informó de todo, y ambos fueron de la misma opinión: aquello no era lo normal. Vitini estaba contento, desde luego, felicitó a Félix, incluso le entregó otras mil trescientas pesetas más para que se las repartiera con Domingo, pero su inquietud fue en aumento.

Después Félix se metió en un cine de sesión matinal y luego comió solo en un restaurante barato. No podía entrar en otro mejor, con aquella ropa vieja. Ya no pensó en el asalto. Tenía otras tres mil trescientas pesetas en el bolsillo, y ni siquiera las relacionó con las muertes del día anterior. Más de dos mil setecientas en menos de quince días. Domingo y él tocaban a mil trescientas cincuenta pesetas cada uno, una cantidad considerable para un muchacho de veinticuatro años. Así que después de almorzar se pasó por aquella sastrería donde le estaban cortando el traje, para hacerse una prueba. ¿Qué eran las trescientas pesetas que le iban a pedir por él? Más adelante se mandaría tallar un buen gabán. A partir de ese momento vestiría como un señor, como Vitini, que era un tipo elegante de verdad. En un primer momento le remordió la conciencia gastarse tanto dinero en un traje tan burgués, pero la inteligencia la tienen los hombres para encontrar rápidamente los argumentos necesarios: era más fácil pasar inadvertido vestido de burgués que de proletario, y menos expuesto. Monzón, Víctor, Vitini se escudaban en el traje, porque aquella era una España en la que el traje hacía al monje. Ya lo decía el anuncio de la sombrerería: «Los rojos no usaban sombrero». Se compraría incluso un sombrero. Se sonrió. Sus veinticuatro años estaban felices. Pensó ir a buscar a Domingo, que se había quedado en casa, pero se cruzó en la calle con mucha gente que se encaminaba en ese momento a la plaza de París y a la de las Salesas, para el entierro, de modo que volvió a meterse en el primer cine que encontró, con la esperanza de que a la salida se hubiera pasado todo.

La tarde del martes 27, subieron, él y Domingo a Carabanchel por charlar con Casín y contarle el asalto, pero éste, que, como buen castellano, no era amigo de los alardes, poco menos que se lo minimizó; creía que había que emprender acciones de mayor envergadura y no asaltos donde se mataba a dos pobres tipos.

Volvieron a casa de su hermano Ramón un tanto apenumbados y torvos. Por si fuera poco éste, que desde luego no sospechaba las actividades en las que andaban metidos, empezaba a disgustarse viéndoles todo el día por casa sin hacer nada, aunque le dejasen dinero para ayudar, a los gastos. Peor incluso, le hacía pensar en la fuente de esos ingresos, y él no quería pensar. Era una situación incómoda para todos. En España cada cual debía salir adelante por sí mismo, y pasado un límite,

nadie ayudaba a nadie. Domingo apenas se atrevió a comunicárselo a su amigo: había que cambiar de nido.

A los cuatro o cinco días volvieron a hablar con Casín, y éste, que había demostrado ya ser hombre con recursos y a quien le preocupaban de verdad los problemas de los demás, prometió encontrarles algo. Cuando se marcharon los chicos, se acordó de su amigo Dionisio Magdaleno.

Se lo había vuelto a encontrar hacía tres o cuatro meses. No se veían desde la guerra. Antes de ella vivía en Tetuán, donde tenía ya un taller de tintorería.

Hablaron de las cosas pasadas y de las del momento. Casín le pasó un manifiesto de Unión Nacional y quedaron en volver a verse.



Dionisio Magdaleno, tintorero, una de las personas bondadosas que aparecen en todas partes. Una buena acción le llevó a una pena de muerte de la que le libró una casualidad.

A los pocos días Magdaleno se dejó caer por una barbería de la calle Latoneros, en la que trabajaba el hermano de Juan Casín, Hilario, otro Hilario. En realidad lo de afeitarse en Latoneros era una excusa que esgrimió Magdaleno ante la policía, porque la calle quedaba a cuatro o cinco kilómetros de donde vivía Dionisio, en Chamartín de la Rosa, y no era demasiado verosímil ir tan lejos a afeitarse.

Casín le llevó más propaganda a la barbería, y le encargó que tratara de formar un grupo de UN en su barrio.

Unas semanas más tarde, Magdaleno se entrevistó con Casín, y le dijo que el grupo ya estaba

constituido: lo formaban un chófer, que se llamaba Fernando, un pintor y alguno más, entre los que circulaba ya la propaganda que le pasaba a él.

A Casín le pareció que Magdaleno podía asilar a Félix y a Domingo, y fue a verle. Entonces Chamartín de la Rosa era un pueblecito al norte de Madrid, tranquilo y solitario.

Casín encontró a Magdaleno en casa de éste y le contó lo de los chicos, pero no le descubrió la razón principal por la que buscaban un lugar seguro donde esconderse.

Dionisio tenía el taller en la calle General Margallo, en Tetuán, relativamente cerca de la calle Ávila, y se avino a que se los trajera.

El guardia prometió pagar los gastos de mantenimiento que originara la estancia de los muchachos, pero el tintorero dijo que tratándose de un caso como ése, no le iba a cobrar nada.

A los dos días apareció Casín con Félix y Domingo. Hicieron las presentaciones. Félix seguía llevando el mismo y viejo traje azul con el que había entrado en Zaragoza, tres meses antes, y Domingo el mismo pantalón marrón a rayas y la americana oscura a cuadros.

La tintorería era un tendejón destartado, al borde de unos solares en los que la gente tiraba las basuras. El olor de la porquería, mezclado con el de los tintes, era pestilente, y el colorido general, muy triste: se llevaba el negro, porque en aquellos barrios no había nadie que no tuviera en la familia alguien por el que llevar luto. El frío que hacía dentro de la tintorería multiplicó los sabañones que ensortijaban las manos de Domingo. Al fondo había un cuartucho sin ventilación, con un somier tirado en el suelo que apenas cabía entre las cuatro paredes, un colchón y cuatro mantas viejas y malolientes. Félix y Domingo se acoplaron como mejor pudieron para pasar la noche.

Al día siguiente fue a verle a Casín un tipo que se dedicaba a la venta de artículos de perfumería por las casas.

Puede pensarse que la vida de Casín estaba recorrida por la ambulancia revolucionaria, primero con el fotógrafo y ahora con este perfumero. Pero no. Era el país. Todos los depurados se echaron a la calle para ganarse la vida, por la misma razón que todos los maestros y profesores que sufrieron depuraciones montaron sus academias, se pasaron a las contadurías o abrieron sus negocios. En unos años el país se llenó de comisionistas, aventureros, charlatanes de esquina, inventores, criadores de canarios y de chinchillos, cultivadores del champiñón, chatarreros industriales y cantineros, y cientos de viudas de guerra empezaron a realquilar las habitaciones de sus casas o las ponían enteras como pensión.

El nuevo personaje, a quien conocía Casín igualmente del partido, un tipo de unos cuarenta años y con el pelo blanco, trajeado como un verdadero inventor de crecepelos, hacía tres o cuatro semanas le había hablado de un muchacho a quien había conocido en una de sus correrías comerciales. El chico se llamaba Mariano Ruiz Antón, había estado en la cárcel y se escondía en

casa de su madre, sin atreverse a salir, por si le reconocía alguien.

El perfumero le sondeó, le pasó algunos periódicos y folletos de Unión Nacional, habló con él y acabó trayendo a Casín para que le examinara.

Casín cambió impresiones con el chico, y prometió enviarle a la sierra encuadrado en la guerrilla del monte, pero, mientras, se lo llevaría a una casa donde estuviese seguro.

Y así fue. Hacia el 10 de marzo, a la una de la mañana bajó Casín a casa de Mariano, que vivía en Alejandro Morán, una bocacalle de General Ricardos, no muy lejos de Carabanchel. Llegó vestido de uniforme, porque a las doce había terminado el servicio. Le dijo, despídete de tu madre, que nos vamos. Antes se pasaron por casa de



A Mariano Ruiz Antón quizá le salvara la vida su mala suerte. Dudó en irse a la guerrilla del monte, o a Guinea.

Casín. Allí éste le entregó un abrigo y una boina, porque adonde iban hacía frío y porque no quería que nadie le reconociera, y a continuación se marcharon hacia el taller del tintorero, en la otra punta de Madrid, de sur a norte. Tomaron un par de tranvías y a las dos estaban frente al tendejón de General Margallo. En aquella parte del barrio la oscuridad era total. Ladró un perro cerca, y otro le respondió a lo lejos. Con el frío el olor de aquellos basureros se ensordecía algo. De noche era difícil imaginarse el lugar. Estaba helando. Casín se acercó a la puerta y la golpeó con los nudillos suavemente, para no hacer ruido. Félix y Domingo, que estaban despiertos, hacía rato que habían oído los pasos, y estaban listos con las pistolas en la mano. Vitini se las había devuelto hacía un par de días; en la de Félix, incluso, repuestas las balas que se habían ido con el conserje. Oyeron nuevos golpes, como si arañaran el cristal. Desde dentro se vieron recortadas las dos siluetas en negro, la del guardia con su gorra, y otra a su lado. Eso fue lo que les alarmó. No esperaban que pudiera ser Casín. Aquella luz sucia se desbordaba en el suelo como si hubieran roto una cántara de leche. No respondieron. Casín volvió a golpear la puerta, algo más fuerte, y con voz queda les llamó por su nombre. Abrieron. No quisieron encender la luz por no llamar la atención. Casín les informó: de aquella visita nocturna ya estaba al corriente el tintorero, y al despedirse se metió la mano en la cartera y le entregó al nuevo diecisiete pesetas, para que tuviese algo.

Félix y Domingo hicieron un hueco en el somier al recién llegado. A la pestilencia las pituitarias se habitúan, pero allí no se podía dormir de frío. La sospecha de que hubiera piojos en las mantas estaban fundadas. Y los muchachos empezaron a hablar. El recién llegado estaba excitado y locuaz, porque hacía semanas que no hablaba con nadie, y se descosió en detalles.

Les contó que aunque en 1933 ya había pasado tres meses en la Prisión Provincial de Madrid, cuando le de tuvieron llevando una bandera roja, en una manifestación de apoyo a la URSS, no se afilió al PCE hasta 1935.

Cuando estalló la guerra trabajaba en una fábrica de cemento que había enfrente de su casa, lo dejó todo y se alistó como voluntario en el batallón de milicias Primero de Mayo. Luego le pasaron a la 33 Brigada Mixta, y en ella llegó a capitán. Cuando terminó la guerra lo detuvieron en el puerto de Alicante, esperando el barco que les prometieron y que nunca llegó. Pasó por varios campos de concentración, y cuando salió en libertad, se fue a vivir a Barcelona. Allí lo detuvieron. Fue una cosa muy rara, porque en Barcelona no le conocía nadie, pero le denunciaron y lo detuvieron en diciembre de 1942. Le llevaron a juicio y sobreseyeron su causa, pero en ese tiempo había pasado cinco meses más en la cárcel. Cuando salió, siguió viviendo en Barcelona hasta septiembre de 1944, pero en Barcelona le costaba adaptarse y decidió venirse a Madrid. Sin embargo, en Madrid se despertó en él lo que en tantos se despertaba un día: el miedo. No salía a la calle y cuando lo hacía, creía que todo el mundo le miraba. Así que empezó a hacer vida de topo. Primero estuvo viviendo en casa de una hermana suya, pero no encontraba trabajo, y se mudó a casa de otro hermano, donde se ocultó cuatro meses, ya sin salir, neurótico, recelando de todo. Tenía miedo de que volvieran a denunciarle. Y después se mudó a casa de su madre. A ella no le dijo adónde iban; pero ella prefería cualquier cosa a que se volviese loco por no salir de casa. Ahora, les comunicó a Félix y a Domingo, esperaba que su suerte cambiara, porque Casín le había prometido llevarlo a la sierra, con la guerrilla del monte.

Esa noche hablando y con el frío apenas pegaron ojo. A la mañana siguiente, más temprano de lo habitual, apareció Magdaleno. Le presentaron al nuevo, y comprendió que no podía tener a aquellos tres chicos durmiendo allí, porque si ya para dos no había espacio, para tres, mucho menos. Y llamarían la atención.

Salió a continuación, advirtiéndoles de que no abrieran a nadie, y se fue a ver a uno de los hombres que tenía encuadrado en su troika, el chófer que se llamaba Fernando.

Éste era un buen hombre. Había perdido a su mujer en la guerra. Fue de los pocos que al terminarla regresó a casa sin pasar por campos ni cárceles. Había conocido al tintorero hacia el mes de febrero, éste le habló de la Unión Nacional, le dio unos cuantos periódicos y panfletos, y le propuso entrar a formar parte de un grupo.



Fernando Rodríguez fue una sombra en esta historia, pero no por ello dejó de llevar su condena.

Esa mañana del 11 de marzo el tintorero le preguntó si podía tener escondido en su casa unos días a un muchacho, y Fernando respondió que sí.

Dos o tres días después Vitini llamó a Félix y le planteó colocar un petardo en el diario *Informaciones*, pero Félix puso algunos reparos. Se estaba empezando a cansar de Domingo. Seguramente fue entonces cuando Vitini le preguntó si Domingo era «chungo», y Félix se lo confirmó.

Vitini quitó importancia al asunto, y lo del *Informaciones* se lo adjudicó a Dalmacio, a quien le pareció de perlas, porque le habían sobrado unos cuantos cartuchos del

atentado de la delegación de Prensa y Propaganda, así que le tocó a Vitini citarse otro día con el dinamitero triste de la boina para que le facilitara algunos cartuchos más, y el mismo día 13 Dalmacio y Pantaleón pusieron el petardo. En esa ocasión no les acompañó el Paleto. Éste debía de

serlo menos de lo que su nombre puede dar a entender, porque sospechándose la hecatombe, había huido de Madrid. Dalmacio y Pantaleón, después de marcar durante cinco días el periódico, pusieron el explosivo una noche, y se largaron sin esperar ni siquiera a que estallase. La cosa no fue grave, pero al día siguiente el periódico no salió a la calle, y al otro tampoco dieron explicaciones de por qué no habían salido.

Mientras tanto, Carmona seguía reuniéndose con Luis y Tomás. Ya les había transmitido las felicitaciones que le dio para ellos Vitini, dos o tres días después del asalto. Pero no les contó nada de las mil pesetas que le habían dado para repartir con ellos, al contrario, les dijo que el jefe le había pedido que fuesen pensando ya en un atraco con el que allegar fondos.

Carmona se puso a estudiar la cuestión y decidió que podrían asaltar el almacén de maderas Piera. Vitini se lo consultó a Víctor, y éste, no se sabe por qué, dijo que no se asaltara aquel almacén. Entonces a Carmona se le ocurrió que podían asaltar el de la calle General Ricardos, también de maderas, en el que trabajaba su suegro.

Aunque Carmona era viudo desde hacía seis años, se llevaba bien con su suegro y le veía de vez en cuando. Era un hombre mayor, con un nombre insigne, Pablo Iglesias, y como él, cajista e impresor. Con habilidad, Carmona le fue sacando algunos datos preciosos relativos al dinero que podían guardar en la caja y el día en que aquello estaba más tranquilo, y de ese modo llegó a la conclusión de que el sábado por la tarde no sólo era el día más adecuado, por tranquilo, sino en el que más dinero había, por juntarse los pagos de toda la semana.

Carmona calculó que podían sacar entre quince mil o veinte mil pesetas. Vitini lo consultó con Víctor, y éste dio el visto bueno, pero cuando Carmona expuso el asunto a Luis y a Tomás se encontró con una negativa que no esperaba.

Éstos oyeron el plan, pero lo recibieron con desconfianza y ninguno de los dos quiso sumarse a él, Luis porque a él la idea de convertirse en un atracador no le seducía, y Tomás, porque como iba a casarse en breve, ya no quería comprometerse con nada.

Carmona encajó como pudo la negativa, y dio por terminada la reunión, aunque en un momento en que se quedó a solas con Tomás le dijo, de manera muy enigmática, que ya sabía, y, si no lo sabía, podía figurárselo, lo que le pasaba al que se quedaba atrás, así con estas mismas palabras.

Tomás era quien peor lo llevaba de todos. Después del asalto trató de apartarse de sus amigos, pero tampoco olvidaba aquella amenaza, que se agravó cuando a los dos días vino a buscarle su novia llorando. Había recibido en su casa un anónimo. Se lo mostró. Iba dirigido a ella, Angelita Martín, y el sobre, que llevaba un matasellos del 16 de marzo, estaba remitido por un tal Luis Salamanca, de la calle Olid, 16, todo falso.

En un papelito ruin, tamaño recordatorio, podía leerse escrito a máquina: «No nos hemos olvidado que eres una fascista y como todos te llegará la hora de pagar todo lo que as echo, y aunque tienes por novio a un cornudo que es de los nuestros, ya le arrearemos, también si se pone tonto. hasta que llegue ese día te vigilamos. X».

Tomás no tuvo más remedio que contárselo todo. La angustia, a partir de ese día, no fue menor, sino completa, porque la compartía con la muchacha.

Cuando Carmona vio a Vitini le dijo, mintiéndole como un intrigante, que no había podido localizar a sus hombres, a lo cual Vitini le dijo que no era problema, porque él aportaría otros guerrilleros, y de allí a dos días le presentó a Dalmacio. Carmona reconoció en él al que le había llevado la pistola a Tomás en las barcas-columpio. Dalmacio confirmó que le acompañaría otro guerrillero, y Carmona se comprometió a traerle un arma, porque ese nuevo no tenía.

Quedaron citados los tres para el sábado 24 de marzo. A este último Carmona era la primera vez que lo veía. Le entregó la FN de Luis, y se dirigieron al almacén de maderas.

En esos años General Ricardos era una calle que se adentraba en el campo como un espigón en el mar, sin ninguna casa cerca, sin un alma viviente por los alrededores, sin coches, sin tranvías, sólo, dispersos, algunos viejos almacenes y desolados corrales para guardar no se sabía qué. Llegaron allí, Carmona se puso antes un pañuelo por la cara, como había visto en el cine que hacían los del Oeste. Era la prueba de que, a diferencia del asalto a la subdelegación, no buscaban matar a nadie, y quiso proteger su identidad. A continuación entró en la oficina Carmona, encañonó metiendo la

mano por la ventanilla al empleado que llevaba las cuentas, y Dalmacio y Pantaleón se apoderaron del dinero. Luego amordazaron a aquel contable, y huyeron de allí, campo a través, hasta el río. Se metieron bajo el puente de la Princesa y contaron el dinero. El escenario era como el que sale en las novelas de *La lucha por la vida*, tendaderos de ropa, golfos, mendigos, mujeres de la vida. Ese día dos viejos, habituales de la zona, cocían en botes unas achicorias que llenaban aquellos líricos parajes de efluvios pestilentes. Fueron los mismos viejos que vieron caminar deprisa a los tres hombres, como declararon tres horas después a la policía, cuando ésta les preguntó si habían notado algo extraño... El botín fue de siete mil cuatrocientas pesetas. Se repartieron ochocientas cada uno, y las otras cinco mil se las llevó Dalmacio para entregárselas a Vitini. Después, se separaron.

Al día siguiente Vitini quedó con Dalmacio. Éste le dio cuenta del atraco. No habían sido las quince mil o veinte mil pesetas que decía Carmona. Vitini comprendió entonces por qué a aquel campanero le apodaban el Fantasma. Pero tampoco había estado mal, le contentó Dalmacio: cinco mil cien pesetas. Las sacó de su cartera y se las entregó. Justificó las cien que faltaban diciendo que se las gastaron los tres en merendar y celebrarlo. Fue una maniobra maestra de pícaro, como si con esas cien distrajera a Vitini de las otras dos mil cuatrocientas. Vitini tomó el dinero, y de esta cantidad le entregó dos mil, para que las repartiera con Pantaleón. Y a continuación marchó a la cita con Carmona. Éste le contó lo del asalto y le confirmó lo de las cinco mil cien pesetas de botín, y lo de la merienda, todo. Vitini le entregó a él mil y le devolvió la FN, que acababa de pasarle Dalmacio. Las otras dos mil se las quedó él, que con otras mil doscientas que recibió de Víctor le servirían para pagar la mensualidad de abril a Dalmacio, y se reservó ochocientas para manutención, alojamiento y gastos generales, de general; las restantes mil doscientas estaban destinadas para Félix y Domingo.

Después de ese día Carmona aún volvió a citarse con Dalmacio alguna vez, como cuando éste vino en vez de Vitini a una cita en Felipe II y le pasó propaganda alusiva a la República que había que repartir antes del 14 de abril. Pero con quien seguía viéndose era con Vitini.

En cambio éste había dejado de citarse con Merche, y empezaba a hacerlo con Zoróa, en quien la muchacha, por orden de Víctor, delegó la mayor parte de los asuntos. Para todos los efectos, Merche dejaba de ser responsable del Servicio de Información y procuraría ponerse a resguardo cuanto antes. Pero aún tuvo tiempo de comentar con Víctor un asunto que le preocupaba. Acababa de leer en uno de los pocos ejemplares que circularon del *Mundo Obrero* de ese mes de marzo una noticia muy extraña, referente a una muy buena amiga suya. ¿Qué era eso de acusar a Magda Azzati y a su marido de provocadores? Ella les conocía, podía dar fe de que eran igualmente buenos comunistas.

Estaba furiosa. A Víctor esas escenas no le impresionaban y le atajó secamente diciendo que también él conocía a la Azzati y a su marido, y era buen amigo de ellos, pero cuando una noticia como ésa salía en *Mundo Obrero* era por algo, y entre ella y el periódico del partido cualquier militante responsable no debía tener la menor duda a la hora de elegir. Y no sólo no acabó la cosa ahí, sino que le pasó la dirección donde sabían que paraban, en la calle Fernán González, 72, y le ordenó que se hiciese una información sobre sus movimientos para conocer la verdadera finalidad de su venida y su estancia en la capital.

Merche se quedó atónita y aunque no lo dijo, en su fuero interno se negó a vigilar a una amiga como la Azzati. Quizá lo hiciese Isabel la Guapa, que el propio Víctor le presentó por aquellos días y que le pidió a Merche que buscara una persona de confianza para utilizarla de buzón.

Zoróa, mientras tanto, empezó a pasar a Vitini la información que Merche había preparado para atentar contra el mantequero del mercado de Maravillas, un tipejo mezclado en asuntos de estraperlo. Incluso un día le siguieron los tres, Vitini, Carmona y Dalmacio, hasta Ciudad Lineal, donde vivía. Pero las relaciones entre Zoróa y Vitini no eran buenas, ni lo eran con el hermano de éste, el otro Zoróa, el enviado de Carrillo, Agustín, que en esos meses iba y venía de Francia con cómoda frecuencia, y con el que las discusiones políticas se sucedían de continuo: estaba en juego el control del partido en el interior. Carrillo ya había purgado a Monzón y las discusiones de Zoróa con Vitini preparaban el camino a lo que a éste y a Monzón les deparaba el futuro, cuando el futuro se llamó Carrillo: exaltación a los altares de Zoróa y precipitación de Vitini en los infiernos. Uno

era el héroe (lo detuvieron, no obstante, sólo tres meses después que a Vitini, y con él cayó todo el aparato del partido en el interior; es decir, una caída mucho más grave que la de Vitini y los suyos), y otro, el villano, sólo porque uno fue el enviado de Carrillo.

No obstante, y de momento, la guerrilla estaba en marcha. Paco Zoroa también le entregó a Vitini el papelito donde venían los detalles de la vida de Víctor de la Serna, y Vitini se la entregó a Dalmacio, para que procediera a ejecutarlo cuando le viniera bien. Era bastante minucioso: «Vive en la calle Goya, 65, donde acude a acostarse desde las diez y media en adelante. Comer no lo hace ningún día en casa, muchos ni cenar, pues suele hacerlo muchos días con sus amistades que tiene de periodistas, literatos y artistas, retirándose a su domicilio tarde. Donde mejor se le puede localizar es en la calle San Roque, 7, pues aquí está la mayoría de las horas del día: el vermut suele hacerlo la mayoría de los días de una a una y media en el Bar Palentina en la calle del Pez con dos o tres amigos. Algún domingo a última hora de la tarde va con su familia a tomar café al Bar Príncipe de la calle del General Mola N.º 16. Este individuo utiliza un coche que tiene a su servicio marca Fiat matrícula M 67.224 de cuatro plazas. Es conveniente tener cuidado de no llamar la atención de él, porque es persona hábil y está sobre aviso, con alguna vigilancia que tiene debido a lo que pasó [el petardo] en *Informaciones*».

En cambio Félix y Domingo, que seguían en el taller del tintorero, no sabían muy bien en qué gastar el tiempo. Félix salía temprano y se pasaba el día dando vueltas por Madrid, montado en los tranvías, en el metro, sus citas con Vitini, el cine, el sastre, el almuerzo, la barbería. La del revolucionario profesional, con la cartera llena, no era una mala vida. Domingo, un espíritu abúlico, se quedaba sin embargo por allí, sin hacer nada, gandleando todo el día. A veces venía a verle el muchacho que les había traído Casín, Mariano, y salían los dos a darse una vuelta por los desmontes, a tomar el sol y estirar las piernas, y luego a beber unos vinos en una cantina próxima. Dos almas de cántaro. También para Domingo era una buena vida, pero a los pocos días se presentó Casín. Venía con una no disimulada irritación ante lo que creía una desfachatez. De manera no muy amable, y sin sospechar que con ello estaba dando el primer paso que les llevaría a todos al paredón, le ordenó a Domingo que mientras no hiciera otra cosa, tenía que volver a trabajar y ayudar a Anselmo en la imprenta, y Domingo, por lo mismo que era un abúlico, era bien mandado, y a partir del día siguiente volvió a vérselo por Mataderos. No había nacido, quizá, para guerrillero, pero sí para un modesto y servicial militante.

Se acostumbró incluso a la nueva vida, y tampoco le pareció mala, del trabajo a la tintorería y de la tintorería al trabajo, con algunas citas como la que tenía esa tarde con Félix en la misma sastrería de la calle Mesón de Paredes, donde le estaban haciendo el traje a su amigo, y donde él quería que le hiciesen otro.

Pero no acudió ni tampoco fue adormir esa noche del 20 de marzo a casa del tintorero.

Por la mañana, Félix, lleno de inquietud, se acercó a la peluquería de Hilario Casín.

La vida de Hilario Casín era también para contada, sobre todo por él, como cuando me la contó, en la primavera de 1999, en su pisito de Carabanchel.

Era el menor de los veinticuatro hermanos, y Juan, que era el mayor, se lo había traído del pueblo como había hecho antes con otros, porque el jornal de su padre, el carromatero, no daba para mucho. En Madrid le puso con otro hermano para que le enseñara el oficio de barbero. La guerra le sorprendió en zona nacional, y en ella, encuadrado en la Primera Brigada Mixta de Flechas Azules, estuvo un año pasándole la navaja por la cara a un general italiano, que le cobró cierta ley. Cuando llevaba un año con los fascistas, Hilario, harto ya, se las ingenió para pasarse, y llegó a Madrid sin muchas dificultades. Al final de la guerra les metieron a los dos en la cárcel, al guardia, en Porlier, y a él, en Torrijos. Allí, en capilla, se pasó un año, pero logró salir y rehacer como todos, poco a poco, su vida. El trabajo en la calle Latoneros era bueno, gustándole a uno cortar el pelo y rapar barbas.

Félix preguntó al aprendiz dónde estaba Hilario Casín y el chaval dijo que no sabía, que iba a preguntárselo al otro oficial, que había salido a hacer un recado allí mismo.

Plaza creía que Hilario pertenecía también al PCE, aunque no habían hablado nunca de ello. En cambio a mí, en 1999, seguía negándomelo. Lo negó todo. No conoció a nadie, no sabía nada, no trató a ninguno de los amigos de su hermano (pero Plaza sabía dónde vivía). Temía Hilario Casín

que quizá las cosas volvieran de nuevo a aquellos años, y era mejor ser discreto. Era simpatizante, desde luego, de esas ideas, y hablaba mucho con su hermano de la Unión Nacional. Pero también creía Hilario que exponerse como se exponía Juan a ser de tenido, cuando las divisiones de Leclerc y de Patton iban a cruzar los Pirineos de un momento a otro y a restablecer aquí la democracia, era una temeridad absurda. Y así se lo había estado diciendo el pequeño al mayor muchas veces. Sin ir más lejos, el día anterior.

Llegaron el aprendiz y el oficial juntos, y éste le dijo que no sabía qué habría podido suceder, porque le extrañaba que Hilario, que era muy formal, no hubiera venido esa mañana a trabajar.

Félix no receló nada malo, y se personó en casa de Hilario Casín, que conocía de otras veces, cerca del puente de Segovia.

Allí se encontró con una hija de Juan Casín. Tenía unos dieciocho o diecinueve años. Estaba muy nerviosa. Le informó de que el día anterior la policía había llegado a casa, habían detenido a su madre, luego se habían ido a por su padre, que estaba de servicio, y les habían llevado a los dos a Gobernación, y le dijo también que habían descubierto la imprenta. Cuando ella llegó, vio de lejos a la policía, receló y corrió en busca de su tío Hilario. Éste y su tía acababan de dejar la casa del guardia y habían vuelto a la suya porque su tía tenía que dar de mamar a su hijo. Pero cuando la muchacha preguntó allí, le dijeron que Hilario y la tía, después de amamantar al niño, habían marchado al cine.

Era lo único que se podía hacer en España, ver cine. Lo único que le hacía olvidarse a todo el mundo durante dos horas de su propia vida, de la escasez, del frío, de los recuerdos, de la tristeza. El cine, cualquier cine que no fuese español, salvó a España en esos años, de eso no hay duda. La muchacha encontró a sus tíos en la cola del Goya, en el paseo de Extremadura. Echaban *El forastero*, de Gary Cooper. La muchacha contó a sus tíos lo sucedido. Hilario, preocupado, se despidió allí mismo de su mujer, y, no sin antes advertir a la muchacha que no se le ocurriera ni volver a casa de sus padres ni asomarse a la de él, desapareció para una fuga que duraría meses, durmiendo aquí y allá, a salto de mata. Y esa misma noche, después de que la mujer de Hilario recogiese a sus sobrinas pequeñas, que pasaron la tarde en la DGS, se presentó la policía en su casa preguntando por el peluquero, y al no encontrarlo, furiosos, se llevaron a su suegro, un hombre viejo y enfermo, al que acababan de devolver hacía unas horas, cuando la paliza salvaje que le propinaron les convenció de que en verdad no sabía dónde podía haberse escondido su yerno Hilario.

Félix Plaza escuchó todas estas noticias anonadado. Y supuso que a Domingo hubieran podido detenerle también.

En un minuto había cambiado todo en su vida. De momento descartó aparecer por casa del tintorero. A esas horas estaría ya vigilada. Así que fue a ver a una hermana suya, que vivía en la Cava de San Miguel. Félix había ido a comer por allí algunas veces, y su hermana le fue facilitando alojamiento por algunas noches en diversas casas, en las que desde luego no podían sospechar ni por asomo que había sido uno de los del asalto a la subdelegación. Pero tampoco le preguntaron nada, porque eso de andar escondiéndose en Madrid era algo muy corriente.

Dos o tres días más tarde Vitini se encontró a Félix verdaderamente desesperado. Éste le contó que creía que habían detenido a Domingo, y suponía, y suponía bien, que le estarían buscando a él. Ni siquiera tenía una buena documentación ni dinero. Vitini explotó de ira. ¿Cómo que no tenía dinero? ¿Qué había hecho con todo el que les había dado? Félix Plaza reconoció avergonzado que se había ido, no sabía en qué, y empezó la numeración por el traje, unos zapatos, dos camisas que había encargado a una camisera, alguna mujer... Vitini le atajó, y le despidió secamente allí mismo, aunque le garantizó que le proporcionaría una documentación y algo de dinero.

Félix se impacientaba cada vez más. No podía esperar tanto, y buscó de nuevo a Vitini al día siguiente: exigía que se le encontrase una salida. Vitini acudió a la cita con Dalmacio, que le estaba ayudando esos días como lugarteniente. Félix lo conocía ya de habérselo presentado Hilario Pérez. Vitini le dijo que a partir de ese momento Dalmacio iba a ser su contacto y, en efecto, al día siguiente le entregó a Félix una documentación a nombre de Rafael Jiménez, doscientas pesetas y

un anuncio del periódico, en el que se ofrecían habitaciones para alquilar, en la calle General Pardiñas.

A los dos días Félix se encontró con Manzanares, su viejo amigo de la 46 División Mixta. Tampoco le llegaba la camisa al cuerpo. Después de la caída de Casín y el descubrimiento de la imprenta tenía miedo a ser detenido en cualquier momento, y le confirmó que se había desatado una verdadera cacería. Las caídas se contaban por docenas. Estaba cayendo todo el mundo, así que antes de despedirse le sugirió a Félix que rompiera todo contacto con la organización de guerrilleros. La sugerencia se convirtió horas después en una orden de Vitini. Para cualquier cosa le buscarían en la pensión de General Pardiñas.

Estaban llegando al final, pero nadie quería darse cuenta. Incluso el propio Vitini, al tiempo que preparaba la retirada a los cuarteles de invierno, encargaba a Hilario Pérez la formación de otro grupo guerrillero, y de una manera distraída sacó unos billetes y se los tendió. Hilario Pérez al principio no entendía qué significaba aquello. Vitini le ofrecía dinero, como se lo había estado ofreciendo a Dalmacio, a Félix y a Carmona, es decir, como se lo ofrecía a todos los jefes de grupo. Hilario se indignó, porque él hacía todo aquello por unos ideales, no era un mercenario. Entre los dos hombres se cruzaron miradas de incompreensión y un abismo ante el cual ambos sintieron vértigo, pero ninguno se atrevió a abrir una discusión en ese momento. Vitini se guardó el dinero y siguió con su conversación como si no hubiese sucedido nada, prometiéndole para su nuevo grupo tres hombres más, dos de unos treinta años y otro de unos cincuenta, que ni siquiera tuvieron tiempo de entrar en acción, como tampoco el grupo número 6, capitaneado por un chófer gordo, con gafas, que se llamaba Joaquín Álvarez Mena, a todos los cuales les armó Vitini. Los últimos días que les quedaban de libertad los dedicaron a preparar alguna panfletada y la pegada de pasquines para conmemorar el aniversario de la República.

Mientras, Dalmacio, que seguía viviendo en casa de Isabel Alvarado, utilizó a ésta para algunos camelleos de propaganda, que cuando tuvo en casa, guardó debajo de la cama, así como detrás de un cuadro de la Virgen camufló malamente el papelito con la información sobre Víctor de la Serna, quien salvó su vida porque tres días después los hombres que iban a acabar con ella serían detenidos.

12 LA CUENTA ATRÁS

o capítulo en el que se relata sin demasiado pormenor cómo sucedieron las cosas a partir del momento en que detuvieron a Juan Casín, guardia municipal

La policía llevaba mucho tiempo buscando los nidos de los que salía la propaganda, con la esperanza de que en alguno de ellos encontraran minervas y multicopistas, y éstas les subieran a los distintos comités.

El comisario que redacta la «Información Especial» debía de estar adscrito a este servicio y no al que llevaba el comisario Marcos, encargado del asalto de la subdelegación, porque en todo momento trata de poner el acento en que lo importante no eran tanto los hechos, sino la literatura que los originaba, amparaba y propagaba. Lo decía bien claro: «Hay, en el servicio, cuestiones que quizá atraigan menos la atención —al simple comentario—, que la referente al doble asesinato; mas en el orden policial, significan mucho, tanto, que mientras unas descubren nuevas perspectivas para la investigación otras señalan un triunfo rotundo de ella, con valor inapreciable a efectos de la lucha anticomunista. Concretamente nos referimos al descubrimiento de las dos imprentas clandestinas».

Pero lo cierto, de todos modos, es que cuando la policía puso a media Dirección General de Seguridad en el caso de la subdelegación es porque le interesaba cuanto antes presentar a los culpables a la opinión pública, conmocionada por la muerte de los dos falangistas tanto como por los estertores de Alemania en la guerra, tranquilizarla y hacerle ver que la vía de agua que se había abierto en la misma línea de flotación del buque franquista había sido inmediata y satisfactoriamente cerrada, con lo que éste podría seguir su apacible y despreocupado crucero hacia el futuro.

No era fácil de todos modos dar con los responsables de aquel asalto. ¿Por dónde empezar? Madrid era una ciudad de un millón de habitantes, de los cuales seguramente tantos como los que acudieron al entierro vieron en aquellas dos muertes un rayo de luz que les sacara de los calabozos reales o morales a los que el régimen les había arrojado.

El redactor de la «Información Especial» insistía, sin embargo, y siempre con su estilo impecablemente tacitiano, en su idea de que todo estaba perfectamente calculado: «El conocimiento —después de las infiltraciones "guerrilleras", de que en tales grupos se habían constituido, con vistas a la acción violenta, dos ramas, integradas por los "Guerrilleros de Ciudad" y los "Guerrilleros del Monte"; delimitando las funciones y demarcaciones específicas de cada núcleo, daba lugar a sospechar la existencia de una red informativa de alguna extensión, ya que lógicamente había que pensar, al ser encuadrados los militantes comunistas de toda clase y procedencia, que había gentes en misiones "supervisoras"; capaces de marcar la pauta y acción a que ajustaran sus violencias».

Hoy sabemos, porque queda constancia de ello en un breve informe que se conserva en los archivos del PCE, que la detención de los responsables del asalto, que llevaría a la desarticulación de la Agrupación Guerrillera de Madrid, se debió a la casualidad, justamente porque no había una mente maquiavélica detrás disponiendo las cosas; y sí un puñado de personas a las que costaba pasar inadvertidas, bien porque contravenían sus propias normas de seguridad, bien porque no hay clandestinidad que se resista a un Estado policial, bien porque no eran individuos particulares y aislados los que tenían que despistar a la policía, sino una organización entera de cientos de militantes, que en uno u otro momento cometerían un error. Según ese informe del PCE, alguien da cuenta al partido en Francia, como solía ser habitual cuando se producía un hecho relevante, de la

razón por la cual fue detenido Casín y, con él, desarticulado el aparato de propaganda de la delegación del Comité Central en el interior. Una muchacha encargada del reparto de propaganda cometió la imprudencia de hablar con otra de sus tareas clandestinas, y hacerlo desde el teléfono de su trabajo. Pudo ocurrir y no ocurrir, pero el destino quiso que el patrón de la chica escuchase algo que le puso sobre aviso.

La psicosis de estar infiltrados por los aberrantes agentes de la Komintern estaba tan arraigada en la sociedad franquista madrileña que este hombre dio parte de inmediato a la policía, la cual, a su vez, procedió a la detención, primero, de una, y luego de la otra.

Las declaraciones de estas muchachas, «convenientemente interrogadas», llevaron a la detención de un tal Tomás Ramírez Carretero, secretario de Agitación y Propaganda del Sector Norte, de la barrida de los Cuatro Caminos y Tetuán, quien, «convenientemente interrogado», les condujo hasta Vicente Peragón Herranz, como responsable del Secretariado de Organización, quien a su vez y «convenientemente interrogado», les llevó hasta Narciso Díaz Gallego, quien custodiaba en una pequeña habitación de su domicilio, en la calle de Fernán González, una manzana más allá de donde vivía Dalmacio, un chibalete con tipos de imprenta, una máquina de pruebas y dos formas para dejar compuestas las páginas.

El día en que la policía llamó a la puerta de esta casa sorprendió a José López García y a Ernesto López Baigorri en plena labor componedora. Estos dos trabajaban como cajistas en unos talleres tipográficos de la calle Peñuelas. En sus horas libres componían las formas en Fernán González, y por la noche, en un taxi, se las llevaban a la imprenta de la calle Peñuelas, de la que se habían procurado llave. A continuación se colaban en los talleres y hacían los tirajes. No era un trabajo de cantidades, sino de calidad, carnés falsos de ex combatientes, impresos oficiales de la Prisión Provincial de Madrid para burlar los estrictos reglamentos de visitas, documentaciones y salvoconductos igualmente falsos. Era el suyo a medias un trabajo de impresores y de falsificadores.



Habitación en un domicilio particular de la calle Fernán González donde se preparaban «formas» que más tarde se imprimían en talleres tipográficos convencionales.

Durante unos días la actividad policial no cesó y la detención de todas estas personas condujo a la Brigada Político-Social hasta Fernando Villa Landa, quien, dependiendo del Comité Regional, había estado tirando a multicopista, junto con Santiago Cuesta Delgado, secretario de Agit-Prop de ese comité, abundante propaganda que le iban pasando a Isabel Sanz Toledano, responsable del llamado «Aparato Femenino de Reparto». Estas detenciones llevaron a otras, y en muchas de ellas empezó a aparecer mencionado «un guardia municipal», del que se ignoraba la identidad, pero que llevó a la

policía a indagar entre los policías de ese cuerpo y a vigilar discretamente los pasos de algunos sospechosos desafectos, como se les llamaba. A los pocos días llegaron a Marcelino Tamayo Cea, enlace «de un conglomerado» que formaba un «grupo de intelectuales» y la Junta Provincial de Unión Nacional. «Nuevas ramificaciones, esta vez bajo la capa de la Unión Nacional, quedaron a merced de la policía, que pudo lograr la captura de Luis y Carlos Conejo González, "controladores" de los cotizantes del indicado conglomerado, así como de un "negociado" de Propaganda, con su multicopista de rigor, donde se producían manifiestos y hojas de la Unión».

En muy poco tiempo los sótanos de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol quedaron abarrotados. Calabozos de un metro y medio de ancho por unos dos de largo, sin otra ventilación que la que se colaba por un mechinal de un palmo por dos de largo, habilitados para un

solo detenido, se abarrotaron con ocho o diez cada uno. Ni siquiera era fácil sentarse y por la noche se acoplaban en el suelo, obligándose a cambiar de postura todos al mismo tiempo, en movimientos sincronizados. Es cierto que en un rincón había un fétido jergón, manchado de sangre y pus, pero se le reservaba a aquel de todos a quien las palizas habían quebrantado más.

Esos días ni siquiera daban los señores policías abasto a propinarlas, por lo que se vieron en la necesidad de contratar a un boxeador profesional, Heliodoro Ruiz, que les hacía ese trabajo. La iniciativa tampoco era nueva, porque en 1936 también se les ocurrió a algunos contratar a un boxeador en una checa.

Los puñetazos de Heliodoro Ruiz dejaron sordo de un oído a Carlos Conejo durante unos meses. Pero no fue el peor librado. A algunos, ensangrentados, con la mandíbula rota y diezmada de dientes, tenían que traerlos entre dos guardias, porque no podían sostenerse en pie.

Las declaraciones de unos y otros, así como las indagaciones policiales, acabaron llevando a un tronco común e inequívoco: Juan Casín, «pináculo supremo que redondea ya el conjunto de lo actuado», como lo describe nuestro «informador especial».

La sorpresa policial se mezcló en un principio con la incredulidad. No era posible que una autoridad pública, después de las depuraciones tan severas que habían tenido lugar, estuviese colaborando con el comunismo. Estaban tan convencidos del carácter monolíticamente franquista del Ejército, de los Cuerpos de Seguridad del Estado y de todos aquellos institutos armados, como la Guardia Civil o la Guardia Municipal, que cuando se dirigieron a la casa de Casín ni siquiera podían sospechar con lo que se encontrarían allí.

Llegó la brigada al completo en varios coches de la policía, flanqueados por dos camiones militares, que rodearon con sigilo la casa de la calle Cervantes. Eran las tres de la tarde. Los guardias nacionales, con el mosquetón, se desplegaron por los alrededores, prestos a disparar sobre el que intentara salir huyendo de allí.

Los dos comisarios y los siete agentes se acercaron pistola en mano a la puerta. Habían determinado efectuar la detención a plena luz del día, y no durante la noche, como solía ser frecuente en Madrid, porque de noche en aquellos desmontes se exponían a que alguien pudiera salir corriendo por la corraliza trasera y fugarse al amparo de las sombras.

Frente a la casa había un patinillo de tierra pisada, achabolado, con restos inservibles de un somier, latas de conservas, con unos geranios helados dentro, y algunos trastos de tamaño repertoriado y procedencia dudosa. Un poco más allá se levantaba la nave-chamizo, triste contrapeso de las barcas-voladoras en esta historia. Rufina, la mujer de Casín, abrió la puerta. En la casa se encontraban sus hijas pequeñas, de nueve y ocho años. Faltaban el mayor, de veinte, que servía en el Ejército, y la que le seguía, de diecinueve, que cantaba bien y quería ser artista, ausente por hallarse en una clase de música.

Preguntaron a Rufina por su marido, y ella les dijo que en ese momento estaba de servicio.

A la media hora habían descubierto ya la boca del pozo que les condujo a la imprenta, toda la documentación que se había robado en la delegación de Falange de Alenza y, en una caja de zapatos, una pistola y munición abundante de diferentes calibres.

El despliegue policial había llamado la atención de algunos vecinos, que se acercaron a ver lo que ocurría, pero los guardias los mantuvieron alejados. Confundida entre los curiosos apareció la hija mayor, que en unos segundos se hizo una cabal idea de lo que estaba ocurriendo en su casa, y, sin llamar la atención, corrió hacia el puente de Segovia con el propósito de enterar a su tío Hilario de lo que sucedía.

Ya sabe el lector la conversación que tuvieron.

La importancia del hallazgo de una imprenta como aquella, la montaña de propaganda ya impresa y a la espera de ser distribuida, así como el camuflaje perfecto que ocultaba todo debió de excitar a la policía lo indecible, y desde allí mismo enviaron a unos agentes a detener al guardia Casín a Sol, donde se encontraba de servicio. Desde los primeros momentos supieron que habían dado con un miembro de la Secretaría Político-Militar de lo que la Komintern llamaba el *apparat*, es decir, a alguien muy próximo a la delegación del Comité Central del PCE, aunque seguramente no con un puesto dentro de la organización tan relevante como la euforia y la vanidad les hizo creer.

Mandaron venir de inmediato también a los encargados del laboratorio fotográfico de la brigada, que dieron cumplida cuenta de la habitación donde vivían los Casín, del brocal, de la angosta atarjea que conducía a la habitación subterránea, de la minerva y de los chibaletes, y en previsión de que pudieran aparecer más miembros del aparato de propaganda, cubrieron el pozo, y lo dejaron como estaba.

Acto seguido se llevaron a la DGS a la mujer y a sus dos hijas pequeñas, y se montó un dispositivo de policías secretas que vigilaba la casa. Sólo era cuestión de esperar.

Cuando llegaron su mujer y sus hijas, Casín llevaba ya un rato esperando en las dependencias de la Dirección.

Esa misma tarde empezaron los interrogatorios. Casín se negó a contestar una sola de las preguntas, así que le llovieron golpes de todas partes, en no menor número que los que el amanuense policial infligió a la gramática. «A pesar de las exhortaciones y ruegos de que depusiere aquello que pudiese conocer acerca de lo hallado en su domicilio, así como de su participación en las actividades clandestinas del Partido Comunista», Casín no despegaba los labios. Era un tipo muy duro, no hay más que verlo en las fotos, serio, seco, de raza numantina. No hubiera sido necesario que lo confirmara su hermano. Los policías siguieron con las exhortaciones que dirigieron en la segunda tanda de forma más meditada a la boca del estómago y a los genitales, encontrando siempre una negativa que fue acompañada de «una súbita agresión a uno de los agentes que presenciaban el interrogatorio, al mismo tiempo que, dando muestras de una gran excitación, trataba de huir del local donde éste se verificaba, por lo que fue preciso reducirle a la obediencia, y como mantuviere su actitud de no declarar nada sobre el particular, el señor Comisario-Instructor dispuso se diere por terminado el interrogatorio, de momento».

Nunca, en la historia de la literatura policial, se hallará un «de momento» de tan funestas y sombrías expectativas, ni que sugiera tanto desamparo.

A los policías la actitud de Casín ni siquiera les inquietó. Sabían muy bien, por experiencia, que alguien podía resistirse a los métodos persuasivos que se usaban en la casa, pero que ése lo pagaba con creces. Iba lo uno por lo otro. En ese caso concurrían de todos modos unas circunstancias que lo hacían especial: no tenían mucho tiempo: las autoridades políticas y los mandos policiales les estaban apremiando desde el mismo día en que se produjo el asalto a la subdelegación.

Mandaron subir de los calabozos a la mujer, que dejó a las niñas con uno de los guardias.

Tenía la misma edad que su marido, cuarenta y ocho años, y aunque ya había sufrido lo suyo con su marido, estaba muy asustada. Únicamente le preocupaba la suerte que correrían las pequeñas, y, por supuesto, la mayor, a la que no había visto después de la clase de música. Estaba convencida de que la habían detenido. Era muy bonita. Temía lo que pudieran hacer con ella, porque a menudo, cuando andaban de por medio el comunismo, una chica guapa y los señores policías, solía pasar de todo.

A uno de los policías más jóvenes, impaciente por hacer méritos, no le importó acercarse a aquella mujer y propinarle un bofetón antes de preguntarle nada, como si le administrara un laxante para la memoria. La mujer se hubiera caído de la silla a un lado de no haber estado allí oportunamente otro señor policía, que la levantó en vilo de otro bofetón. Empezó a llorar. Pero las cosas que pudo decirles Rufina no fueron muchas: que en el pasado noviembre su marido y un albañil prepararon la habitación subterránea. ¿Qué albañil? No le conocía. Sólo les podía decir que era joven y que vestía como un pobre, con un abrigo marrón, viejo, todo remendado. Pero eso era no decir nada, porque toda esa gentuza vestía pobremente, con abrigos marrones y ropas llenas de parches y remiendos. Cuando terminaron las obras, prosiguió, su marido le dijo que iban a traer allí algunas cosas para esconderlas. Ella comprendió que se trataba de algo que no estaba bien y le «opuso reparos». Opuso reparos está subrayado en la declaración con lápiz rojo, acaso por el abogado que tuvo que defenderla. Los reparos llevaron a marido y mujer a una violenta discusión en la que estaban presentes las tres hijas, disputa que Juan Casín atajó con «una fenomenal paliza, acción ésta que era muy frecuente en el citado individuo, pues ya desde hacía mucho tiempo venía haciendo objeto de malos tratos de obra a su esposa».

Aquí sí que no va uno a indagar si mintió Rufina, y por qué razón lo hizo, o si mintió la policía o si no mintieron ni la una ni los otros.

Como consecuencia de la tunda, y siempre según la versión de Rufina hecha a la policía; la mujer cayó enferma, y por eso, por estar en la cama, no pudo ver cómo ni cuándo introdujeron la imprenta en la habitación nueva. Confesó igualmente que una vieja amistad de su marido, llamada Petra, les trajo a dos muchachos que habían venido de Francia.

A los policías no les daba tiempo a anotarlo todo. Pedían nombres, direcciones, descripciones personales.

Fue después de su venida cuando quedó instalada la imprenta. Uno de aquellos dos chicos solía ausentarse diciendo que iba a buscar trabajo; el otro se quedaba en casa y bajaba a menudo a la habitación subterránea, aunque no sabía qué es lo que se traían entre manos.

Mientras estuvieron en su casa a ella no le dieron dinero por la manutención, y tampoco sabía si se lo dieron a su marido. En cualquier caso, éste no se lo dijo. Los chicos solían trabajar en la espelunca desde las diez de la noche hasta la madrugada o bien desde las cuatro a las nueve de la tarde.

Era todo lo que sabía.

Mandaron de nuevo a buscar a Casín. Hacía dos o tres horas que se había hecho de noche, pero no lo notó. Era lo primero que ocurría en cuanto se franqueaba el umbral de aquella DGS: siempre era de noche. Venía esposado, para evitar que se repitiera la agresión anterior. Un agente se acercó y le puso en los tobillos otras esposas. Le dijeron, tu mujer lo ha cantado todo. Le dijeron también que sabían lo de los guerrilleros que habían venido de Francia. Y el policía que había arrimado el primer bofetón a Rufina le dijo que sabían incluso que había pegado a su mujer, porque ésta se lo acababa de confesar, y que se creería muy hombre pegando a las mujeres, frase que a todos ellos les excitó mucho más, porque arreció aquella inmisericorde pedrea de puñetazos sobre el guardia.

Se lo llevaron de nuevo al calabozo después de una sesión de torturas que duró dos horas, en la que le esposaron a un radiador, como un perro, para poderle patear más cómodamente, cuando se cansaron de golpearle con los puños. Pero no les dijo una sola palabra.

Como a todos los detenidos que pasaban por aquellos mismos momentos, al principio los golpes le dolían mucho, pero luego la mente se quedaba en blanco y no sabía muy bien lo que estaba pasando. Sólo que se sucedían las preguntas, los golpes y los silencios, sin que pudiera establecer el ritmo y el orden de tales secuencias.

La perdición de todos vendría unas horas después, esa misma noche. La vigilancia de la guardia dejada en Mataderos, frente a la casa de Casín, y detrás de la corraliza, iba a dar su fruto.

El «informador especial» recurriría en esta ocasión al universo venatorio: «Descubierta la imprenta, la espera que en ella se montó procuró "caza" en Domingo Martínez, detenido cuando llegaba a la casa, sin duda para proseguir sus actividades de tiraje de propaganda».

Prueba de que Domingo Martínez Malmierca no era un mal chico es que cuando Casín se enfadó con él y le dijo que mientras no se le encomendara otra cosa debía subir a su casa y ayudar al Americano en la imprenta, Domingo lo cumplió a rajatabla, sin faltar un día, con la seriedad que caracteriza al gremio de dependientes de comercio, al que él había pertenecido antes de la guerra. Aunque no se explica uno muy bien en qué podía ayudarle al Americano, no siendo cajista ni minervista. Quizá limpiara los rodillos o barriera el cuarto o hiciera paquetes. Y su probidad les arruinó a todos.

Cayeron sobre él media docena de hombres. Llevaba encima su Star del nueve corto, con su correspondiente cargador y munición y bala en la recámara. Les dijo que se llamaba Leonardo Aguado, y para probarlo les mostró el documento de la empresa Telefunken que guardaba en la cartera, sustraído al novio de su hermana.

Domingo nunca pensó que a su detención se había llegado por una línea equivocada, la del aparato de propaganda, línea de la que lo desconocía todo. Imaginó desde el primer momento, alarmado, que le habían detenido no tanto como «propagandista», sino como «guerrillero», y a las primeras de cambio, sus contradicciones en las declaraciones le desmoralizaron de tal modo que cantó todo lo que sabía, y más.

Les dijo quién era él, cómo y con quiénes se había pasado de Francia, cómo llegaron a España y cómo acabaron en casa de Casín, cómo éste les presentó a un tipo que conocían de la guerra, llamado Manzanares, y otro que les encuadró en los Guerrilleros de Ciudad, cómo ayudaban en la imprenta a Anselmo, y cómo para no poner en peligro el aparato de propaganda tuvieron que buscarse cobijo en casa de su hermano Ramón, y cómo les encomendaron a él y a Félix, así como a otros tres, el asalto a la subdelegación, y cómo...

En ese punto de su declaración Domingo quiso hacer constar que él propiamente no participó en ella, porque se quedó en el jardinillo, vigilando, y que cuando oyó los disparos salió corriendo horrorizado, porque no pensaba que habían ido allí a eso, pues aunque llevaba pistola ésta no era más que para intimidar en caso de que llegara alguien... Y allí mismo acusó a Plaza de haber sido quien había disparado. No había estado delante cuando ocurrió, pero, en cambio, lo sabía.

La policía había conseguido su primera victoria en las diligencias que realizaba: no sólo la inculpación de un hombre, sino su derrumbe moral; al fin contaban con un colaborador, y ya se sabe que la mejor cuña es de la misma madera.

Y les contó que después de eso buscaron un lugar seguro donde guardarse unos días, y que Casín les llevó a la casa de un tintorero que vivía en tal calle y que allí les habían presentado a otro muchacho que estaba de paso para la guerrilla del monte...

No fue necesario pegarle más.

Se lo llevaron a los calabozos. Les mantenían incomunicados, pero no solos, porque no había celdas para todos. Le metieron con unos a los que no conocía de nada. Eran también comunistas. Pero nadie se aventuraba a las confidencias, porque una de las prácticas habituales de la policía era mezclarles allí con sus soplones.

Subieron otra vez a Casín. Le pusieron frente a los hechos consumados y ante la catarata de delaciones conoció dos sentimientos en absoluto contradictorios: se vino abajo y hubiera querido matar al chivato.

Empezaron de nuevo las palizas. A las preguntas de los policías, cada vez más concretas, Casín se limitaba a guardar silencio. Sus torturadores se tomaban el trabajo de una manera científica y cuando estaban cansados llamaban al púgil Heliodoro. Las sesiones de interrogatorios eran maratonianas. Habían detenido a muchas gentes, pero ignoraban todavía quiénes tenían que ver con los asesinatos y quiénes no. Las descripciones que los detenidos hacían de sus contactos y de sus camaradas, de los que con frecuencia sólo conocían un nombre de guerra, eran tan vagas como opuestas y arbitrarias. Ya lo hemos dicho, el que para uno era rubio, para otro era castaño, cuando en realidad tenía el pelo negro.

Con Casín lo único que podían hacer, para intentar minarle, era subirle a las sesiones de tortura cada dos horas. Una paliza de una hora, y un receso de dos, suficiente para la maceración de la conciencia. Entre unos y otros lo desdicharon por completo. Por otra parte, se consideró con suerte. En su misma celda había un hombre destruido física y moralmente. Tenía unos sesenta años. Los policías le obligaban a pegarse con su yerno, también detenido. Al principio ninguno de los dos quería, pero les tentaron con un argumento diabólico: si se pegaban entre ellos, siempre lo harían un poco más suave, y de ese modo, en una sesión el yerno torturaba a su suegro, y en otra el suegro al yerno. El viejo, le contó a Casín, prefería que el yerno le diese a él, que él tener que pegar al muchacho, aunque no podía sufrir cómo lloraba el chico mientras él le pegaba.

En una de las comparecencias, le trajeron a Domingo para que reconociera al guardia municipal, cosa que hizo. Casín, pese a estar esposado, se lanzó a él y le llamó cobarde.

Fue un gran golpe de efecto, pero Casín esta vez no se vino abajo.

Tras la cantada de Domingo, se dieron cuenta de que no avanzarían nada hasta llegar a Plaza. Pero éste sospechaba ya que habían detenido a su amigo, y había ido a refugiarse a una pensión. Se daba una tregua. La policía sólo podía buscar en la casa del tintorero.

Detuvieron al tintorero, a su amigo Fernando y al muchacho que quería irse a la guerrilla de monte.

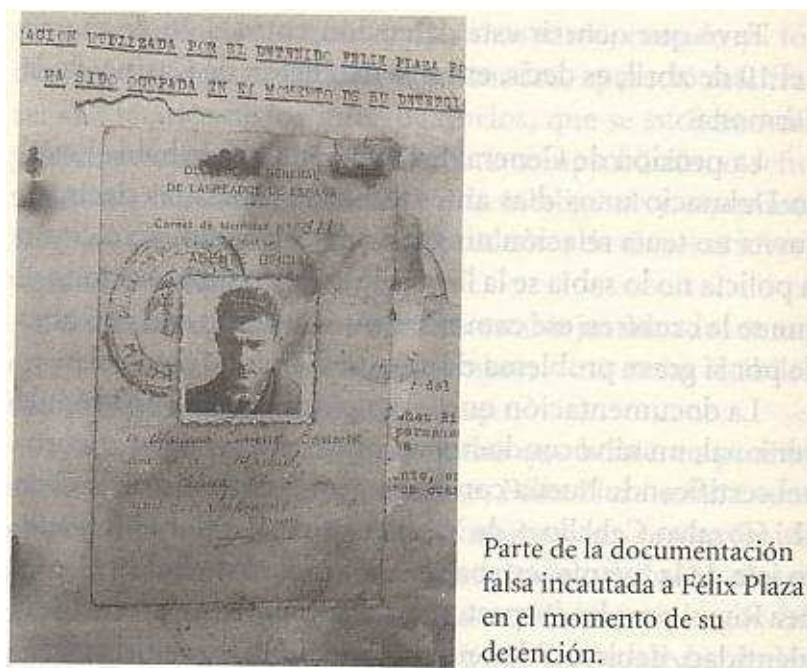
Dionisio Magdaleno, obsequioso y solícito, quiso contarles lo que sabía, porque, pese a todo, no encontraba un delito demasiado grave cobijar a unos pobres chicos, pero sus deseos de colaborar

con la justicia no le libraron de la primera paliza, tras de la cual le bajaron de nuevo sin interrogarle, y lo mismo hicieron con Fernando y con Mariano. Luego, por orden, volvieron a subirlos de uno en uno, pero Magdaleno, al menos, no mostró ya la menor intención de confiarse a quienes siguieron torturándole, hasta que se convencieron de que no les podría decir mucho más.

Cuando le dejaron, Magdaleno contó su versión, Fernando la suya y Mariano Antón la suya, sin que hubiera entre las tres grandes contradicciones, lo que, unido a su insignificancia política dentro del partido, les trajo una relativa tranquilidad en el tiempo en que permanecieron en aquellos sótanos.

Así que ya tenían un buen montón de declaraciones encima de la mesa, pero sólo en la de uno aparecía el único asunto por el que sus jefes les hacían prolongar los interrogatorios hasta las cuatro de la mañana, sostenidos en pie por los cafés que les iban trayendo de un café de la calle Carretas. Necesitaban otro golpe de suerte, porque Casín, a quien le mostraron los nuevos detenidos para que le identificaran y él los identificara a su vez, seguía sin decir nada. En ese momento se limitaba sólo a dejarse llevar en los interrogatorios y pasarlos lo mejor que podía.

Una de las técnicas más elementales de la policía ha sido siempre armar por su cuenta un puzzle que es presentado a continuación, como única verdad, al detenido. Por lo general, después de unas prolongadas sesiones de tortura, todo el mundo está dispuesto a aceptar como verdadera cualquiera de las versiones de la realidad, aunque sea disparatada o falsa, con tal de acabar el suplicio. Eso explica, por ejemplo, que las descripciones físicas que aparecen en todas y cada una de las declaraciones sobre algunas personas sean sorprendentemente idénticas, fruto más de la impaciencia del policía que quiere dar por concluido ese interrogatorio que de la cosecha del detenido.



Ha de tener uno mucha suerte para identificar y apresar con señas tan vagas a alguien, y la policía la tuvo y mucho, dándole a esta historia de pronto un inusitado giro literario.

Cuando Domingo les contó que Félix y él, apenas llegados a Madrid, habían estado haciéndose unas fotografías para la documentación falsa, les habló de un fotógrafo manco.

La policía, en cuanto supo que había de por medio un operador callejero manco, hizo comparecer a todos aquellos fotógrafos que tenía registrados con autorización para trabajar por la zona de Fuencarral, y tras estudiar todos los clichés que

se revelaron por las fechas en que Domingo dijo que se habían hecho los suyos, aparecieron al fin las fotografías de Plaza y de Domingo, las de éste con boina.

La policía distribuyó sus policías secretas por los lugares que Félix solía frecuentar, y sólo tuvieron que esperar. Cuando lo localizaron, le siguieron por si podía conducirles a otras gentes, y así fue como acabaron deteniéndole en la pensión de General Pardiñas.

Tuvo que ocurrir esta detención entre el 20 de marzo y el 10 de abril, es decir, entre la detención de Casín y la de Carmona.

La pensión de General Pardiñas a la que le había llevado Dalmacio unos días antes estaba «limpia», es decir, su dueña no tenía relación ninguna con el partido, pero como la policía no lo sabía se la llevó a la bis, y también, a todo el que se le cruzó en ese camino, contribuyendo con ello al ya de por sí grave problema de aglomeración de detenidos.

La documentación que le ocuparon a Félix, una cédula personal, un salvoconducto, un oficio militar de «su» coronel certificando buena conducta y un certificado de la Casa «L. Gozalvo Ceballos» de Valencia, firmada por el ingeniero jefe de la misma, estaba toda a nombre de Rafael Giménez Rivas, pero los inspectores, sabedores ya de su verdadera identidad, debieron de reírse de medio lado, con significación. Félix ni siquiera podía sospechar que lo sabían. No duró mucho tiempo Plaza en el bastión Giménez Rivas: hasta que le descubrieron un carné con su foto y a nombre de Mariano Jiménez Barrena que le acreditaba como vendedor de la obra *Laureados de España*, libro, por cierto, escrito en parte por alguien a quien le fascinaban tanto los apócrifos y las máscaras, que jamás volvería a acordarse de que en ése aparecía su propio nombre, sin careta: Álvaro Cunqueiro.

La policía desplegó ante Félix Plaza lo que era verdad y lo que era mentira, presentándosela igualmente como verdad: que Casín, Rufina, Domingo, Magdaleno y Mariano lo habían confesado ya todo, y para demostrárselo le pusieron ante los ojos la evidencia de hechos, direcciones e identidades.

Plaza quizá se viniera abajo desde el primer momento. En los periódicos, en esa época tan serviles, al dar cuenta de estas detenciones quince días más tarde, cuando ya todos habían sido juzgados y condenados, apareció esta frase: «La técnica de los interrogatorios, que se sucedían día y noche tenazmente con inmediata comprobación o refutación de indicios y coartadas, y la inteligente y entusiasta labor de aportación de datos procedentes de diversas investigaciones y vigilancias...».

La jactancia de la policía no estaba justificada, como creyó, en la debilidad de unos hombres, sino en las «háviles técnicas de interrogatorio" de otros.

Sabemos que, cuando sospechó que hubieran podido detener a su compañero Domingo, Félix Plaza estaba "desesperado" por el rumbo que tomaban las cosas. Quizá aguantó y, como Casín, empezó negándolo todo. Lo que sí sabemos es que en su declaración, una de las más largas del proceso, aparecieron por primera vez los nombres de las personas que estaban ya por encima de él, como Hilario, Chamorro, Vitini y Merche, así como todos los de su mismo rango, responsables de grupos guerrilleros, y guerrilleros: Carmona *el Fantasma* y los dos hombres de éste, Vicente e Hilario Casín, el hermano de Casín, y éste y cuantos ya habían sido delatados por quienes le habían precedido.

Fue el momento en que subieron a Casín de nuevo. Félix quedó espantado. No le reconoció. Su aspecto, después de llevar más de diez días en la DGS, causaba pavor. Demacrado, sin afeitar, con las costillas hundidas, quebrantado de huesos y de moral, lleno todo el cuerpo de llagas y las rodillas en carne viva e infectadas de haberlo tenido durante veinticuatro horas en vejatoria postración, esposado en un radiador, con dos heridas profundas en las muñecas y otras dos en los tobillos causadas por las esposas, y quemaduras en los testículos y los brazos llenos de botones negros, testimonio de todos los cigarrillos que se apagaron allí.

Cualquiera de los nueve policías que llevaban el caso y los interrogatorios pudo ser el que le preguntara hasta cuándo pensaba persistir en su «obstinación».

Quizá se hubieran convencido ya de dos cosas: Casín no tenía nada que ver con el asalto a la subdelegación y quizá no era tan importante en el PCE como hubieran deseado en un principio. Era el responsable de una imprenta y acaso formaba parte de un comité regional, eso era todo. Pero no podían soportar que un solo hombre se les resistiera. Tampoco les importaba que se les quedara en un interrogatorio. Era algo tan habitual que no le llamaba a nadie la atención.

Casín volvió a negarlo todo, aunque en las horas que pasara sólo en la celda pensara una y otra vez de qué servía su heroísmo, cuando todos los demás estaban hablando. Quizá le mantenía la esperanza de salvarse a sí mismo, mientras pudiese seguir negando.

Las declaraciones de Plaza llevaron a la detención de Carmona. Se produjo ésta el 10 de abril, en plena calle, a última hora de la tarde, cuando acudía a una cita con su novia, en la calle Toledo. Ésta vio cómo se le llevaban tres policías en un coche. Aunque no supiera de qué se trataba, porque no estaba al tanto de las actividades clandestinas de su novio, debió de hacerse una idea rápida y somera de éstas, porque corrió sin pérdida de tiempo a la cuesta de las Descargas, donde Pepe, como ya se ha dicho, vivía con sus padres en unas habitaciones realquiladas.

Les relató lo que había sucedido y las dos mujeres, madre y novia, registraron el cuarto donde dormía Carmona, por si encontraban algo que pudiera comprometerle. Y lo encontraron, unas pistolas y propaganda. Hicieron con todo dos paquetes, uno con las armas y otro con la propaganda, los metieron en un bolso y sobre la marcha no se les ocurrió otra cosa mejor que llevarlos a casa de un hermano de Carmona, Francisco, que vivía con su mujer. Al volver las dos mujeres a casa avisaron a Luis del Álamo, que sabían amigo de Carmona. Le contaron de nuevo lo sucedido. Lo primero que hizo éste fue preguntar por las pistolas. La madre y la novia de su amigo le explicaron que acababan de llevarlas a casa de Francisco. Y allí se fue Luis. Llegó cuando le estaban contando a Francisco Carmona lo sucedido. El suegro de éste se negaba a tener allí por más tiempo aquellos dos paquetes. Así que salieron Luis y Francisco y marcharon a casa del suegro de Carmona, Pablo Iglesias. No estaba, pero Luis habló con su hija María, cuñada de José. Le explicó cómo estaban las cosas y le preguntó si podían dejar un paquete esa noche. La muchacha dijo que se lo trajeran, si con ello se ayudaba a Carmona. Volvieron a por ellos a la casa donde vivía Francisco. En el portal se encontraron a una cuñada de Francisco, Josefa. Era una mujer joven, viuda, que se dedicaba a vender telas y trapos por la calle, y que subía en ese momento a visitar a su madre. Luis le preguntó si sabía dónde vivían los suegros de José. Les dijo que sí, y le pidieron que llevara aquellos dos paquetes sin explicarle de qué se trataba, cosa que la mujer hizo.

Todo este laberinto de idas y venidas debió de transcurrir en un lapso de tiempo muy corto, porque los policías que detuvieron a Carmona ni siquiera pudieron estar presentes en la comparecencia del detenido ante el comisario de la brigada y corrieron a la cuesta de las Descargas para hacer el consabido registro.

Cuando llegaron la madre y la novia de Carmona, la policía llevaba una hora esperando y ya había tenido tiempo de interrogar a la dueña de la casa, quien les había puesto en antecedentes, o sea, cómo hacía una hora había llegado la novia y cómo habían salido ella y la madre de Carmona muy apuradas. La presencia de la policía en la casa, cuando llegaron de vuelta la madre y la novia, descompuso sobre todo a ésta, «dando muestras de gran nerviosismo». Cristina, la novia, al principio negó todo, pero bastó que le apretaran un poco las clavijas, allí mismo, en un rincón, y la muchacha se vino abajo, y cuando alcanzó a comprender que había llegado el famoso momento del «sálvese quien pueda», lo confesó todo.

La policía reconstruyó el itinerario a la inversa, hasta llegar, en casa de Pablo Iglesias, a una fresquera para guardar verduras, donde estaban escondidas la Parabellum de Carmona y la FN de Luis.

Tomaron las pistolas y por el mismo camino, de vuelta, fueron recogiendo a los implicados, para llevárselos a la Dirección: Francisco Carmona, Cristina Álvarez Mazagatos, Josefa García y María Pablos, a quienes interrogaron con igual habilidad que a todos los que entraban en aquella casa, de cuyo dintel hubiera podido colgarse el famoso letrero que vio Dante en el Infierno: «Quienes entráis aquí, dejad toda esperanza».

El interrogatorio fue especialmente cruel para José Carmona Valdeolivas. Desde el primer momento la policía le adjudicó el papel más abyecto de todos. Quizá fue por su aspecto, aquellos ojos saltones, la frente abombada y la nariz en punta y levantada como la de Stan Laurel, y luego esas orejas, «algo grandes», hundidas en la cavidad del cráneo. Y su aspecto enclenque. Les pareció verdaderamente cómico. Plaza y Domingo, al menos, eran soldados que se habían jugado la vida, pero, ¿él? Lo presentaron en la declaración que le hicieron firmar como un delincuente común, que había infringido la ley desde muy joven, sin escrúpulos, un ser disoluto que abandonaba la casa de sus padres y a quien sus fechorías habían llevado a la cárcel en varias ocasiones, un inadaptado social ávido de sangre y capaz de engañar a sus propios compañeros, quedándose el dinero de los atracos.

Su declaración confirmó la de los anteriores, insistió en que todas las órdenes provenían de arriba, de un tal Vitini y de Merche, y mencionó por primera vez a uno llamado Nando, que estuvo con Vicente y con él en el atraco al almacén de maderas. Aunque no podía dar muchos datos de ellos, porque apenas les conocía. Sí, en cambio, les llevó hasta Luis del Álamo y Tomás Jiménez, a quienes detuvieron al día siguiente.

Al primero le dejaron en paz pronto. Quizá comprendieran que no era alguien ni especialmente inteligente ni especialmente relevante. Debió de darles pena, cuando trató de ponerse a salvo, declarando que él no había intervenido en nada de lo del asalto, por haberse quedado en la puerta. Ni les convenció su declaración ni les conmovió. Los policías estaban ya demasiado acostumbrados a ese fenómeno de las exculpaciones extremas como para dejarse impresionar por él. En cuanto los detenidos entraban en aquel lugar, la mayoría trataba de ponerse a salvo. Como los náufragos, cada cual intentaba desesperadamente subirse a la barca que le llevara a tierra firme, sin mirar si para ello había puesto el pie en la cabeza de un compañero o arrojado a otro por la borda para ocupar su lugar.

Domingo acusó a Félix y se exculpó, diciendo que no sabía nada de aquel asalto en el que se produjeron unas muertes, de las que ni siquiera fue testigo directo; Félix reconoció haber matado al conserje, pero dijo que lo hizo obedeciendo órdenes de un oficial superior, con rango de teniente coronel, como Vitini; Carmona hizo lo mismo; Luis, como Domingo, trató de hacerse fuerte en el hecho de que no había visto nada ni sabía nada; en cuanto a Tomás...

El suyo es quizá el caso más desdichado de todos. Primero: nadie le dijo que iban a asaltar esa subdelegación hasta media hora antes, o eso aseguró en todo momento en los careos. Segundo: nadie le adelantó que le iban a dar una pistola (falso de toda falsedad). Tercero: nunca le hablaron de que se mataría a los ocupantes. Cuarto: tampoco estuvo presente en el momento en que Félix y Plaza mataban a aquellos dos hombres, porque dispararon en el pasillo, mientras él seguía en la secretaría, y no podía ni siquiera sospechar que iba a ocurrir algo así. Quinto: cuando comprendió espantado lo que había sucedido, con aquella manifestación multitudinaria, quiso dejarlo todo y volverse atrás; puso como excusa su próxima boda, pero Carmona no estaba dispuesto a dejarle ir y empezó a enviarle a su novia unos anónimos abominables.

Cuando devolvieron a Tomás Jiménez al calabozo, éste no se mostraba del todo pesimista. Confiaba en que sus argumentos demostraran que él era igualmente una víctima. Le caerían unos años, éstos no se los quitaría nadie, pero respetarían su vida. No tenían más remedio. Todo el mundo comprendería que su caso no podía ser juzgado de la misma manera que el de Plaza o el de Carmona.

La policía hubiera podido dejar momentáneamente sus investigaciones en ese punto, puesto que ya tenía a los autores materiales del asalto, agavillar sus declaraciones, enviárselas al juez, y seguir tranquilamente su trabajo. Y lo hubiera hecho de no haber tenido la suerte de detener al día siguiente a Vitini.

No había permanecido mucho en activo, tres meses. Normalmente duraban algo más antes de que la policía los detuviera, nueve meses, un año. Tres meses era demasiado poco. Al partido no le salía rentable.

¿Cómo llegaron hasta él? Sabemos que no le detuvieron en su casa, sino en un café. Todo apunta a que el último eslabón fue un chivatazo. En la acusación gravísima de Carrillo, éste afirmaba que fue «capturado por el enemigo, entre otras causas, por su forma de vida impropia de un militante revolucionario, que se encuentra en una situación de clandestinidad tan rigurosa». ¿A qué se refería? ¿A que no era bajito? ¿A que le sentaban bien los trajes? Sin duda a una sola razón: a que Vitini estaba en Madrid, mientras el pequeño Torquemada redactaba oscuros informes en Toulouse para un Comité Central que hacía también las veces de Santo Oficio.

Vivía Vitini en una pensión al lado de la estación del Norte. Es un misterio cómo llegaron hasta él, aunque alguien con su aspecto era difícil que pudiera pasar inadvertido. En efecto, era muy alto, era rubio y vestía muy bien.

En el momento de la detención llevaba un salvoconducto y una cédula personal a nombre de Antonio Fernández García, de profesión viajante, la misma que había traído de Francia. Interrogado, confesó, de manera reposada, su verdadero nombre. Llevaba encima mil doscientas pesetas.

Uno de los policías que lo detuvo y lo torturó vive todavía en Madrid. Al principio, al otro lado del telé fono, al no identificar mi voz, me preguntó con fastidio qué quería. Pero toda su seguridad y arrogancia desaparecieron cuando se pronunció la palabra mágica: Vitini. Se hizo un gran silencio,

tan incómodo como comprometedor. A continuación le dije que era periodista. A un policía la palabra escritor no le dice nada; en cambio se echa a temblar cuando, en una democracia, oye la palabra periodista, de la misma manera que se echa a temblar un escritor cuando, en una dictadura, oye la palabra policía. Volvió a preguntarme, en cuanto pudo tragar saliva, y más secamente aún, qué quería.

En realidad fue entonces cuando yo mismo me pregunté qué hacía llamando a alguien que había sido un torturador, en absoluto diferente a los oficiales de la Gestapo, ni mejor ni peor que ellos, con los mismos métodos, sirviendo a igual señor, su mero calco. Y lo cierto es que no quería nada, constatar quizá que seguía vivo. Improvisé algunas palabras, porque de hecho jamás pensé que pudiera haber nadie al otro lado del teléfono. Había estado llamando a los otros tres cuyos nombres vienen aún en la guía telefónica de Madrid; en dos, el titular había muerto, con lo cual me evité la conversación. Pero no sucedió así en el cuarto. Muy molesto, contestó todas mis preguntas con evasivas, no se acordaba de nada, hacía mucho tiempo, él había realizado muchos servicios, hágase usted cargo... ¿Y esto para qué es? De vez en cuando volvía a preguntar con impertinencia, con la experiencia que dan los años haciendo interrogatorios. Pero por suerte la palabra Vitini causaba en su insolencia estragos providenciales. Y bastaba que se pronunciase de nuevo para secarle la boca. Se notaba que sus palabras le raspaban la tráquea. Y humildemente volvía a repetir: no, no recordaba nada. Pero se traicionó él mismo. Comprendí entonces lo fácil que es confundir a un hombre con miedo. Y puedo asegurar que ese agente (se habrá jubilado seguramente de comisario, con alguna medalla al mérito policial) sentía en ese momento mucho, mucho miedo, aunque no tanto como yo. Quizá pensara él, como esos nazis que han logrado esconderse de sus crímenes durante décadas bajo apariencias pacíficas, que alguien quería amargarle los últimos años de su retiro, haciéndole recordar cosas no sólo olvidadas sino que debería estar prohibido recordar. Quizá pensara yo, como Vitini, que ese hombre aún guardaba la pistola en casa. En cualquier caso, pensé que ese policía era en 1945 como la mayor parte de la gente que en 1945 fue a la manifestación de las Salesas o que todavía en 1975 hacía cola para ver a Franco de cuerpo presente. Y que su trabajo en 1945 lo secundaban otros muchos miles de bellísimas personas que no tenían ni remota idea de que en la DGS se torturase, ni ganas de saberlo; por eso tenían todos ellos su conciencia, si no tranquila, sí a buen recaudo. Lo expresaba muy bien el *Abc*: «Tenemos la razón y tenemos el Poder». Pero la historia hace justicia: desaparecen las multitudes, disueltas en su propia insignificancia, y acaso por eso, podamos tropezarnos esos empedernidos escollos, bien visibles.

Y Casín, ¿no le dice nada? Sí. Recordó el descampado de Carabanchel, y que era guardia municipal, y que vivía en una medio chabola, y que descubrieron una imprenta. Para no recordar nada, en medio minuto era ya mucho. ¿Fueron ustedes bastantes en el servicio? No, no se acordaba, pero dijo a continuación que entre inspectores y agentes habían sido unos once; y once fueron, en efecto. Y habló a continuación de lo que él quería hablar, de Lara y de Mora, y de cómo los habían asesinado, y del chaletito de la calle Ávila, y del entierro. Tenía yo que haber visto qué entierro: todo Madrid, toda España estaba allí... Pero no recordaba nada más, era todo lo que podía decirme. Y uno ni siquiera se atrevió a preguntarle a ese honrado policía, felizmente jubilado con una pensión que pagamos entre todos, si les divertía torturar, si a él personalmente se le había quedado alguno en un interrogatorio, o si por el contrario, él hacía el papel de bueno, mientras veía cómo sus compañeros se ensañaban con los detenidos. Y comprendí que si ese hombre fuese conducido hoy ante un tribunal de justicia, como se les ha llevado a sus homólogos nazis, se mostraría indefenso y haría valer sus canas, sus ausencias de memoria, su falta de riego, y acaso, enternecido, mostraría al tribunal la foto de sus nietos, mientras a la puerta de los juzgados se manifestaban unas docenas de gentes pidiendo su libertad por razones humanitarias.

Fue el mismo policía que cuando llevaban a Vitini a la Dirección General de Seguridad corrió a la calle Romero Robledo, a la casa donde Vitini tenía alquilada una habitación, en la que encontraron un pistola marca Victoria, del 7,65; con su cargador repleto de munición y su funda de cuero, y dos rollos de papel engomado para hacer pegatinas con la bandera republicana.

Al mismo tiempo llegaba el detenido a la DGS. En cuanto subió, le llevaron a Plaza y Carmona, que le reconocieron como la persona de la que recibían órdenes. Vitini lo negó, pero debió de

comprender cómo estaban las cosas por allí, la magnitud del desastre. Las torturas habían hecho cantar a todos. Se llevaron a Plaza y a Carmona, y volvieron a hacerle la pregunta: ¿Era el jefe de los guerrilleros de ciudad? Era, respondió, la persona de más alta graduación en la organización guerrillera con la que Plaza y Carmona se habían relacionado, pero eso no quería decir que él fuese el jefe, aunque hubiese ejercido de tal de manera transitoria. Podían preguntárselo a Zoroa, de quien sabía que había sido detenido igualmente hacía unos días. Zoroa o Merche podían certificar que por encima de él había alguien más, llamado Víctor. Él recibía órdenes directas de él. También Merche podía confirmar lo que decía. Uno y otra, Zoroa y Merche, del Servicio de Información, enlaces entre la dirección y la guerrilla, lo sabían. Él, Vitini, no era más que un jefe intermedio, que mantenía unida la dirección con los jefes de grupo. A éstos los conocía a todos, así como a aquellos dos, de igual rango, Hilario y Chamorro, que le ayudaron a coordinar las acciones durante un tiempo. De éstos dio su descripción, y de Vicente y de Nando dio las señas donde podían encontrarles, pues se había citado con ellos alguna vez allí.

Y así era. En aquella taberna de la calle del León se hospedaba Pantaleón Fernando, alias Nando, y por allí paraba siempre el jefe de su grupo, su amigo Dalmacio Esteban, también conocido como Vicente.

Allí les sorprendieron al día siguiente. Pero para entonces, por alguna misteriosa razón, juzgaron más conveniente meter a los primeros once detenidos en una misma causa, y dejar a los dos últimos para la siguiente.

Vitini sabía que estaba perdido, que lo estaban todos. Carlos Conejo, que estuvo detenido esos mismos días, aún recuerda emocionado la voz de un Vitini a quien nunca llegó a ver, preso en una celda próxima. Cuando terminó su interrogatorio, gritó a sus compañeros, a través del mechinal que les servía para comunicarse con los guardianes: «Ánimo, compañeros. En momentos como éstos hay que cantar la *Internacional*».

En otras ocasiones los guardias podían intentar imponer silencio, pero en aquel momento, ese arranque del jefe guerrillero les impresionó, y permitieron que allí, en la DGS, se cantara la *Internacional*. Cuando acabaron, uno de los guardias le dijo a Conejo, con cierto respeto: «¿Quién sabe lo que pasará cuando termine la guerra mundial! A lo mejor los que mandan ahora acaban en estas celdas, y ustedes están fuera, en el Gobierno».

Eran cosas que pensaban muchos, y por esa razón los de fuera se daban tanta prisa en aniquilar a los de dentro, para que si se llegaba el caso de que cambiaban las tornas, quedaran de los de dentro los menos posibles.

Y para ello redoblaron su actividad, aunque la cadena de detenciones se detuvo, «de momento». La más buscada de todas, desde luego, era Merche, cuya identidad seguía siendo una incógnita. Por arriba, tampoco habían podido dar, aún, ni con Hilario ni con Chamorro, que había desaparecido de Madrid a finales de enero, ni, desde luego, con Víctor. Por debajo, tampoco habían podido dar con el Paleta, en el caso de que éste no fuese Pedro Hellido, éste sí detenido. Tampoco conocían entonces la manera de llegar a la mujer que recogió las armas después del asalto, Magda Gómez Hueros, ni a Concepción Fera ni a Pascual Gómez.

Para la propia policía ni siquiera era fácil conocer la identidad de los que ellos habían detenido y de los que no, y así, en la famosa «Información Especial», en su última hoja, redactada cuando los que fueron condenados a muerte acababan de ser ejecutados, se dice: «Las acciones de los "guerrilleros" se verifican mediante instrucciones de un cabeza visible, que en calidad de "Jefe de la División de Guerrilleros de Ciudad"; controla cuantas acciones interesan al Partido Comunista. Este individuo no es otro que Antonio Fernández-García, detenido ya, esperando poder lograr en breve la aprehensión de otros que vendrán a completar la organización». ¿El informador especial no sabía que Antonio Fernández era el nombre con el que se movía Vitini, ejecutado la madrugada del mismo día en el que se fecha la «Información»?

Pero tenían más prisa que nunca por cerrar aquel caso. No se entiende por qué razón, puesto que les detuvieron al día siguiente que a Vitini, no encausaron a Dalmacio y Pantaleón, o a Hilario, a quien le detuvieron dos después, el 12 de abril.

No. Lo cerraron, seguramente para hacerlo «más practicable» y, por tanto, más manejable.

Antes, sin embargo, decidieron darle una oportunidad a Casín. Durante el mes que permaneció en la Dirección General de Seguridad, a una media de tres y cuatro palizas diarias, no habían conseguido destruirlo, lo cual les humillaba lo indecible.

No obstante, indiferentes a todo, los señores policías redactaron la declaración de Casín, como la del resto, sin evitar ni siquiera poner en su boca las consabidas expresiones como «Glorioso Movimiento Nacional» o «Ejército Rojo».

Le leyeron la declaración. Casín, irreductible como el primer día, siguió negando. Tanto, que el secretario que la había redactado no pudo por menos que incluir en ella este último párrafo, que en cualquier proceso la habría invalidado: «Dada la insistente propensión a negar todo lo que se le pregunta, el señor Comisario Instructor acuerda dar por terminada esta declaración, que leída por el que depuso, la encuentra conforme y firma».

13

LA NOCHE OSCURA DEL ALMA

aquella en la que los amigos, después de haber luchado en la misma trinchera como camaradas, se delatan y traicionan, y no pueden evitar las pequeñas miserias humanas

Vitini sabía, acaso como la persona de mayor madurez del grupo, si descontamos a Casín, que lo peor que podía sucederles era que les dividieran. Comprendía igualmente que alguien pudiera delatarle y aun acusarle. Como a Casín, a él le pusieron frente a hechos consumados. Sólo tuvo que admitirlos. Sin embargo, por él no cayó ni un superior ni Merche. Es posible incluso que para «contentar» a sus torturadores, eligiera entregarles a unos soldados como Dalmacio o Pantaleón y apartar la atención de la policía de los verdaderamente importantes, José Carretero y Víctor. Quizá si dijo cómo localizar a aquéllos y no dijo cómo localizar a éstos fue porque tampoco sabía dónde se encontraban.

El sentido del llamamiento de Vitini a sus compañeros, hecho en los calabozos, sólo podía significar esto: nos han quebrantado, pero no nos han destruido; en parte nuestros propios errores y nuestra propia debilidad nos llevarán a un pelotón de fusilamiento, pero hemos de ir todos juntos. No debía desvanecerse el sueño de una España libre de falangistas y próspera para todos. La vida del conspirador tiene eso: la propia conspiración les lleva a olvidarse de las razones por las cuales la empezaron. Ahora tenían de nuevo tiempo para recapitular: había que morir con honor, había que llevar a aquellos hombres con dignidad hasta la muerte, y a Vitini le ayudó a ello recordar su condición de teniente coronel de las FFI.

En esos momentos Vitini se comportaba como un verdadero capitán que se pone al frente de sus soldados, incluso como ese revolucionario ejemplar del que se hablaba en la propaganda de su partido. Pero debía de ser el único.

Aún tenían que pasar por la tortura de los careos, una puesta en escena del hobbesiano principio: el hombre es un lobo para el hombre.

Hicieron comparecer a los responsables de los grupos guerrilleros 1 y 3, Plaza y Carmona, y se los mostraron a Vitini. En ese momento ninguno podía fiarse de nadie, porque no sabían si lo que la policía aseguraba que habían dicho unos de otros era verdad. Había llegado el momento crucial de su amistad y de su camaradería.

Félix Plaza inculpó «con entereza y serenidad», dice la policía, a Vitini como jefe, quien delante de él, con igual entereza y serenidad, de la que la policía no quiso dejar constancia, lo negó.

José Carmona, «con entereza y serenidad» insistió en que la orden la había dado Vitini. Incluso más: dijo tenerlo por el jefe supremo de los guerrilleros, pero Vitini lo negó nuevamente.

Lo dramático es que todos tenían razón, los dos primeros al creerlo a él el jefe, y Vitini al negarlo.

Es una lástima, porque ésa es la parte más dañada del sumario, con pérdidas severas del papel que impiden conocer en cuántas cosas más se mostraron en desacuerdo Vitini y Carmona y Vitini y Félix. Seguramente en ese careo fue donde Vitini se enteró de que el dinero del asalto fueron siete mil cuatrocientas pesetas, y no cinco mil cien. Debió de sentirse un estúpido cuando recordó que le había entregado al día siguiente otras mil, después de que le hubiese hurtado ochocientas. También debió de enterarse entonces de que otras mil pesetas que le había dado en otro momento no las había repartido con nadie, y se las había quedado. Todo bastante triste. ¿Aquello era una guerrilla o el patio de Monipodio? ¿A dónde había ido a parar el héroe de Albi?

Cerradas estas diligencias policiales, al comisario instructor no le quedaba más que presentárselas al juez Eymar. Pasaron nueve días desde la detención del último de los encausados hasta que pudieron acopiar todas las declaraciones, testificaciones y pruebas, que forman un

conjunto de más de doscientos folios, escritos a un espacio, así como un gran número de documentos, con las consiguientes verificaciones, firmas, rectificaciones y careos.

En ese tiempo se nombró al tribunal militar que iba a juzgarles; al fiscal militar que representaría al Ejército y al Estado, más unidos que nunca; y al abogado militar que no sólo no iba a tener tiempo de hablar con aquellos que iba a defender, sino que tampoco iba a tenerlo para leer todas sus declaraciones y estudiar la defensa.

A los detenidos les dejaron en paz, pero para ellos empezaba la oscura noche del alma.

Y desde que se presentó el auto de procesamiento hasta que se les juzgó apenas transcurrieron cuatro días, que se llevaron algunos trámites de rutina.

14

LOS TRÁMITES DE RUTINA

que llevaron a un pelotón de fusilamiento a siete hombres, a prisión a otros tres y a la libertad a quien no por recobrarla perdía menos

El primero de todos esos trámites consistió en hacer comparecer a los encausados ante el juez para los delitos de comunismo, señor Eymar, el representante del fiscal militar, un médico militar y un delegado del Gobierno Militar. Una vez presentes, a todos y cada uno de los detenidos les preguntaron si reconocían sus declaraciones ante la policía y las firmas que las validaban, y dijeron que sí.

Hubieran podido decir que no porque eran las declaraciones que les estaban conduciendo a la pena de muerte, o que les habían sido arrancadas bajo tortura, pero ni les habrían creído ni les habría servido de nada.

Por ejemplo, las ropas que habían llevado durante los interrogatorios hubiesen probado la nulidad de los procedimientos. La víspera de esa comparecencia las familias de los encausados habían sido llamadas para que les llevaran ropa limpia. Debían comparecer los detenidos ante el juez con el decoro que Eymar se merecía. En todos los casos las ropas sucias que los detenidos llevaron puestas mientras duraron los interrogatorios estaban ensangrentadas. En las de Casín, además, según testimonio de su cuñada, que tuvo que lavarlas, le llegaron no sólo manchadas de sangre y pus, sino con trozos de piel y carne, de "materia". Habían ido por la DGS a diario, desde sus detenciones, no para verles, porque eso lo tenían prohibido, pero sí para saber de ellos, y algún guardia caritativo les iba dando ánimos y esas noticias tan vagas como irreales: «Bien, mujer, el chico está bien; ande, váyase, que no puede quedarse aquí».

El auto de procesamiento empezaba de forma tan fantástica como tendenciosa, incurriendo en falsedades muy graves, políticas y penales: «como consecuencia del acuerdo tomado por el pleno titulado "Delegación del Comité Central del Partido Comunista" el veinticinco por ciento de los individuos que forman parte con conocimiento de los fines y de los medios de esta organización clandestina, se han encuadrado en el denominado "Aparato de Guerrillas"; constituidos por grupos con su numeración correspondiente a base de tres o cuatro individuos, al mando de uno con título de responsable», y que estos grupos tienen como misión «crear un estado de terror que sea el primer paso para el asalto a mano armada de los Órganos Políticos del Estado Español, con la finalidad de implantar en España un Estado Soviético».

Nadie les hubiera convencido ni a los militares ni a la policía de que precisamente la Unión Nacional, que encuadraba a los guerrilleros, era una organización gestionada por el PCE, pero no exactamente el PCE. Era lo que trataba de demostrar el presidente de su Junta Suprema, Jesús Monzón, remiso a que el Comité Central del PCE en Toulouse mangoneara en ella. Y ésa fue la causa de que desde Francia se ordenara acabar con Trilla, aunque como Carrillo me recordó, no era necesario dar una orden como ésa, porque cualquier militante de base sabía lo que tenía que hacer con un traidor y un provocador como Trilla. Carrillo se limitó a urgir la presencia de Monzón en Toulouse, para llevarle ante el Comité Central, que le exigiría cuenta de todas sus fechorías y desviaciones como liberal y como libertino, orden que naturalmente Monzón se negaba a cumplir y eludió cuanto pudo, hasta el día en que fue detenido por la policía franquista en Barcelona unos meses después, todavía en 1945. Muchos pensaron que no fue tanto que le detuvieran como que se entregaba para ponerse a salvo de sus propios camaradas, que no comprendían que un hombre quisiese poner la Unión Nacional, por la que tanto había hecho el PCE (o sea Monzón), en manos de una política fantasiosa. De eso habría que haberles hablado a los militares, que no quisieron

entrar en los matices. Y de que quienes pensaban y actuaban como ellos en Europa estaban perdiendo la guerra.

Igualmente, el auto de procesamiento decía probado el contacto que Casín mantenía con Vitini, cuando ni en las declaraciones de éstos a la policía ni por ninguna parte había constancia no ya de que se relacionasen ambos, sino de que se conociesen siquiera.

Y como a ellos, al resto de los inculpados: todos obedecían «órdenes directas» de la delegación del Comité Central del PCE, lo que les dejaba a los inculpados en manos de sus verdugos.

Y así, delante del juez Eymar, se les hizo firmar el auto. De nuevo la vida había reunido en aquel trozo de papel a once personas, algunas de las cuales se veían en ese instante por primera vez. Luego les retiraron a una antesala, y el juez fue llamándoles uno por uno.

Rufina, más tranquila y acaso aleccionada por su marido, al que vio en esa ocasión unos breves momentos, insistió en que ella no conocía que en su casa hubiese una imprenta ni se guardasen armas.

Domingo admitió los hechos, aunque volvió a recordarle a un juez que ni siquiera estaba al corriente de los detalles, porque llevaba a la vez otras doscientas causas, los atenuantes que creía podían salvarle, como que nunca supo que se fuese a matar a nadie o que desconocía las actividades de Casín. Incluso no le importó admitir que cuando escuchó los disparos, salió corriendo, y que Luis le llamó cobarde y Félix, chungo, para que tuvieran en cuenta hasta qué punto sus amigos ni siquiera le consideraban de los suyos.

Le mandaron salir.

En cuanto a Dionisio se vio que había estado pensando en las muchas horas de soledad de su celda lo que más le podía beneficiar, y así sostuvo que Casín en realidad le alquiló una habitación para Félix y Domingo, de los que había asegurado que eran «unos buenos muchachos». Entonces alguien de los presentes le preguntó si no le parecía extraño que Casín, que tenía una casa y habitaciones y una posición económica no muy buena, prefiriera alquilarle a él las habitaciones y no alquilarles las suyas propias. Dionisio se quedó desconcertado. No había pensado que pudieran preguntarle eso. Pero reaccionó con prontitud y astucia, y dijo que no sabía ni cómo era la casa de Casín ni sus condiciones económicas.

Entonces alguien volvió a la carga y le preguntó durante cuánto tiempo les había tenido alojados, pero Dionisio confesó no recordarlo exactamente. La sonrisa de triunfo del juez debió de hacerse patente: en ese caso, ¿cómo era que si esperaba percibir una remuneración por el alojamiento no se acordaba de las fechas exactas? ¿No se exponía así a cobrarles de menos? Y el juez, con un je je en el rincón de la boca, cerró esa comparecencia.

Fue el guardia el que le dijo que se retirase, pues él estaba en una nube. Dionisio no supo qué había ocurrido exactamente, pero intuyó que no había estado bien.

Fernando traía ensayado el papel de samaritano piadoso, por si entre quienes habían de ser sus jueces pudiera hallarse a un buen cristiano. Sí, había acogido al muchacho que le trajo Dionisio, y sabía incluso que había salido de la cárcel, pero lo hizo porque no tenía otro sitio a donde ir. ¿Qué delito había cometido él? Había practicado con el joven una obra de misericordia. Era un chico y Dionisio le había dicho que era igualmente un buen muchacho.

Pasaron a Mariano Ruiz Antón. Tanto el juez como sus colegas debieron de darse cuenta desde el primer momento de que aquel muchacho, con cara todavía de adolescente, había tenido muy mala suerte, yendo a parar al lugar equivocado en el día equivocado. Alguien quiso saber cómo era eso de que pudiera confiar sus ideas al primer perfumero que se presentaba en su casa y en cambio no se unía a personas afectas al régimen que pudieran favorecerle. Mariano o no entendió bien la pregunta o se salió por los cerros de Úbeda, porque les confesó que en realidad su intención era marcharse a la Guinea. Ésa era una gestión que se la estaba haciendo el padre Santamaría. En ese momento nadie tuvo la menor curiosidad de saber quién era el tal padre Santamaría. Le preguntaron entonces si no era más cierto que estaba esperando que Casín le encuadrara con los guerrilleros del monte, en la sierra. Mariano comprendió de pronto que ya que él no parecía poder exculparse, podría echarle una mano a sus amigos, así que afirmó que no, que Casín no le habló de eso ni de nada delictivo. Quisieron saber sus interrogadores si no le extrañó en ningún momento que un

guardia municipal le brindara una protección comprometiéndose a pagarle la pensión, incluso que le mandara más dinero. En absoluto. Le constaba incluso que lo había hecho con la mejor voluntad, de buena persona que era. Le preguntaron también por qué llegó a la conclusión de que Fernando pertenecía al grupo de Casín, pero dijo que él no podía haber llegado a una conclusión como ésa. Fueron preguntas muy tontas, como cuando quisieron saber si en casa de Fernando, durante la cena, hablaban algo de política. Antón era joven, pero comprendió bien a las claras que además de jueces y militares, eran idiotas y dijo secamente que cuando Fernando llegaba a la casa venía cansado y ponía la radio. Lo único que le preocupaba era la guerra mundial, y cómo iba a terminar.

Que en ese momento alguien les recordara cómo iba la guerra no debió de gustarle a ninguno de los militares presentes, y ordenaron que se lo llevaran de allí. A continuación les trajeron a Plaza. Le hicieron unas cuantas preguntas irrelevantes a esas alturas, y otras muy pertinentes. Entre las primeras le preguntaron si había o no radio en la secretaría de la subdelegación, si funcionaba o no, si el cable del teléfono lo había cortado él o Tomás... Con las segundas querían saber cosas de más fundamento. Reconoció Plaza de nuevo ser él quien disparó contra el conserje y llevar la orden de asesinarlos. Trató de exculpar al tintorero, asegurando que no le había contado nada del asalto, y confirmó que Vitini había dicho quiénes eran los que tenían que subir y quiénes los que debían quedarse en la puerta por si veían «una fuerza numerosa, para avisar a los que habían subido al local, y si eran uno o dos, encañonarles y meterles dentro a fin de asesinarlos, orden que él transmitió a Domingo y al Fantasma».

Se hubiera dicho que Félix Plaza no estaba dispuesto a irse él solo al paredón.

El turno de Carmona fue el de un despechado, asegurando que la orden que llevaban al entrar en la subdelegación era matar no sólo a los de Falange, como se había dicho en las declaraciones, sino a todos los que pudieran encontrarse dentro.

Sí, como si en un momento y en la habitación de al lado, él y Félix, afrentados por la actitud de un jefe que trataba de eludir toda responsabilidad cargándoles con los muertos, hubieran acordado perjudicar, sobre todo, a éste.

Uno de los cuatro representantes de la Ley debió de distraerse en ese momento porque súbitamente preguntó algo que no tenía la menor relevancia. Quiso saber por Carmona si Félix había dicho que Domingo era «chungo», y Carmona, sin saber a qué santo venía eso ahora, se lo confirmó de mala gana.

En cuanto al pobre Luis del Álamo lo primero que le preguntaron, por el plebeyo placer de humillarlo un poco, fue si Domingo había salido corriendo como un cobarde, pero Luis no quiso darles ese gusto y dijo que en absoluto, sino que aligeraron el paso todos, pero sin correr.

A Luis, sin embargo, le parecía una pérdida de tiempo estar hablando de Domingo cuando él conservaba todavía la esperanza de salvarse, así que le pareció oportuno aclarar que entró en la Agrupación Guerrillera no porque lo solicitara, sino porque se lo propusieron. Debió de parecerle un matiz de consecuencias muy favorables.

El único que debió de escuchar su descargo fue quien hacía de secretario; el resto ni lo oyó, y antes de que terminara de hablar ya lo estaban sacando de la habitación. Se cruzó en la puerta con Tomás.

Empezó diciendo éste, con tono compungido, que nunca había sido partidario de los actos de violencia y que durante el tiempo en que él fue jefe del grupo jamás se cometió ninguno.

¿Luego reconoce que pertenece usted a un grupo guerrillero?, le preguntó alguien. Tomás bajó humildemente la cabeza y lo reconoció con unas palabras dramáticas: una vez encuadrado, nadie se podía desligar.

A alguno de los presentes le debió de interesar el personaje de Tomás, por si podía ensayar en él una pequeña farsa sobre la misericordia, y le dio la oportunidad de que tratara de justificar sus actos. Confirmó que Carmona le dijo que iban a asaltar el local poco antes de llegar a las barcas-columpio, y que su único cometido era cortar el cordón del teléfono, hacer el registro y apoderarse de la documentación que hubiera. Por esa razón abrió el armario donde se encontró la radio. No, no funcionaba la radio. No entendió Tomás por qué insistían tanto sobre la radio. ¿Era acaso un agravante, significaba premeditación? Pero daba la casualidad de que no funcionaba, ni se puso en

marcha. No, tampoco había escuchado la orden que les habían dado a Domingo y a Luis del Álamo cuando se quedaron en la puerta.

El tono de las respuestas de Tomás era el de la persona que quiere evidenciar su interés en colaborar con la justicia. Le preguntaron entonces cómo es que llevaba una pistola, y contestó, primero, que no era suya, que se la habían dado diez minutos antes, y en segundo lugar, que la llevaba para intimidar. Nada más. Alguien, amante de los dramas dostoiévskianos quiso saber en qué concepto tenía a Carmona.

Tomás se tomó unos segundos antes de responder. Pensó en Carmona, que esperaba en la habitación de al lado. Pero a esas alturas, ¿qué le importaba a él Carmona? Debió de considerar incluso que era una muy buena señal que aquellos señores quisieran ponerse al corriente de tantas cosas por su boca. Eso significaba que habían descubierto en él algo que le hacía diferente a los demás. En un segundo se le pasó por la cabeza que llevaba declarando más tiempo que ningún otro. «Le considero», dijo, «capaz de toda clase de hechos delictivos». Sí, le tenía miedo. Trató incluso de que volviera a tomar parte en un asalto, para tenerlo cogido, un atraco a un almacén de maderas: hasta su novia recibió varios anónimos por ser persona religiosa...

Pidió el juez al secretario ver esos anónimos.

Le estaban saliendo bien las cosas, pensó Tomás. Ante aquellos señores un rasgo de piedad católica sin duda tendría que moverles a compasión. Él no era más que una oveja descarriada que pedía volver al redil. Si querían, con una sentencia favorable y las oraciones de su novia, lo conseguiría.

Los cuatro representantes de la justicia, sin poder sustraerse a la lectura del anónimo, se pasaron con curiosidad el ignominioso papel donde a Tomás le llamaban cornudo.

Quisieron ir más lejos y le preguntaron si Carmona le amenazó directamente de muerte en caso de no cumplir alguna de las consignas recibidas. En ese punto Tomás pudo decir perfectamente que lo había hecho, pero a quien tomaba las declaraciones no le convino, y amañó la respuesta con esta frase sibilina: «Dijo taxativamente que no lo hizo, pero [Carmona] le dijo: “ya sabes lo que le espera al que se vuelve atrás”. Preguntado cómo es que estando tan enamorado de su novia no había puesto como disculpa para no ir a los Cuatro Caminos, siendo domingo, el tener que salir con ella de paseo o al cine o al baile. “Por miedo a Carmona”, respondió Tomás, sin saber si lo que estaba diciendo era eso o esto otro: “Por miedo a mí mismo”».

Tomás dejó la habitación con un sentimiento de confusión y abatimiento. Cuando salió, Carmona le preguntó, sin que le oyera el guardia, qué tal había ido todo. Había tardado mucho. Tomás, sin mirarle, le respondió de una manera abatida y confusa, le dijo bien, y se encogió de hombros.

Mientras tanto, ya habían hecho pasar a Vitini.

Admitió su declaración ante la policía, no porque la admitiese, sino porque ésa era la fórmula, pero insistió en que él no reemplazó a Chamorro, sino que le reemplazó Víctor.

Volvieron sobre un punto. Más que saber, querían confirmar que él era el jefe de los guerrilleros de ciudad. A la gente, lo hemos constatado ya varias veces, le gusta tratar siempre a las jerarquías. Vitini les decepcionó, pero, todo hay que decirlo, no logró desengañarles: siguieron creyendo que lo era.

Lo demás era lo conocido, que transmitió las órdenes de la bomba de la delegación de Propaganda y la del asalto del almacén de maderas y que el proyectado atentado contra Víctor de la Serna venía de antes y del propio Víctor. Para sus jueces eso era actuar como un jefe, pero Vitini se enrocaba: cada vez que transmitía una orden a los responsables de grupo siempre les hizo saber que provenía del jefe de guerrillas, o sea, de Víctor.

En comparación con lo anterior, la pregunta de «si recibió y transmitió propaganda subversiva excitando a las masas en contra del actual régimen para el 14 de abril» era una estupidez, pero Vitini se había entregado ya en manos de su destino y manifestó que sí, que le había entregado a Zoroa un paquete de esta propaganda y dos rollos de papel engomado, quien a su vez se los pasó a Dalmacio, para que éste pintara en ellos banderitas trcaleros. Ah, todos estos bravos guerrilleros, pintando párvulos colores como aplicados escolares y poniendo en el áspero, sangriento y despiadado trabajo de la Revolución un poco del candor de la infancia.

Quiso en ese momento el juez ver a dos alimañas juntas, y mandó que compareciera Félix Plaza para carearlo con Vitini de nuevo. Para comprobar cómo el comunismo les volvía despiadados y sanguinarios incluso con los miembros de su propia camada.

Vitini ya no pensaba más que en él mismo. Plaza le quería pasar toda la responsabilidad del atentado, y él le pasaba a su vez todas las responsabilidades de las muertes, así que sin el menor titubeo declaró Vitini que la orden que le dio a Plaza fue la de tomar la subdelegación y robar la documentación, pero que las personas que se encontraran allí debían ser atadas y amordazadas, nunca asesinadas.

Plaza no comprendió tamaña hipocresía. Hubiera pegado un tiro a su jefe si hubiese tenido allí una pistola. Comprendió que no era más que una venganza, y recuperó su aplomo. No, la orden de Vitini fue bien clara: matar a todas las personas que se encontraran en el edificio, y que esta orden era idéntica a la que recibió Carmona.

Fueron «invitados a ponerse de acuerdo ante su señoría», pero cada uno de ellos siguió con su versión.

La de Vitini era la más inteligente, sin duda. Al fin y al cabo, Plaza y Carmona habían confesado, por su propia debilidad, haber matado a dos falangistas. Ellos mismos habían cavado su propia tumba. En cambio Vitini no confesó nunca ni haber dado esa orden ni ser él el responsable de la guerrilla. De haberlo hecho, su confesión tampoco les hubiera servido de gran ayuda a los autores materiales del asalto. En cambio, negar que él había dado esa orden pondría a los jueces, ante la opinión internacional, en el brete de tener que condenar a alguien por un hecho que jamás ordenó que se cometiese. Vitini era inteligente. Plaza y Carmona no, desde luego, aunque tuvieran razón.

Pidió el juez también que le trajeran a Carmona por verle carearse con Vitini, pero Carmona se negó a comparecer. No tenía nada que discutir con Vitini, primero porque dijo que la orden a él se la transmitió Plaza, y en segundo lugar porque nadie le iba a quitar de la cabeza que el jefe de los guerrilleros no fuese Vitini. Quizá porque no quisiera pasar por el trago de encontrar en la mirada de su jefe el recuerdo de que le había robado ochocientas pesetas en medio de una tarea tan grandiosa como era la de limpiar España del fascismo.

Plaza y Carmona quizá eran tan ingenuos que pensaban que si decían que los habían matado, pero por orden de otro, su responsabilidad en las muertes sería menor.

La comparecencia de Vitini no duró ni cinco minutos. No debían de sentirse cómodos ante un teniente coronel de treinta y dos años, que había sorteado con entereza las torturas de la policía, y le ordenaron salir.

Llamaron por último a Casín. Le habían detenido el primero, y le interrogaban el último.

Lo más triste es que esas conversaciones de Casín con el juez son las más dañadas del sumario. En muchos pasajes son ilegibles, en algunas ocasiones las hojas de papel se han fundido en una pasta informe y en otras han desaparecido. Pero de las partes en las que aún podemos leer algo sacamos que Casín seguía negándolo todo, incluso la evidencia, la imprenta debajo de su casa, las armas, la propaganda.

Los jueces estaban aún más furiosos con él que con el resto. Al fin y al cabo, era una autoridad, la Autoridad, y le preguntaron cómo es que siendo guardia no sólo no se enteraba del pasado de todas esas personas a las que ayudaba a eludir la acción de la justicia, sino que les encuadraba en el Partido Comunista. Casín escuchaba con atención, y aun a sabiendas de que no serviría de nada, les aclaró que sus señorías andaban muy equivocadas, primero porque no sabía que esos chicos eludieran la acción de la justicia, sino que se los trajo una vieja amiga, y en segundo lugar porque su manutención la pagaban Anselmo y Manzanares, como podrían decirles estas dos personas.

El juez preguntó dónde estaban Anselmo y Manzanares, quería que los trajeran a su presencia. Empezaba a entretenerle aquello. El caso Mora y Lara bien valía la pena, y raramente un juez tiene ocasión de lucimiento público.

Tardó en llegar un policía. Mientras tanto, Casín guardó silencio y miraba fijamente al juez, al representante del fiscal, al médico militar y al delegado del gobernador civil.

De haber sabido que aquél era un médico militar quizá hubiera tenido la audacia de denunciar los malos tratos y torturas recibidos en la DGS.

No hubiera servido tampoco de nada, porque la respuesta de los policías siempre era la misma. Tenían un pequeño repertorio donde elegir. O le decían al juez que había intentado agredir a uno de los policías, por lo cual había sido preciso reducirle; o había intentado huir tirándose por una ventana o una escalera, a resultas de lo cual se habían producido todas esas heridas, como por ejemplo, haber perdido las uñas de los pies, que le fueron arrancadas, las llagas en las nalgas o las tetillas quemadas con un cable de la luz.

Entró por fin un policía, que le dijo al juez que ni Anselmo ni Manzanares habían sido detenidos, aunque estaban en ello, convencidos de tener los ya a mano. Cuestión de días, de horas acaso.

Eymar, que era mutilado de muchas cosas, pero no tonto del todo, comprendió al punto que Casín era muy inteligente, tanto como para echarle las culpas a alguien que no había sido detenido. Así que le hizo una pregunta que no creía que pudiera eludir fácilmente. ¿Y la imprenta? ¿Iba a negar que encontraron una imprenta en su casa? Casín se encogió de hombros, no sabía que aquello fuera una imprenta.

En otro momento Eymar hubiera dado por cerrado aquel interrogatorio y el sumario; pero había demasiados ojos sobre el caso. Incluso podían meterle en la sala del consejo de guerra algún observador internacional. La maldita guerra en Europa no iba bien, y a Alemania, ¿cómo se le ocurría ir perdiendo en ese momento? Cualquiera día podría darse vuelta a la tortilla, y tampoco quería que le sorprendiera abajo. Quería hacer bien las cosas, y más si, como era el caso, les tenía bien cogidos.

Así que Eymar volvió muy serio a preguntarle si él ejercía el cargo de jefe nacional de los guerrilleros.

Fue entonces cuando Casín supo que ese juez no tenía la menor idea de lo que era ni la organización del Partido Comunista ni lo que era la Unión Nacional. No, no lo era, dijo con hastío. Entonces, ¿cómo es que se dedicaba a reclutar a «elementos» para los grupos en donde les encuadraba? Jamás, respondió, había tenido esas misiones.

Aún siguieron hablando diez minutos, de esto y de lo de más allá, pero aquello era un diálogo de sordos para besugos.

Se dio por cerrado el sumario.

Otro trámite fue, el 19 de abril, dejar preparado el auto de procesamiento: los hechos relatados revestían todos carácter de delito según la ley de la Jefatura del Estado de 2 de marzo de 1943, delito equiparable al de rebelión militar, había indicios racionales de culpabilidad, etcétera, todo lo cual lo «manda y firma el juez Instructor del Juzgado Especial de Delitos de Comunismo [dos años después, en 1947, pasaría a llamarse Juzgado Especial de Comunismo y Espionaje, y dos años después, en 1949, Juzgado Especial de Espionaje y Comunismo, aunque se le escapa a uno si había alguna significación en ese baile ordinal entre el Comunismo y el Espionaje], Enrique Eymar, Coronel de Infantería Caballero Mutilado de Guerra por la Patria», dando fe de ello su secretario.

Al día siguiente, 20 de abril, y en menos de veinticuatro horas, el tenientillo auditor Ángel Fernández Hernández, que actuaba en nombre del señor fiscal, no sólo se había leído un sumario de más de doscientos folios a un espacio y revisado las pruebas, incluidos los periódicos clandestinos encontrados, sino que había llegado a sus conclusiones, de las que vale la pena resumir el primer párrafo: el pleno de la delegación del CC de la Sección Española de la Internacional Comunista, «acordó por creer» que la situación en España permitía la creación de un aparato de guerrillas, con el objeto de preparar el asalto armado al Estado español y destruirlo, para instaurar, conforme a la Komintern, un régimen comunista.

El resto es un calco de las actas policiales, donde vuelven a relatarse los hechos, dando por «probadas» todas las cosas, desde las verdaderas hasta las falsas, como que en el asalto a la subdelegación tuviese que ver Casín, o las improbables, como que éste era un «miembro de relieve de la Secretaría Político Militar de la Delegación del Comité Central del Partido Comunista de España».

Para él, en mayor o menor medida, eran culpables, desde Rufina, que sabía perfectamente lo que se cocía bajo su cocina, hasta los Magdaleno, Fernando o Mariano, peligrosos comunistas.

Por ello consideró que los acusados eran responsables en concepto de autores por participación, material, voluntaria y directa. Además encontró en ocho de ellos, Vitini, Casín, Domingo, Magdaleno, Plaza, Carmona, Luis y Tomás, el agravante de la trascendencia de los hechos (es decir, les culpó de la manifestación multitudinaria y de la propaganda que se hizo del asalto, cuando lo normal es que la prensa silenciara esas cosas) y la peligrosidad social.

Para los ocho pidió pena de muerte, con las accesorias legales en caso de indulto; para Ruiz Antón y Fernando Rodríguez, treinta años de reclusión mayor, y para Rufina, doce años de reclusión.

Fue otro de los trámites leerles a los acusados los cargos de los que se les acusaba, de los que hubieron de darse por enterados. Ahí están ahora todas sus firmas, en el mismo folio, como si fueran la página de una novela.

El mismo día 20 quedó compuesto el tribunal militar que los juzgaría. Lo presidió el teniente coronel Modesto Sáez de Cabezón y Capdet y lo formaron los capitanes Antonio Martínez Santiago, José Muzquiz Ayala, Luis Manrique Garrido, Antonio Llorente Girona y Simeón Martín Calleja. Como vocal ponente actuó el también capitán José María Rodríguez Devesa, y como fiscal el mencionado teniente auditor.

Para que la función quedara completa sólo faltaba encontrarles a los encausados un defensor, de oficio, naturalmente, que lo fue el capitán de Caballería Ricardo García de Vinuesa, quien tuvo la poca vergüenza, como el fiscal, de aceptar tal designación. Como éste, leyó el sumario, o hizo que lo leía, en un fin de semana, y cuando el lunes llegó al consejo de guerra había reducido mecánicamente las peticiones del fiscal. Donde éste ponía pena de muerte, él pedía treinta años; para quienes pedía treinta años, él, veinte; y a Rufina, que llevaba una petición de doce, la absolvía.

Hasta la mañana del lunes día 23 de abril, Día del Libro, centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, escritor y soldado, los acusados, por orden del juez, siguieron en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

A las diez de la mañana del 23 vino por ellos un furgón celular para trasladarles. Algunos, como Casín, 27239 era la primera vez que veían la luz del sol desde hacía un mes. Ese día estaba especialmente claro, sin una nube, frío, pero primaveral.

Los llevaban esposados de dos en dos; a la mujer, sola. En los metros que les separaban de la DGS hasta el furgón vieron, fugazmente, a unos pocos transeúntes. Todos los detenidos pasaron por la experiencia común de tantos otros que habían salido de aquellos mismos calabozos camino de un juicio: volver a ver Madrid, la animación, los tranvías, el succulento aire de la calle. Era como una pesadilla que había empezado hacía mucho tiempo y de la que parecía que iban a despertarse. Les resultó extraño ver caminar a la gente, tan indiferente a la tragedia que les llevaba a ellos ante un tribunal militar, y esa realidad trenzada de cosas humildes, los hombres que barrían la acera de sus comercios, los escolares, las criadas con los bolsos de la compra. Alguien preguntó si no iban a avisar del juicio a las familias, como hacían en otros casos.

No. Tampoco sabían dónde les llevaban. Lo normal en otros procesos es que les llevaran a las Salesas, pero tratándose de un consejo de guerra era de suponer que les llevarían a un cuartel. En realidad les condujeron allí al lado. De Sol al número 6 del paseo del Prado, a unas dependencias de Capitanía General; se hubieran tardado diez minutos andando, tranquilamente, bajando por la carrera de San Jerónimo.

En otro caso lo hubieran hecho. Eran escenas habituales, dos guardias, o uno, caminando con un preso en el tranvía, en el metro, por la calle. Unos meses después un preso, a quien habían torturado salvajemente, se les suicidaría en el metro de Antón Martín, arrojándose a las vías, cuando les conducía a entregarles a unos camaradas. Sí, la gente estaba habituada a semejantes escenas. El reo o el detenido esposado y al lado un guardia con el mosquetón. La estampa sombría ni siquiera despertaba curiosidad. La gente, por respeto, tampoco se atrevía a mirar. En el furgón no tardaron ni cinco minutos. Durante el trayecto no habló nadie con nadie. Habían surgido entre ellos demasiados motivos de discordia y rencor, y sabían que a partir de ese momento, hasta el final del proceso, cada

cual iba a tener que luchar por sí mismo, olvidándose del resto. Era de opinión diferente Vitini: les beneficiaba hacer una piña. Todos ellos estaban ya condenados a muerte de antemano, porque eran víctimas políticas, ejecutadas por militares, o si se prefiere: militares, ejecutados por los políticos. Pero ni Carmona ni Félix estaban dispuestos a las concesiones; se sentían traicionados.

Al llegar tuvieron que guardar sala, con unos policías en la puerta.

Tímidamente, algunos empezaron a hablar entre sí. Lo hizo Casín con su mujer. La mujer lloraba. Casín trató de consolarla. La mujer sólo sentía que se desvelase en la vista pública que ella había dicho que su marido le pegaba. Y que se supiese precisamente ese día, con lo cariñoso que estaba con ella. Se cogieron de la mano, como dos novios. Dionisio y Fernando cambiaron impresiones. Al fin y al cabo, ellos habían salido mejor librados en las peticiones del fiscal, aunque tampoco estaban tranquilos, pues no era la primera vez que a un acusado se le aumentaba la pena pedida por el fiscal. Luis del Álamo se acercó a Domingo. Trató de animarle. El hombre estaba hundido. La verdad es que era chungo, pero no tenía la culpa, era un buen chico. También Félix habló con Domingo. Habían vivido muchas cosas juntos como para enfadarse al final. A Vitini le habían dejado solo. Llevaba su traje claro, con rayas coloradas, y una camisa limpia. Nadie sabía quién le había traído la camisa. Quizá la patrona de su pensión, otra buena samaritana, acaso esa muchacha con la que le habían visto algunas veces sentado en un café. No le importaba que sus hombres le hubieran dejado de lado, sino que, una vez más, se vieran en aquella triste circunstancia, en parte, por sus propios errores.

Alguien preguntó si no iban a conocer a su abogado. Llegó éste por fin diez minutos antes de que empezase la vista, tiempo más que suficiente para presentarse a ellos y decirles, con el aplomo legendario del militar español: «Yo les voy a defender; haré lo que pueda».

Casín preguntó si les iban a dejar hablar durante la vista, pero el abogado defensor no tuvo tiempo de responder, porque como un mal estudiante que repasa sus apuntes minutos antes de entrar en un examen mal preparado, trataba, con un lápiz rojo en la mano, de familiarizarse con ese asunto que le había caído de arriba y que si hubiera sido por él, no habría aceptado. Pero él obedecía órdenes, como militar que era. Es decir, como Vitini, teniente coronel; como Félix Plaza e Hilario Pérez Roca, capitanes; como Luis del Álamo, teniente, como los sargentos Casín y Malmierca, como todos los demás, soldados del Ejército de la Unión Nacional, al servicio de la República. Todos ellos habían obedecido órdenes.

Durante el juicio se equivocó todo el mundo de nombres, fechas, detalles, imputaciones; el fiscal, el abogado defensor, el vocal ponente. Daba un poco lo mismo, porque lo que allí había sobre todo, aparte de acusados, era prisa por ventilar el asunto cuanto antes, y desde luego, nada de público ni de familiares, como en las audiencias públicas de los procesos ordinarios. Aquello incumbía únicamente al Ejército, lo cual, en ese caso, fue una suerte, pues no era infrecuente que cada mañana, en la puerta de las Salesas, donde tenía lugar esa clase de vistas públicas, concurrieran unas docenas de personas para ver desfilar a los acusados, reírse de ellos e insultarlos, recordándoles a gritos lo que habían hecho en 1936, sin recatarse de quienes, arrinconados, asustados y silenciosos, habían ido allí para ver al menos durante unos segundos, a sus maridos, a sus hermanos, a sus padres, a sus hijos.

Nadie en las familias de los acusados supo que la vista sería el 23 de abril a las once. De hecho empezó media hora tarde, a las once y media, y sólo la lectura del resumen de los hechos, y la que se hizo, a petición del fiscal, de las diligencias instruidas y los informes médicos acerca de los disparos que causaron la muerte a los falangistas, se llevó una hora.

El primero a quien el vocal ponente preguntó fue a Plaza. Se puso en pie el acusado. Les habían dejado afeitarse esa mañana y adecentarse un poco. Así, con la cara limpia, y a pesar de las ojeras a las que asomaba todo el sufrimiento padecido en la DGS, parecía un niño. Quizá pensara en Francia, donde por una acción por la cual se le pedía aquí una pena de muerte, allí se le hubiera ascendido a comandante.

Admitió haber disparado contra el conserje y haber recibido en varias ocasiones la cantidad de mil doscientas pesetas.

Los miembros del tribunal, que ni siquiera habían tenido la curiosidad de hojear el sumario, intercambiaron suspicaces miradas de complicidad y sobrentendimiento; alguno incluso apuntó al margen estas dos palabras: "crimen-dinero".

Repitió Plaza que la orden la dio Vitini, y que ésta era bien clara, matar a todos los que estuvieran en el local, siempre que fueran varones, pertenecieran o no a Falange. Él, a su vez, le dio la orden a Domingo Martínez Malmierca. Cuando le presentaron el revólver, lo reconoció como suyo.

Carmona respondió lo mismo que Plaza, porque le preguntaron las mismas cosas.

También fueron las mismas que preguntaron a Tomás Jiménez, pero éste se salió del guión y aseguró que jamás hubiera matado a nadie, y de haber estado informado del objetivo, ni siquiera hubiese ido, pero como sus palabras no venían al caso, lo mandaron callar. Su intervención había durado menos de treinta segundos, los que le dieron para defender su vida, ni uno más ni uno menos.

Domingo dijo que sólo sabía que iban a la subdelegación buscando seis pistolas que había allí. En cuanto a él, la orden que le dieron fue la de guardar la puerta, proteger la retirada y llevar al que llegare arriba.

Todo lo sucedido en el primer piso no le incumbía.

Del Álamo confirmó lo de Malmierca.

A Vitini tampoco le dieron más tiempo. En cuanto insistió, respondiendo a la primera pregunta que le hicieron, que él no era el jefe de los guerrilleros, como podría atestiguar alguien que se encontraba en los calabozos de la DGS, llamado Paco Zoroa, le ordenaron guardar silencio. Y pensó Vitini en ese momento por qué razón Paco Zoroa no estaba sentado con ellos en el banquillo. Tenía en el partido la misma o mayor responsabilidad que él, y su papel en la organización guerrillera había sido fundamental. ¿Habría llegado a una clase de acuerdo con la policía? ¿Juzgó ésta que era dispersar el sumario? Desde un punto de vista policial, Paco Zoroa tenía mucho más que ver con el caso que se juzgaba que, por ejemplo, Casín.

Era un buen momento para suspender la sesión, y así se hizo, hasta las cuatro, tiempo suficiente para que los miembros del tribunal se fuesen a sus casas a almorzar.

Por supuesto a los detenidos nadie les dio de comer. El Estado no iba a gastarse en ellos una sola peseta. Les llevaron, sí, de uno en uno, al retrete, donde el que quiso pudo beber agua a discreción de un grifo. Alguien se enteró de que si se le daba algo de dinero a uno de los guardias, éstos podrían traer de algún bar próximo bocadillos y cafés. Pero nadie tenía dinero. Se lo habían quedado todo en la DGS los policías.

Se constituyó de nuevo el Consejo. Se pasó a interrogar a Casín. Es de suponer que alguno de aquellos hombres sentados en el tribunal preguntara qué tenía que ver Casín en el caso del asalto a la subdelegación que se juzgaba.

Eso mismo querría saber yo, contestó Casín. Decidido a negar hasta el final, afirmó que no sabía que la imprenta era para tirar propaganda clandestina, y que de haber sido así, él, como autoridad, no lo habría consentido. Y aunque no venía muy a cuento, aprovechó para que se hiciera constar en acta el nombre de las tres personas con cuyos avales recuperó su empleo de guardia doña Magdalena Morales, el conde de Vallengano y el comandante Sancho.

Molestó mucho al tribunal que en su presencia se nombrase tan en vano a personas tan dignas y respetables, y el presidente ordenó a Casín que se sentase de inmediato.

Magdaleno se limitó a decir que desconocía cuáles eran las actividades de Félix y Domingo, y que la célula que Casín le dijo que formara cuando se lo encontró en la Puerta del Sol jamás se llegó a constituir.

Con Rufina tuvieron una delicadeza jurídica muy digna de tener en cuenta, pues le avisaron de que podía no declarar en contra de su marido. Debió de pensar que a esas alturas ya daba todo igual. Admitió haber visto la imprenta y conocer la existencia de un subterráneo, aunque nunca había bajado a él, y dio gracias a Dios, para sus adentros, de que nadie se acordara ya de que había declarado a la policía que su marido normalmente le pegaba, pero fue la suya, declarando

exactamente lo contrario que él, la declaración que más daño pudo hacerle; y Rufina tenía que saber por qué lo hizo.

El Ministerio Fiscal y el abogado defensor renunciaron a interrogar a los acusados, porque la cosa estaba ya muy clara, y para celebrarlo hicieron una pausa de quince minutos, en los que el consejo quedó interrumpido. El tribunal en pleno, con fiscal y abogado incluidos, aprovechó para pasar a una salita contigua, estirar las piernas, echar un cigarrito y apañar, sobre la marcha, una sentencia lo bastante circunstanciada como para que nadie pudiese ni siquiera sospechar que no se la habían tomado en serio.

Cuando se continuó, se procedió a las peticiones fiscales. Para Vitini, Casín, Magdaleno, Plaza, Carmona, del Álamo, Domingo y Tomás Jiménez, pena de muerte, debiendo ser impuesta la de Carmona, «dado los antecedentes de maleante que goza», en garrote vil, que debió de alcanzar al propio fiscal por la manera en que éste tuvo de redactar sus conclusiones. Para los procesados Fernando y Mariano Ruiz, treinta años de reclusión mayor, y para Rufina, doce años de reclusión menor.

El defensor dijo que los hechos de Rufina no eran constitutivos de delito; que los de Casín y Mariano Ruiz eran diferentes a los hechos de autos; que Domingo, Tomás y del Álamo no eran ejecutores, y que Plaza y Carmona, aun siendo los ejecutores, lo fueron no de una forma criminal, sino obedeciendo una consigna equivocada, «por lo que acataba lo que la benevolencia del Tribunal quisiera dictar». A los únicos que dejaba frente al pelotón de fusilamiento era a Vitini... y a Magdaleno. No se entiende nada. O sí. Como se verá, fue el comodín de magnanimidad que el tribunal tenía en su manga.

A continuación, el presidente del consejo preguntó a todos y cada uno de los acusados si tenían algo que alegar. Y sí, tenían mucho que alegar, pero estando en el tablero su vida, lo raro es que alegaran lo que algunos, como Casín, alegaron. Éste dijo que él nunca le ordenó a Magdaleno organizar una cédula del PCE, sin darse cuenta de que eso, a esas alturas, ya daba lo mismo. Y Luis del Álamo «manifestó que si participó en el asesinato de los dos Patriotas había sido sin su conocimiento». ¿Diría en verdad «Patriotas»? Y Tomás Jiménez Pérez que dijo que él fue a la subdelegación porque había sido amenazado por Carmona.

Los demás renunciaron a decir nada.

En la sentencia, redactada el mismo día 23, volvían a relatarse los hechos, en el mismo orden, con los mismos defectos, con iguales fantasías, intercalando, de paso, para impresionar a quien leyere, algunas de las frases de los periódicos clandestinos que encontraron en el subterráneo casiniano, tales como «que todo español debe y puede trabajar menos y peor, sabotear más y mejor» o que «sin estar encuadrado en ninguna unidad guerrillera, cualquier patriota valiente que posea una navaja o pistola, puede y debe ajusticiar por su cuenta a un asesino falangista».

Y fue así como se llegó al «Fallamos: que debemos condenar y condenamos a los procesados José Vitini Flórez, Félix Plaza Posadas, José Carmona Valdeolivas, Domingo Martínez Malmierca, Tomás Jiménez Pérez y Luis del Álamo García a la pena de Muerte, como autores de dos delitos de asesinato, equiparados al de Rebelión Militar en cuanto a su penalidad, con las accesorias legales correspondientes en caso de indulto; al procesado Juan Casín Alonso a la pena de Muerte y accesorias legales correspondientes en caso de indulto como autor de un delito de propagación de noticias falsas y tendenciosas y conspiración para causar trastornos de orden público interior, equiparado al de Rebelión Militar, al igual que los anteriores; al procesado Dionisio Magdaleno Serrano a la pena de doce años de Prisión Mayor, con las accesorias de suspensión de todo cargo público, profesión, oficio y derecho de sufragio por el tiempo que dure la condena, como autor de un delito de participación en reuniones, con el fin de causar trastornos de orden público interior; los procesados Fernando Rodríguez Martín y Mariano Ruiz Antón, como autores de un delito de Auxilio a la pasada Rebelión Militar, a la pena de doce años y un día de Reclusión Menor, con la accesoria de inhabilitación absoluta. A todos ellos les servirá de abono en su caso la totalidad de la prisión preventiva sufrida por razón de esta Causa, debiendo satisfacer los seis primeros solidariamente la cantidad de veinte mil pesetas en concepto de responsabilidades civiles a cada una de las familias o causahabientes de los falangistas asesinados. Para los siete condenados a muerte y

caso de indulto se hace en este lugar expresa declaración de su peligrosidad social a los efectos de privación del beneficio de Redención de penas por el trabajo que a título general se otorga en el art. 100 del Código Penal Común. Asimismo, debemos Absolver y Absolvemos a la procesada Rufina Murillas del Pueyo de los cargos que se la imputan».

Se le presentó la sentencia al tribunal, y quienes lo componían dejaron en ella su firma antes de marcharse a su casa después de una jornada que para ellos duraba ya demasiado, e igualmente se les presentó para que la firmaran a los once encausados, para quienes acababa el día más breve de sus días, porque todos ellos hubieran querido poder volver hacia atrás y vivirlo de otro modo. Lo mismo haría al día siguiente el capitán general, dándole a la sentencia su visto bueno sobre la marcha.

A los reos se los llevaron a Carabanchel y a Rufina a la cárcel de mujeres de Ventas. Antes de separarlos, los guardias dejaron cinco minutos a Casín y a su mujer para que se despidiesen. Se fueron a un rincón, y estuvieron sin decirse nada unos minutos. La mujer lloraba, y Casín miraba el suelo. Éste, serio y disgustado, dijo una de esas frases de repertorio que se dicen en los momentos dramáticos: "Todo se arreglará".

La sentencia cayó como un mazazo. Sólo para Dionisio, Fernando y Mariano había sido benigna, sobre todo para el primero, a quien el fiscal hubiera querido fusilar, y descontando el caso de Rufina, absuelta. Dionisio se había escapado por los pelos de la muerte, y Fernando y Mariano pensaban ya en las reducciones y medidas de gracia que podían acortar el tiempo de condena. Tomás estaba desolado y buscó instintivamente mantenerse lo más alejado que pudo de Carmona. Éste no le perdonaba que hubiera dicho que le había amenazado. Luis y Domingo, una vez más, se quedaron juntos, como la noche de los Cuatro Caminos. Llevaban sin comer todo el día. Tampoco tenían hambre, pero sentían un doloroso vacío en el estómago y notaron en la boca un sabor desagradable a ceniza.

Durante el trayecto a Carabanchel el primero en pronunciar una palabra de ánimo fue Vitini. Les dijo: «No es para tanto. Hay que estar unidos. Esto ya no tiene remedio».

Les tendía la mano. Quizá comprendía que a partir de ese momento iba a resultarles más fácil a todos recorrer los últimos tramos de la vida juntos y no desunidos, como les había ocurrido hasta entonces.

¿Le escucharon? En otros casos sabían que la posibilidad de un indulto podía ser más o menos real. En el suyo no había nada que hacer.

Cuando llegaron a la cárcel era demasiado tarde para que les dieran algo de comer, por haberse pasado la hora del rancho, y allí mismo se separaron los que iban a la galería de los condenados a muerte y los otros tres. Se desearon suerte. Cada minuto era una nueva secuencia de dolor, tristeza sobre tristeza.

Les metieron en la misma celda juntos, en la que había, también detenido, por un delito común, un falangista. Tuvieron que transigir incluso con el más pequeño escarnio. Allí iban a estar aquellos siete hombres que minutos antes se habían traicionado y que días antes, en la DGS, se habían delatado. Doce metros cuadrados para demasiados universos personales.

A partir de ahí, casi todo lo que sucedió entre ellos es conjeturable.

Al día siguiente, 24 de abril, el *Abc* dio cumplida cuenta del juicio, y el 25, todos los demás periódicos, de manera muy destacada, en portada. La crónica del consejo de guerra es la misma en todos ellos, con las mismas palabras, lo que prueba que se limitaron a reproducir la nota que les llegó redactada desde la DGS, en la que se dice que «es des destacar el desvelo de la policía gubernativa por lograr la localización de los autores del repugnante crimen al realizar un servicio coronado por el éxito, por el que ha demostrado, una vez más, ser digna de la misión de honor que tiene confiada en defensa del orden y garantía sólida de la seguridad interior del Estado, persistiendo en una tenaz e infatigable actuación, que diariamente, en labor callada y sin espectacularidad, viene desarrollando, y cuyos efectos se advierten en la tranquilidad y paz pública que disfrutamos».

Merche hizo entonces una breve aparición en escena. Fue en ese *Abc* y en otros periódicos donde su nombre apareció por primera vez. Las amigas en cuya casa estaba recogida esos días oyeron en la radio que la policía buscaba «a una tal Merche». Como tú, comentaron en broma, desconocedoras

de la verdad. Merche siguió la broma como pudo, pero al día siguiente recogió la poca ropa que tenía, y buscó desesperada un lugar seguro donde esconderse.

Como todas las cosas conviene leerlas en su contexto, tampoco estaría de más reproducir los titulares de las noticias que compartían las primeras páginas de los periódicos. En *Abc* había un artículo cuyo título es bien explícito: «España no atacó por la espalda a Francia»; como sí había hecho, en cambio, Italia. Y se recuerda oportunamente por si a alguien en el Cuartel General de los aliados se le estaba pasando por la cabeza un pequeño desembarco en las costas españolas. Por su parte ni *El Alcázar* ni *Informaciones* parecen querer desengañarse, y en todos y cada uno de los números en los que aparecieron noticias sobre el asalto a la subdelegación se leyeron grandes titulares a cinco y seis columnas como éstos de obstinada y grotesca contumacia: «Cinco ejércitos rusos atacan en Prusia Oriental con mínimos resultados», «Prosigue la heroica defensa de Berlín», «Impetuoso ataque alemán al sur de Scharzwasser», «Los alemanes reconquistan terreno en Rummesburgo y Koenigsberg».

Corría el mes de abril y se diría que los alemanes iban ganando la guerra, y hasta Hitler había metido ya en la pistola la bala con la que se quitaría la vida. Sólo en Madrid no querían enterarse.

Pero ninguno de los diez hombres que entraron en la prisión de Carabanchel ese 23 de abril pensó en la alta política.

Apenas durmieron esa noche, por dos razones. Una, porque la esperanza de todos estaba puesta ya en el indulto. Lo sabían imposible, pero cosas más extrañas se habían visto. También sabían de sentencias de muerte que tardaban en ejecutarse meses, incluso años. Vitini confiaba en que el partido intentara algo en Francia. Al fin y al cabo, él era un alto oficial de las FFI. Lo importante era contar el tiempo por horas, y no pensar en el mañana. Las familias de todos ellos, enloquecidas, se aprestaban para empezar al día siguiente las gestiones oportunas. En unas horas recibieron cursillos acelerados de cómo conducirse por el proceloso mar de la justicia española de esos años.

Pero ninguno de ellos durmió por otra razón aún más triste. Esa noche sacaron a unos cuantos a fusilar. No les conocían, pero eran ellos mismos, gentes a las que conducían a un paredón los mismos jueces prevaricadores y venales, los mismos militares y falangistas asesinos que les acusaban de asesinato. Quizá los llevaran al cementerio del Este. Todo el mundo sabía que sólo en las tapias de ese cementerio, en los cuatro primeros años de paz, se había fusilado a casi tres mil personas. Había quien llevaba la cuenta, desde lejos, contando los tiros de gracia, después de que cesaran el tableteo de las ametralladoras o las descargas de fusilería.

Por la mañana muy temprano coincidieron en la puerta de la cárcel de Carabanchel parte de los familiares de los siete condenados a muerte. No todos, porque algunos aún estaban haciendo el peregrinaje de cárcel en cárcel, preguntando dónde les habían llevado, ya que nadie les había informado ni tenían interés en hacerlo. A veces se tropezaban en su humillante égira con un oficial de prisiones o un guardia compasivo que les indicaba el buen camino ahorrándoles un tan errático vía crucis.

Quienes buscaban a los presos solían ser en su mayoría mujeres, ancianos o niños. Los hombres estaban en las cárceles, presos o huidos. Los jóvenes y adultos que hubieran podido hacerlo tenían miedo de que al acercarse por allí pudieran ser igualmente detenidos, retenidos, encarcelados y nuevamente juzgados. De modo que eran las mujeres quienes empezaron a llevarles comida.

La cuñada de Casín, mujer de Hilario, con su propio marido huido, llevó a Juan Casín unos modestos víveres, después de haberle dejado otro paquete a Rufina en la cárcel de Ventas. En un mes no había tenido otro contacto con Casín que la muda ensangrentada y con trozos de piel y carne pegada a la tela.

Como los condenados a muerte no disfrutaban del privilegio de las visitas, poco podían hacer. Dejaron sus paquetes y se volvieron. alguna de ellas quiso saber cómo se encontraban sus familiares. El oficial dijo que bien, pero ni siquiera sabía por quiénes preguntaban. El compañero le informó que eran los que habían matado a Mora y Lara. En Madrid todo el mundo sabía quiénes eran Mora y Lara. Se habían convertido en la pareja más famosa.

Despidieron a los familiares y llevaron los paquetes a la habitación en la que los abrían y registraban. Todas llevaban lo mismo: unos garbanzos contados, una tortilla, unas sardinas. Los

guardias las desmigaban con los dedos buscando sin duda la famosa lima en las entrañas del pez o entre las patatas de la tortilla. La cuñada de Casín, la cuñada de Carmona, la hermana de Plaza, la mujer de Magdaleno, todas aquellas mujeres vestidas de negro habían envuelto aquellos tristes despojos de comida en los papeles de periódico donde venía escrita su propia pena de muerte. Como fantasía alguien incorporó a las lujosas viandas, como algo exótico, media libra de chocolate, y otro, una lata de leche condensada, que el oficial de prisiones apartó para sí, antes de limpiarse las manos en la hoja del periódico en el que quedaba constancia de aquel consejo de guerra y de la heroica resistencia de los alemanes en Berlín.

El consejo de guerra y la sentencia se había producido un lunes, y el viernes mismo el capitán general de la Primera Región Militar envió un telegrama postal al coronel Eymar, con el que se daba por enterado de las sentencias, y le pedía que procediese «a la mayor urgencia», rogándole que se le comunicara día y hora en que quedara cumplida.

En los tres días que llevaban presos en Carabanchel los condenados habían tenido tiempo de enterarse de que de no haberlos fusilado en aquellos tres días, podían respirar tranquilos, porque nunca fusilaban ni sábados ni domingos. De modo que cuando vieron que el jueves no les habían sacado y que el viernes seguían vivos, respiraron con cierta tranquilidad.

Tampoco, como condenados a muerte, se les daba el mismo trato que al resto. Ni conocían el rastrillo de las comunicaciones, como los demás reclusos, ni les bajaban al patio cuando éstos permanecían allá. En cuanto al rancho, se lo llevaban los gaveteros a la celda, y lo comían allí dentro, sentados como podían, en el suelo, encima de sus maltratadas maletillas de madera. Un único rancho al día, que consistía en llenarles la escudilla con un caldo negro e insustancial don de flotaban como un pobre archipiélago dejado de la mano de Dios entre tres y cinco alubias, entre tres y cinco lentejas, entre tres y cinco muelas, o un puñado de almortas. Sin pan, que repartieron cada dos días, en una ración que no superaba los cincuenta gramos. De modo que la alimentación de los reclusos o estaba a cargo de sus familias o corrían éstos el peligro de morir de hambre o de agravar aún más las enfermedades que la mayor parte de ellos padecía.

Tres días eran aún pocos para que las viejas heridas cicatrizaran, por eso había un pacto tácito entre ellos para no volver a hablar de «aquello», y si surgía la conversación se aludía a ello como «lo que pasó cuando pasó», y todos sabían de qué se hablaba. Pero lo cierto es que a nadie le apetecía mencionar «lo que pasó cuando pasó».

Los siete hombres iban a tener un final común, pero Casín, de los siete, y hasta que se celebró el juicio, sólo conocía a Félix y a Domingo. Podrían ser hijos suyos. De hecho tenía un hijo, algo menor, en el Ejército español. Serían muy capaces de traerlo de su acuartelamiento y ponerle en el pelotón de fusilamiento que acabara con su vida. La posibilidad, nada fantástica, le heló la sangre y le dejó mudo de espanto. La imaginación, en efecto, engendra monstruos. Se habían visto cosas peores, y él, como guardia, lo sabía.

Pensó en Vallengano, su conde. No sabemos qué deuda había contraído este conde con Casín, para avalarlo en 1940. ¿Le había protegido durante la guerra? ¿Le había pasado de zona? ¿Había favorecido a algún pariente suyo? Era lo habitual. Favores contra favores. Todos los hicieron, en una y otra zona. Unas veces podían o querían devolverlos, y otras no. Y Casín pasó de pensar que quizá Vallengano pudiese emprender algo, a creer que Vallengano no tenía más remedio que hacerlo.

También la novia de Tomás empezó sus gestiones. Lo hizo a través de la parroquia. El anónimo tenía razón, era una chica religiosa. Después de haber sido testigo de las atrocidades de la guerra, pensaba que Dios, en medio de todo, no era una solución pero sí una esperanza. Con el cura de su parroquia, la poca esperanza se le quitó por completo. Era de los que pensaba que aún habría que fusilar más de lo que se fusilaba: había que dejar bien limpio el gangrenado Cuerpo Místico de la Iglesia, con tantas pústulas comunistas, así que no movió ni un solo dedo para que conmutaran la pena a aquel chico que no había matado a nadie y que seguramente se vio arrastrado al asalto por la fatalidad. Le hubiera bastado firmar un papel que tampoco habría servido de nada, pero no lo hizo.

Carmona sólo contaba con su madre y su cuñada, pues su novia seguía todavía en la DGS, en los interrogatorios y careos. ¿Y qué podrían hacer unas pobres mujeres? Magdaleno, Fernando y Mariano estaban contentos. En otro momento los tres hubieran sido condenados a muerte. De eso

no tenían la menor duda. No lo fueron porque el suyo había sido un proceso con una notoriedad social que les benefició, del mismo modo que perjudicó a los demás. El Régimen necesitaba una sentencia variada, que diera la impresión de que la justicia que se administraba en España no era indiscriminada: unas penas de muerte, una pena de treinta años, otras de doce e, incluso, una absolucón, a sabiendas de que para ellos los once eran culpables y merecedores del tiro de gracia.

Magdaleno lo sintió de veras por Casín. Le parecía una buena persona. Se arrepintió de haberle acusado en la declaración a la policía y en el juicio, y agravar más su situación. Pero era la verdad y, además, ¿qué podía hacer? Ése era el verdadero triunfo del sistema: dos hombres se asociaban para luchar contra un régimen fascista y éste, sin dejar de serlo, o peor, siéndolo más aún con ellos, conseguía que se olvidaran de su principal enemigo, el propio fascismo, y se destruyeran entre sí.

Magdaleno no iba a odiar a Casín, por el que en cierto modo le había caído una condena de treinta años. Peor lo tenía su amigo, que tenía la «pepa», como se le llamaba también a la pena de muerte.

En cuanto a Fernando, disculpó a su amigo Magdaleno, con una frase sacada del repertorio senequista de esta tierra: «¡Qué se le va a hacer! Son cosas de la vida».

No sabemos nada de Mariano Antón Ruiz. Quizá viva todavía en alguna parte y seguramente piense que todo en su vida fue providencial, el perfumero, Casín, Magdaleno, todo dispuesto de tal modo para no llegar al maquis de la sierra, donde lo más probable es que lo mataran o acabaran cogiéndole, condenándole entonces a una pena de muerte de las que no admitían conmutación.

A los tres les aconsejaron también que se suscribieran al periódico *Redención*, órgano de algo que se llamaba «Redención de penas por el trabajo», y que sólo pudo salir de la mente de un jesuita como el padre Pérez del Pulgar, de quien hay testimonios suficientes como para conjeturar con fundamento que su alma arderá por toda la eternidad en las llamas del infierno, cosa muy triste, cuando se es jesuita. El periódico no era gratuito, sino que costaba dos pesetas. Se puede hacer un cálculo interesante. Un periódico hoy cuesta ciento cincuenta, y entonces, en 1945, veinticinco céntimos. Luego quiere esto decir que *Redención* costaba ocho veces más que un periódico. Si se multiplican dos pesetas por treinta mil reclusos, por ejemplo, etcétera. Desde luego era un negocio pingüe del que se beneficiaron los editores del, cómo no, católico *Ya* y la revista *Dígame*. Pero lo cierto es que quienes se suscribían a *Redención* podían beneficiarse de algunas medidas como la de poder tener dos comunicaciones más con sus familiares, siempre y cuando los penados no esperasen la aplicación de una condena a muerte, pues en ese caso la incomunicación era completa.

El viernes 27 de abril se acordó que les fuese comunicada la fecha a los condenados, así como a su defensor, y pedir a la DGS un pelotón de fusilamiento, el médico que asistiría a la ejecución y un camión ambulancia, para llevarse los cuerpos.

De modo que cuando en la mañana del viernes llegaron los guardias a su celda y les sacaron, pensaron que se trataba de un traslado o algo parecido, pues era viernes y los sábados les constaba que no se fusilaba, pero nunca que les llevarían en presencia del juez y caballero mutilado Eymar, que procedió a la lectura íntegra de la sentencia, del dictamen del auditor y de la aprobación del capitán general, para que fuesen fusilados al amanecer del día siguiente.

Firmó en primer lugar Vitini. Rubricó su nombre como lo había hecho en las declaraciones de la policía, firma de pintor rotulista, con el sentido de la elegancia que le llevaba a elegir trajes grises con rayas coloradas. Pero se ve sobre todo que esa firma es más grande que todas las que había hecho hasta entonces, sin importarle invadir el espacio en el que la máquina de escribir le notifica las mismas cosas al reo que le seguía en el orden, Plaza. La firma de éste, en cambio, es torpe, casi escolar, acaso porque no acaba de creerse que esté firmando su propia sentencia de muerte. Luego, Carmona. La de Carmona es una firma clara, acaso más clara y grande que nunca, como si quisiera mantener hasta el último momento la limpieza de sus actos. Tomás, en cambio, se negó a hacerlo. No sabía muy bien qué podía significar una negativa como la suya, que a nadie iba a importar ni iba a modificar ni un milímetro la trayectoria de los acontecimientos. Así que el juez ordenó a los funcionarios de prisiones que estaban presentes lo hicieran en lugar del reo, y las firmas que dejaron son tan confusas, débiles y temblonas que se diría que los condenados a muerte eran ellos, y volvió a ser confusa, débil y temblona, cuando firmaron por Domingo, que también se negó a hacerlo,

abrumado por el peso de su infortunio. No así Luis del Álamo, quien hizo mucho más pendolismo que de costumbre. El último en firmar fue Juan Casín. Lo hizo como siempre, de una manera rotunda, grande, elegante lazo, tanto o más vistoso que el de un juez a quienes sus rúbricas le salían siempre corredizas.



Algunos de los recortes de prensa y pasquines anunciando los mítines que se celebraron en Francia en memoria de José Vitini.

Y así fue como quedaron los reos en capilla esa misma tarde y la parte de la noche que les quedaba de vida, no sin antes ofrecerles «los auxilios que necesitaren», para lo cual pusieron a su disposición al capellán del Cuerpo de Prisiones y a dos frailes de la orden de la Merced, de recuerdo tan cervantino.

Ninguno de los guerrilleros podía sospechar, sin embargo, las gestiones que se estaban haciendo desde fuera para que Franco les conmutara la pena. La prensa francesa publicó la noticia de que Franco pretendía fusilar a «Vitini y seis patriotas más». Se recordó su pasado reciente como liberador de Francia y se movilizó a toda clase de personas. Enviaron telegramas el general De Gaulle, el cardenal

Gerlier y monseñor Salièges, y un gran número de intelectuales, encabezados por Jean Cassou, pusieron su firma en manifiestos exigiendo la inmediata suspensión de la condena. Fue inútil.

Alguien, que pasó esa noche en Carabanchel cerca de los condenados, contó para un periódico que se publicaba por entonces en Francia cómo transcurrieron sus últimas horas.

Lo contó de una manera un tanto épica, y no sabe uno lo que haya de crónica en su relato o de propaganda.

Los frailes y el capellán intentaron que se confesaran y comulgaran, convenciéndose pronto «unos y otros de lo vano de sus propósitos.

»Sin la menor debilidad pasaron la noche fumando y cantando canciones de las distintas regiones de España, después de haber cenado con mucho apetito.

»Para el resto de los presos de la cárcel de Carabanchel fue aquella una noche de angustia. Todos conocían la condena y esperaban su ejecución con tristeza. Los de la primera galería pasaron la noche en vela. Esta sección se encuentra a la entrada de la cárcel. Separada del exterior por una gruesa verja de hierro practicable y por una puerta vidriera puede apercibirse desde ella, a unos ocho metros, al centinela de guardia en la puerta de la prisión. Todo el suelo de la galería está ocupado durante la noche por los jergones y los cuerpos de los detenidos que duermen en el suelo mismo. Los ojos de todos los ocupantes de la primera galería no se apartaron de la puerta vidriera en toda la noche.

»Al alba estos hombres oyeron la llegada de los coches y camiones. Después apareció la masa del "kanguro"; el tétrico coche celular destinado al transporte de los condenados a muerte, que penetra en la prisión. Ven entrar a los jueces y policías de paisano. Luego guardias civiles y agentes de la Policía Armada. Pasa una media hora larga, en la que los corazones baten precipitadamente. De nuevo aparecen los guardias civiles y la Policía Armada con los fusiles en la mano. Hay por lo menos una compañía de hombres uniformados y además la policía secreta. De pronto aumentan las voces. Los presos de la primera galería se arrastran hasta la puerta vidriera. En el zaguán, ante el coche, se hallan seis esposados, y el séptimo solo, pero también esposado: los siete patriotas que hoy van a dar la vida por España. Encuadrándoles, pistola en mano y matraca al cinto, hay unos

veinte guardias. Dominando todo el grupo de agentes y condenados destaca la alta figura serena y sonriente de José Vitini. Cuando el grupo se aproxima a la reja de la primera galería, Vitini dice en voz alta: "No perdáis confianza. El fascismo está vencido". Y enseguida grita: "¡Viva la República!". Los presos y sus compañeros de martirio responden con un "¡viva!" estentóreo. Los guardias se lanzan a la primera galería. Los policías se precipitan sobre el grupo de detenidos y les hacen entrar en el coche celular. En unos segundos están los motores en marcha y parten los vehículos.

»Se abre la puerta de la primera galería, pero los presos ya están silenciosos. Unos a otros se miran y todos piensan en lo que va a suceder dentro de pocos instantes, a ochocientos metros de la prisión, en el cementerio donde se hacían las ejecuciones.

»Al apuntar el sol oyeron la ráfaga que acababa de segar la vida de siete heroicos patriotas. Con la voz de "¡fuego!" se confundieron los gritos de odio contra el fascismo y de esperanza en una España libre lanzados por los caídos.

»Toda la prisión pasó el día fuertemente impresionada. Incluso los cien reclusos falangistas, de derecho común, estuvieron silenciosos y pensativos. Los centinelas y guardias bajaban la vista ante los presos. Todos sentían el poco tiempo de vida que al fascismo le queda en España».

La ejecución no fue en el cementerio y sí en el cuartel de Campamento, de modo que cuando «oyeron la ráfaga», debió de ser con la imaginación, porque el cuartel distaba dos o tres kilómetros de la prisión. Da igual. La literatura puede y debe tomarse esas licencias. Lo demás, que fumaron, cenaron opíparamente y que gastaron la última noche en cantar canciones regionales, como el *Asturias, patria querida* de la tierra de Vitini, démoslo igualmente por genuino y veraz.

Pero también queremos pensar que fue aquélla la noche más triste en la vida de unos hombres que la daban por la libertad y por una idea y por una España que no iban a conocer, como tampoco la conocerían ninguno de los cerca de seis mil guerrilleros muertos de 1939 hasta bien entrados los cincuenta, el tiempo que las guerrillas duraron en España. Y queremos pensar que cada uno de aquellos siete hombres tuvo momentos para recordar a las personas a las que amaba, y que, además de cantar, sintieron en el fondo del corazón el desconsuelo de quien no va a ver alto nunca más al sol. Y sabemos, porque se lo contaron a Hilario Casín cuando llegó a esa cárcel meses después, y a esa misma celda donde su hermano pasó las últimas horas de vida y donde pudo leer el nombre de Juan Casín escrito por éste en el yeso de la pared, sabemos, digo, que fueron necesarios tres hombres para reducirlo y arrancarle de la celda para llevárselo a fusilar, defendiendo con uñas y dientes lo que le quedaba de vida; y que a Domingo hubo que sostenerle, porque daba síntomas de desfallecimiento; y que Tomás, con una palidez mortal, miraba hacia todas partes convencido de que lo que le estaba sucediendo le sucedía a otros o le sucedía a él, en sueños...

Cuando al día siguiente, a las diez o las once de la mañana, llegaron las cuñadas de Carmona a la cárcel, uno de los reclusos, a quien tenían trabajando en la recepción, quiso saber por quién preguntaban. Le dijeron que por José Carmona. El soldado desapareció en la habitación de la entrada y volvió al rato con un oficial que les preguntó qué relación tenían con Carmona. Le respondieron que cuñadas, y él les informó, sin bajar la vista ni cinco grados, que ya los habían fusilado.

A los pocos minutos llegaron los familiares de Casín, de Domingo, de Luis, de Tomás... Todos querían saber lo ocurrido. Corrieron hacia el cementerio de Carabanchel. El sepulturero, que les vio llegar por el caminejo, salió a su encuentro y les preguntó igualmente qué querían. Le dijeron quiénes eran. Sólo deseaban ver por última vez a sus muertos y estar presentes cuando les enterraran, pero el hombre se negó a dejarles pasar si no traían un mandato de la superioridad. Discutieron. Hubieran podido atropellarle y pasar por encima, ¿pero quién se atrevía? Tomaron un tranvía y se presentaron en la Capitanía General, pero allí aseguraban que no se había fusilado a nadie esa mañana porque era sábado y los sábados no se fusilaba. Y de allí les mandaron al Tribunal de Delitos de Comunismo y Masonería, en busca de los pases. Pero no los consiguieron hasta el lunes, cuando llevaban enterrados dos días, en la Zona M, Fila 1ª, N.º 8, una manera técnica de decir que los habían arrojado en una fosa común. Cuando años después exhumaran los restos para

darles una sepultura digna, los familiares tendrían que reconocerles por las ropas o deducciones vagamente aproximativas.

La historia había llegado a su fin.

El mismo día 28 de abril, el Tácito de la Brigada de la Policía Político-Social metió unos folios en la máquina de escribir y empezó a redactar la información que le habían pedido de la Casa Militar de Franco, del Gobierno Civil de Madrid, del Gobierno Civil de Barcelona...

Unas antes que otras, las huellas de aquellos sucesos habían empezado a borrarse, y el azar, al mismo tiempo, comenzaba la secreta conspiración que iba a hacerlas aparecer cincuenta años más tarde.

El 9 de mayo le entregaron a un cuñado de Vitini las pertenencias de éste: un reloj cronómetro-cronógrafo de la marca Conty con esfera luminosa, para recordarnos hoy que el tiempo es luz, y una pluma estilográfica marca Pelikán de catorce kilates, con la que quiero pensar que se escribió esta historia.

Madrid, 1 de marzo de 2001

LOS PERSONAJES DEL DRAMA

Sorprende en la mayor parte de los protagonistas de esta historia su juventud: pocos de ellos habían superado los cuarenta años y la mayoría ni siquiera había cumplido los treinta. Pero admira mucho más cómo trataron de sobreponerse a unas circunstancias tan adversas. De la mayoría conocemos unos pocos hechos externos, relacionados con la política o la lucha revolucionaria, pero lo ignoramos casi todo de su personalidad, sus sentimientos, sus sueños más íntimos, sus contradicciones y sus temores. En una novela tales cosas hubieran podido aventurarse, pero no en un libro de esta naturaleza, en el que hasta los detalles más nimios (el color de los ojos, una frase, la forma de un traje o ciertos rasgos superficiales) se han obtenido, en general, de cientos de testimonios, de viva voz o por escrito, de las prolijas declaraciones ante la policía, del sumario, de la "Información Especial", de los dolorosos careos, de cartas o de periódicos y de la prensa clandestina del momento, y de muchas otras pruebas contrastadas. Los pocos datos que no proceden de tales fuentes han sido deducidos de los primeros con el principio, únicamente dictado por el buen sentido, de que lo verosímil es legítimo cuando no puede hacer acto de presencia lo verdadero.

José Vitini Flórez (1912-1945). Pintor de brocha gorda y, desde poco antes de la guerra, guardia de Asalto. Jefe de la Agrupación Guerrillera de Madrid. Casado, con una hija, que vive aún en Francia. Un hombre de acción, lo que nos evita pensar demasiado en el partido estalinista en el que estuvo encuadrado. Teniente coronel de las FFI. En realidad son pocas las cosas que sabemos de él: que era joven, que era valiente y que era generoso. En Toulouse, a él y a su hermano Luis, fusilado también en 1945 por el Gobierno de Franco, les dedicaron una calle. De haber sucedido en España las cosas como sucedieron en Francia, donde combatió a los nazis y contribuyó a su liberación en 1944, hoy la calle con su nombre estaría en Madrid. De nadie como de él podría decirse la frase que Unamuno pensó para Don Quijote: «Cosa triste la soledad del héroe». Condenado a muerte, y ejecutado.

Juan Casín Alonso (1897-1945). Guardia municipal. Casado con cuatro hijos. Secretario de Organización del Comité Provincial y enlace con la Secretaría Político-Militar de la delegación del Comité Central del PCE. El hombre que llevó a su casa una minerva, y que siguió luchando cuando la mayor parte se había rendido. Ni le fatigó su trabajo por la Revolución ni le doblegaron las torturas. De él, como de pocos, pudiera asegurarse que estaba hecho de una pieza. Condenado a muerte, y ejecutado.

Félix Plaza Posadas, el Francés (1920-1945). Jornalero, soltero. Jefe del grupo número 1 de los Guerrilleros de Ciudad de Madrid. Un hombre disciplinado. Luchó en dos guerras. Una la perdió y otra la ganó. No le dieron tiempo a librar la suya propia. Condenado a muerte, y ejecutado.

Domingo Martínez Malmierca (1918-1945). Dependiente, soltero.

Guerrillero. Uno de esos seres a los que las circunstancias arrastran a una vida que no es la suya, pero a quienes la naturaleza no dotó ni con la inteligencia ni con la voluntad para imponerse a las circunstancias. Condenado a muerte, y ejecutado.

José Carmona Valdeolivas, el Fantasma (1916-1945). Viudo, ebanista. Jefe del grupo número 3 de los Guerrilleros de Ciudad de Madrid. Se hubiera merecido ser algo mejor. Condenado a muerte, y ejecutado.

Luis del Álamo García (1917-1945). Soltero, mecánico carpintero. Guerrillero. A pesar de haber dado su vida por una causa, pasó por ella como la sombra de una frágil nube. Su juventud disculpa su faltade firmeza. Condenado a muerte, y ejecutado.

Tomás Jiménez Pérez (1918-1945). Soltero y empleado. Guerrillero. Jamás pensó que una causa pidiera tanto de él. De haberlo sabido antes, su vida habría acabado de otro modo. Condenado a muerte, y ejecutado.

Dionisio Magdaleno Serrano (1903-¿?). Casado, tintorero. Simpatizante del PCE. La mala suerte y su buen corazón se combinaron para traerle una petición de pena de muerte que quedó en una condena de doce años de prisión, de los que cumplió dos tercios.

Fernando Rodríguez Martín (1905-¿?). Viudo, chófer. Las pocas semanas que llevaba como simpatizante de la Unión Nacional le llevaron a una petición de treinta años de cárcel y a una condena de doce, de los que hubo de cumplir la mitad por dejar dormir en su casa a un chico cuyo único delito había sido el querer esconderse, sin haber hecho nada.

Mariano Ruiz Antón (1913-¿?). Soltero, mecánico. Aspirante a guerrillero. Tenía la ilusión de marcharse con los Guerrilleros del Monte, pero la policía se interpuso en su camino, con lo que acaso salvara la vida. Como al anterior, le pidieron, por tener pensamientos impropios, treinta años de cárcel, y le condenaron a doce, de los que cumplió la mitad.

Rufina Murillas (1897-¿?) Mujer de Juan Casín. Una vida bien triste, como la de muchas mujeres de su tiempo. Entre dos fuegos y víctima de los dos. El día en que fusilaban a su marido, la pusieron en libertad. En 1950 seguía en su casa de la calle Cervantes, en Carabanchel Bajo. Viven todavía algunos de sus hijos. Una, en Francia, otros en Madrid. No sé dónde, y quienes podían haberlo sabido no me lo quisieron decir.

Petra López García (1905-¿?). Casada, sus labores. Amiga de los Casín. Interpretó en esta tragedia ese pequeño papel que se reserva en las grandes obras clásicas a personas subalternas que aparecen en la primera escena del primer acto, y luego se los traga el forllo. La condenaron a seis años de cárcel, de los que cumplió la mitad.

Dalmacio Esteban González, Vicente (1911-1945). Viudo, jornalero. Jefe del grupo número 2 de los Guerrilleros de Ciudad de Madrid. Era un hombre divertido, simpático, mujeriego y un poco trapisondista. Se especializó en poner petardos, atracar negocios y repartirse el botín con el método lazarotormesco. Hubiera podido engrosar el sumario de Vitini, porque le detuvieron al día siguiente que a éste, pero le pasaron a otro sumario. No le sirvió de mucho. Pese a haberle asegurado al juez que se había hecho guerrillero por cobrar un sueldo, fue condenado a muerte, y ejecutado.

Pantaleón Fernando Fernández, Nando (1912-1945). Soltero, chófer. Guerrillero. Fue el compañero de fatigas del anterior, y como él sostuvo que se había enrolado en el maquis por la soldada. Acaso fuese el *León* que aparece integrando, con un tal Justo Vázquez, el primer grupo guerrillero de la ciudad. Fue condenado a muerte, y ejecutado.

El Paleto. En 1945 debía de andar por los treinta años. Carbonero. Guerrillero. Se ha dicho en el libro: no debía de ser tan paleto, cuando es de los pocos que logró sortear la acción de la policía en la primavera de 1945. Si le detuvieron más tarde, es cosa que no sabemos.

Mercedes Gómez Otero, Merche (1915). En 1945 soltera, asistenta. Responsable del Servicio de Información. Enlazaba al responsable de la Secretaría Político-Militar de la delegación del Comité Central y al jefe de los guerrilleros de Madrid con los jefes de los diferentes grupos guerrilleros, así como a los que dependían de ella directamente en el trabajo de información. Dicho de otra manera: está en el centro de todas las historias de esta historia. Su testimonio fue fundamental para el esclarecimiento de muchos de los puntos oscuros que había en ella. Tras las sucesivas caídas, intentó ponerse a salvo. Salió de Madrid, ayudada por doscientas pesetas de su amiga Paz Azzati, hermana de aquella Marga Azzati que Víctor ordenó que vigilase. Paz la envió a un cortijo de Constantina, en Sevilla, con la coartada de reponer su minada salud, y llegó allí con la identidad falsa de una documentación verdadera, sustraída a un familiar. Un mes más tarde, en mayo, las declaraciones a la policía de una vieja amiga, que creyó haber sido detenida por conocer el paradero de Merche, puso a la Guardia Civil sobre la pista que llevaría hasta ella. Fue condenada a muerte y conmutada su pena por la de treinta años de cárcel, de los que cumplió diecinueve. La discreción de su proceso la favoreció, como le hubiera perjudicado la publicidad que tuvo el otro: de haber sido detenida un mes antes, esa pena no hubiera sido conmutada. Poco antes de abandonar la cárcel, en 1964, abandonó radical y definitivamente el PCE y poco después se casó con Tomás

Veneroso, ex militante también, compañero de cárcel y amigo de Hilario Pérez Roca, principal personaje de estas páginas. Vive en Madrid y la agudeza de su inteligencia sólo es comparable a la lucidez con la que pesa sus recuerdos y sus ideas.

Magdalena Gómez Hueros (1895-¿?). Soltera, sirvienta. Militante del PCE y parte del aparato de Información. Lo avanzado de su edad habla mucho de su valor para andar metida en la guerrilla, pero al final el miedo le hizo ver de otro modo los hechos en los que intervino, lo que no le libró de una condena de treinta años, de los que cumplió dieciséis. Murió en Madrid.

Pascual Gómez Moñibas. En 1945 tendría unos treinta años. Era primo de la anterior, que se lo presentó a Merche para que ésta lo enrolara en el Servicio de Información. Su carácter de personaje secundario se debió al miedo patológico que tenía a ser detenido, lo que le llevaba a buscar en todo momento excusas que le mantuvieran lejos del teatro de operaciones.

Concepción Feria, Concha. En 1945 tendría unos treinta años. La captó Merche para su Servicio de Propaganda, pero debido a su penosa situación económica decidió apartarse del PCE antes de que tuviera lugar el asalto a la subdelegación y pasarse a Francia. Informado de ello Vitini, le hizo saber que si se pasaba, era bajo su responsabilidad, y la amenazó de una poco velada manera: jamás olvidarían aquella defección. Ella y su marido, también comunista, consiguieron su propósito, pero el partido se vengó de manera cruel, separándoles de la militancia, haciéndoles el vacío y cerrándoles cuantas puertas le fueron posibles.

Francisco Zoróa. No sabemos muy bien qué papel era el suyo. Sin duda alguien que estaba en la pirámide por la parte más alta, relacionado con la delegación del Comité Central. A partir de abril, cuando Merche tiene que escapar, responsable del Servicio de Información, cargo que ocupó unas pocas semanas. Lo detuvieron horas antes o al mismo tiempo que a Vitini. No se le incluyó ni en ese sumario nien el de Merche. Todo rarísimo.

Jesús Monzón (1907-1973). Casado, abogado. Fundador de Unión Nacional y presidente de su Junta Suprema, así como miembro de la delegación del Comité Central del PCE, primero en Toulouse, y a partir de 1943, y hasta su detención en julio de 1945, en España. Expulsado del partido poco después por traidor, provocador y espía. Condenado a muerte, con una conmutación de pena a treinta años de cárcel, de los que cumplió veinte. A la salida de la cárcel se exilió en México, donde el Opus le contrató para que montara una escuela de Ciencias Empresariales, experiencia que repitió, en los últimos años de su vida, en Mallorca. No abdicó de sus ideales comunistas, jamás quiso hablar de su pasado ni para defenderse de los ataques gravísimos de que había sido objeto y murió sin que sus amigos del Opus lograran convencerle de que se confesara.

Agustín Zoróa (1916-1946). Político. Compartió con Monzón desde finales de 1944 la dirección de la delegación del Comité Central. El hecho de que se casara con la ex compañera de Monzón, Carmen de Pedro, no facilitó las relaciones entre ambos, sino al contrario. Acabó siendo el hombre del que Carrillo se sirvió para socavar el prestigio y la autoridad de Monzón. Lo detuvieron en el verano de 1945, uno de los más aciagos en la historia del PCE en lo que se refiere a redadas de la policía. Condenado a muerte, y ejecutado.

Celestino Uriarte, Víctor. Político. Vasco. En 1945 tenía entre treinta y cinco y cuarenta años. Secretario político-militar de la delegación del Comité Central del PCE, de quien dependía el aparato guerrillero al completo, incluidos jefes, guerrilleros y enlaces que aparecen en esta historia. Era un tipo duro y la figura más escurridiza y enigmática de este libro. De él, o del Comité Central y del presidente de la Junta Suprema de Unión Nacional, emanaron todas las órdenes de las acciones guerrilleras que se llevaron a efecto en Madrid, mientras duró la primera guerrilla madrileña del otoño de 1944 a la primavera de 1945. Logró salir de Madrid tras la caída de Vitini. Le detuvieron, al parecer, en Pamplona y fue llevado a un colegio de monjas, habilitado como comisaría, de donde logró escapar y pasarse a Francia. Aparece integrando la guardia pretoriana con la que Carrillo trató de blindar su estalinismo en el V Congreso, de 1953, y vuelve a aparecer en vísperas de otro congreso, el VIII, formando parte ya del Comité Central, en 1970, fecha en la que él, Lastre y dos más fueron expulsados por su fidelidad a las ideas estalinistas que defendieron siempre. Vivió durante el exilio en un país socialista. Después de todos los interrogatorios, la policía sólo llegó a saber su nombre de guerra, *Víctor*.

José Carretero, Chamorro. Impresor. En 1945 debía de tener cuarenta años. Secretario general del Comité Provincial del PCE. Hasta que llegó Vitini, jefe de los Guerrilleros de Ciudad en Madrid. Se fue de Madrid porque tenía a la policía pisándole los talones poco antes de que los guerrilleros empezaran sus acciones más importantes. Su estela se pierde demasiado pronto, no sin antes dejarnos estos dos vagos datos: fue detenido poco después y cumplió una condena relativamente pequeña, entre seis y diez años, aunque la policía es probable que nunca lo relacionara con su importante papel en la guerrilla de Madrid. Ninguno de los hombres a los que interrogó la policía pudo desvelar su verdadera identidad.

Hilario Pérez Roca (1913-1993). En 1945, soltero, mecánico. Guerrillero. Coordinó durante unas semanas la Agrupación Guerrillera de Madrid. Salió de la cárcel en 1964, después de haber sorteado una condena a muerte conmutada por la de treinta años de cárcel. Nadie del partido, al que había entregado veinte años de cárcel, estaba fuera para ayudarle material o moralmente, y hubo de abrirse camino solo; se casó, siguió siendo de izquierdas, y, como tantos, acabó desengañado del PCE y de sus dirigentes, y dándoles la espalda a unos y a otros.

Primitivo. En 1945, unos treinta años. Fotógrafo manco. Del Comité Regional del PCE. Si se hiciera una película con esta historia, podía empezar con un plano de él, arrastrando su cajón de retratar por las sombrías calles del Madrid de 1945. Una sugerencia suya en el pasado, barajada por el azar, desencadenó las detenciones que echaron al traste toda la Agrupación de Guerrilleros de Madrid. Y a partir de ahí, cualquier hipótesis sería verosímil, porque bien pudo ser un confidente de la policía como alguien que logró burlarla, merced a su mucha suerte.

Un dinamitero. Le vemos poco, y siempre metido en el metro, cargando sus explosivos, como uno de esos oscuros personajes de novela expresionista que no suele llegar vivo a las últimas páginas.

Manzanares. Otra sombra. En 1945, de unos veinticinco a treinta años. Seguramente secretario de Organización y Propaganda de la delegación del Comité Central del PCE.

Si le detienen, y en el mes de abril de 1945 lo vemos huyendo de la policía, figurará en algún sumario con otro nombre y en absoluto relacionado con los hechos que se narran en este libro.

Anselmo, el Americano. En 1945 no llegaba a los treinta años. Minervista. Se podría decir de él lo que de Primitivo. Él solo daría para escribir una novela, incluso si era policía o alguien a sueldo de la embajada norteamericana.

Un perfumero. En medio de esta historia, en aquella España en la que los novios se regalaban como gran qué una pastilla de jabón de olor, la aparición de un perfumero comunista es extraordinariamente artística.

Isabel Alvarado Sánchez (1912). Soltera, muchacha de servir. Alquilaba habitaciones y servía de tapadera para ciertas acciones del PCE, como esconder militantes o acarrear armas y propaganda. Representante genuina de la militante de base capaz de sacrificarlo todo por un partido a cambio de nada. En reconocimiento de su abnegación, los jueces le impusieron una condena de doce años, de los que cumplió generosamente con la mitad. Vive todavía. En Madrid.

Hilario Casín Alonso (1915-1999). Se enteró de la ejecución de su hermano por los periódicos, mientras andaba huido por los arrabales de Madrid. Después de tres meses durmiendo en unos tejares y de verse delatado por un conocido, decidió entregarse a la policía por mediación de un militar al que conocía y que salió valedor suyo, lo cual no quitó para que le retuvieran durante un mes en la DGS y le propinaran numerosas palizas, en las que intervino personalmente el capellán del centro, quien se ayudaba para ello de un crucifijo a modo de manopla o puño de hierro. Bien porque realmente desconociese las actividades de su hermano, bien porque resistiera las torturas, de la DGS le trasladaron a la cárcel de Carabanchel, sin conocer los cargos de que se le acusaba. Durante el tiempo en que permaneció en la DGS su mujer y su hija paseaban la acera para que él, desde el calabozo en el que lo tenían, por debajo del nivel de la calle, pudiera verles los tobillos, mientras cantaba por navarras, a modo de contraseña. Las leyes cervantinas que mueven la realidad quisieron que acabara en la misma celda de Carabanchel en la que su hermano Juan pasó sus últimos días. Después de un año y medio de cárcel, logró salir en libertad, pero cuando acudió a la vieja barbería donde trabajaba, en la calle Latoneros, se encontró con la negativa del dueño a

readmitirle por sus pésimos antecedentes, episodio que se repitió en dos o tres barberías más a las que acudió. Al fin le admitieron en una y a los pocos años pudo abrir un local propio, después de maquillar ligeramente su apellido, por si alguien lo reconocía. La vida le separó por completo de su cuñada y de los hijos de su hermano.

Cristina Álvarez Mazagatos (1924-¿?). Muchacha de servir. La vida la metió en un torbellino de acontecimientos de los que logró salir más o menos indemne cuatro meses después. Moriría joven a los pocos años.

Enrique Eymar Fernández. Coronel de Infantería y caballero mutilado de guerra por la patria, nombrado juez instructor por el excelentísimo señor capitán general de la Primera Región Militar para los Delitos de Comunismo. Fue juez instructor de cientos de causas que llevan su firma, de las cuales es más que probable que no leyera ni una cuarta parte.

Ricardo García Vinuesa. Capitán de Caballería. Le tocó hacer el triste papel de defensor, en una causa en la que un defensor salía sobrando.

Modesto Sáez de Cabezón y Capdet. Teniente coronel y presidente del tribunal militar que juzgó a los inculpados por el asalto a la subdelegación de Falange del distrito de Chamberí.

Antonio Martínez Santiago, José Muzquiz Ayala, Luis Manrique Garrido, Antonio Llorente Girona y Simeón Martín Calleja. Capitanes, miembros del tribunal.

José María Rodríguez Devesa, también capitán, auditor; **Ángel Fernández Hernández,** teniente, en funciones de fiscal. Todos ellos intercambiables. Quede aquí su nombre como desagravio de todos aquellos a los que condenaron mediante procedimientos irregulares e injustos.

Juan Pablo de Guinea Sata. Comisario-jefe de la Brigada Político-Social, que delegó en el comisario de la brigada encargada del caso, **Luis Martos González,** quien nombró a los inspectores, **Mario de las Heras Portillo** y **Rómulo Horcajadas Delgado,** y los siete agentes, **Juan García Gelabert, Salvador Guíu López, Saturnino Millán Criado, Bernabé Bachiller García, Ramón González Morales, Antonio Álvarez Viejo y Juan Anguas Sanz.** De éstos, todavía viven algunos, que naturalmente no recuerdan nada de lo sucedido, y si lo recuerdan, sus recuerdos tienen las aristas muertas, como los cantos rodados; y cuando no viven ellos, viven sus viudas, una de las cuales perdió los nervios en cuanto oyó hablar de aquel 25 de febrero, medio siglo después. Muy excitada, lo resumió todo en una frase: los jóvenes no podíamos figurarnos lo que era aquella España. Y, ciertamente, es difícil imaginársela.

Martín Mora Bernáltez (1913-1945). Soltero, obrero de artes gráficas. Subdelegado de Falange en el distrito de Chamberí. Alguien que sólo fue un pretexto en la lucha de unos y en la política de otros.

David Lara Martínez (1900-1945). Casado, conserje. Un mes después de su muerte, su mujer malogró el embarazo de su cuarto hijo. No volvieron a vivir en la calle Ávila. Para sacar adelante a la familia pretendió, inútilmente, que le fuese concedida la administración de un estanco. A cambio le ofrecieron un trabajo de limpiadora, que por su delicada salud no pudo aceptar. A los dos o tres años el Estado pagó a cada familia de las víctimas veinte mil pesetas, en concepto de responsabilidades civiles y después de haber declarado insolventes a los culpables. Poco antes de morir, la señora de Lara destruyó todas las fotografías de su marido y los recortes de prensa. A su hija mayor le encontraron una colocación en Sindicatos, en un departamento que llevaba el asombroso nombre de Administración Patrimonial de Bienes Marxistas. Desde el primer momento, la muerte de Mora y Lara pasó a formar parte del martirologio falangista y el chaletito de la calle Ávila fue declarado un santuario. Colocaron una placa de mármol conmemorativa y cada 25 de febrero se daban cita allí un puñado de falangistas, se cantaba el *Cara al sol* y se colgaba de un clavo, sobre la placa, una corona de laurel, que tenía todo un año por delante para marchitarse, con impasible ademán. Al principio al acto acudían las familias. Un año dejaron de hacerlo los Mora y al año siguiente los Lara. No obstante, los camisas viejas, cada vez más diezmados, en compañía de algunos pocos y entusiastas jóvenes, se resistieron a abandonar un rito que perduró hasta hace quince o veinte años. No podemos precisar si desapareció la placa y como consecuencia de ello los falangistas dejaron de congregarse allí cada año, o si fue al revés, se olvidaron de la calle Ávila y de la muerte de Mora y Lara y alguien, de manera discreta, retiró la placa de una casa, en cuyos bajos

hay en la actualidad un taller, alquilado por un carpintero encantador, y en el primer piso, una venerable señora que entró allí a vivir cuando la FET de las JONS decidió devolver aquellos bienes marxistas a sus dueños genuinos, en 1964, tras advertirles de que nunca intentaran derribar el muro con el que sellaron el sótano de la casa. Sigue sellado.

CRONOLOGÍA SOMERA DE LOS HECHOS AQUÍ NARRADOS

Octubre-noviembre de 1944. José Carmona, Luis del Álamo y Tomás Jiménez se organizan en el PCE.

20 de noviembre de 1944. Llegan a Madrid, procedentes de Francia, los guerrilleros Dalmacio Esteban, Pantaleón Fernando y tres más.

20 de diciembre de 1944. Llegan a Madrid, procedentes de Francia, los guerrilleros Félix Plaza y Domingo Martínez Malmierca.

21 de diciembre de 1944. Petra López lleva a Félix Plaza y Domingo Martínez Malmierca a casa de Juan Casín.

2 de enero de 1945. José Vitini entra en España.

1-10 de enero de 1945. Casín, con la ayuda de Plaza y Domingo, así como de Manzanares y Anselmo el Americano dejan instalado en una habitación subterránea una imprenta clandestina.

1-15 de enero de 1945. José Carretero e Hilario Pérez Roca encuadran en la Agrupación de Guerrilleros de Madrid a Justo Vázquez y León, en el grupo número 0; a Plaza y Domingo, que forman el grupo número 1; a Dalmacio y a Pantaleón, que forman el grupo número 2; y a Carmona, Luis y Tomás, que forman el grupo número 3. A los pocos días Félix y Domingo abandonan la casa de Casín y se van a vivir a casa de un hermano de Domingo.

15 de enero de 1945. José Vitini llega a Madrid.

30 de enero de 1945. José Carretero abandona Madrid.

1-5 de febrero de 1945. Hilario Pérez presenta a Vitini a los jefes de los diferentes grupos guerrilleros.

1-10 de febrero de 1945. El grupo número 0 coloca una bomba en la Agencia de Ferrocarriles Alemanes, de la calle Alcalá. Merche, responsable del Servicio de Información, le habla a Vitini del asalto a la subdelegación de Falange de la calle Ávila.

15 de febrero de 1945. El grupo número 2 pone unos petardos en la delegación de Prensa y Propaganda de la calle Montesquiza. No hay víctimas.

22 de febrero de 1945. Los grupos números 1 y 3 abortan un asalto a la subdelegación de Falange de la calle Ávila.

25 de febrero de 1945. Los grupos 1 y 3 realizan el asalto de la subdelegación de Falange de la calle Ávila. Mueren como consecuencia el falangista Martín Mora y el conserje David Lara.

26 de febrero de 1945. Multitudinaria manifestación en el entierro de los dos falangistas.

5-6 de marzo de 1945. Casín lleva a Félix y Domingo a casa del tintorero Dionisio Magdaleno.

7-9 de marzo de 1945. Casín lleva a casa de Magdaleno a Mariano Ruiz Antón.

9-10 de marzo de 1945. Magdaleno lleva a Mariano a casa de Fernando Rodríguez.

13 de marzo de 1945. El grupo número 2 atenta contra el diario Informaciones, mediante la colocación de dos bombas.

20 de marzo de 1945. La policía detiene a Juan Casín, a su mujer, Rufina, y a Domingo Martínez Malmierca.

21 de marzo de 1945. Félix deja la casa de Magdaleno y comienza su huida por Madrid.

24 de marzo de 1945. Carmona y el grupo número 2 asaltan un almacén de maderas en la calle General Ricardos. Detienen a Dionisio Magdaleno, Fernando Rodríguez y Mariano Ruiz.

30 de marzo de 1945. Merche cesa como responsable del Servicio de Información y le pasa sus investigaciones a Francisco Zorúa y a Isabel la Guapa.

27 de marzo de 1945. Detienen a Petra.

27 de marzo-9 de abril 1945. Detienen a Plaza.

10 de abril de 1945. Detienen a José Carmona.

11 de abril de 1945. Detienen a Luis y a Tomás. Detienen a Vitini. Detienen a Dalmacio, Pantaleón e Isabel Alvarado. Detienen a Paco Zoroa.

20 de abril de 1945. El fiscal militar presenta sus conclusiones. Se nombra a los implicados en el asalto a la subdelegación y a los responsables de la imprenta clandestina un abogado de oficio.

21 de abril de 1945. Se anuncia en el *Boletín de la Capitanía General de la Primera Región Militar* consejo de guerra «contra Vitini y diez más», y se publica la composición del tribunal para la causa que hace el número 129.185.

23 de abril de 1945. Tiene lugar la vista del consejo de guerra y se conoce el fallo de la sentencia. Se le comunica ésta a los encausados: siete penas de muerte y tres condenas a doce años. La mujer de Casín es declarada inocente.

24 de abril de 1945. Detienen a Magdalena Gómez Hueros.

24 de abril de 1945. El juez Enrique Eymar comunica la sentencia al capitán general.

27 de abril de 1945. El capitán general pide al juez que se proceda «a la mayor urgencia» y se cumpla la sentencia. Se les comunica a los reos, que entran en capilla.

28 de abril de 1945. Vitini, Casín, Plaza, Malmierca, Carmona, del Álamo y Jiménez son fusilados al alba en el acuartelamiento de Campamento y llevados a continuación al cementerio de Carabanchel, donde fueron enterrados en una fosa común.

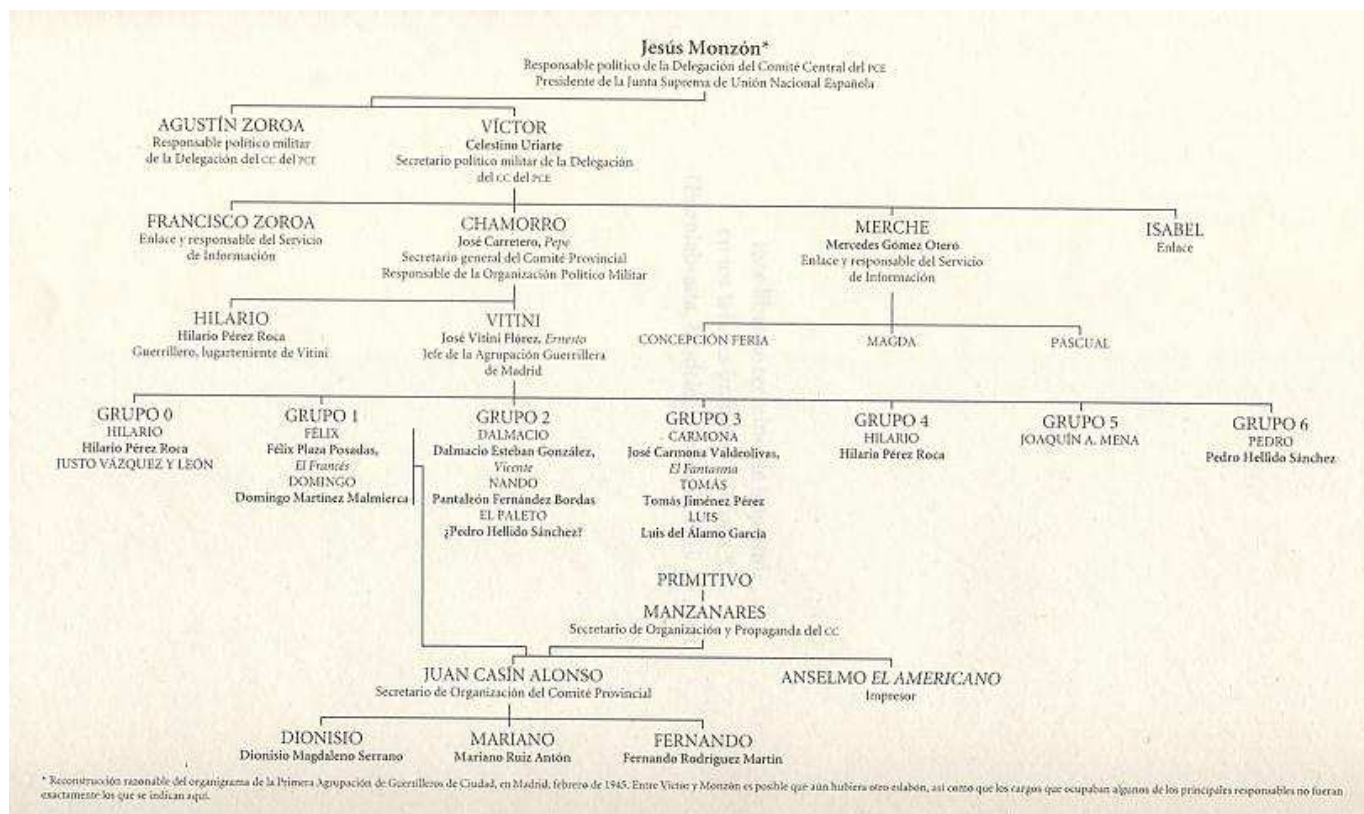
30 de abril de 1945. Sale en libertad la mujer de Casín.

1 de mayo de 1945. Llega a Constantina, Sevilla, Merche.

27 de mayo de 1945. Detienen en Constantina a Merche.

31 de julio de 1945. Se conoce la sentencia del consejo de guerra que juzgó a Dalmacio, Pantaleón, Merche y el resto de implicados en el asalto a la subdelegación de Falange o en la Agrupación de Guerrilleros: Dalmacio, Pantaleón, Merche e Hilario son condenados a muerte; Magdalena, a treinta años de reclusión mayor; Francisco Cerezo (un colaborador) e Isabel Alvarado, a doce años de reclusión menor; Petra López, a seis años de prisión menor; y Cristina Álvarez Mazagatos es absuelta. De las sentencias a muerte se ejecutaron el 31 de octubre de ese año las de Dalmacio y Pantaleón; las de Hilario y Merche fueron conmutadas por condenas a treinta años, de los que cumplieron diecinueve; Magdalena cumplió dieciséis, y la mitad de las suyas, el resto.

Reconstrucción razonable del organigrama de la Primera Agrupación de Guerrilleros de Ciudad, en Madrid, febrero de 1945. Entre Víctor y Monzón es posible que aún hubiera otro eslabón, así como que los cargos que ocupaban algunos de los principales responsables no fueran exactamente los que se indican aquí.



1: Jesús Monzón. Responsable político de la Delegación del Comité Central del PCE. Presidente de la Junta Suprema de Unión Nacional Española.

2: Agustín Zoróa. Responsable político militar de la Delegación del CC del PCE.

3: Víctor (Celestino Uriarte). Secretario político militar de la Delegación del CC del PCE.

4: Francisco Zoróa. Enlace y responsable del Servicio de Información.

5: Chamorro (José Carretero, *Pepe*). Secretario general del Comité Provincial Responsable de la Organización Político Militar.

6: Merche (Mercedes Gómez Otero). Enlace y responsable del Servicio de Información.

7: Isabel. Enlace.

8: Hilario (Hilario Pérez Roca). Guerrillero, lugarteniente de Vitini.

9: Vitini (José Vitini Flórez, *Ernesto*). Jefe de la Agrupación Guerrillera de Madrid.

10: Concepción Feria.

11: Magda.

12: Pascual.

13: Grupo 0: Hilario (Hilario Pérez Roca) Justo Vázquez y León

14: Grupo 1: Félix (Félix Plaza Posadas, *El Francés*) Domingo (Domingo Martínez Malmierca)

15: Grupo 2: Dalmacio (Dalmacio Esteban González, Vicente) Nando (Pantaleón Fernández Bordas) El Paleto (¿Pedro Hellido Sánchez?)

16: Grupo 3: Carmona (José Carmona Valdeolivas, *El Fantasma*) Tomás (Tomás Jiménez Pérez) Luis (Luis del Álamo García)

17: Grupo 4: Hilario (Hilario Pérez Roca)

18: Grupo 5: Joaquín A. Mena.

19: Grupo 6: Pedro (Pedro Hellido Sánchez).

20: Primitivo.

21: Manzanares. Secretario de Organización y Propaganda del CC.

22: Juan Casín Alonso. Secretario de Organización del Comité Provincial.

23: Anselmo El Americano. Impresor.

24: Dionisio (Dionisio Magdaleno Serrano).

25: Mariano (Mariano Ruiz Antón).

26: Fernando (Fernando Rodríguez Martín).